THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

This acquisition
was made possible
by
The Carnegie Corporation
of New York

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002103475

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

MAR 24 1988
MAR 3 '88
JAN 12 1997
NOV 11 '96
NOV 23 1997
OCT 24 '97

SUPREMA LEY

POR

FEDERICO GAMBOA

SEVERO AMADOR

LA EDITORIAL HISPANO - MEXICANA
1ª DE BOLIVAR, 15 - APARTADO 59 BIS - MEXICO

SUPREMA LEY

POR EL MISMO AUTOR:

Del Natural, Esbozos Contemporáneos, E. Gómez de la Puente, editor, 3a. edición, México, 1915, (6,000). . . . . 1 volumen

Apariencias, J. Peuser, editor, Buenos Aires, 1892, 2,000. . . . . agotada

Impresiones y Recuerdos, A. Moen, editor, Buenos Aires, 1893, (2,000)..... agotada

Suprema Ley, Nueva edición (15,000), E. Gómez de la Puente, editor, México, 1920..... 1 volumen

Metamorfosis, Guatemala, 1899, (4,000)..... agotada

Santa, E. Gómez de la Puente, editor, 5a. edición, México, 1919, (30,000)..... 1 volumen

Reconquista, E. Gómez de la Puente, editor, Madrid-México, 1908, (2,000)..... 1 volumen

Mi Diario, E. Gómez de la Puente, editor, México, 1920 (5,000), primera serie..... 3 volúms.

La Llaga, E. Gómez de la Puente, editor, Madrid-México, 1913, (4,000)..... 1 volumen

La Novela Mexicana, Conferencia, E. Gómez de la Puente, editor, 1914, (1,000)..... 1 folleto

TRADUCIDA AL INGLES

La Llaga, E. P. Dutton & Co., editores, 618 Fifth Ave., New York, E. U. de A., (5,000)..... 1 volumen

TEATRO:

La Señorita Inocencia, arreglo del vaudeville-opereta "Mamz'lle Nitouche," México, 1888.. agotada

La Moral Eléctrica, arreglo del vaudeville "Le Fiacre 117," Guatemala, 1889..... agotada

La Ultima Campaña, comedia original en tres actos y en prosa, México, 1894, 2a. edición, Guatemala, 1900. . . . . agotada

Divertirse, monólogo en prosa, original, México, 1894. . . . . agotada

La Venganza de la Gleba, drama original en tres actos y en prosa, Wáshington, D. C. (E. U. de A.) 1904..... agotada

A Buena Cuenta, drama original en tres actos y en prosa. San Salvador, C. A., 1907..... 1 volumen

EN PRENSA:

Metamorfosis, E. Gómez de la Puente, editor, nueva edición (5,000), México, 1920..... 1 volumen

PROXIMO A PUBLICARSE:

Mi Diario, 1er. tomo de la segunda serie..... 1 volumen

EN PREPARACION:

La Confesión de un Palacio, Ensayo sobre Historia Nacional. . . . . 3 volúms.

———*———

PQ7297
.G3
S8
1920

FEDERICO GAMBOA
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Suprema Ley

c
pc

" Un romancier n'est, au fond,
" qu' un historien des gens qui
" n'ont pas d'histoire."

EDMOND DE GONCOURT.

NUEVA EDICION

MEXICO
EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE, EDITOR
APARTADO POSTAL, NUM. 59 BIS
1920

Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme a la ley.

897.2
G19su

De esta obra han sido impresos veinticinco ejemplarse en papel de lujo, numerados por el autor.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

A LA MEMORIA

DE

AURELIO M. OVIEDO

F. G.

479789

Suprema Ley

PRIMERA PARTE

I

Al fin dieron las 6 de la tarde en el reloj de la cárcel nacional de Belem, con sus campanas de repetición, de eco tristísimo, que parece el lamento de un condenado a cadena perpetua. En el juzgado de turno, hacía un cuarto de hora que habían interrumpido la labor, y los dos aposentos hallábanse sumidos en la media tinta del crepúsculo; el despacho del juez, con su dosel que se agigantaba en la penumbra; sus sillas de Viena; su mesa-escritorio, desvanecida y negra, como catafalco que acaba de servir, y la secretaría, con sus dos papeleras enormes; la mesa del secretario; las sillas de estera; las colillas de los cigarros desperdigadas por sobre el piso de ladrillos rojos, y su almanaque exfoliador suspendido en uno de los muros, abajo de un plano litográfico de la ciudad de México, con las demarcaciones policiales en tinta de colores.

Los cinco empleados cepillaban sus sombreros; revisaban los paraguas, sin hablarse, agobiados por la jornada del trabajo ingrato e invariable, de trabar conocimiento con criminales y gente perdida. Ansiaban terminar de una vez; abandonar los helados cuartos de la oficina y salir a la calle, en ella resarcirse,

rumbo al domicilio, de la inmovilidad y del fastidio de todo un día. Ya por la reja, el sota-alcaide de guardia habíase asomado en traje de velada, gacho el sombrero, el revólver al cinto, un manojo de llaves en la mano, y sobre los hombros, el capote militar de tela burda, las mangas flotantes y el capuchón caído.

—¿Podemos cerrar, señor licenciado?...

El secretario en persona contestó que sí, a la hora que quisieran, y le deseó las buenas tardes, discurriendo con él unos instantes al través de los barrotes de hierro, rectos, gruesos, sucia su pintura en los sitios en que acostumbran poner las manos los procesados, cuando rinden sus declaraciones. Despidiéronse por segunda vez; un saludo que todos contestaron: "hasta mañana," y se cerró la puerta; corrieron los cerrojos y la llave dió sus dos vueltas de ordenanza desapacibles y chillonas. Por la azotea y los interiores tránsitos de la cárcel, oyéronse, luego, las recias pisadas de los soldados en el relevo de centinelas, y las de los encendedores y vigilantes; un rumor de voces lejanas que adquieren extraña resonancia en el edificio de piedra; y de repente, en la plazuela, el alegre clamoreo de los tambores y cornetas que tocaban "lista."

El agente del ministerio público, adscrito al juzgado, siempre pasaba a buscar al secretario para marcharse juntos; estaban esperándolo y no parecía.

—Vaya Vd. a ver qué hace; dígale que vamos a empaparnos si se tarda, que nos amenaza un aguacero.

Tan los amenazaba en efecto, que no haría un minuto de la salida del emisario, cuando aquél estalló, torrencial, iracundo; acompañado de formidables des-

cargas eléctricas, que obligaban a cerrar los ojos por la luz vivísima de sus relámpagos. Abrieron el balcón, sin riesgo, pues la lluvia azotaba la acera opuesta, y presenciaron la desbandada de las mujeres de soldados y presos, que a esas horas penetran en la alcaidía con la cena de sus hombres, aunque tienen que esperar mucho, de pie y agrupadas a cierta distancia de la entrada, para dar tiempo a que los cabos y sargentos inspeccionen los canastos, la mísera comida, y a ellas las palpen por todos lados, temerosos de que introduzcan armas y alcoholes. Fué una de carreras y de gritos, de enaguas levantadas, pies descalzos y pantorrillas desnudas, que el secretario y demás empleados magullábanse en el balcón riendo de lo que miraban; de lo que oían; de una mujer que resbaló en un bache, y de otra que por defender a su chico, perdió el cesto en el lodo. Los soldados reían fuerte, a carcajadas; el oficial de guardia, volvió las espaldas, y a los dos centinelas, inmóviles, resbalábales el agua cual si fueran dos cariátides de granito. Un granuja, dentro de un charco, imitó varias veces el canto del gallo.

En éstas, un coche de plaza, de los de a seis reales la hora, cruzó la plazuela a todo correr, con un gendarme en el pescante, al lado del cochero, y echadas las persianas de las portezuelas, para impedir la malsana curiosidad de los transeuntes. No se detuvo hasta la otra puerta, la de la cárcel de detenidos, por la que entran los delincuentes; los tributos de las comisarías; los médico-legistas; los agentes, defensores y empleados menudos. Una vez allí, y como el aguacero siguiera en su punto, los del coche recurrieron a un inseguro puente de vigas, el indispensable en la época de las lluvias, en que la anegada calle se con-

vierte en sucio y caudaloso río. Ya no pudieron ver más, era casi noche completa, y abandonaron el balcón, cerraron la secretaría y en la puerta de abajo pusiéronse a aguardar a que viniera el agente y la lluvia escampara.

—¿Qué habrá traído el carruaje?...

Y ante la perspectiva de un negocio "de títere," que en la jerga de los juzgados significa asunto en que las recomendaciones se multiplican y en que se trata de alguna persona decente, se felicitaron de que su turno hubiera concluído.

—Le darán entrada mañana, terminó el secretario.

A poco, llegaron el agente y el comisario partido en su busca, chorreando agua, pateando sobre las baldosas a fin de desprender el barro adherido a los zapatos; el paraguas, a medio cerrar, con un hilo de agua que le caía de la punta, como si todo el aparato se derritiera.

—¿Qué hacías?...

—Pues ya lo ves, mojarme, repuso el agente, de muy buen humor, y prepararles a Vds. un negocito más ¿no me lo agradecen?...

—Nos dividiste, hombre, replicó el secretario; y volviéndose a los dos escribientes, los interrogó:

—¿A quién de Vds. le toca?

—A mí, manifestó el más joven, sin que se le conociera el efecto de la noticia; con pasividad de empleado que se resigna.

—Total, volvió a interrogar el agente, ¿cuántos "partes" han recibido?

Y los otros, después de rápido cálculo en alta voz, con la memoria y con los dedos, murmuraron en coro:

—¡Once!

—Bravísimo; once Vds. y diecinueve el correccional, suman treinta; es un buen día. ¡Si supieras que el negocio último, el acabado de entrar, parece complicado! La presunta responsable de un homicidio, cogida casi en flagrante delito, llora y niega con aires de cándida colegiala. Mi escribiente que salió a conocerla, volvió entusiasmado; jura que es una verdadera belleza.

Abrieron los paraguas; dobláronse el extremo de los pantalones, y de dos en dos, cruzaron la plazuela en el orden de siempre: el agente y el secretario; los dos escribientes, y a lo último, los dos comisarios. Así llegaron a la esquina de los Arcos de Belem, pegándose todos en el vano de una puerta cerrada, para esperar el tranvía; sus paraguas echando agua, como canales de azotea, y sus espaldas, cuajadas con esa especie de brillante rocío que produce la lluvia cuando la atajan. En la ancha calle, el aguacero golpeaba furioso, cual si la castigara o cual si pretendiese lavarla de las impurezas de que está formada y de las impurezas que consiente, produciendo, al caer, silbidos de látigo y reverberaciones de iris. Y las luces de los establecimientos abiertos, que salían por puertas, ventanas y vidrieras; la de los focos eléctricos, cuyos globos mecía el viento; y la diminuta de las linternas de los gendarmes, apostados en cada esquina, precipitábanse desgajadas y temblorosas, en los innumerables charcos del empedrado.

El secretario, el agente, tres defensores de oficio, dos médico-legistas, y uno de los jueces correccionales, eran jóvenes todos, todos condiscípulos e hijos de la nueva escuela y de la nueva generación; llenos de

sangre sana y de ideas progresistas; más preocupados de la ciencia contemporánea que de las rutinas y los procedimientos de antaño. Formaban parte de esa pléyade de refresco, ilustrada y guerrera, que poco a poco va posesionándose de empleos, profesiones y cargos en el país entero, y lo galvanizan y engrandecen como por efecto de una transfusión lenta y fatal; transfusión indispensable, que se presenta en cualquier país, cada vez que una generación nueva se siente con los necesarios alientos para entrar al combate perpetuo por el mejoramiento de la humanidad. Por eso constituían un núcleo; por eso se buscaban y mutuamente se sostenían apretando las filas; marchando a las conquistas científicas con fe de juventud y entusiasmos de fuerza; con modernas teorías y revolucionarias prácticas, las aprendidas en las aulas y las acariciadas en los períodos de altruísmo, tan comunes en estudiantes de ambiciones nobles; por eso, y a pesar de que el matrimonio en los unos y los empleos en todos, los obligaban a la seriedad judicial, a toda clase de seriedades, ellos persistían en quererse y en tutearse como allá en el colegio, cuando juntos preparaban el examen bajo los follajes de sus viejos árboles, o como para retardar el abandono de esa misma juventud que se les escapaba sin remedio.

De ahí la estrecha intimidad del grupo; de ahí que el agente del ministerio público adscrito al juzgado cuyo turno había concluído aquella tarde, se marchara con el secretario. Con mayor razón las tardes de turno, en que apenas hay visitas y el juez no concurre sino rara ocasión; en que el diario bullicio de por las mañanas, al retirarse a sus casas el personal de los diez juzgados, es substituído con la soledad y el silencio.

Dionisio Holas, el secretario, era un recién casado modelo; muy hombre de su casa y de su oficina; relativamente celoso de su mujer, a punto de regalarle el primogénito, y relativamente avaro de su sueldo; apretado de carnes; calmoso, con sus ribetes de melancólico; creyente y medio delicado de salud; de unos treinta y dos años; juicioso por temperamento, desde estudiante, y oriundo de la frontera del Norte, con nostalgias por las grandes llanuras desiertas y las grandes tempestades devastadoras; de ánimo decidido, listo y afable con los subalternos, suavizándoles las asperezas de su esclavitud. No se le sabían sino dos miedos: atrapar un tifo en sus excursiones al hospital, y atrapar un bufido de los mil que por cualquier bagatela, le soltaba el juez al mismísimo Satanás.

Alfredo Berón, el agente, era el polo opuesto. Nervioso, apasionado, descreído; y aunque en la tribuna representara a la sociedad, al orden, a la moral y a la familia, "la vindicta pública de nuestros tatarabuelos," según decía en sus charlas escandalizando a tirios y troyanos, en la intimidad echaba pestes contra el matrimonio y contra el género humano. Dábaselas de escéptico y desconfiado, al propio tiempo: habíase formado por sí solo, sin padres ni parientes que le tendieran la mano cuando la necesitó, y afirmaba que, los que nada le deben al mundo, tienen que odiarlo forzosamente. Era tres años menor que el secretario; un roble, buen mozo, y vivía con una corista retirada de la zarzuela. En el fondo, un corazón de oro, francote y honrado; con una reciente preocupación que vino a acibararle el carácter y a destruirle ideales y convicciones: haber fundado y bien fundado, un pedimento de última pena para un pobre diablo

que, a los ojos del código, la merecía por los cuatro costados. Y lo declaró a sus amigos:

—Si fusilan a éste, renuncio a mi empleo, porque nunca he de volver a pedir la muerte de nadie. Seré del ministerio público, cuando no exista una ley que persigue al homicidio y es ella la primera que lo comete.

Por lo demás, era muy laborioso; encantábanle los negocios enmarañados; los que es preciso estudiar con ciencia y conciencia; los que demandan noches en vela y días de fatiga.

Y como si la antítesis persiguiera a los individuos que componían aquel juzgado, los dos escribientes y los dos comisarios eran también entre sí polos opuestos. De aquéllos, Gabriel Cartera podía pasar por viejo, sin serlo; tenía muy arrebatado el genio; amarillenta la cara; sufría del hígado en el verano y de reumas en el invierno, reumas que contaminaban a su letra, retorcida y doliente. Entre malas palabras, mala escritura y malos cigarros puros de la fábrica de Monzón, vivía su existencia de empleado cumplidísimo, poniendo de oro y azul en los intermedios del trabajo, al tribunal superior, al supremo gobierno y a los escribientes de los demás juzgados. Fuera de su vicio por el tabaco, no se le conocía sino una pasión dominante: jugar todos los meses a la lotería. Nunca ofrecía su domicilio ni había manera de acompañarlo hasta la puerta siquiera; a determinada altura hacíase el perdidizo, sin despedidas ni excusas. Se decía viudo y sin hijos, y ora consagraba hondos suspiros a la difunta, si de dichas conyugales se trataba, ora exclamaba que es mejor, pero mucho mejor, que un hombre viva solo, sin más compañía que los recuerdos de personas y sucesos que fueron. No

obstante lo quebrado de su vista, era un insaciable lector de periódicos y de antiguas novelas españolas; recogíase temprano, y los domingos por la tarde, sin faltar uno, se pagaba su luneta delantera en el teatro de Hidalgo y se recreaba con su sensacional repertorio: "Los siete grados de un crimen o la escala del cadalso"; los "Treinta años o la vida de un jugador"; "El campanero de S. Pablo", y "La huérfana de Bruselas." Sabíase de memoria grandes trozos del "Tenorio", que recitaba en sus escasos instantes de buen humor, y en cierta discusión, de las muchas que se traían los jurisconsultos en la oficina, Cartera manifestó que aun cuando él no oía misa, estaba en el fondo por la religión católica.

Julio Ortegal, el otro escribiente, era empleado por heredismo; porque en cuatro generaciones de progenitores, todos habían sido empleados y casi todos escribientes, siendo su padre la excepción con que se honró la dinastía de los Ortegal, pues murió de oficial 5°. en una de las secciones del ministerio de Hacienda. Mientras Julio permaneció célibe, viviendo con su madre viuda, el sueldo de cincuenta pesos mensualas bastaba a entrambos para pasársela hasta con desahogo. La casita, amueblada con las economías del padre,—cuatro piezas interiores en inmensa casa de vecindad,—ofrecía detalles reveladores de toda una existencia de economía y orden. En la sala, por ejemplo, amén de su alfombra del país, algo mustia y comida en las junturas de puertas y balcones, irradiaba un espejo sobre la única consola del mueblaje, mal encarada la luna, cual si en vez de padecer de humedad hubiera padecido de viruela; el marco, dorado y reluciente allá en sus mocedades, opaco ya, tirando a verdoso, y muy desvanecido dentro de un tul que lo

preservaba de las diminutas indecencias de las moscas.

Nació Julio, cuando nadie lo esperaba, a los tantos años de enlace de sus padres; cuando ya para substituirlo tenía la señora dos canarios en el corredor, y en sus faldas, un perrito de lanas, ordinario y gruñón. Y como había nacido siguió creciendo, mimado y delicaducho; con muy buenos ojos y muy mal color; apacible y sumiso. En el colegio, figuró entre los alumnos aprovechados, los que honran al plantel, y en unos premios, lo designaron para recitar de memoria una fábula de Samaniego. Al ajustar nueve años, con lágrimas de su madre y el levitón de las grandes ocasiones en las espaldas de su padre, hizo él su primera comunión, impresionándose tanto, que, al volver al hogar, regado de flores y de aguas de olor, mientras la buena señora se lo acababa a besos, mientras el papá le ponía bajo el pozuelo de chocolate una moneda nueva de a cincuenta centavos, Julio expresó deseos de morir, con la conmovedora melancolía de los niños cuando algún presagio, que no alcanzan a explicarse, los estremece y amedrenta.

—¡Hoy me iría al Cielo! murmuró conmovido; y los pobres padres tapáronle la boca, le ahuyentaron la fúnebre fantasía a fuerza de mimos y de halagos.

A los catorce años, entró de meritorio sin sueldo: a los dieciocho, le asignaron una gratificación de quince pesos y pescó una pulmonía que le dejó de reliquia una tosecilla intermitente y seca, a la que al fin se habituaron todos; a los veintiuno, le nombraron escribiente de planta en el juzgado de instrucción, y en ese mismo año perdió a su padre, precisamente cuando reunidos los dos sueldos, colocábase la familia en el pináculo de sus ambiciones. Los gastos de la

enfermedad, los del entierro, y la disminución en las entradas, dieron al traste con las economías; principió un lento desnivel. Gracias a que la señora hacía prodigios con un peso, lograron conjurar la tormenta sin sacrificar casi nada, exceptuado el infeliz espejo que paró en un montepío y allí prestó el último servicio a sus dueños. Apoyado contra una pared; cayéndole encima otros trastos; rodeado de prendas diversas, que significan muchos renunciamientos y muchos duelos, vió trabajosamente con su cansada luna, el llanto de los que iban a empeñar sus cosas, y enmudeció para siempre; con el azogue que poco a poco perdía, perdiéronse también los deliciosos poemas que había copiado: besos de madre y risas de criatura, los que la señora daba a Julio cuando éste, de chiquitín, reía de ver tan cerca otro nene y otra mamá, y les tendía los brazos, y ella lo aproximaba al cristal, y los dos se adoraban!...

Vencido el luto, tuvo Julio escasos deslices sexuales, los que reclamaban sus veintiún años, pero sin reincidencias ni deleite; empujado por sus compañeros de oficina. Tan pasajeros y silenciosos fueron, que ni lo invitaron más, ni su madre advirtió nada; pues Julio, que era un buen hijo, por ningún motivo habría amargado la ancianidad de ésta. De tal suerte que, al quedar huérfano completamente, sintióse en el aire; las cuatro piezas de la desierta vivienda le cogían el corazón; la criada no lo servía bien, y determinó mudarse, vender aquello a un prendero por lo que quisiera darle, y vivir en barata y concurrida casa de huéspedes donde mirara gente, donde pudieran atenderlo si enfermaba. La magnitud de su propósito le asustó; ¿cómo cambiar de manera de ser, así, tan de repente? ¿cómo, de la noche a la mañana,

improvisar un Julio en todo diverso de lo que él era y había sido? Y en su ansia de afectividad; en sus cobardías fisiológicas de adulto enfermizo, pensó en casarse con cualquiera de las señoritas que su madre le elogiaba en los proyectos matrimoniales que juntos elaboraban, para realizarlos más tarde, después de cubiertos los compromisos de dinero que por el momento los inquietaban. Cedió a esa especie de maldición que pesa sobre los pobres, de casarse no bien disponen del menor sueldo y sin reparar en las consecuencias; cerrados los ojos a las negruras del porvenir y yendo indefectiblemente a aumentar en los lechos prolíficos de la miseria, los nutridos ejércitos de desgraciados. En Julio era cordura relativa zanjar así el conflicto; podía, en su esfera, aspirar a la esposa y a la familia. Para perdido, no servía; las señoras ésas, de tristes sonrisas y de precio fijo, le inspiraban miedo, gana de huírlas, de no caer jamás en las redes que la gente de buen vivir les atribuye. Anhelaba otra cosa: su casita muy limpia y muy alegre, con flores y sol en el corredor; visillos tejidos de gancho en las vidrieras, y una mujer buena, sufrida, a las derechas, que le obsequiara con un puñado de hijos, en los muchos años que de ventura conyugal se recetaba.

Pasó entonces una mental revista a las candidatas, todo un ramillete de niñas hacendosas; éstas lindas, aquéllas con la efímera gracia de los dieciocho abriles; sus conocidas de bailes con piano y de tertulias cursis. Llevóse la palma una vecina a la que había requebrado tiempo atrás, cuando fué el elegante del barrio, cuando lució bastón, pomada en el pelo y corbatas de nudo grotesco e incendiarios colores. Carmen Terno se llamaba la vencedora, quien se acercaba a los veinte años, sana y limpia que era una gloria

verla. Además, de muy buena familia, pues en la vecindad no se oyó nunca que los padres riñeran, y eso que el señor, agente de negocios con título, carecía de clientela. Luego, se comportaron divinamente con Julio durante la enfermedad y la muerte de su madre, al punto, que la señora y la niña lo acompañaron a velar el adorado cuerpo; lo obligaron a descansar; lo invitaron a comer con ellas en los primeros días del desconsolador abandono. Comenzó a poco el sitio de la muchacha, que no tardó en rendirse; y aunque el idilio habría podido calificarse de insípido, a los cuantos meses se casaron, allá por la Soledad de Sta. Cruz, muy de mañana, con padrinos y asistentes de confianza.

Carmen salió como Julio la deseaba, amante, sufrida, a las derechas; dándole en cada año el heredero soñado. El primogénito, fué recibido cual una bendición; los gastos de su bautizo, hiciéronse con alboroto y con largueza; los concurrentes tuvieron que ir al nido de los recién casados, en donde se tomó algo: pasteles de a peso el ciento y anisete contrahecho. La canastilla del angelito, trabajada pieza a pieza por Carmen durante los intranquilos meses del embarazo, cuando la mujer presiente que va a sufrir mucho, pero también que la vida ésa que se le agita por dentro, ha de premiarle el alma después de herirle el cuerpo, la tal canastilla, quiso Julio que se la colocara en una mesa, bien clasificada, a la vista y a los aplausos de todo el mundo. Y en la exposición, simulaban las blancas prendas, encarrujadas y llenas de primores, copos de nieve acabados de caer y que por milagro, aun no se derritieran. Una de las visitas, afirmó que parecían de dulce.

Con el nene, vino un año de delicias íntimas; de

vespertinos paseos después del trabajo, por las calles adyacentes al domicilio; los esposos muy unidos, llenando la acera, y la criatura dormida y acurrucada en los brazos de la madre, flotando en su boquita entreabierta, sonrisas de inmaculado. Regresaban de su paseo y seguía el momento mejor: el baño del muñeco, que pataleaba y hacía visajes dentro de una palangana; que reía, vertía el agua, los volvía locos, para a lo último salir desnudo y monísimo, chorreando espuma de jabón, y el apetito abierto, hasta que Carmen no le daba el pecho, lo envolvía en las sábanas, y él, glotonamente, hundía la boca, la nariz, mientras sus manos vagabundeaban en el materno seno. ¡Cuántos proyectos forjaron junto a la cuna, al guardarle su sueño; cuánta grandeza imaginaria cayó a raudales sobre aquella cabecita de negros y enmarañados rizos!

Creció el entusiasmo con el chico segundo, no sabían a cuál querer más, nada los arredraba; pero conforme aumentó la prole sin que los emolumentos aumentaran; conforme las pocas alhajas y las ropas nuevas marcháronse unas tras otras, para volver convertidas en papeletas y dinero; así que las habitaciones de la vivienda fueron quedándose desmanteladas y polvorientas; flojos sus ladrillos; sus rincones con telarañas; desgarrado el traje de Carmen, y su humor, negro de ayudar a la única criada que los servía; Julio, de mandadero vergonzante, y los muchachos de demonios en ejercicio, comenzó un calvario más de los que abundan en los grandes centros. Entrambos cónyuges perdieron la noción del arreglo, y Julio, apoyado en sus descendientes, descendió año por año los escalones que conducen al período de agresiva inconsciencia, común a los que se hallan en su caso. Miraba la oficina sin odios ni rencores, casi como un des-

canso, como una compensación de la batahola doméstica, de sus viajes a las casas de préstamos, de sus perennes zozobras. Miraba el trabajo como una necesidad, y gracias al contraído hábito, mecánicamente, lo desempeñaba ni mejor ni peor que un oficinista cualquiera. En la calle se sentía a gusto; respiraba a sus anchas, con envidias secretas por los que suponía venturosos, pero no envidias iracundas y de mala ley, sino gratas y dulcísimas, como han de ser las de los moribundos que, después de arreglada su conciencia, contemplan el sol y la vida desde la abierta ventana del hospital en que agonizan...

Por lo que a las mujeres toca, ¡oh! lo que es éstas, ninguna tentación le despertaban. Primero, de recién casado, porque quería a la suya; y después, cuando quizá en diversas circunstancias se hubiera permitido una que otra infidelidad, de las que perdonan las gentes severas, porque comprendía que ni una sola quedaba a su alcance. Además, aunque cada uno de sus hijos le significara un mundo de sacrificios, vivía por ellos, amándolos a todos; no se le apartaban del pensamiento, y claro está que al lado de éste, no daría cabida a los que nos incitan a pecar. Acostumbrado a las privaciones, a mal comer, mal vestir y contraer deudas,—el hombre es un animal de costumbres,—íbala pasando Julio Ortegal, hoy melancólico y de pocas palabras, mañana, resignado y comunicativo; hoy y mañana, desventurado y pobre.

También los dos comisarios quedaban a millones de leguas uno de otro.

Ignacio Narváez, era el más anciano del juzgado, el más serio, el más silencioso. Casado sin hijos, ignorábase por qué fenómeno vivía con sólo los treinta pesos de su sueldo; y si bien su ropa raída, sus ca-

misas zurcidas y su sombrero de indefinible color, a gritos publicaban que el dueño andaba mal, no por ello se le quitaba lo interesante y distinguido. Su historia conocíanla todos, sobre que en vez de disimularla, con ella se levantaba y enorgullecía. Soldado desde muchacho, se batió contra los *yankees* en el 47; se saturó de pólvora y de gloria en las épicas jornadas de Churubusco y Cerro Gordo, cuando nuestra tropa moría gritando: "¡Viva México!", y cuando México destrozado, valeroso y digno, abrióse las entrañas para recibir los despojos y la sangre de sus hijos, y allí, en las desoladas llanuras, con los árboles tronchados y los hogares destruídos, los cobijó a millares en la madre tierra, y esa sangre y esos despojos, convirtiéronse, con los años, en matas silvestres de inmortales y siemprevivas.

Después de la guerra, lo ascendieron a teniente; poseía treinta años y otras tantas cicatrices. Lo condecoraron con la cruz de la Angostura, la joya que dice en su reverso: "Al valor y al sufrimiento;" mas, no contento con ésta, él se condecoró con la otra, la del matrimonio, y con ambas a cuestas, vivió en destacamentos y guarniciones. Esclavo de la disciplina y de la ordenanza, jamás sospechó que las órdenes de los superiores pudieran ser observadas; ejecutaba lo mandado, con viril obediencia, sin meterse en honduras, seguro de que obraba bien, de que, en lo militar, los jefes son infalibles. Por eso al llegar la Intervención francesa y el imperio de Maximiliano, quedóse en el partido conservador, convencido de que no debía desobedecer a quienes lo mandaban. Hízose delincuente, no se atrevió a protestar, a irse con sus hermanos, y purgó el delito; estuvo preso, a punto de que lo fusilaran, ya era capitán; quedando a lo últi-

mo, en medio de las cuatro esquinas; sin profesión, sin recursos, sin más derechos que el derecho a vivir, ese derecho universal y eterno!

Se aguantó sus años de prueba, sin quejas ni reproches, comprendiendo que había obrado mal y que, en el fondo, merecía el castigo. Y la República, que entró en la capital con la ebriedad del triunfo, como huracán justiciero y devastador, turbia la mirada por el polvo del camino y de los combates; deshechos los pies por la santa peregrinación y la santa cruzada; coronada la frente por el ángel de las victorias, la República perdonó! Traía consigo la experiencia del dolor, y ahorró los más que pudo, ensanchó su regazo. De ahí el nombramiento de Narváez, con el que se dió de santos, pues carecía de recomendaciones y de influencias; aunque responsable de un crimen que tantos cometieron, fué de los pocos que de veras lo pagaron.

Como en el juzgado la cosa se sabía, como se sabía que por mucho que Narváez hubiera mandado tropa, sometíase a la pasiva obediencia de su empleo humildísimo, justo es consignar que lo respetaban, que no le dirigían alusiones ni le apeaban el "señor." Un detalle revelaba al antiguo oficial del ejército: su personal y meticuloso aseo. La costumbre de portar sin manchas el uniforme, de no opacar el brillo de los dorados, persistía al través de la miseria; y lo que en otro habría parecido andrajo, en Narváez adquiría tintes de grandeza caída.

Un defecto físico, reliquia de sus buenos tiempos, revelaba al valiente: su pierna izquierda, destrozada por una bala, vino a quedarle, después de composturas y remiendos, inerte y como rezagada de su individuo, más corta que la derecha, obligándolo al andar,

a inclinar el cuerpo. Precisamente para sus labores de repartir citatorios a jurados y testigos, su pierna coja lo atormentaba mucho, pues el sueldo no alcanzaba para tranvías y había que recorrer a pie y andando la enorme ciudad. Lo que sí ignoraban todos, menos su mujer, era una devoción del mutilado capitán de lanceros; la secreta idolatría que profesaba a su cruz de la Angostura. Nunca, ni en sus necesidades más tremendas, ni en sus días sin pan, consintió en desprenderse de la honorífica alhaja, que, cosida al chaleco, encima del corazón del soldado, mecíase blandamente al vario compás de los latidos de su idólatra. Y en los instantes cruentos; en los trances amargos, en las innumerables asperezas con que el mundo le obsequiaba, Narváez se volvía a ella, la acariciaba con disimulo y la oprimía con fuerza, cual si quisiera incrustársela en el mismísimo corazón, y que por misterioso prodigio en él se le grabaran a perpetuidad las dulces palabras de su leyenda: "Al valor y al sufrimiento!" No sé qué poder sobrenatural le atribuía, o si la supondría capaz de rehabilitarlo de una vez, con sólo testificar cómo latía arrepentido ese viejo corazón que la arrullaba. Ello es que la guardaba; que al mirarla, en ocasiones los ojos se le preñaban de lágrimas, el cerebro de recuerdos y de anhelos el alma. Doblaba la cabeza sobre el pecho, y así permanecía hasta que algún extraño, tratándolo de simple comisario de juzgado, interrumpíale el ensueño y le tumbaba la quimera.

Jesús Arguelo, su compañero de empleo, o Chucho, como lo denominaban siguiendo la costumbre mexicana de llamar así a los que llevan aquel nombre, era la nota cómica de la oficina: amigo de alcoholes y de bodorrios; de fumar cigarrillos sazonados con verde

charlar; de salir a la calle bajo cualquier pretexto; de ordenar almuerzos clandestinos en las dependencias de la alcaidía, y sobre todo, de echarse entre pecho y espalda una copa de pulque o de aguardiente, solo y acompañado. A partir de las 11 de la mañana, le comenzaba la chispa; una chispa discreta y sorda, de consuetudinario, que se delata por el olor, por la brillantez de los ojos, pero que no abandona su quehacer, sino que se le antoja éste hermoso y diáfano. A Chucho se le conocía el vicio, por lo invariable, y por lo risueño que lo ponía; dijérase lo que se le dijere, una lacónica interrogación, un principio de reprimenda, él soltaba el trapo; reía, reía sin parar y sin gran ruido, como en bufonesco y perpetuo diálogo con la borrachera. Se vestía con los desechos del juez y del secretario, y por su flacura sobrábale género de todos lados, igual en las levitas que en los pantalones, simulando, si de lejos se le miraba, que se fugara con algo oculto. Estaba contento con su cargo, con su suerte, con cuanto hay; regocijado de tratar personas de esfera superior a la suya, de gente que, con su roce, le rebajara su olor a populacho y a analfabeto. Tenía hechas muy buenas migas con Cartera, el escribiente iracundo, quien le reservaba sus ratos de contento, las narraciones de los dramas del teatro de Hidalgo, los trozos largos que del "Tenorio" se sabía, aunque jamás descendiera a su bajo nivel, aunque pláticas y recitados se los dijera con imperio, cual gentilhombre que se digna ilustrar a su lacayo. Y Chucho gozaba, los versos le sonaban a maravilla, pedía más y más, sonriendo a su amigo. La manía se desarrolló a tal extremo que, cierto día en que Cartera bilioso, e insistente Chucho no se sa-

ciaba, volvióse aquél colérico y le gritó delante de empleados y presos:

—¡Comendador, que me pierdes!

Desde entonces, los de casa, inclusive el juez, no lo llamaron sino Comendador a secas. El tal Comendador, vestido de ropas ajenas; ignorante y vicioso; de espíritu vulgar y de tipo ordinario; con sus modales canallas y sus dislocadas ocurrencias, era la perfecta personificación de la lenta conquista que el pueblo bajo realiza en las modernas democracias. Para que nada del pueblo le faltara, tenía generoso el corazón, prontos y nobles algunos arranques, una salud de hierro. No conocía el miedo ni las enfermedades, bromeaba con el sol y tuteaba a la lluvia.

Decíase de él, pero no estaba comprobado, que mantenía tratos amorosos con la fregona del juzgado; una mujer sucia, vieja y fea, encargada del aseo de la oficina. El Comendador la vigilaba a solas por las mañanas, temprano, antes del arribo del personal; y el que afirmó haberlos sorprendido, contó detalles: la mujer, sin soltar la escoba, y sin más razones, decía que no, que no, dejándose abrazar y con terquedad de bestia hostigada, mientras Chucho para decidirla, deslumbrábala con su oficial jerarquía:

—Te juro que a esta hora no hay nadie en el juzgado que mande más que yo. ¿Te conviene?

Chucho negó siempre, aunque en realidad no fuera inverosímil; así serían sus amores en caso de existir, con una mujer errata de su sexo, la negación completa del ideal, y circundados ella y él por parecida atmósfera: polvo de ladrillo, hedor de cabos de cigarro y aguas negras ¡qué flores ni qué perfumes!

De las muchas veces en que Chucho corrió riesgo inminente de que lo destituyeran, ninguna como en

la que, beodo hasta los huesos, no citó a dos o tres jurados que no se conformaron con la multa del juez. Se descubrió el pastel, y si no intervienen médicos y abogados, Chucho perece.

—Porque, lo que alegaban sus protectores, ¿qué sería del pobre Comendador, con sus vicios y sin el empleo?

Perdonó el juez, Chucho lloraba de arrepentimiento, y en algunos días mantúvose humilde y mudo, cual animal reñido.

Este grupo de seis individuos, seguía amontonado bajo los paraguas, bajo el tenaz aguacero, hasta que no apareció el tranvía a la extremidad de la calle. El cochero juraba y perjuraba, desfigurada la cara con las muecas que hacía al sentírsela azotada por la lluvia; la mula, galopando rabiosamente, hinchada la nariz y entreabierto el hocico, gachas las orejas, escondida la cola y el cuerpo humeante.

—Arriba todo el mundo, que yo convido, gritó el agente, tomando el vehículo por asalto.

Y en tropel se subieron, menos los dos comisarios, con sus respectivos libros debajo del brazo, y en la mano libre, los paraguas desplegados. No podían aceptar, era forzoso repartir aquello en distintos rumbos.

—¡Pues refrescarse, y hasta mañana! volvió a gritar el agente, asomado a un ventanillo.

Como una exhalación partió el tranvía, echando chispas. Los dos comisarios, pusiéronse a caminar, y, a poco, apenas si se los distinguía, hundiéndose en la noche que se enseñoreaba de las calles; medio ebrio el Comendador, tambaleándose a causa del aguardiente, y bajo el pretexto de salvar los charcos de la acera.

Narváez muy serio, no le hacía caso; ruborizado de compañero semejante, oprimía su cruz, por sobre el saco, mientras su pobre pierna lo seguía a duras penas, arrastrándose como un jirón de antigua y bien conquistada gloria; como una leyenda de inmortal bravura que no quisiera separarse del veterano, del héroe de Churubusco y Cerro Gordo, y pudrirse en esos baches del arroyo, sombríos, impuros, hirvientes e infinitos.

———*———

II

Al siguiente día comenzó la instrucción del proceso, con sus lentitudes de ignorante y sus brutalidades legales; denominando a las cosas por su verdadero nombre, sin eufemismos ni pudores; con citas de testigos y de artículos del código; con su inquisitiva y bárbara prosa.

La noticia de que en el juzgado aquél había una linda detenida, circuló en los demás con extraordinaria rapidez. Principiaron las visitas, los pretextos para verla de cerca, al través de la reja. Llegaban los curiosos, encandilados los ojos, la boca hecha agua, los comentarios de subido color; pero como los que primero llegaron, no eran sino subalternos, se salieron sin conocerla, contrariados por la despedida que les enderezó Holas entre risueño y severo, temeroso de que el juez se topara con esa colección de sabuesos:

—¿Andan Vds. en huelga, o los ha destituído el tribunal?

En cuanto quedaron solos los del juzgado, inauguraron su existencia oficinesca de todos los días. Cartera, su humor más endemoniado que de costumbre, y asistido del Comendador, en su juicio todavía, daba de trapazos en la papelera, en la carpeta y en las sillas; Ortegal, con su dulzura de víctima, se quitaba los puños postizos para no ensuciarlos con

el roce del pupitre; Narváez, dentro de su militar mutismo, colocó en su sitio la urna que sirve para el sorteo de jurados, y Holas, el secretario, acabó de dar entrada en su libro a los "partes" de la víspera. Por unos instantes, nadie habló. A poco, se escuchó en la calle el relevo de la guardia: la corneta que pregunta y la corneta que responde, las pisadas que se acercan, el aullar de los perros, las culatas de los fusiles hiriendo el empedrado, y los números truncos que gritan los soldados en diversos tonos, al pasarles lista:

—Uno!... cuatro!... diecisiete!... veintidós!...

Holas repartió los negocios: cinco a Cartera y a Ortegal seis, en virtud de su convenio de alternarse la labor; en el turno próximo tocaría a Ortegal un proceso menos, quien se limitó por lo pronto a recibir su faja de papeles, tranquilamente. No se apresuró a llamar a la mujer ésa, que traía alborotados los ánimos; cosió en cada expediente su portada amarilla, esmeró la letra en los encabezados, y pensando en sus dificultades económicas, en el probable embarazo de su mujer, dió suelta a su pluma, seguro de no equivocarse, sabiéndose de coro toda la parte estereotipada del oficio:

—"En la ciudad de México, etc."

El juez llegó a su hora, es decir, tarde; y al sonar el timbre para que el secretario fuera a darle cuenta de los asuntos nuevos, ya era sabedor de lo de la joven aprehendida.

—Conque ¿nos ha caído una beldad, compañero?

—Creo que sí, señor, repuso Holas sorprendido, aun no la llamamos.

—Y ¿por qué la consignaron?

—Pues parece que por homicidio.

—¡Ah, ah! replicó Mazo sin ocuparse más del incidente. Acordaron los chismes; fumaron su cigarrillo; comunicáronse pequeñeces, y al advertir la necesidad de ir por la tarde al hospital, a dar fe del cadáver con que fué consignada la joven, agregó el juez:

—Vaya Vd. en mi lugar, compañero, ya sabe que detesto esas visitas.

Volvió Holas a la secretaría, con el acuerdo a cuestas, y se la halló con gente. Los testigos de cargo y de descargo, encogidos los ademanes y el mirar receloso, consultábanse antes de contestar, en verdadera francmasonería con los reos, que, del otro lado de la reja, los contemplaban sumidos en mal disimulada inquietud. Los gendarmes aprehensores, muy cepillados y muy tiesos, el kepí bajo del brazo, ratificaban sus declaraciones, las firmaban inclinados, con cierto embarazo en los movimientos, y unas rúbricas inextricables y dilatadas; superiores a testigos y reos, dignos con los escribientes, y despidiéndose a la manera de los soldados:

—Con permiso de Vd. me retiro.

En la reja, los aprehendidos de la víspera aparecían de dos en dos, acentuados los rastros de la borrachera o del miedo, un miedo que varía en consonancia a la magnitud del delito; declarándose sordos, ciegos y distantes del suceso; a lo sumo lo presenciaron mal y de lejos, al salir de su trabajo y encaminarse a sus casas como honrados y pacíficos ciudadanos. Tratan de reír, simulando inocentes a los que se les da una broma, pero que confían en su misma inocencia para salir avantes del atolladero. Y conforme los datos se acumulan y las pruebas esclarecen el nublado; conforme tropiezan en sus propios embus-

tes, cámbiales la fisonomía, el tono de la voz; disputan la confesión absoluta, palmo a palmo y detalle a detalle, ni más ni menos que fieras acosadas, convencidos de que una palabra puede acarrearles el agravamiento de la pena. Anhelan secretamente que la averiguación se enmarañe, y experimentan supersticiosa pavura por los amanuenses, que, escribiendo, escribiendo, les sacan la verdad y los desnudan por dentro.

Cartera empleaba el sistema del terror en sus explosiones atrabiliarias; los reñía con acritud, sus consejos se disfrazaban de denuestos. ¿Por qué no confesar? ¿No comprendían lo que se perjudicaban con sus tontas negativas y sus disculpas de idiotas?

—Aquí en el juzgado, sabemos ya cómo sucedió y lo que tú hiciste ¿vas a negar todavía, zopenco?

Los otros, tocaban los últimos resortes, desconcertados ante el aplomo de Cartera ¿de veras sabría todo?... Y se resistían a cantar de plano, a soltar prenda:

—Francamente, señor, le diré a Vd....

—A mí no me embaucas tú, prorrumpía Cartera frenético, o sueltas la verdad y tu castigo se disminuye, o escribo ahora mismo tu sarta de mentiras, y allá te las hayas.

La mayoría de las veces, triunfaba; sus reos se delataban con intermitencias, cual si él les provocara un hipo involuntario, dejándose los criminales pormenores para el final, cuando suponían embellecido su delito con su burda retórica de brutos que roban y matan por falta de educación y sobra de pasiones.

Ortegal, no; ése los exhortaba dulcemente, con algo de la paciencia que ejercitan los ministros evangélicos en catequizar neófitos. En ocasiones, los lla-

maba "hijos," una resultante de su instintiva afectividad que ansiaba desbordarse en cualquier terreno. Unos le salían agradecidos; los más se crecían; otros le inventaban cuitas inverosímiles, de brocha gorda, para que apiadado de ellos, le hablara al juez en su favor.

—Pero, ¿no sabe Vd. que sobre los jueces se hallan las leyes y que de nada sirve hablar a aquéllos si ésta ha sido violada?

—¡Ah!... contestaban muy compungidos los reos, sin comprender jota de aquella monserga.

En cambio, los procesos que llevaba a término feliz, respiraban un aire de confidencia íntima, de desahogo casi inconsciente; como si Ortegal no inspirara miedos sino comunicativa simpatía, la que nos hace ser francos y confiar hasta los vagos arrepentimientos que nos sobrevienen a raíz de una falta. El juez, el terrible Mazo, reía de buena gana ante los procesos en que el sentimentalismo de Ortegal se traslucía más. Decididamente había errado la vocación; era un amoroso sin sospecharlo, por el placer de amar.

—¿No opina Vd.? decía al secretario, quien se volvía lenguas acerca del escribiente, tan perseguido de la mala suerte. Lo compadecían entrambos, filosofando respecto de la miseria, aunque con sus ribetes de egoísmo, de hombres con mejor sueldo y con superiores merecimientos. Lo que de Ortegal les llamaba más la atención, era lo severo de sus costumbres; jamás se unía a los compañeros en sus frecuentes correrías y francachelas; tampoco gustaba de copas ni de juegos, ni de nada de lo que semi endulza los acíbares de la existencia; lo que habría sido explicabilísimo, según Mazo, que de tarde en tarde permitíase comilonas y alegrías en tívolis y casinos.

—Con razón tiene tantos hijos.

Holas festejaba el chiste, por bien parecer, mas en el fondo aplaudía la conducta de Ortegal, por los puntos de contacto con la suya propia.

Y la mañana ésa, Ortegal parecía resuelto a no ocuparse de la bella delincuente: continuaba escribiendo en los demás negocios, con una estoica indiferencia hacia una carne de mujer que todos se perecían por mirar de cerca. Diríase de él que, adivinando los apetitos despiertos, complacíase en moralizarlos, en ponerles infranqueable coto: la reja y el interior todo de la cárcel, en que hierve una porción de alarmantes y anónimos rumores, equiparándola a un volcán en vísperas de cataclismo o a una caldera próxima a estallar.

Hasta dos abogados que pasaban por serios, uno de canas en la cabeza, y el otro de carruaje a la puerta, prolongaron su entrevista con el secretario, inquiriendo diversas trivialidades ajenas en lo absoluto a sus asuntos respectivos. Los expulsados de por la mañana, volvían a aventurar las narices, a poner rabioso a Cartera y risueño al Comendador, quien se relamía los labios, no tanto por la prisionera cuanto por los tequilas que principiaban a cosquillearle su cerebro indulgente de alcohólico manso. El escribiente del ministerio público, que la tarde anterior había recibido la consignación, autor de la noticia acerca de la belleza de la mujer, hacíase interesante en medio de un grupo estacionado en la calle, en la acera misma de la prisión, sin sombrero todos, la pluma tras la oreja, huídos de sus oficinas. No debía contarles nada, de veras, ¿qué diría el agente? Al cabo les sobrabá espacio de contemplarla a sus anchas, conforme disminuyeran los entusiasmos y los rigorismos del pri-

mer día. Sus interlocutores se enardecían ante las negativas, exigían en retrato completo, los pormenores ocultos ¿qué tal el pie? ¿y los ojos? ¿y la boca?... Estaba bueno el hombre con sus reservas y sus misterios ¿acaso la presa era parienta suya?... El más avisado le tocó en la llaga, declaró que se burlaba de ellos, que de fijo la hermosura no valdría un comino.

—Quiere darnos gato por liebre, déjenlo con su secreto.

—Eso sí que no, exclamó el aludido, les juro que es tan linda, pero tanto, tanto, que cuando yo la ví, ganas me dieron de arrodillarme y adorarla, palabra de honor!

El juez, a las doce, despidióse con su ronco y acostumbrado: "hasta mañana, señores;" y a los pocos minutos subió Berón, el agente, a aguardar a que Holas cerrara, para marcharse juntos.

—¿Y la muchacha? preguntó al entrar.

—¿Crees que ya no la recordaba? dijo el secretario, que desde las 9 ardía en deseos de verla; ¿por qué no la llama Vd., señor Ortegal?

—En seguida, señor, contestó éste, escribiendo el nombre de la acusada, en un papel, y tirando del mugroso cordón de la campanilla.

El voceador, o "boquetero," según la terminología de la prisión, adelantó una cabeza de cuento de aparecidos, alargó una mano idéntica a un racimo de nervios vellosos y negros, tomó el papel, y cuando la puerta se cerraba, debilitado por el espesor del muro oyóse el nombre de la prisionera y el eco que lúgubremente lo repetía en los abovedados tránsitos del antiguo claustro:

—¡Clotilde Granada!... ¡al juzgado!!

Y salió ésta. Tan bella era en efecto, que todos,

hasta el indiferente Ortegal, sintiéronse un punto sobrecogidos de admiración... No despegaron los labios, en muda y momentánea idolatría ante esa mujer que surgía en la reja, como una aparición avasalladora y soberana. Su belleza, sin embargo, no era la belleza griega, la de las líneas puras y las curvas ideales, no; era una belleza mucho más humana, terrenal y provocativa; con defectos que simulaban caricias, con miradas de incendio y conjunto de tentación y de peligro. Una de esas bellezas, que, al encontrárnoslas por la calle, nos detienen y las miramos extasiados, con vibraciones de hondo deseo y de honda gratitud hacia la vida, potente e infinita, que puede hacernos el don de una criatura semejante.

Nadie rompía el silencio, sino que después del estupor primero, fingió cada cual hallarse distraído con otra cosa, avergonzados recíprocamente de haberse mostrado su masculina debilidad. Sólo el Comendador no fingía, permaneció absorto, soñando quién sabe qué imposibles y sin desviar sus ojitos húmedos de borracho.

Ella, Clotilde, de veras impresionada, no apreciaba exactamente la actitud de aquellos señores; una pudorosa mortificación encogía sus movimientos, y su rostro, que mal cubría un paño negro, veíase pálido, con marcadas ojeras de insomnio y llanto, cual si la prisión, con su aliento criminal y fétido, para siempre la hubiera maculado en una noche que la guardó en su seno.

—Comience Vd., señor Ortegal, pudo al fin articular el secretario.

Ortegal comenzó, sereno el ánimo, su ilusión de un instante desvanecida y lejos; firme el pulso y el interrogatorio listo. Los demás se retiraron, por dis-

creción, y el secretario y el agente, encendido el rostro, graves, fuéronse a la pieza del juez; Cartera brindó un cigarro al Comendador, y Narváez, en su manía de trabajo, revisó periódicos. La delincuente y Ortegal, quedaron, pues, en un relativo aislamiento, y éste bajó la voz por instintiva delicadeza, para formular sus preguntas.

—Voy a leer a Vd. lo que declaró en la comisaría, para ver si está Vd. conforme o desea enmendar algo.

—Sí, señor, murmuró Clotilde, apoyando la frente en las manos y los codos en el segundo travesaño de la reja, entre dos barrotes.

La tal declaración resultó muy larga y muy mal escrita, llena de tachos y de enmendaturas; el delito de homicidio torpemente escondido tras los desiguales renglones. Clotilde, con el arma en la mano, estupefacta al pronto; llorando y negando luego. A la vez el llavero y los criados del hotel, delatando el trágico suceso, las carreras y gritos, el cuarto cerrado con llave, la agonía del viajero oyéndose al través de maderas y vidrios; la señora pidiendo un médico, y, en su lugar, el arribo del inspector y de dos gendarmes, avisados por el llavero. Contestes los declarantes en haber visto un hombre muerto bajo revueltos cobertores y sábanas, y a la señora, a medio vestir, abrazada al cadáver. Después, la certificación firmada del médico: muerte casi instantánea por herida de bala, penetrante de pecho, tantos centímetros, interesados éstos y aquellos órganos.

Según Ortegal avanzaba, sacudía a Clotilde un llanto convulsivo, sin estrépito; la mirada fija en un punto del espacio, cual si el horroroso cuadro se reconstruyera con la lectura.

—¿Tiene usted algo que agregar? preguntó Ortegal severo.

—Nada, señor, le replicó Clotilde entre sollozos.

—¿Quién era la persona muerta?

—Era... era mi amante, señor!

—¿Por qué lo mató Vd.?

—¡Yo, señor, matarlo yo!!

—¿Cómo explica Vd. entonces tantas casualidades: el cuarto cerrado y sin parecer la llave; los gritos de él; su frase última de "no quiero morir" que todos los testigos escucharon?

—¿Que, cómo las explico?... Pues, no sé, no me las explico todavía y creo que no me las explicaré nunca. La diré a Vd. todo, lo que sé, lo que me sospecho, lo que me figuro... y Vds. lo arreglarán como les plazca, pero por Dios santo, por lo que quieran más, que me saquen de aquí o que me maten mejor...

De nuevo fijó la vista, allí, en su cerebro, adonde la cruel escena debía de atenacearla con sus dramáticos detalles; se reconcentró cobrando alientos para la confesión, y de pronto, estalló ésta, apretada y violenta, como río que se desborda e inunda.

—Verá Vd. dijo a Ortegal, que la esperaba pluma en ristre. Mas salieron las palabras tan amontonadas, tan echadas unas sobre otras, que a pesar de la práctica del amanuense, no pudo seguirlas y se prometió excesiva atención mental y un extracto fidelísimo. Mordió el cabo del portapluma; se apoyó en el respaldo de la silla y la dejó confesar, ora mirándola de arriba a abajo, ora cerrando los ojos e imaginándose a su modo el triste sucedido.

Sin que la misma Clotilde se diera cuenta de lo extravagante de su narración, se confesó quizá por una secreta necesidad de sincerarse ante Ortegal,

casi tan joven como ella, con síntomas de sufrimiento en la fisonomía, de pobreza en su pergeño y de piedad en los ojos, los que de vez en cuando posaba en los suyos, pero sin apetitos brutales. ¡Qué diferencia con los de los demás hombres, que venían mirándola desde el día de su aprehensión, concupiscentes y lascivos, despojándola hasta de las prendas íntimas que ni los amantes examinan! Por el contrario, Clotilde adivinaba en los ojos de Julio una dulce llama de simpatía y perdón, y se lo dijo todo, la historia de esa muerte y la historia de sus desventuras.

Era de Mazatlán, de veintidós años y de familia honesta; dos años antes, había conocido a Alberto en una tertulia, cuando a ella la cortejaban por jovencita y pura; él, recién llegado al puerto, como contador de la aduana marítima.

—¿Alberto, se llamaba el muerto? interrogó Ortegal, intentando escribir.

—Sí señor, Alberto Lagos, respondió Clotilde, y se hundió con más fuerza en sus recuerdos. Alberto, desde luego, le hizo la corte, una corte asidua que envidiaban las mamás y las niñas casaderas, por ver en el "mexicano" un buen partido. Pronto le correspondió Clotilde, porque pronto se enamoró de él; un amor que la absorbía, que la quemaba, que la hacía reconocer en Alberto al Mesías de su corazón, al hombre fuerte y bello con que sueñan todas las vírgenes en los momentos de inquietud de alma y de cuerpo, en que hasta las plegarias murmuradas anuncian en su armonioso secreteo, la proximidad de un prodigio y la realización de la vida. No parecía sino que ella hubiera estado esperándolo, por lo que, al acercársele él, al decirla "ven", Clotilde lo siguió sin vacilar y sin pudores, como quien sigue a su destino. Con la

anuencia de sus padres, se pactó la boda para muy pronto, y una noche, en la conversación que les permitían a solas, se hallaron entre los labios con el primer beso, y con el beso Clotilde se dió toda, ignorando cómo, agradeciéndole su desgracia por la incomparable felicidad que la tal desgracia le aportaba...

Ortegal, suspenso, no chistaba; no le ocurrió traer el romancesco discurso—que bien podía ser una hábil conseja fraguada de antemano—al estrecho carril de una declaración penal. Y en vez de reconvenir a la narradora, cual chiquillo que escucha un cuento de hadas, en cuanto Clotilde calló, él le dijo:

—¿Y después? ¿qué sucedió después?...

Pues lo que sucede siempre. Clotilde, encinta; desolada su madre, y su padre queriendo matar a Alberto. Cuando el escándalo fué público, sus padres la expulsaron del hogar, repartieron esquelas de defunción y vistieron luto, cual si ella hubiera muerto. Vivió con Alberto, el que nunca dejó de tratarla con los respetos y consideraciones debidos a la mujer legítima. Luego, las angustias, el remordimiento por el pesar causado—y no por lo que llamaban su caída, pues amar a Alberto la elevaba—mataron a su hijo y ella se enamoró más de su amante...

—¿Dice Vd. que no se consideraba caída ni manchada? le preguntó Ortegal en el colmo del espanto, frente a moral tan distinta de la que él observaba desde pequeño.

—Sí, señor, eso digo; digo que el amor mío no me manchaba!

—Dése Vd. prisa para concluir su relato, agregó Ortegal muy mal impresionado con la salida aquella, calificada de desfachatez y desvergüenza dentro de su mezquino criterio de burgués sin pasiones.

—Por desgracia, falta poco, replicó Clotilde. Y continuó contando cómo una tarde Alberto regresó agitadísimo de la aduana, ordenándole que alistara los baúles porque salían de viaje, un viaje incierto, indefinido, a países extranjeros o a la ciudad de México, pues pesaba sobre él una maquinación contra su vida y su honra, que era forzoso esclarecer. La encareció también un sigilo absoluto, y, como quien se fuga, emprendieron a caballo la marcha, en la alta noche, el cielo estrellado, y el mar, a sus espaldas, despidiéndolos con sus tumbos sonoros y majestuosos... Una penosísima caminata; desandaban en ocasiones lo andado de la víspera, y en ocasiones hacían alto en los *jacales* apartados, los que se esconden a la falda de los cerros o tras los tupidos boscajes que se retratan en los ríos. Poco preguntaba Clotilde, pues igual le resultaba ir hacia el Norte que ir hacia el Sur; con tal de no perder a Alberto, de no perder su cariño, érale indiferente el resto. A veces sí le decía, por juego, que parecían bandidos, él reía, llamábala "loca", la acariciaba susurrándole:

—"¡Pobrecita! ¡Qué buena eres y cuánto te adoro!"... ¿Qué más iba yo a pedir?

Conforme se alejaban del Estado de Sinaloa y penetraban en otros Estados, desaparecían las precauciones, paraban en los hoteles y comían en las fondas, delante del mundo entero, como dos recién casados, y en Guanajuato o Querétaro, atreviéronse a pisar un teatro. En México, se instalaron en el hotel de San Agustín, en el primer piso, un cuarto exterior y con balcón. Alberto decía, que entre los importantes y varios negocios por ventilar, era el preferente realizar su retardado matrimonio.

—Repetíamelo sin cesar: "Quiero que a nuestra

" pronta vuelta a Mazatlán, nos perdone tu padre y " tú ocupes de nuevo el puesto social que te arreba- " té"; y en nuestras charlas solitarias, se complacía en esbozarme proyectos de ventura próxima e inacabable. ¿Sospecha Vd. todavía que a un hombre así yo lo matara?...

—Bueno, bueno, adelante; hasta ahora no he sacado en limpio sino que Vds. se querían, y también los que quieren matan...

—A partir de nuestra instalación aquí, en México, Alberto sólo salía de noche, al obscurecer, y regresaba muy tarde, nunca contento, nervioso, mal humorado. Por más esfuerzos míos, no supe jamás a dónde iba...

—Pues dado el afecto que le consagraba a Vd. ese señor, prorrumpió Ortegal, no comprende uno semejante desconfianza....

—¿Verdad, señor? Yo se lo reprochaba, y sus reservas me engendraron celos que le manifesté, que agriaron nuestros amores.

Desesperábala el que Alberto no le explicara el empleo de sus noches, sus misteriosas tardanzas, y se salió tras él, sola, ignorando México; temblando con la luz delatora de los focos, con las miradas que le arrojaban encima y que la desmoralizaban cual si fueran otros tantos malhechores; temblando sobre todo con los bruscos y rápidos contactos de los transeúntes. Alcanzó unos portales iluminados y una gran plaza llena de tranvías, de carruajes, de gente, de gritos y se volvió al hotel palpitante y llorosa, flaqueándole las piernas, perseguida por incomprensibles peligros.... A las pocas noches, la catástrofe.... Y se llevó la mano a los ojos, como para no ver el drama que la horrorizaba, mientras Narváez descabezaba

un sueño en su rincón y de la pieza vecina aparecieron el secretario y el agente. Ortegal pensativo, apenas si se fijó en el recado que le soplaba el Comendador al oído:

—Dice Cartera que le eche Vd. un nudo a este hilo; que ya dió la una y debemos largarnos a nuestras casas.

—Esa noche, continuó Clotilde, sin percatarse de bajar la voz, como presa de un acceso de sonambulismo, esa noche quiso Alberto que me acostara yo más temprano que de ordinario... estaba yo medrosa... un miedo de criatura, por los crujidos de los muebles, por el trote de los camareros en los pasillos, por las sombras que dibujaba la lámpara... por todo. Temí que Alberto se marchara dejándome dormida, y le rogué que no lo hiciera; "¿de veras me juras que no te vas?"... "Te lo juro; acuéstate tranquila, anda, y no tengas miedo"... Lo que no tenía era sueño, y nada más por complacerlo me acosté en el acto. Lo ví casi inmóvil durante un buen rato, sentado junto a la mesa, medio envuelto en las nubes de humo de su cigarro. En la palma de la mano apoyaba su frente, que me parecía de marfil por la luz del petróleo y por mi fijeza... Me dormí al fin, y dormiría... no sé... dos horas tal vez... al cabo de ellas, y en ese estado que no es vigilia ni sueño, vi que él se acostaba, a la llama escasísima de nuestra veladora,... sentí un beso, el que todas las noches depositaba en mi frente, muy suave, para no despertarme... Medio dormida, díjele la frase que era nuestra despedida diaria y nuestro diario saludo. "¿me quieres mucho?"... "Mucho, pero mucho" me contestó, y allá como en sueños, me pareció oír: "¡perdóname!"... Seguí durmiendo, y de pronto, ¡ah, señor!... clamó

Clotilde asiéndose a la reja, pálida y desencajada, me despertaron una llamarada vivísima, que me abrasó a su paso, y una denotación más fuerte aún que me dejó sin respirar, helado el cuerpo y muy débil el corazón, como si se me escondiera en el fondo del pecho... A tientas, extendida la mano, tropecé con la pistola, que oprimí para deshacerla... me incorporé... toqué a Alberto que se quejaba mucho y me decía: "¡perdóname... perdóname... dime que me perdonas!"... Salté a la alfombra, y a gritos, loca, casi desnuda, pedí médico, un padre, socorro, en tanto que Alberto se revolcaba y gritaba también que no quería morir... nadie llegaba, señor, nadie abría la puerta... la veladora misma oscilaba como si fuera a apagarse... como si no quisiera iluminarnos... De repente, un gran estruendo en el corredor; forcejeos con la puerta; crujir de vidrios despedazados... y entraron muchas personas... y hubo luz... y yo me abracé a mi Alberto, que no se movía más... que se me había ido... que no me querrá ya... nunca... nunca!!...

La bella prisionera, más bella con su desesperación y su dolor, dobló la cabeza que fué a golpear contra los sucios barrotes de hierro, y se quedó muda, inmóvil, haciendo un enorme bulto negro; los cabellos sueltos, saliéndose de la reja, cual ansiosos de libertad. Ortegal, de un brinco, se le acercó para detenerla, mientras apiñados junto a la propia reja, Holas, el agente, Cartera y los dos comisarios, por su actitud, no simulaban empleados del ramo penal, sino deudos de la presunta asesina y copartícipes sinceros de su inmensa pena.

El agente pudo el primero dominar su emoción, y

volviéndose al secretario díjole en baja voz, las durezas de su cargo en el semblante:

—Ahí tienes a una artista.

—Será, contestó Holas, pero convén entonces en que es una artista muy inteligente.

Ortegal, que nada había escrito de la singular declaración, se lo indicó al secretario, quien, en vez de reconvenirlo, alzó los hombros, hizo observar que iba a ser la 1 y ½, y que el estado de "esa pobre", merecía alguna consideración.

—Deje Vd. eso para mañana; quizá amplíe o rectifique. Mande Vd. que se retire y vámonos a comer, pues hay que estar listos temprano, es tarde de hospital.

—¿Sigue incomunicada? inquirió Ortegal.

—Hombre... exclamó Holas vacilante, y para quitarse responsabilidades, se volvió a Berón, ¿qué opinas tú, Alfredo?

—Que la comuniquen, pobre, ya cantó. No vaya a darle algo sola.

—Oiga Vd., dijo Ortegal tirando de la campanilla y tocando ligeramente un hombro de Clotilde, puede Vd. retirarse y queda comunicada.

Desapareció Clotilde, y el "boquetero" al codearla, chasqueó la lengua y corrió cerrojos.

Los empleados, en la esquina se separaron. Y el tranvía que conduce a jueces, secretarios, defensores y agentes que se cambian periódicos, anécdotas sobre los reos y artículos de códigos, el tranvía partió en su viaje de 1 y 3|4, "el viaje de los penales", que arman una algarabía de dos mil demonios.

———*———

III

De ordinario eran cortas y silenciosas las comidas de los Ortegal; después de tanto tiempo de casados y de pobres, no tenían ni mucho que comer ni mucho que decirse. Los muchachos, sin embargo, en número de seis—el primero de unos once o doce años y el último de pocos meses, turbulento y mamón—encargábanse de suplir el silencio de sus padres, con vociferaciones y mutuas riñas capaces de desesperar a Job en persona. Precisamente el ruido de los herederos suprimía los escasos discursos de los cónyuges, quienes a lo sumo, largaban un cachete al más próximo:

—¿Nos dejarán comer?...

Y por unos instantes, se aquietaba la tropa aquella; lloraba el golpeado, amenazando al verdadero culpable o cubriéndose el rostro con brazos y manos, que despiadadamente se lo ensuciaban, para reanudar a poco, unos y otros, su incansable tarea de desesperar progenitores, verter salsas, decirse improperios y arrojarse monstruos pequeños de miga de pan, ennegrecida con sus dedos sin lavar, de artistas incipientes.

En los interregnos de quietud, se oían las pisadas de la única sirvienta que atendía a la familia, mezcladas a sus desaprobatorios gruñidos; unos gruñidos

roncos, de garganta sin salud, y unas pisadas de sonido especial, el que producen pies descalzos al rozar un piso de ladrillos. Las veces únicas en que el silencio reinaba, era cuando Julio poníase a narrar los crímenes que se desenmascaraban en el juzgado; entonces sí que ni quien chistara. Los muchachos se juntaban, atemorizados y mudos, formándose extraños juicios acerca de la maldad humana; la criada suspendía el servicio, ansiosa de saberlo todo, con la enfermiza curiosidad que por los grandes delitos y sus consecuencias, experimenta la gente ordinaria, y la señora lloraba en los pormenores crueles, cerraba los ojos ante los ríos de sangre derramados en el mantel por su marido, y que según ella, escurríanse en los innúmeros agujeros de aquél, para esperarla en el dormitorio y no dejarla dormir sino en medio de pesadillas espantosas y muy abrazada a Julio. El único que reía era Jacobito, el chiquitín, con un desdén soberbio por tantos horrores y tanta muerte; retozaba con la entreabierta camisa de la madre, y daba de manazos a la mesa, juguetón el mirar, lleno de vida; su boquita roja, como fruta madura, sin dientes aún, pero ya con sonrisa de porvenir y dicha.

Ortegal se crecía con el recogimiento de la familia y cargaba un poco la mano en los detalles efectistas; repetía frases truncas de los abogados y finales retumbantes de los que suenan a música militar. Echábaselas de despreocupado y de sabio, en virtud del universal afán de pasar por espíritu superior delante de los que no nos entienden y no pueden desmentirnos. Para callarlo, se necesitaba del llanto de los chicos, asustados realmente, o de las súplicas de Carmen:

—¡Jesús, María y José!... Julio, por Dios, ya no nos cuentes nada.

La noche anterior, a la hora de la cena que Ortegal hizo en mangas de camisa, mientras secaban su saco en el brasero de la cocina, le comunicó a Carmen la aprehensión de Clotilde; fastidiado de que el negocio le tocara a él.

—Dicen que la mujer es preciosa y el asunto de "títere"; ¡figúrate qué barbaridad!

—¿Por qué no se lo cambias a Cartera?

—Porque ya sabes lo egoistón que es; ni pienses que acepte.

—Y ¿de qué la acusan?

—De una friolera, de haber muerto a su querido.

—Ah, entonces será alguna sin vergüenza...

—Pues por supuesto ¿qué otra cosa había de ser?

Y no se ocuparon más de la cuestión, por lo que al día siguiente, cuando después de comer manifestó Julio que iba al hospital a dar fe del matado por Clotilde, Carmen recordó el cuento y se informó por no dejar:

—De veras ¿qué ha sucedido con la mujer ésa?

—Nada, declaró esta mañana. Pero si vieras qué declaración tan rara... hasta el secretario y el agente se conmovieron.

—¡El secretario y el agente! dijo Carmen estupefacta, pues como no conocía a tales señorones sino por los retratos hablados de Ortegal, imaginábaselos diversos del resto de los mortales; tallados en roca, inconmovibles, teniendo en el sitio del corazón las balanzas de la justicia y la acerada cuchilla de la ley.—¿Pues qué declaró?

—Muchas cosas y muy tristes, no creas, quién sabe si no sea criminal.

—¿La matarán, tú?

—Tonta; en México no se aplica a las mujeres la pena de muerte. La condenarán, si acaso, a muchos años de prisión, eso sí.

El mayor de los hijos de Ortegal, que ya salía a compras, se acercó a Carmen, y empinado sobre la punta de los pies, le preguntó a media voz:

—¿Voy a comprar el puro de mi papá?

Esto del puro, era una delicada historia. Ortegal fumaba cigarros de papel, por su baratura, y aunque prefiriera los de tabaco puro; mas desde que un médico le recomendó que no penetrara en las salas de enfermos ni menos en el anfiteatro sin un puro encendido, a fin de disminuir las probabilidades de un contagio, convinieron Julio y Carmen en sacrificar los seis centavos del gasto de la casa. Si éste se hallaba muy anémico, Julio renunciaba al tranvía y emprendía a pie la caminata, unas treinta calles que cruzaba encantado con el humo azul del tabaco, humo aspirado con delicia de conocedor, que se le enroscaba en el bigote y le esfumaba su miseria y sus penas.

Aquella tarde, antes de sonar las tres, presentóse Julio, de puro, en la plaza en que se yergue el hospital. Es una plaza escueta, de tierra calcinada, y calcinada también la escasísima hierba que se arrastra en su superficie. En las afueras del establecimiento, un mundo de mujeres y niños del pueblo esperan la hora de la visita, la campana que les concede la entrada libre. Julio no paró hasta la comisaría:

—¿Llegó ya mi secretario?

—Todavía no, sentarse y descansar. ¿Muchos negocios?...

—No, una declaración en la sala de "reencargados" y una fe de cadáver en el anfiteatro. ¿Hay bastantes muertos?

—Creo que son nueve, pero cinco de tifo.

Se estremeció Ortegal de sólo oír mencionar la enfermedad terrible; con la convicción de que el mejor día lo pillaba, allí, en sus dominios, y no se lo quitaba ni el arzobispo. En éstas llamó la campana a los parientes de los enfermos, y principió el desfile en masa, con llanto de chiquillos y sollozos de madre, ruido de pies desnudos y de conversaciones sofocadas, auras de la calle y de falta de aseo; un anhelo inmenso de avanzar, de ir a palpar al enfermo amado. Toda una procesión de lágrimas, de congojas y de esperanzas, que iba derramándose poco à poco, por salas, escaleras, corredores y patios.

Holas entró detrás; había perdido un tranvía y deseaba terminar pronto.

—Vamos, señor Ortegal, comenzaremos con el herido.

Llegaron sin hablar a la sala número 13, la que guarda a los heridos criminales, así estén sentenciados a muerte. Una sala, según el dicho de un defensor de nota, en la que la ciencia despliega todo su humanitario poderío por devolver salud y fuerza a sus miserables ocupantes, y una vez logradas, al declarar el médico que el herido ha sanado, que puede vivir, la ley le clava sus garras, y si no hay amparo, conmutación de pena o indulto, mata al recién curado, como si sólo esperara la cura para satisfacer las exigencias de la sociedad honrada!...

Preguntó Holas a Ortegal si recordaba esta filípica, con la que su autor remató su defensa en un jura-

do memorable. Y Ortegal, que se la sabía de coro, la aplaudió, detestaba la irónica crueldad de la sala.

A diferencia de las demás del plantel, hay en el ingreso de ésta, un par de centinelas y una potente verja; en el interior, las altas ventanas, dan a un terreno medio campo y medio baldío, por las que entran el aire, la luz y unos pedazos de sol poniente, ofrecen asimismo pesadas rejas. La mesita del "mayor" de la sala, al fondo, sustenta los codos de éste, los de un sargento, hilas, redomas y recado de escribir; separando algunas camas, otros tantos centinelas que se aburren de aspirar desinfectantes, de oír lamentos y de presenciar tajos quirúrgicos. Unicamente los dos enfermeros van y vienen como si tal cosa, encasquetada la gorra, sonrientes, llegándose a monstruos y asesinos sin la menor desconfianza, antes sirviéndoles de correos y telégrafos, soplándoles la anhelada respuesta, el monosílabo enigmático, diestra y rápidamente, so pretexto de componer la curación o de subir el arrugado embozo de las sábanas.

El "mayor", los enfermeros y el sargento saludaron respetuosamente al secretario y a Ortegal; los heridos se incorporaban para averiguar con quién se efectuaría la diligencia, mientras sus familias se pegaban a las camas, y todos ansiaban que aquello terminara pronto.

En la cama núm. 4, se llevó a cabo la visita. Reposaba en ella un corpulento individuo, como de cuarenta años, de barba crecida, y en la cabeza, un vendaje que simulaba de lejos, el casco de cartón de un comparsa de teatro pobre. Su mujer hablábale de prisa, al oído, con los codos sobre la almohada, en tanto que el hijo de ambos, se entretenía en volver a colocar bajo las curvas de la venda, los indómitos mecho-

nes del pelo de su padre, quien, en pago, acariciaba al mocoso de cuando en cuando con una manaza colosal, que en seguida escondía entre las ropas, cual si lo avergonzaran su tamaño y los homicidios perpetrados con ella.

Holas en pie y Ortegal al borde de la cama escribiendo como médico, practicaron su diligencia que resultó infructuosa, pues era el reo de los de moral recia; de los que niegan aunque la verdad los deslumbre; de los que no contestan sino una palabra:

—Yo no he sido...

Impacientóse Holas, ¿no comprendía que podían fusilarlo? ¿que se perdía con semejante obstinación?

—Pues yo no he sido... murmuraba el otro sin pestañear, sin variar siquiera el tono de la respuesta.

Dióse por terminado el acto, en vista de que nada se adelantaba con proseguirlo, y la mujer del preso, demudada al oír lo del fusilamiento, cayó sobre su marido empapándole en lágrimas la cara, suplicándole que dijera la verdad.

—Dila, Apolonio, dila, a ver si Dios nos salva!

Contempló Apolonio a su hijito, y por toda contestación lanzó a su mujer un rayo más que mirada; una mirada de macho primitivo, que manda en sus gentes como en cosas inanimadas, y todo lo sacrifica en aras de su fama de bravo; que mata y muere sin remordimiento ni quejas, por satisfacer sus instintos de hombre de las selvas que no se acomoda a nuestras alambicadas civilizaciones. La mujer, enjugándose el llanto, recogió su criatura, y sumisa, muy sumisa, se inclinó:

—¿Te traigo algo en la otra visita?

—Sí, tráeme al muchacho; y vende o empeña mi sombrero plateado.

Por su parte, Holas y Ortegal mandaron prevenir al "muertero", es decir, al que cuida del anfiteatro; el que recibe y despacha muertos; el que los cose, lava y acicala después de las autopsias, y remozados los devuelve a los deudos, previa gratificación. Era el tal, como todos los que desempeñan espeluznantes oficios, de carácter bonachón y jovial, de ejemplar conducta y de ningún aseo. Armado de un manojo de llaves, echóse a caminar por delante, con festejos de falderillo; cruzaron puertas enrejadas, de candado; corredores húmedos, de piso musgoso y desconchados muros, y desembocaron en el jardín, un jardín bastante maltrecho, unos cuantos eucaliptus, y en un ángulo, remedos de hortaliza yendo a pegarse a los recintos de la sala de autopsias, pintada de blanco y con ventanas de medio punto. El anfiteatro se levanta aislado, en el centro, con sus paredes de alambre tejido para que el aire lo ventile y millones de moscas zumbando desesperadas, no entren a saciar sus apetitos en aquel montón de carne muerta y en aquellas heridas repugnantes que ya jamás cicatrizarán; por mucho que las exciten los errabundos hedores que se adhieren a los árboles y envenenan a las pocas flores que por ahí han nacido. El interior, siniestro, más largo que ancho; de una sola pared de ladrillos, la del fondo, y arrancando de su tercera parte una plancha en declive, de mampostería y tres metros de longitud, que viene a quedar a una vara del suelo y que presenta un grueso reborde convexo. Encima de la plancha, lisa de suyo, y más lisa aún por la sangre coagulada y por el peso de tanto cuerpo inmóvil, descansan los cadáveres, de espaldas, deteniéndose por sus propios pies apoyados en el reborde de la plancha, la que por su misma in-

clinación permite contemplarlos íntegros, de una sola mirada, que fatalmente se fija en ellos, a causa del secreto y poderoso imán que los muertos ejercen sobre los vivos.

Y mientras el "muertero" les abría la puerta, casi con orgullos de amo de casa, Ortegal encendió su puro y Holas destapó un frasco con amoníaco, que disimuladamente se llevaba a las narices. Los nueve cadáveres anunciados, a regular distancia uno de otro, reposaban desnudos; los cinco de tifo, con las manchas negras de la enfermedad diseminadas en la piel, cerrados los ojos, en cruz los brazos, con la majestuosa paz que imprime la muerte cuando no sorprende de manera violenta. En cambio, los cuatro restantes presentaban diversas actitudes; un ahogado, descubierto en una acequia, estaba hecho un monstruo, ventrudo, amoratado, el cabello y la barba como con barniz; otro, muerto a puñaladas, con dos aberturas enormes en el pecho y en el estómago, y el rostro contraído, adivinándose la blasfemia, el último insulto y la última maldición cristalizada en la garganta, atajada por su matador, las pupilas garzas, mirando por entre las pestañas algo sobrehumano, lo que sólo al morir se mira. El otro, aplastado por un carro, carecía de expresión, cráneo y tórax deshechos por las ruedas del vehículo, las que al triturarlo le dejaron unas huellas rectas, inflexibles, despiadadas, de instrumento ciego y fuerte, que lo mismo da el pan a una familia que destroza lo que se le atraviesa en su camino de bruto sin entrañas ni responsabilidades.

El cuerpo de Alberto Lagos, en uno de los rincones de la plancha, a la izquierda, contrastaba por su blancura con los de sus vecinos de lecho, todos cobrizos, de gente pobre y trabajadora, de desheredados

que cruzan la existencia sin que se les sienta entrar ni se les sienta partir, los soldados rasos de la vida!

Debió Arturo ser un guapo mozo; alto, de buenas carnes, anchas las espaldas y levantado el pecho, castaños el bigote y el cabello, y los ojos desmesuradamente abiertos, con un mirar tristísimo, cual si se arrepintieran del suicidio o reprobaran el crimen que le había robado amores, ilusiones, esperanzas, todo el caudal con que ajustamos los treinta años, creyéndonos capitalistas de ventura... Su herida de bala tenía sonrosado el color y pequeños los labios. La vista de este cuerpo causó en Ortegal honda sensación; no podía substraerse, por más que lo intentaba, a la mirada triste de esos ojos abiertos que, como los de algunas pinturas, lo seguían, lo seguían siempre, proponiéndole amistades extra-terrenas desde allá, la región aquella en que hemos de parar todos.

—Es extraordinario, exclamó Holas, lo que siguen a uno los ojos de este muerto.

—Si yo ya no sé qué hacer para evitarlos, repuso Julio.

—¡Peuh! terció el "muertero", pues de éstos vienen muchos; se los cerraremos...

—No, no, volvió a decir Ortegal, déjelo Vd. tranquilo y vamos a medirlo.

—Lo que Vd. mande, le contestó el "muertero" trepándose a la plancha y apoyando las manos en donde caían. Con tropiezos y resbalones, se situó en cuclillas junto a la cabeza de Arturo, en la que recargó uno de los extremos de la cinta, mientras Julio con ascos de principiante, fijaba el otro en los pies del cadáver.

—¿Cuánto?... inquirió el secretario.

—Uno, ochenta.

—¿Un metro, ochenta? insistió antes de escribirlo.

—Sí, señor, un metro, ochenta.

—¡Bueno! Venga ahora la herida.

A la carrera, describiéronla entre los dos, empinándose para alcanzarla mejor; salpicada en el papel de vocablos vulgares y técnicos, los aprendidos en los informes médico-legales; y sin esperar al "muertero", saliéronse del anfiteatro.

—Lo convido a Vd. a café, Ortegal, me ha hecho daño la visita.

—¡Y a mí!...

—*Mieditis,* mi querido amigo, *mieditis* puro.

En los patios principales a nadie encontraron, fuera de un enfermero que corría hacia la farmacia y de algunos soldados que sacaban agua de la fuente. Había concluído la visita y el hospital entero hallábase sumido en profundo silencio; los grandes patios y corredores desiertos, respiraban sufrimiento y dolores, como si todas las miserias que en él se cobijan, en los cortos instantes que conceden de reposo, cansadas de hacer sufrir, comunicaran al edificio un tinte de melancolía honda e infinita!

¡Qué bella se les antojó la plaza, a pesar de su natural desamparo y de la mezquindad de los edificios que la circundan! Cogieron el tranvía para apresurar la fuga y arrojaron los autos a la banqueta desocupada, temerosos de que los infelices papeles los contagiaran de enfermedades y penas, o quién sabe si en venganza de la servidumbre que padecían por ellos.

Julio durmió mal, intranquilo y con pesadillas; la mirada del cadáver de Lagos teníala delante, siempre fija, siempre encargándole, según su acobardado ánimo, algo secreto y solemne, pero ¿qué?... En un

principio, cuando la preocupación le comenzó en el anfiteatro, culpó a los nervios, ¿pues no se sentía cobarde con el muerto ése, después de haber manoseado tantos que, repugnancias aparte, en vez de impresionarlo le servían para que él se las diera de valiente en la sobremesa de su casa?... Hasta se rió, luego, al tomar café con el secretario, a quien exageró la puerilidad.

—No piense Vd. en eso, hombre, pobre muerto.

Y lo que sucede; precisamente por el consejo y por sus esfuerzos personales, más se le clavaban los ojos aquellos, llegando la obsesión a obligarlo a reclamar en el tálamo, más próxima la vecindad de Carmen, aunque sin asomos de un pensamiento torcido.

—Arrímate, que te sienta yo junto a mí, estoy muy raro.

Carmen, sufrida y buena, sabiéndose sus deberes de memoria, escuchaba el cuento de los ojos, hasta que los suyos se cerraron de sueño. Sin embargo, consoló a Julio con una teoría de casa de vecindad, en la que caben y se pasean resucitados y duendes:

—No cerraba los ojos, porque murió sin confesión y te pide que lo entierren en sagrado...

Por mucho que Julio resultara un librepensador al lado de su mujer, el consuelo de ésta derrotó al insomnio. Recomendaría a la presa lo del entierro de su amante, como la Iglesia manda, y en efecto, se lo recomendó al día siguiente, en cuanto Clotilde apareció en la reja, sin el agrio gesto de quien se digna hablar con encarcelados, en compasivo tono:

—Vi ayer el cadáver del señor Lagos, en el hospital; sería bueno que comisionara Vd. a alguien pa-

ra que lo reclame después de la autopsia y se le dé sepultura.

—¡La autopsia! ¿Y qué es la autopsia? dijo Clotilde aterrada.

—¿La autopsia?... pues es... una operación que se hace a los que mueren así... vamos, a los que recoge la autoridad! contestó Julio sudando la gota gorda.

—¿A quién quiere Vd. que comisione, si a nadie conozco? replicó Clotilde llorosa. Sólo Vd., señor, sólo Vd. podría prestarme ese servicio...

—¡Yo, señora! clamó Julio sin reparar en el tratamiento que daba a la detenida, ¡qué atrocidad! ¿No ve Vd. que me quitarían el empleo?

—¡Por una obra de caridad!...

—Consulte Vd. con el señor secretario...

—¿Y si consiente él, Vd. acepta?

—Sí, entonces sí. Y por la vez primera, detúvose inadvertidamente en la contemplación de Clotilde.

La inusitada pretensión fué toda una empresa; consultóla el secretario con el juez, el juez con el agente y en acuerdo los tres, sin que sea maledicencia asegurar que la belleza de Clotilde influyó no poco, se accedió a su pedido, recomendándose que aunque la cosa nada tuviera de contraria a códigos y ordenanzas, valía más no publicarla y vigilar al charlatán del Comendador.

Estableciόse con esto un comienzo de amistad especialísima entre Clotilde y Julio, en la que éste llevaba la parte buena, la de protector y caritativo que no desdeña bajar al último nivel social, por amor al prójimo. Contaba, además, con una inmensa gratitud de la prisionera y con el aplauso de compañeros y jefes. Realizaba, en definitiva, una bonita acción:

—Pues,—palabras del juez,—suponiendo a Clotilde más inmaculada que la Virgen del cielo, era una inmaculada bastante comprometida, cuya inocencia iba a costar trabajillo el demostrarla.

Autorizado Julio, se aproximó a la reja, hablando alto y accionando largo. El señor secretario había conseguido el favor.

—Vd. me dirá qué cementerio prefiere y qué categoría elige.

Por la vigésima ocasión le declaró Clotilde que no conocía a México y que se fiaba a él.

—En cualquiera parte me es igual; un rincón de tierra a donde yo pueda ir a rezar.

Convinieron todos en el panteón de Dolores, tercera clase. El Comendador, sin conocerlo, votó por el panteón francés.

En cuanto a los gastos, Clotilde no sabía qué hacer; lo poco que poseía habíasele quedado en el hotel, y a esas fechas, debía parar en manos de la justicia. Acudir a Ortegal, ni lo pensó siquiera, que el pobre mozo a la legua acusaba una absoluta escasez de recursos. Además, en la alcaidía la despojaron de reloj y prendas menudas, el portamonedas, dos o tres anillos, asegurándole un reintegro por inventario para el día de su salida. Julio, ruborizado de no ofrecerle ayuda, púsose a revolver papeles, en espera de lo que Clotilde determinara. De pronto lo llamó ésta; desató una cadenilla de oro pendiente de su cuello, por bajo el vestido, sujetando un medallón antiguo, de esmalte negro y algunas piedras en el centro, en forma de corazón; una joya que, bien vendida, no produciría arriba de cincuenta pesos.

—Señor, dijo a Ortegal, sólo me queda este guardapelo, que era de mi madre; véndalo Vd., empéñe-

lo o haga lo que le parezca con él; si todavía falta, avísemelo Vd.

Tomó Julio la prenda, y por la primera vez en su vida, experimentó una compleja sensación, en la que se mezclaban un deleite soberano y un amargor dulcísimo, como de prohibido fruto que por prohibido nos enloquece. Llególe el medallón, tibio aun del seno de Clotilde, con un perfume tan débil y exquisito, que lo oprimió con ambas manos, cual si temiera que la prenda se le escapara o que el perfume aquel fuera a evaporársele. Para aspirarlo, dilató la nariz, y se quedó trémulo, convencido de que estaba ofendiendo a su esposa, únicamente con aspirar perfumes de mujer ajena, perfumes que olían a pecado tentador e irresistible. En un mal pensamiento, que le pasó por el cerebro a modo de relámpago, se figuró que nada más con el contacto de la alhaja, trasponía una muralla y que, por indirecta manera tocaba el carnal tesoro con trabajos aprisionado por el corpiño de Clotilde. Salió de su éxtasis porque ella le pedía una merced nueva.

—¿Quiere Vd. guardarme lo que contiene el medallón? Si yo lo guardo, corro riesgo de que aquí se pierda; no es más que un retrato de mi madre y un rizo del cabello de Alberto.

Julio accedió, ¿cómo negarse a semejante pequeñez? Y auxiliado de una navaja desprendió los objetos, a la vista de su dueña, y los mandó a confundirse en el fondo del pupitre, junto a expedientes, lápices y barras de lacre a medio quemar; entre una bola de cáñamo traspasada por dos o tres agujas, y los puños postizos que se miraban muy blancos en esa obscuridad de calabozo liliputiense.

—¿Puedo retirarme? preguntó Clotilde.

—Sí, retírese Vd., y el lunes le daré a Vd. cuenta del asunto.

Se despidieron con la mirada; y en el instante mismo en que Clotilde cruzaba el umbral de la puerta, entró un hombre, un preso cualquiera que la rozó con el codo. Julio amonestó al individuo:

—¿No ve Vd. que van a salir?

—Sí, señor, pero todos cabemos, replicó el descortés.

En su casa, contó Julio lo del medallón y del entierro, tratando inconscientemente de hacer nacer en el pecho de los suyos una gran conmiseración hacia la prisionera, ¿quién sabe si no sería culpable?; tenía cosas, que hasta él titubeaba, no obstante su olfato para descubrir criminales. Y al mostrarles el guardapelo, se le amotinaron; lo cogían, lo empañaron, marcáronle una porción de dedos; por lo que, cuando sin brillos lo examinó la criada, ésta dijo que era falso y de ningún valor.

—¡Un demonio! gruñó Julio. A ver, hija, dame mi sombrero ¡no faltaba más!...

Disparado y en línea recta se encaminó Ortegal a la casa de préstamos de su barrio, su íntima y antigua conocida, con sus dos puertas amplias y obstruídas por las prendas grandes: un ropero de luna, un lavabo americano, una cuna de latón. Sobre las puertas, la enseña monstruo: "Empeño y Bazar"; el mostrador, como barnizado por los brazos y prendas de los parroquianos; el techo, colgado de sillas de montar, de lámparas de alcoba y de comedor, de espadas militares, de guitarras, sombreros "jaranos", mantones y botas enormes, sus suelas marchitas ya; los anaqueles, atestados de una variedad de artículos con numeritos de papel, que oscilaban siniestros.

Los dependientes, en la faena, coloradotes, acentuando el acento español, despiadado y listo el mirar. Adherida al mostrador, una hilera de clientes defendiendo los centavos, implorando un real más y una crueldad menos.

—¿Está don Baldomero? preguntó Julio al entrar.

—Hola, don Julio, le contestaron a una los dependientes, está adentro, echando la siesta, ¿qué se ofrece?

—Nada; que me avalúen esto, y empeñarlo si me conviene.

—Venga, venga. Y entre ellos frotaban y abrían el medallón, probáronlo al agua fuerte, lo pesaron, y hablándose en voz baja abordaron a Julio:

—Quince duros, don Julio.

Ortegal respiró, la prenda era buena. Ahora la cuestión consistía en sacar lo más posible.

—Necesito mucho dinero, no me bastan los quince.

—¿Cuánto más necesita?... Despertaremos al patrón.

—Hasta cincuenta pesos.

—¿Qué cosa?... ¿Está Vd. loco? Ni vendida los vale. Y se reían de bonísima gana, como si se tratara de una broma para pasar el rato.

—Vaya, despierten a don Baldomero.

Apareció el patrón medio congestionado, caído el sombrero y con un puro recién encendido:

—Ni dormir lo dejan a uno, hombre, ¿qué hay?

—Una urgencia, don Baldomero; mande Vd. que me entreguen cincuenta pesos por este chisme.

Volvió el medallón a sufrir un minuciosa examen, y peso a peso, se cerró el negocio en treinta y cinco.

La tarde fué empleada en los preparativos y en

el entierro, que se llevó a cabo sin otros dolientes que Julio Ortegal: el extraño y el desconocido. Un entierro modestísimo, sin adornos el carro, untado de marmaja el ataúd.

Y el que había sido Alberto Lagos, quedóse sepultado en el cementerio de Dolores, en tercera clase, fosa número 2004, junto a un sauce llorón y a siete pies bajo la madre tierra.

———*———

IV

Los domingos, excepto los en que Julio estaba de turno, cambiaban su manera de vivir todos los Ortegal. En primer lugar, levantábanse más tarde que de costumbre amos y criada; ésta, quedaba autorizada para irse a la misa de las 8, dejando encerrada a la familia y sin preparar los desayunos. Los muchachos, sin lavado ni ropa limpia, esperaban la muda semanaria a solas en su cuarto, entregados a formidables juegos de su invención, que llevaban a cabo con las piernas y los pies desnudos, las faldas de las camisas en deshonestas y fantásticas curvas, los rizos de sus cabellos enmarañados y libres. Ponían a contribución los catres quejumbrosos y mutilados; las sábanas, zurcidas y sucias; las almohadas, llenas de costurones y de boquetes en continua hemorragia, una hemorragia rara, de puñados de lana negra mezclados con cerdas y con fragmentos de periódicos enrollados; el aguamanil cojo y en pie, gracias a clavos y alambre; y la palangana, la jarra, las bacinicas, todo, hasta los incompletos ladrillos del pavimento, todo tenía su misión en las travesuras de aquellos diablos sueltos.

Hacían corridas de toros, a su modo, claro, sobre que nunca presenciaron una verdadera; de oírlas narrar en la escuela municipal del barrio a sus condiscípulos íntimos, tan pobres como ellos, los hijos de ar-

tesanos y empleados insignificantes, y testigos alguna vez, desde los abrasadores tendidos de "Sol", de una legítima lid taurina, que después adornaban de mentiras y exageraciones. Excusado declarar que Ortegal el primogénito era el capitán; segundo el segundo, y los pequeños, por su obediencia extremada y aceptando diversos cometidos, eran toros, caballos de pica, mulas de arrastre y banda militar.

No bien oían el portazo de la criada al marcharse, cuando preparaban la plaza repartiéndose encargos. De puntillas, se llegaban a la vidriera del dormitorio paterno, del que en ocasiones salían los ronquidos de Ortegal y consorte, que se desquitaban de los seis madrugones de la semana, y en otras, ecos y misteriosos rumores que ponían graves a los chicos, hasta que Julito, el mayor, sonriendo con callejera malicia, los alejaba del peligro:

—Llamen a Bito, y largo de ahí...

Era Bito el último nacido, Jacobo de nombre, rollizo nene que aun andaba a gatas. El que debía llamarlo, arriesgaba la cabeza:

—Pst, Bito, Bito, sal, anda, que ya vamos a empezar. Y salía Bito, medio desnudo también, a gatas y riendo a sus hermanos, con su boquita sin dientes, entreabierta y de color de granada. Cerraban la vidriera; instalaban al mocoso, después de besarlo y magullarlo de lo lindo, dentro de uno de los catres, sin tablas ya ni colchón, y la corrida comenzaba, feroz, con muchos caballos muertos, muchas banderillas de recios alfileres, mutuas estocadas entre toro y torero, bastantes porrazos, berrinches de Bito, y por remate, la silueta de Julio Ortegal distribuyendo cachetes a diestra y siniestra, en camiseta y calzon-

cillos, los ojos hinchados de sueño y la boca contraída por la cólera:

—No tienen remedio ¡sin vergüenzas! a lavarse todo el mundo!...

Con empellones y lloriqueos destruían la plaza, soltaban a Bito, y los objetos volvían a su sitio, bajo la vigilancia de Julio y los gritos de Carmen vistiéndose a toda prisa:

—Ahora lo verán, indecentes, allá voy.

E iba en efecto y lavaba a los que todavía no se desempeñaban; los restregaba hasta dejarlos colorados y relucientes, en tanto que los grandecitos aguardaban sin chistar, cubiertos de sábanas, a que los mandaran a vaciar la jofaina y acarrearse sendas jarras de agua fría. Concluído el aseo de los muchachos, enviábaseles al patio y a los corredores, para que Ortegal pudiera afeitarse en calma ante un espejito suspendido del pasador de una vidriera. Después, al chocolate, en el comedor, con cierta escasez de panes y bizcochos; y luego, a la misa de las 10 en el templo más cercano, por grupos, Ortegal con los formales y Carmen con los turbulentos, menos Bito que se quedaba atado a la cama matrimonial, bajo la inmediata responsabilidad de la criada. Acatado el precepto, Ortegal con los dos herederos de mejor comportamiento en la semana, se iba al "centro", a dar un paseo por las calles principales; a oír una o más piezas de música en la Alameda, a la hora en que el parque se anima. Por supuesto, sin permitirse jamás el alquiler de sillas, sino a pie y andando hasta no descubrir vacíos en las bancas de piedra. Instalábase allí, y sus hijos corrían por los alrededores; desde allí veía a la gente endomingada y bulliciosa, con

la secreta rabia que nos origina la ajena dicha si la propia anda distante.

Ese domingo, Julio estaba más triste que de ordinario; con ganas de alcanzar un sitio mejor en el festín de la vida; reconociéndose derechos a ignorados goces, que instintivamente adivinaba en las risas que erraban sonando a ventura, en los perfumes de las señoras, en los retozos del sol con las intranquilas hojas de los árboles.

Veía a las señoras, de frente, sin los miedos de antaño, con no sé qué anormal osadía, como si deseara desquitarse en un minuto de los años perdidos cuando ni las codició siquiera, cuando fué casto de pensamiento y de cuerpo, cuando las suponía a enorme distancia de sus posibles. Alarmado con el cambio y para salvarse del peligro, buscó a sus hijos; con ellos volvería al hogar, con ellos volvería a su cotidiana existencia, un páramo de ambiciones y de anhelos, la que sobrellevaba con resignación de bestia de carga.

Los descubrió a duras penas, allá, en la mitad de un recinto alfombrado de césped y en libre usufructo de un juguete que los tenía deslumbrados: un carruajito flamante, barnizado, monísimo, del que tiraba una pareja de borregos recién lavados, sus blancos vellones en grata discordancia con el abrillantado charol de los arneses. Así, a lo lejos, el grupo resultaba conmovedor: el dueño, un chico elegante, accionaba con el látigo, en medio de sus amiguitos de ambos sexos, otros tantos primores de sombrero de paja, de rizos rubios y negros, de trajes lujosos, como los que Julio había visto en los figurines y cromos de los periódicos de modas; mientras sus hijos, encaramados en el pescante, con una rienda cada cual para compartir el ensueño e inmóviles para no disgus-

tar al propietario, parecían estatuas maltratadas y peor vestidas. Previo apostamiento de tres o cuatro muñecas de aquellas, que probablemente harían de estaciones, arrancó el coche siempre guiado por los Ortegal, a todo el galope de los borregos, entre cristalinas carcajadas de niños felices y alegre tintineo de cascabeles; escoltado por el dueño y sus amigos, por las niñeras y por los criados...

Sintió Julio que las piernas le flaqueaban y que el corazón le dolía, y se sentó de nuevo murmurando para sí:

—¡Pobrecitos, los dejaré que gocen!

Ya no vió mujeres; se vió por dentro y envidiaba a sus hijos, con una envidia enternecida y pura. Envidiaba el inofensivo socialismo de la niñez, en que lo mío es tuyo y todo de todos; en que lo mismo cambiamos los juguetes que los besos y las caricias que los golpes, para olvidarlo a poco, querernos más aún, y, con tal de jugar, jugar hasta con nuestras lágrimas y nuestras risas!... ¿Por qué variar cuando crecemos? seguía pensando Julio; ¿por qué ese odio eterno que distingue a la humanidad? Lo natural y llano sería que animara a los mortales todos una insaciable sed de amor infinito, inmenso, por el estilo del de la niñez, sin rencores ni desconfianzas, con indefinidos horizontes de bienaventuranza para las almas, sobre todo para las almas que sufren, como la suya había sufrido siempre... Y entrecerrando los ojos, agrandaba Julio su quimera de felicidad universal; arrullábasela la banda misma con un desfallecido vals que a él le llegaba en trozos, al compás del viento que haraganeaba en el follaje de los árboles y en ellos escondía las armonías mejores de la música.

—¿Sería otra mi suerte si no estuviera yo casado?...

Por dislocada asociación de ideas, surgió ante Julio la imagen de Clotilde, la homicida presunta, la que sólo pensaba en el amante muerto. ¿Qué hacía en su cerebro si él no la evocaba? ¿por qué atreverse a penetrar hasta aquellas reconditeces íntimas, en las que uno nada más es el absoluto soberano? Con el fin de expulsarla, apeló al vigilante supremo: el recuerdo de su esposa y de sus hijos; y todavía la otra, antes de salírsele tuvo tiempo y maña para estremecerlo, para hacerle sentir un mundo de sensaciones incomprensibles, nuevas, con su enlutado traje, sus ojos llorosos y las curvas encantadoras de su busto. Lo peor era, que en la rápida comparación mental que se le impuso, Clotilde ganaba a Carmen en belleza, en juventud, en elegancia, y Julio tuvo que auxiliar a su consorte, recordando sus virtudes, virtudes morales, ciertamente, pero que valían mucho más, por lo duraderas y comprobadas, que las que hubiera podido ofrecerle la asesina ésa.

—Asesina, sí señor, asesina, se repitió alto, cual si así justificara la aplicación del epíteto.

Concluía el paseo; la banda militar tocaba en el kiosko las "danzas" finales; madres y niñeras, recogían afanosas su infantil ganado; en la atmósfera, cruzábanse los adioses mudos de los novios, las risas de los satisfechos, las despedidas a gritos de los amigos; todo el murmullo ensordecedor de una reunión que se dispersa. De las afueras del Parque, se desprendían los carruajes particulares, las familias en sus interiores y saludándose unas a otras, en tanto que los caballos pateaban en el adoquinado con impaciencias de animales bien alimentados. Un globo de goma, escapado de sabe Dios qué manos, con letras

blancas, ascendía solitario y recto en la dorada diafanidad del aire.

Julio permanecía meditabundo y colérico contra sí propio, contra la intrusa, contra el mundo todo, quitando a su esposa, la valiente dueña del humilde hogar, sin coqueterías ni arrumacos, cual debe ser nuestra compañera, la que con nosotros comparte los nublados y los arcoiris de la existencia. El grito que soltó uno de sus hijos, a punto de naufragar en la fuente de la glorieta por intentar a mano limpia la pesca de un pez amarillo, hizo que Julio reparara en lo desierto de los jardines; había un gendarme sombreándose; los alquiladores de sillas, amontonando éstas, y dos dulceros que verificaban mutuo balance.

Resuelto Julio a cumplir con sus deberes, no riñó a los muchachos por sus tentativas de pesca, sino que los cogió de la mano, deseoso de afianzarse en su legítima paternidad, y les habló de su paseo en el cochecito, ¿se divirtieron? ¿habían sido convidados por el dueño? Los muchachos, que aún conservaban el dulce dejo del inolvidable juguete, se arrebataban la palabra, aumentaron pormenores y virtudes al carruaje, que salía de su nerviosa narración con contornos de quimera e inverosimilitudes de cuento de hadas.

—¿Si vieras, papá?...

Y volvían los mismos pormenores, la misma narración, como si al repetirlos y hacerlos interminables, repitieran el placer e hicieran interminable el prodigio. Julio, al escucharlos, se conceptuaba enteramente a salvo de la tentación; ¿quién lo vencería con armas semejantes y semejante escudo? Para cobrar más bríos, les apretaba la mano, reía con ellos, les exigía

más detalles, hasta les prometió algo parecido: un carrito de madera blanca y un solo borrego, más tarde, cuando mejorara de condición, y esbozó con la diestra un gesto vago, cual si anhelara abarcar un puñado de años malos, arrojarlos al suelo y desde luego cumplirles su promesa. Por ahuyentar los últimos escrúpulos, ocurriósele un pequeño despilfarro: regalar a su mujer en aquel día en que contra su voluntad había pecado de pensamiento; le compraría un peso de pasteles finos, en recuerdo de los que le compraba cuando novios. No previno a sus hijos sino que se coló de rondón en una pastelería francesa.

—¿Qué irá a hacer papá, tú?

—Irá a encender su cigarro.

Julio reapareció radiante, con el oloroso y abultado paquete oscilándole en una mano, como si titubeara entre permanecer en la pastelería o marcharse con ellos a alegrarles la casa y la comida. ¿Que, qué era eso? Nada, unos pasteles para su mamá y para ellos y para sus hermanos.

—¿Pasteles?... y ¿cómo son los pasteles, papacito?...

—Parecidos a los bizcochos que Vds. toman, pero mucho más buenos, ya verán.

Fué la comida una fiesta verdadera; los chicos aplaudieron, la criada alcanzó un pastel destrozado, y Carmen encontró en su polvorienta memoria de antigua casada, un beso de novia con el que premió la galantería. ¡Qué locura! gastarse un peso en golosinas.

—¿Cómo recordaste que me gustan tanto?

—Anda, mujer, no quedamos ni más pobres ni más ricos. ¿No sabes que yo te premiaría a cada instante, que no te mimo ni te hago feliz porque no

puedo? terminó Julio a trompicones, mordido de nuevo por la imagen de la prisionera.

Ahí la tenía, en su mismísima casa, delante de su esposa, y Ortegal abrazó a Carmen:

—Pero te quiero mucho, mucho, y tú lo sientes ¿verdad? no dudas de mi afecto...

—Hombre ¿qué te sucede? prorrumpió Carmen prosaicamente, sorprendida con el intempestivo arranque de su esposo, cuando por fortuna de éste, una batalla campal que libraban los muchachos debajo de la mesa, suspendió el coloquio. Pacificados los beligerantes, Julio, en mangas de camisa, se echó en la cama a dormir una siesta dominical y problemática, pues casi siempre era substituída con íntimas pláticas de Carmen y él. Decíanse entonces lo que debía ocultarse a los hijos; las pendientes soluciones de los asuntos domésticos; lo que adeudaban y lo que poseían en efectivo, en trastos y en papeletas de montepíos, y al llegar aquí, concluían diciéndose las cosas tristes de que hablan fatalmente las gentes pobres, todos los cristalizados anhelos y las defraudadas esperanzas que forman una especie de himno de la miseria.

La tarde aquella, Carmen estaba contenta, con aumento de fuerzas para la lucha, y Julio no, Julio se sentía muy acobardado.

—Verás, le dijo a Carmen entrecruzando sus dedos con los de ella, verás cómo nunca mejoramos; cómo nuestros hijos pararán en lo que Dios sea servido, por no tener educación, ni dinero, ni quien se duela de ellos. Por dicha, yo habré muerto antes; pero tú, ¿qué harás tú?

No bastaban a reanimarlo, las garantías que Carmen le daba haciéndole cariños; sus consuelos vulgares de que tuviera confianza en los santos.

—No desesperes; piensa en tu mamá que tanto te quiso y que allá en el Cielo, ha de estar rogando por ti.

El se aferraba a la idea de la muerte, nerviosísimo, a punto de llorar, hasta que por divagarlo Carmen varió de rumbos:

—Vaya, cuéntame lo que le dirás mañana a tu prisionera...

—¿A mi prisionera? exclamó Julio todo descompuesto, con ganas de gritar a Carmen que no lo hiciera resbalar; que no se la mencionara nunca; que ya bastante tenía con sentírsela muy adherida a su pensamiento. Conatos tuvo de taparle la boca a Carmen, de rogarle que no la mentara en el hogar, como si el hogar y sus hijos y Carmen y él mismo fueran un montón de pólvora, y la prisionera una llama que amenazara destruirlos. Por un instante, pensó en hacer una confesión general, completita, sin dejarse nada dentro; en declarar a su esposa que la mujer aquella se le entraba hasta por los poros, lo perseguía tenazmente, aunque nada le prometiera, consagrada a un ser desparecido y adorado, su rostro lindísimo vuelto hacia una tumba que él, Julio, no conocía. Quizá con la confesión, Carmen hallaría salvadores recursos, lo apartaría del peligro, a la manera con que apartamos a un niño de los precipios cuyas simas ignora; pero ante su actitud confiada, ante el ruido que metían sus hijos en la otra estancia, renunció al proyecto, se juró nunca delinquir y contestó:

—Pues a la presa le diré mañana que su amante ya está enterrado, en Dolores; le daré las señas de la fosa para que la encuentre cuando salga, si es que sale, y le significaré que no me dé más comisiones, que

me deje en paz. No me agradan tratos con gente encarcelada.

Y cual si el diablo tomara cartas en el asunto, púsose entonces Carmen a defender a la prisionera, a lamentar su desamparo. Pobre mujer, era una inhumanidad el no ayudarla ¿a quién se dirigía la infeliz en el amargo trance en que se encontraba? ¿Si no fuera culpable? ¿Si sólo las apariencias la condenaran?

Julio estallaba, de los labios se le volvían frases duras para su esposa; habríale dicho tonta, imbécil, qué sé yo. Mire Vd. que era mucho cuento ¿no presentía nada? ¿No conocía que con su defensa lo empujaba a él a los brazos de Clotilde, los que por más que no lo llamaran, le inspiraban vértigos, ansias locas de morir ahogándose con ellos?

—¿Tú, qué sabes? prorrumpió colérico; según los datos es una asesina y una asesina peligrosa, porque sabe abusar de su talento y de su belleza. ¿Cómo crees que la bautizó el agente?... Pues la bautizó de artista! Conque, imagina qué clase de pájaro será la pobrecita. Y en esta pendiente, Julio ni se contuvo ni omitió adjetivos. Diríase que se recreaba en desmenuzarla; en demostrar a su mujer que a él no le subyugaban hermosuras; en probar al recuerdo de la otra que no lo vencía, que allí, en su casa, él era el fuerte, el que podía más, el que a su antojo la pisoteaba.

—Por Dios, hombre, repuso Carmen transigiendo, no te sulfures, pareces pariente del muerto. ¿No me dijiste ayer que quién sabía si no fuera criminal?

Dióle Julio la razón, no convenía tomar la cosa tan a pechos, y achacó su iracundia al próximo fusilamiento que a la fuerza presenciaría:

—Ya sabes quién, hija, el del hospital. Si no lo in-

dultan, es asunto de un par de días. Ando nerviosísimo; el juez nos lo cantó claro, que él no va; y los que iremos somos el secretario y yo...

En éstas, los muchachos golpearon en la vidriera:

—¿No nos llevas al Circo?

—Alístalos, anda, le dijo Julio a Carmen, y levantándose, les grito:

—Aguardarme, que hay tiempo de sobra.

Esta ida al Circo era todo un poema. Desde que los dineros principiaron a escasearse y los herederos a crecer, cogíale el alma a Julio el no llevarlos los domingos a ninguna parte. A cualquier sitio que los llevara, tenía que comprarles algo o que sacrificarlos mucho, e ideando ardides que le permitieran conciliar entrambos extremos, descubrió unò, magnífico, que le servía en tanto que la escuela o el patio de la casa, con sus amigos y convecinos, patentizaban a los Ortegalitos que su papá no les ofrecía una diversión sino un camelo. Cargaba Julio con dos de ellos, hasta la Plazuela de Santo Domingo, a las afueras del Circo, un poco después de la hora en que el público entra, y una vez allí, iba mostrándoles los cartelones multicolores, adheridos a las paredes de zinc, conforme la música del interior de la tienda tocaba valses, pasos-dobles y galopas. Realizaba prodigios de elocuencia para convencerlos de que era su maniobra un entretenimiento real; juntaba las reminiscencias de sus buenos tiempos, de los circos vistos, e intercalaba mentirijillas inocentes cuando no comprendía muy a las claras el significado de un cartel. Con el de la colección de fieras, sudaba la gota gorda, confundía especies y familias, a riesgo de que uno de esos animales se le fuera encima y a zarpazos reivindicara su nombre y apellido.

Los muchachos, se encantaban; creían a pie juntillas que los circos eran así, y tenían sus carteles preferidos, sus caras conocidas, sus caballos y perros favoritos. El día que pegaron encima del cartel de los payasos, el del hombre-pez en traje de escamas, con grandes bigotes, fumándose una pipa dentro del agua con otomana tranquilidad, sufrieron ellos un desconsuelo inmenso; su amigo, su viejo amigo de risueña y pintarrajeada cara, de vestido de luna y de estrellas, de gorro como pan de azúcar, se les había ido!

—Oye papá, habrá muerto?...

Y Julio, apuradísimo, hubo de enfermarlo gravemente con extraña dolencia: de estarse noche y día pegado a una pared. Sin embargo, ya iba de alivio; el dueño ofrecía sacarlo el domingo próximo, y de veras lo sacó, con ropa nueva y de espaldas, sujetando un aro de papel que atravesaba una rubia bailarina de a caballo. ¡Los festejos que los muchachos le hicieron! Gritábanle su nombre, el legítimo, que Julio les dijo después de aprendérselo en los programas; lo encontaron más flaco, muy agachado, y sin gorro, con una falla de recién nacido.

A veces, al aproximarse demasiado a los carteles; al pasar frente a alguna de las puertas, en la lenta y concienzuda vuelta que daban al Circo, los chicos presentían un engaño, que su padre los mistificara; ¡con razón! como que por puertas y hendeduras salían aplausos, risas truncas, detonaciones de armas, "bravos", relinchos de caballos, chasqueo de látigos, un colosal murmullo de colmena enfurecida. Los muchachos entonces, miraban a Julio entre desconfiados y sumisos, implorando con su mutismo unas horas de ese cielo que adivinaban:

—Métenos ahí dentro, ¿quieres?

—No puedo, les aseguro que no puedo. ¡No nos dejan entrar!

Durante unos segundos, la melancolía de los niños es muy pasajera, quedábanse meditabundos los hijos de Ortegal, el oído antento, contemplando las nubes que pasaban muy distantes y muy blancas, como sus deseos de penetrar en el vedado recinto; o bien calladitos y juntos, contemplaban sin darse cuenta de ello, el lindo espectáculo de la agonía de una tarde, con su luz acariciadora de calles y edificios; el horizonte incendiándose, allá, tras las cúpulas de algunas iglesias y los picachos de las montañas; las casas de comercio, que se iluminan; los focos eléctricos, que se encienden a una, maravillosamente; y el Circo ¡oh, el Circo! que echaba llamas por su techo de lona, por las puertas, por infinitos resquicios, mientras los coches iban amontonándose a su rededor con sus faroles encendidos también y que de lejos los asemejaban a luciérnagas monstruos que llegaran revoloteando a perecer quemadas en el brasero aquel...

¡Cuántas tardes un chubasco imprevisto, sólo a ellos arrebataba el placer! En el Circo, continuaban los aplausos y la música, sin que al gigante de hojadelata y lona, le importara nada la lluvia, que recibía insensible para devolverla a chorros por ángulos y cornisas, cual si se enjugara al terminar su baño. Si era temprano y el sol volvía, el coloso adquiría mágicos y deslumbrantes tintes; si era de noche y el sol no volvía más, las luces artificiales tenían una danza infernal en los baches y en los charcos que lo circundaban a modo de foso irregular de castillo hechizado.

Siempre tornaban en silencio; Julio, por lo que le apenaba ese engaño a sus hijos, y éstos, porque su

instinto soplábales mil discordancias entre el circo que oían narrar a extrañas bocas y el circo de ellos, así, pintado y condenado a intemperie eterna. Crecían, y Julio, para no quedar en descubierto, les explicaba el por qué del engaño:

—¡Porque somos pobres! Y les prohibía que revelaran el misterio a los hermanos pequeños que aún vivían en la ignorancia de la estratagema...

A la siguiente mañana, cumplió Julio con lo que a sí propio se había prometido. Cuando el juzgado estuvo lleno, con voz bien alta y sereno ademán, recabó la rúbrica del secretario para que la delincuente compareciera, previa narración a jefe y compañeros, de los incidentes que produjo el cumplimiento del encargo de Clotilde. Y en tanto que salía ésta, sintió Julio hondo malestar; temor de que por cualquier motivo no pudiera comparecer; hambre de que los dejaran a solas, y escalofríos inexplicables, dada la tibieza de la estación. Clotilde no tardó mucho; al cabo de unos instantes compareció, enlutada, llorosa, más pálida que en los días anteriores, pero siempre bella, bellísima hasta el pecado y la fascinación. Como de costumbre, todas las plumas cesaron de escribir, todos los rostros se volvieron a ella, que nada hacía, que se mostraba naturalmente, con algo de mortificación por esa descarga de miradas que le registraban su cuerpo. El Comendador púsose a reír, cubriéndose con la solapa del saco.

Inclinó Clotilde la cabeza por vía de saludo, y con la vista buscó a Julio, quien para disimular su turbación y so pretexto de retirarse los puños postizos, había metido la cara dentro de la papelera. Luego, trató de desviar los ojos y le espetó de un golpe:

—¿Cómo está Vd.? Quedó arreglado todo y aquí tiene Vd. el número de la fosa. Por el medallón me dieron treinta y cinco pesos; los gastos los apunté en este papel (*alargándole uno en cuatro dobleces*) y le sobraron a Vd. veinte reales.

—¡Ay, señor, qué bueno es Vd.! repuso Clotilde a punto de llorar; ¿quiere Vd. darme las señas de la fosa, para que yo la encuentre cuando Dios me saque de aquí?

—Pues no, no sé; Vd. comprende que no conociendo aquello... le contestó Julio colérico ante ese interés.

—Está bien, señor, no se incomode Vd. más, demasiado que me ha favorecido; yo la buscaré.

Terció el secretario:

—¿No se fijó Vd. en nada, hombre?...

—Apenas, licenciado, en señas insuficientes. Está la fosa junto a un sauce, detrás de una tumba con rejas de madera y muy cerca de un pozo, a la izquierda.

Arrepentido después de su dureza, dulcificó la voz:

—Yo me informaré mejor, dijo a Clotilde, no tenga Vd. cuidado. Y comprendió que resbalaba por desconocida pendiente; que, a pesar de sus propósitos de romper amistades, esa mujer lo dominaba.

—Gracias, señor, replicó ella que, hembra al fin, conocía quizá primero que Julio la hubiera experimentado, la influencia que ejercía sobre él, y de nuevo suplicó:

—¿Podría Vd. guardarme el dinero sobrante? Estará más seguro...

Invadido Julio del anhelo de complacer a Clotilde y recordando que su misma esposa se había interesado por ella, interrogó al secretario:

—¿Puedo?

—Sí puede Vd., no hay impedimento legal.

¿Por qué aceptó desde luego, perdida la propia voluntad y el corazón en un puño, como se nos pone siempre que nos amenaza una gran desgracia? Muchas ocasiones, cuando ya su drama interno carecía de remedio, achacó a esta condescendencia el origen de la catástrofe.

Se retiró Clotilde, y a excepción de Ortegal, pronto se olvidaron en el juzgado de su hermosura y de su crimen, para no pensar sino en el negocio que a todos preocupaba: el probable fusilamiento del herido del hospital, quien después de condenado a la última pena, mató a otro en la prisión sacando de la pelea las lesiones y el vendaje que tanto chocó al secretario y a Julio la tarde que estuvieron en S. Pablo.

Al saberse la denegación del indulto, el defensor gastó cinco pesos en infructuosas carreras póstumas en coche, y Berón, que fué el que pidió la pena, estaba hecho un loco. Leyóse el oficio en imponente recogimiento; arrepentidos, sin confesárselo, de los papeles representados por cada uno en la fúnebre tragedia de la ley; impresionados ante ese súbito aparecimiento de la muerte. El Comendador había llorado dos veces, riñéndolo Cartera por aquella muestra de "pusilanimidad," y Narváez habíase puesto muy serio, recordando sin duda los militares fusilamientos mandados por él. Hasta el juez, con geniazo y todo, se hallaba conmovido.

Berón comentaba el oficio a gritos:

—Esto es divino, hombre, divino; vamos a suprimir una existencia, a borrar a un prójimo, a un hombre como nosotros y con mayor o menor capital de pasiones, que ha dado un traspiés en donde nosotros

nos hemos salvado por pura suerte, por pulgada más o menos... ¿Cómo se le dice ahora que la *sociedad* lo despacha? ¡La sociedad! Y ¿quién es la sociedad? preguntará él, y yo que soy uno de sus representantes, se lo diré; le diré que es una señorona que no lo conoce sino de muy lejos; que le ha disminuído jornales con sus impuestos; que se olvidó de enseñarle a leer y de inculcarle moral ninguna con el ejemplo ni con la palabra, para en cambio enseñarle a matar y robar con las guerras civiles; que por sus distensiones nerviosas, sus borracheras y sus gritos, lo ha mandado a la cárcel, aunque a nosotros, los decentes (*golpeándose el pecho*), nos disculpen idénticos gritos y borracheras, cuando por educación y un millón de títulos más, estábamos obligados a no hacerlo nunca... ¡qué barbaridad!... Le diré que la sociedad es una viciosa y, cual todas las que pecan, las celestinas por ejemplo que se retiran adineradas de su comercio, se entrega a la Iglesia para que le asee el alma y a nosotros, la gente de toga, para que le conservemos sus caudales...

En cambio Gormosa, el defensor, limitábase a envidiar altruísmo semejante. Lamentaba de veras que su defensa y sus gestiones no hubieran obtenido la libertad ni la vida del acusado; sabía que el fusilamiento le espantaría el sueño y el apetito de varios días, pero era un respetuoso del incomprensible engranaje social. Creía en la ley, en el derecho, en la honradez administrativa y burocrática, en la incorruptibildad de todos los jueces, en la virtud de todos los sacerdotes y de todas las mujeres, y en una perfección suma presidiendo a las cosas humanas.

En medio del silencio que siguió a la filípica de Berón, el infeliz Comendador metió la pata:

—Pues, si Vds. les parece, yo le llevaré la noticia...

—Vd. es un animal, gritóle el juez, y le prohibo que delante de mí vuelva a atreverse a despegar los labios.

De nuevo enmudecieron todos, no oyéndose otro ruido que el formidable jadeo de la prisión.

—Esto no tiene compostura, exclamó el juez, que se extiendan las comunicaciones al gobierno del Distrito para la formal entrega del reo y que a éste se le notifique la denegación del indulto. Vd. concurrirá a la ejecución, señor Holas, con los dos escribientes, lo que es yo no asisto.

Y el resto de la mañana pasóse tétricamente; la muerte allí, al lado de ellos, dispuesta a salir de las puntas de las plumas; de los folios de los expedientes; de los libros arrumbados en los escritorios; de la atmósfera del cuarto; hasta de la ancha faja de oro que el sol mandaba por el tragaluz.

El sentenciado llegó a Belem al atardecer, dentro del tranvía municipal con candados y rejas, que recoge de hospitales y comisarías el diario sustento de hombres y mujeres que devora en silencio la prisión. Iba muy débil y custodiadísimo; mal cubierto por su sombrero de palma el vendaje del cráneo, al hombro su *sarape,* mordiéndose la barba. Siempre hosco, indómito siempre, en sus adentros acobardado, con un presentimiento que aumentaba y aumentaba de que algo gordo tenía que acontecerle. ¿Por qué lo traían con tropa si lo habían llevado con gendarmes? ¿por qué los soldados, aunque no le hablaban, lo regalaron durante el trayecto? ¿lo fusilarían?...

Al apearse del coche, descubrió a su esposa, venida a pie, corriendo, a fin de adelantársele al tren y mirar a su hombre. Su chiquillo, en seguida lo reco-

noció, le tendió los brazos, a distancia; lo llamaba: "papá, papá". El apresuró su marcha sonriendo a entrambos, con ganas de llorar, quizá por la primera vez de su vida. Práctico en ceremoniales presidiarios, adivinó que supuesto que lo incomunicaban en una "bartolina", tirábanle a su pellejo.

—¡Me van a fusilar! pensó. Y en el mismo momento reapareció el bravo, se olvidó de su hijito, la única ternura que poseía en el mundo, y no pensó más que en la manera de evadirse, de evadirse a toda costa, así tuviera que matar más, que matar siempre, en el desigual combate que él solo venía sosteniendo contra tantos desde pequeño.

Sombría estaba la prisión; los presos ya en sus galeras; las patrullas y los vigilantes recorriendo tránsitos y patios con sus respectivas traillas de perros, los que persiguen a prófugos y reñidores, los que se abalanzan a los que corren, los que anuncian las horadaciones y velan la noche entera. Las farolas, con sus mortecinas lámparas de petróleo, agrandaban columnas, arcos y barandales; manchaban de negro paredes y techos, con siluetas de extravagantes contornos, en tanto que las linternas de los vigilantes, los retrataban en la sombra, prestándoles un aspecto de colosos ebrios que no se resolvieran ni por seguir avanzando ni por desandar lo andado.

A la escolta que conducía al reo, uniéronse el alcaide en persona, un antiguo coronel de bigote cano, con pantuflas y gorra borlada, el sota-alcaide y dos o tres capataces. Sus pisadas, los inquietos manojos de llaves en perpetuo repiqueteo, las puertas que se abrían y los cerrojos que rechinaban, hubieran amilanado al más valiente. Al cruzar del patio de los talleres al de las "bartolinas", escuchóse un invisible

chorro de agua; de la calle, un organillo extraviado, mandaba fragmentarios y destemplados acordes de mazurka; y en las alas del viento, el rugir colosal de la ciudad pasaba rozando al presidio de piedra.

Mientras el carcelero abría el separo, tuvo tiempo el reo de dirigirle la palabra, rápidamente, sin que los otros lo advirtieran; manotadas del que se ahoga y no puede desperdiciar ni los segundos:

—¿Me *tronarán* mañana?....

—No se me hace... a ver si hay modo!...

Aquello era bastante, toda una complicidad de problemática fuga.

La comitiva emprendió el regreso; ya la cárcel se preparaba al sueño. Sólo a cada cuarto de hora, de la azotea, de los patios, de todas partes, arrancaba el mismo grito, sonoro, sostenido, valiente:

—¡Centinela, alerta!!...

———*———

V

Empleóse la mañana siguiente en los arreglos previos a la entrega que se hace a la autoridad política de los reos de muerte. Al notificársele a éste la tremenda nueva, en el juzgado, se manifestó mucho más sereno que los que lo notificaban.

—¿Desea Vd. que le pidamos la capilla o Vd. se la pide al alcaide?

—¿Para qué?...

—Hombre! ¿cómo para qué? ¿no es Vd. católico?

—No sé lo que soy.

—Pero, ¿no sabe Vd. rezar? ¿no tiene Vd. creencias?

—¿Rezar?... Sí supe, de chico, cuando vivía con mi madre... después, se me ha olvidado...

—Y ¿no cree Vd. en nada?

—Sí, creo que Vds. no debían matarme!

—Oiga Vd., terció el secretario alarmadísimo en su conciencia, no somos nosotros, es la ley.

—Bueno, contestó el reo mirando los ladrillos y asido a la reja, pues la ley!

Ni él pensaba en que debía retirarse por ser ésa la última diligencia judicial, ni los de la oficina se atrevían a ordenárselo, en respeto de su semisonambulismo.

—¿Cuándo es la cosa? preguntó a poco.

—Mañana a las seis!

El cuerpazo aquel se doblegó un instante, como los árboles fuertes cuando los abate un huracán; tuvo una mueca más que sonrisa, y murmuró:

—Vaya, pues adiós!...

Y desapareció tambaleante, enorme, vigilado por cuatro soldados que lo esperaban en la parte de adentro.

A decir verdad, nadie trabajó en el juzgado, y el mismo Ortegal procuraba no pensar en Clotilde. No se tomaron declaraciones ni se practicaron careos, y hasta los diálogos y pláticas salían discretos y en baja voz, como los que se entablan en las cámaras mortuorias. El juez ni la firma pidió, sino que confinado en su despacho y asistido del secretario, del defensor y del agente, recibía a los amigos y conocidos con ademanes y frases de visita de pésame. Afuera, los escribientes daban pormenores acerca de los gestos y actitudes del reo; encomiaban su valor y horrorizábanse de sus repugnancias por la capilla. El Comendador, a fuerza de detalles, logró ganarse cuatro copas de catalán.

El reo, al ir del juzgado a su "bartolina", contemplaba cosas y personas con cariñosa insistencia, cual si quisiera grabárselas en la memoria y que lo acompañaran en su inmediato y supremo viaje. Los demás presos, mirábanlo interesados; algunos le dirigieron palabras de consuelo, y los más criminales, aquellos que temían correr la propia suerte, quedáronse ensimismados. El alcaide le habló por su nombre.

—Apolonio, tu mujer desea hablarte; quiere que te confieses; despedirse de ti. Ya le dí permiso para que

esté contigo un rato, en la "bartolina". ¿Por qué no la complaces?

—Gracias, mi coronel; hágame Vd. favor de decirle que traiga a mi muchacho.

—¿Te arreglo la capilla?...

—Todavía no, jefe; tengo miedo de *arrugarme.*

¡Qué escena la de la bartolina! Llegó la mujer sin hablar, llorosos los ojos y en el regazo su chiquillo, quien gritonsísimo, dió de manotadas al padre y le hizo todas sus gracias; exuberante de vida; encantado de lo nuevo que veía. Apolonio los recibió en los brazos y estrechándolos mucho, hasta que lloraron los dos; el centinela, discretamente, se apartó unos pasos de la puerta; el chiquitín, que no se hacía cargo de los sucesos, continuaba en sus saltos y en sus gritos, y como tenía muy cerca las cabezas de entrambos, perseguía las lágrimas con sus deditos, untábaselas en el cabello o las desmenuzaba a palmadas.

Apolonio cogió la cabeza de su mujer, la de su hijo, y las besó con furia, muchas veces, en muda despedida preñada de postrimeras recomendaciones que no sabía formular. Luego, exclamó:

—Cuídalo, cuídalo lo más que puedas, y vete, anda, que se me acaban las fuerzas.

Pegó los brazos a la pared, hundió en ellos el rostro, y su esposa, entonces, empinándose para hablarle al oído, por sobre el hombro, comenzó a rogarle que recibiera a un sacerdote. Decía Apolonio que no, en tanto que el muchachito, libre en el suelo, arrastrábase camino de la puerta. Algo duró la lucha, insistente ella y él reacio, hasta que consintió con el ánimo de engañarla, de acortar el martirio; quizá con la esperanza de que la capilla le facilitara la fuga. Citáronse por la noche, y cuando buscaron al mocoso lo

hallaron fuera del cuarto, en tendida e incomprensible charla con la culata del fusil del centinela.

En el arreglo de la capilla, intervinieron varios: una asociación católica presidida por un abogado conservador, sin clientela ya, pero con recargo constante de buenas obras, consiguió sacerdote, ornamentos y permiso de que el condenado comulgara; el alcaide desenterró de quién sabe dónde, sobre que la prisión es un antiguo convento, una enorme imagen de la Virgen de Guadalupe, al óleo, dentro de un marco de madera bárbaramente tallada, y conservando aquí y allí, un dorado que otro; la señora del alcaide, prestó una mesa de cocina, para el altar, una vela del Santísimo Sacramento, y un crucifijo de marfil, prisionero en abovedado capelo de cristal. La mujer de Apolonio, sin adivinarse con qué dinero, llevó unos ramos de rosas y de amapolas.

Por extraña coincidencia, a las 6 de la tarde llegaron juntamente un coche de alquiler con el sacerdote y el viático, y el refuerzo a la guardia, unos 80 hombres encapotados, al mando de tres oficiales. El viático, a su paso, hacía arrodillarse a la gente del pueblo, y al alcanzar a los soldados, muchos de ellos movieron los labios, en recuerdo de sabe Dios qué oraciones purísimas de infancia y de aldea, que no podían repetir, arrodillándose también, a causa de la tiránica ordenanza Los granujas, embelesados con el rítmico marchar de la tropa, la acompañaban en sus evoluciones y contramarchas.

Sin el menor recibimiento, viático y sacerdote penetraron los primeros en la prisión. Murmuraba el padre desmayadas preces, cubierto el copón con la capa, y el sacristán, por delante, iluminaba el sendero con un farolillo encendido. Por mera cortesía, el

alcaide se tocó el sombrero, a la militar; un empleado subalterno, escondió el cigarro que fumaba, y un voceador pidió su mano al cura, el que se la alargó sonriente y, con marcado acento español, le dijo:

—Que Dios te acompañe.

El sota-alcaide de servicio, le entregó la capilla con alardes de librepensador; lo llamaba "señor" a secas, sin descubrirse, escupiendo largo cada vez que se retiraba de la boca un cacho de puro.

—No tardan en doblar las guardias y en traer al condenado. Nada tema Vd., que a la primera demanda de auxilio, hay quien lo ayude.

—Gracias, amigo mío, repuso el eclesiástico, pero nada temo. Y gravemente se encaminó al altar, se revistió la sobrepelliz y se hincó frente al ara. El sacristán alistó los útiles, en el orden debido, y el sota-alcaide, para acabar de definir su credo religioso, púsose a silbar un aire de zarzuela.

Se procedió al encierro de los presos, con más vigilancia que de ordinario; pasóse una minuciosísima lista y cada preso fué registrado en su ropa, en su cama, hasta en sus intentos.

El reloj, de repetición y timbre de bronce, no cesaba de medir el tiempo con el triste sonar de sus campanas.

Cuando los soldados entraron a doblar la guardia y que los encendedores andaban en carreras con su escalera a cuestas, un teniente se aproximó a la capilla:

—Señor cura, dijo, aquí voy a estarme la noche entera, a unos cuantos pasos. Lo que a Vd. se le ofrezca...

En prenda de simpatía, el sacerdote le estrechó la mano.

Muy custodiado apareció el reo; con lujo de fu-

siles y de voces de mando, mudo, envuelto en una frazada roja, su eterno vendaje haciendo las veces de tocado de comedia antigua.

—¿Quiere Vd. abrazarme? le preguntó el sacerdote al recibirlo.

—Nunca he abrazado hombres, contestó Apolonio groseramente, por debajo del embozo.

—Puede que tenga Vd. razón, le replicó el padre, y no hemos de romper amistades por tan poca cosa.

—¿Qué más deseas? interrumpió el alcaide apenado por la brusquedad de Apolonio.

—Mucha cerveza, jefe, para beber hasta mañana.

—¿Y de comer?

—Lo que a Vd. le parezca, no siento hambre.

Y se quedaron solos el sacerdote y el reo, sentados a distancia, sin hablarse palabra. Aparentaba el sacerdote una reconcentrada lectura en su breviario, pero al volver sus hojas, espiaba la cara de Apolonio, inquieto y meditabundo junto a una mesa de madera blanca en la que reposaban botellas, vasos y una canasta. De pronto, como si la apacible quietud del sacerdote se le hiciera insoportable a Apolonio o tratara de alejarse la idea de su fusilamiento, prorrumpió en desabrido tono:

—¿Gusta Vd. de un vaso de cerveza?

—No, ahora no; la tomaré más tarde, le contestó el eclesiástico con afectuosa entonación. Y volvieron los dos a enmudecer hasta que el reloj, en el silencio de la prisión, dió algunas campanadas que estremecieron visiblemente a Apolonio. No había contado con esa crueldad más, con ese aparato de entrañas mecánicas, irresponsable medidor del tiempo y conocido suyo desde el día de la aprehensión.

—Pues ¿qué horas son? preguntó aterrado.

—Las nueve, mi buen amigo; ¿no tiene Vd. nada que decirme?

—¡Oh, sí! suplicarle a Vd. que paren ese reloj; no quiero saber cuántas horas me faltan...

—Vaya, no sea Vd. obcecado y cuénteme su vida; lo que recuerde, lo principal, y ya verá Vd. cómo ni el reloj sentimos.

—¿Contarle a Vd. mi vida!... no, señor, no soy tan... y aquí largó un terno que el otro escuchó sin falsos pudores, plácido siempre.

Calláronse de nuevo. En ocasiones tarareaba Apolonio un cantar popular, de ésos que parecen formados de lágrimas, notas y versos malos. A las 10, un señor de sombrero de seda, el presidente de la asociación católica que asiste a los condenados, hizo desde la puerta una seña al sacerdote, que se llegó a él:

—¿No ha logrado Vd. nada, padre?

—Todavía no, señor licenciado, pero abrigo esperanzas.

Repitió el reloj sus campanadas, ahora eran más, las 11, que Apolonio contó sin indiferencia simulada, los ojos fuera de las órbitas:

—No hay remedio, ¿verdad?

—Sí, lo hay y muy grande: Dios!!

—Dios, Dios... ¿por qué Dios no me salva?

—Para eso estoy aquí, para salvarle a Vd. el alma, que es lo que importa.

Apolonio se echó a reír, a carcajadas; unas carcajadas nerviosas y convulsivas:

—Padre, no la amuele; a mí lo que me interesa es salvar el cuero...

Tuvo entonces el sacerdote una positiva inspiración, un rasgo de hombre de talento; acercóse a Apo-

lonio, le puso las manos sobre los hombros, y tuteándolo resueltamente, le dijo:

—¿Cuánto apostamos a que si yo te cuento mi vida, tú después me cuentas la tuya, como amigos, sin preocuparte de mi sotana y para matar el tiempo mientras nos entra el sueño y tú te acuestas un rato?

—Padre, no me cuente nada, que le voy a dar mal pago.

—Allá tú, repuso el sacerdote acercando más su silla, cuando te canses de oírme, lo dices y ahí lo dejamos.

Era español, de la provincia de Santander y de un pueblecito cercano al puerto; hijo de labradores pobrísimos que apenas si podían con los herederos, la heredad y las aflicciones. Detúvose en narrar su niñez, con complacencias de artista, pues con sus lecturas, sus viajes y sus años, apreciaba mejor ahora los encantos de la época aquella en la que había de todo: hurto de frutas, por encima de tapias y cercados; días de sol, pasados en las montañas, con escondrijos salvajes y árboles amigos; baños en el río; siestas paradisiacas con su cuerpo de rapaz escurriendo agua, y tan limpio como su alma de niño; batallas campales, a pedrada limpia, con los demás granujas del pueblo; azotainas de padres y hermanas mayores, que lo dejaban lleno de cardenales, un "conclave", apoyó riendo, y que le hacían derramar abundante lloro, enjugado a poco en un ángulo del corral por un mastín corpulento, el "Moro", que le lamía los ojos hasta no enjugárselos y saltaba con roncos ladridos en cuanto él sonreía cosquilleado por el perro.

Principiaba Apolonio a interesarse en la narración. Era tan agradable la voz del sacerdote; sabía delinear tan bien determinados pasajes de la historia,

con tal acento de verdad, que se estableció entre ambos una corriente de mutua simpatía.

Iban ya en el período pastoril del párroco, cuando fué a cuidar ovejas de la propiedad de un vecino rico. Le pintó la pradera donde se diseminaba el ganado, mientras él, en una pequeña eminencia, no se cansaba nunca de estar ocioso, tumbado boca arriba y en extática contemplación de los bosques y de los cielos, pues conocía a cada uno de sus animales por su balido, ni más ni menos que si fueran personas, y no había riesgos de que se le extraviaran. Otras veces, poníase a cazar pájaros y lagartos con ardides y trampas primitivos.

Pintóle después el otoño, allá en la soledad augusta de los campos, con sus lluvias torrenciales, sus tempestades de rayos; pastor, perro y ganado refugiándose a la carrera en cavernas naturales y ancianos troncos de árbol, en medio de caídas, de risas, de ladridos y galopes desaforados, para luego salir y deleitarse con el paisaje y presenciar cómo se alfombraba el gran cuadro con la melancólica caída de las hojas... A la hora del crepúsculo, el retorno a los apriscos; la tierra, en santa paz; el cielo, con esfumadas claridades de misterio; dos o tres corderos, en las espaldas y los brazos del pastor; un concierto de balidos, rondando el perro, y las esquilas del ganado en alegre campanilleo, mientras de la parroquia de la aldea, como parvada de aves celestes, volaba el toque de oraciones y moría poco a poco en el horizonte de púrpura que recortaban las montañas!...

Apolonio estaba vencido, cual criatura que mira una magia, sobre que ni idea tenía de una existencia así, al aire libre, en íntimo y saludable contacto con la naturaleza. Y precisamente, la exhibición de tan-

ta vida le aumentaba lo doloroso del contraste, supuesto que él se hallaba a dos pasos de la muerte. En su cerebro de instintivo, nacía una protesta; una ansia inmensa, avasalladora, de hombre sano y fuerte que se adivina en la sangre un montón de años y quiere aprovecharlos; quiere conocer esos campos, esas puestas de sol, esos montes y esos ríos; que quiere vivir, vivir, siempre vivir!

—Padre, ¡por Dios santo! que no me maten...

El padre se asustó; no había previsto reacción tan humana. Animado del deseo de que el criminal le narrara su vida y luego absolverlo, conforme a los cánones que exigen la confesión auricular y previa, quizá se fué demasiado lejos, quizás sus recuerdos mismos habíansele subido a la cabeza y obligádole, aunque involuntariamente, a cometer una injusticia con aquel infeliz... Y lo que es mentir, no podía, ni prometerle salvación corporal, ni siquiera alimentarle esperanzas.

—Hijo, confórmate y procura que Dios, a quien invocas, te perdone y te reciba en sus brazos. Anda, díme tus yerros, ¿qué más te significa si nadie ha de saberlos?

No blasfemó Apolonio; conformóse con dibujar en el aire un gesto de desprecio, se bebió otra cerveza y encendió un cigarro:

—Tengo la boca seca, oígamela Vd., dijo castañeteando la lengua para justificar la nueva libación, pero, estoy interesado, padre, siga su cuento.

Pues nada, que un buen día el idilio se desvaneció y las ovejas se marcharon al monte con otro pastor; a él lo mandaban a América a que se hiciera rico. Y al calor de la lumbre, su padre el labrador, lo entusiasmaba. Que ¿qué era América?... una tierra

muy buena y muy rica, pero mucho; "figúrate, le decía, que rascas aquí, cavas más allá, y oro, muchacho, sale el oro puro hasta decir no quiero." Ya veía a Fulano y a Zutano, y a tantos que volvían de América haciendo casas, quintas, templos, sonando cada pelucona que daba envidia. "Todos se han ido como vas a irte tú: pequeñín y sanote..." Y mientras le pronunciaban este discurso, su madre lloraba, a hurtadillas, limpiándose las lágrimas con las puntas del delantal de trabajo; acariciábanlo sus hermanas; el perro roncaba, junto a las brasas, y al través de las tablas de la vivienda escuchábase en el establo vecino, un confuso rumor de bestias que se preparan al descanso. ¡Qué días los poquísimos que precedieron a su embarque! La casucha revuelta; su padre echando pestes; su madre, besándolo, colgándole al pecho un escapulario, que:

—Mira, exclamó abriéndose la sotana y la camisa, mira, qué viejo está...

Alistáronle sus hermanas una muda de ropa; dióle su madre un duro muy opaco, que olía al arcón en que se guardaban los trapos de toda la familia, y una mañana emprendieron la caminata rumbo a Santander, excepto las hermanas que se quedaban a guardar la hacienda. En Santander, un deslumbramiento, y en el muelle, un hondo pavor de niño montañés que nunca ha visto el mar. Sin embargo, creyó más poderosa a la ciudad que al océano; vencería ella con sus casotas y sus torres y su gente, en caso de una lucha con el agua esa, tan quieta y tan azul, tan cariñosa para los barcos, a los que blandamente arrullaba con delicadezas de nodriza; una agua tan mansa, que parecía conformarse con besar a la tierra rozándola apenas, como él besaba en la cuna a su herma-

nita menor, a la hora de su sueño. En la tarde, el embarque, alterado el mar, muy diverso del visto al mediodía; y en el muelle gentes y más gentes: militares, paisanos, extranjeros que repartían limosnas y que vestían trajes raros; que regresaban al transatlántico en un remolcador que gritaba por un tubo amarillo. Entonces sí que a él se le concluyeron los arrestos, y no soltó a su madre hasta que no lo arrebataron de su falda, y por un instante sintióse suspendido en el vacío, yendo a parar al interior de una lancha apretada de pasajeros pobres. Después, cayóle encima el miserable hatillo de su ropa, y un individuo lo tocó con el pie, preguntando:

—¿Es éste el chico?

—Sí, ése es, contestó su padre desde lo alto, cuídalo y aconséjalo.

Un tumbo más fuerte; de dondequiera gritos, despedidas, pañuelos al aire, y como última visión, su madre arrodillada sobre los maderos del muelle y su padre accionando mucho con una mano, cual si tratara de consolarla, en tanto que su otra mano, sin averiguar direcciones, mecánica y nerviosamente, agitaba su boina mugrienta, con la que daba un eterno adiós al hijo abandonado!...

A poco, el transatlántico; una mole negra, con más habitantes que su pueblo, señores de barba rubia y de galones dorados; señoras de sombrero y abrigo; camareros que corrían con manjares oliendo a gloria, y en todos los rostros, manifiesta la ansiedad indefinible de las grandes travesías. El, empujado hacia el entrepuente, por un contramaestre brusco que hablaba extraño idioma,—el buque era francés,—y que también empujaba a la remesa de pasajeros pobres, quienes se conducían con mala crianza, reser-

vándose los más fuertes los lugares mejores, sin cuidarse de mujeres ni chiquillos, con mirar de fieras y ademanes de bravos. Acercósele su protector, y tirándole de las orejas:

—¿Cómo te llamas? le preguntó.

—Juan, le dijo él: Juan Otero.

—Pues Juanito, mucho ojo; haz por hallarte siempre cerca de mí, a las horas de comer sobre todo; si no, vas a pasártela en ayunas. Y nada más, no volvió a verlo hasta los tres días.

Cuando el buque partió, majestuoso primero, saltarín después, como potro que intentara despedir de la silla a su jinete, Juanito se sintió muy enfermo y buscó un rincón al lado de unos cables enrollados que le sirvieron de almohada; pensó en su madre, en sus ovejas, en su tierra; creyó llegada su última hora y sin nadie que se doliera de él, allí se acurrucó, peor que un perro sin dueño. Volvió de esa especie de sopor por la necesidad de comer algo y por una batahola infernal que agrupaba a los emigrantes en determinado sitio. Era un combate feroz, de animales salvajes, entre un andaluz de patillas negras y un mozo asturiano, colorado y garrido. Disputábanse un caldero de judías, de los que a diario distribuyen en el entrepuente, con unas palabrotas y unas puñadas tales, que ya la sangre corría, les saltaban chispas de los ojos, y ni uno ni otro soltaba el caldero. Los demás aplaudían, los azuzaban; una señorita de la primera clase que acertó a asomarse desde la cubierta, se desvaneció; y un contramaestre, asistido de media docena de marineros, rompió la muralla repartiendo rebencazos secos donde caían buenamente, lo mismo en las cabezas de los culpables que en los hombros y brazos de los curiosos. Juanito olvidó su hambre, lace-

rada su alma con la horrible escena; transtornadas sus escasas nociones acerca del prójimo; ¿puede ser posible que dos hombres se maten por un caldero de judías?... Su protector, gozosísimo, lo interpeló:

—¿Qué te ha pasado, hombre? ¿viste la pelea? Te lo anuncié, hay que andar muy listo... ¿no has comido?

No, no había probado bocado en esos tres días. Y su protector continuaba riendo, aquello era el mareo, pero en cuanto se le quitara, iban a faltar víveres a bordo con que saciarlo.

—¿Nunca te has embarcado? preguntó el sacerdote a Apolonio, que escuchaba sin pestañear.

Y ante su respuesta negativa, siguió adelante:

—Si vieras las noches de luna ¡qué lindas son! ¡qué secreto y tristísimo encanto el de la alta mar! Diríase que a la luna, que ya ves que es de suyo melancólica, le aumenta su melancolía al mirarse perdida en la inmensidad del océano; riela sobre las olas cual si tuviera miedo, cual si sólo iluminara el trayecto del buque para acompañarlo y acompañarse, el resto del mar queda en la sombra. En esas noches, me escurría yo hasta acercarme lo más posible a los departamentos encendidos que me atraían fatalmente, y pegado a la borda, contemplaba sus dorados, sus espejos, sus lámparas y sus alfombras, con más recogimiento que si me hallara en una iglesia. A veces, los camareros me descubrían y a puntapiés me echaban de mi escondite; cierta ocasión, una jovencita me obsequió con un puñado de avellanas. Como jamás había oído un piano, la noche en que sus notas llegaron hasta mí, allá en el entrepuente, revuelto con aquellos hombres y mujeres que se entregaban a un indecente cambio de caricias sin el mínimo escrúpulo hacia nos-

otros, los pequeños, ¡oh! esa noche, creí al piano una orquesta sobrenatural de monstruos submarinos o de ángeles que se divirtieran tras de las estrellas. Sacudido por la emoción, me puse a temblar, y a riesgo de que me sorprendieran y me castigaran, trepé a un gallinero, para abarcar aunque fuera de lejos, toda la cubierta de la primera clase. El piano no callaba; el balanceo del barco era muy suave, y a la luz de la luna, más adivinados que vistos, miré diversos grupos de viajeros, en sendos sillones; las señoras, con mantas en los pies; los hombres fumando y rodeándolas con mucho respeto en sus ademanes y en sus proximidades, un escenario enteramente distinto del que venía haciéndome jirones mi pudor de niño. Aquello se me antojó aparición, sobre todo, cuando una pareja, en su paseo, se acercó al barandal, y apoyada en él, continuó más animada y más discreta la charla que se traían desde el opuesto extremo del vapor; sus hombros juntos, sus rostros a punto de tocarse por culpa del barco, que, con sus suaves balances parecía prestarse gustoso a representar el humilde papel de hamaca para mecer y adormir los castos ensueños de dos adolescentes que se aman!...

—Después, ¡imagínate cuánto no habré sufrido! Sin padres, a tantas leguas de mi país, siempre en poder de un amo más o menos cruel...

Las conversaciones de a bordo, que disciplinaban mi precocidad, ciertamente que no fueron adecuadas para ennoblecer mis ideas, toscas aún. Aquel montón de carne humana, no se preocupaba sino del dinero; ese montón de desdichados, cuya mayoría no sabía leer, cuya moral corría parejas con su instrucción, y cuya miseria igualaba al océano, sólo se animaba al hablar de América, a la que consideraban cosa pro-

pia, una perdida que se entrega al primero que la solicita; el país del sueño, del milagro, de la fortuna; el país que conquistamos para que en premio nos cubra de oro! Y esos futuros millonarios, en alpargatas todavía y con harapos, no hablaban de otra cosa; nunca un recuerdo para la patria, tragada por el desierto de agua; nunca un recuerdo para la familia, encorvada en el terruño y pensando en el ausente; nunca nada grande; lo mezquino nada más, la sed de oro y el hambre de riqueza, junto a mí que renunciaba a todo esto; que hasta odiaba a esa América, esa América sin entrañas, a la que nunca ofendí y ello no obstante, me había arrebatado a mi madre!!... Arribé a tu tierra, hijo; en aquellos tiempos famosos ¡qué ferrocarril ni qué diantres! a muele huesos de Veracruz a México. Aquí, fuí a dar de criado a una casa de préstamos; comía las sobras de los patrones y dormía debajo del mostrador, en una alfombra empeñada y en medio de dos gatazos que se pasaban la noche cazando ratas...

Comprendió el padre que la velada se concluía, y que era fuerza que Apolonio se marchara absuelto por él; pero Apolonio no ofrecía ni síntomas de confesar, y ora por efecto de la narración, ora por el de la fiebre, ello es que no oía el reloj o ya no le importaba su incansable recuento de las horas. Cortó el padre su relato, y a grandes rasgos le explicó por qué se había hecho sacerdote: por lástima hacia la humanidad, por aminorar penas, por la muerte de su madre, que no supo hasta los dos años de acaecida.

—Ahora tú, cuéntame tu vida; es lo pactado.

—¡Mi vida! padre, ¿para qué? Calcule Vd. la desgracia hecha hombre, y ni pregunte Vd. más; ése soy yo. Es mejor que tomemos una cervecita, la última

que yo tomaré en este mundo, y rece Vd. por mí, padre, réceme Vd. que ha sido bueno.

No, el padre no quería eso; quería su historia, ¿acaso no le inspiraba confianza? Apolonio protestó, al contrario, y en señas de la buena amistad que contraían al borde del sepulcro, le cogió una mano y se la apretó con las dos suyas, sus manos de gigante que habían perpetrado ya dos homicidios.

Rompió a hablar, y de veras resultó su historia la desgracia hecha hombre.

Era hijo adulterino de un artesano borracho, a quien sólo había visto dos o tres veces en toda su vida; creció en una casa de vecindad de los arrabales y no aprendió a leer; en cambio, desde muy chico supo cuanta picardía moral, material, pensada o hablada flota en los bajofondos de las grandes sociedades. Su madre no le hacía mucho caso, dejábalo crecer a su antojo, llenarse de barro y suciedades, a semejanza de los guiñapos, los zapatos viejos, las desfondadas cajas de sardinas y los trastos rotos que componían el jardín exterior de la vivienda.

—Mi madre no me quería, murmuró melancólico, quería más a un albañil que vivía con nosotros y que vino después de mi padre.

Apolonio presenciaba sus disgustos y riñas, de los que a lo menos un golpe le tocaba; y la primera vez que pernoctó en una comisaría, a los 15 años de edad, fué porque lesionó al albañil, repeliendo una de sus brutales agresiones.

—Ya me sentía yo hombre!... Mi madre, por salvar a su querido, declaró en mi contra y no volvimos a vernos.

Siguió el complicado y nocivo calvario de todos los pilluelos callejeros; una independencia peligrosísima

y absoluta; la intimidad con gendarmes, cocheros, bandidos y con el alcohol; la completa ignorancia de lo que significaban la moral y el trabajo. Anduvo Apolonio sin ropa y sin pudor, sin casa y sin amores; el corazón, entregado a sus malos instintos; el corazón, que se encallece poco a poco con los perpetuos choques de esa existencia irresponsable y vagabunda.

—Me enamoré de una costurera a la que escoltaba yo sin que ella lo notara, de su casa al taller y del taller a su casa. Al obscurecer de una tarde y probablemente porque reparó en mi persecución, detúvose a regañarme. Yo temblé, y para disimular, le ofrecí en venta una caja de cerillos.

—"¡Ah! me dijo, pues que ¿eres fosforero?" Y sonriendo tomó la caja, intentó pagármela y yo corrí, ¿cómo había de recibirle dinero?...

Entonces, el amor realizó su eterna y soberana cura. Viniéronle a Apolonio ráfagas de honradez, afán de trabajo, de vestir bien y ganar dinero, de ser digno de ella, tan seriecita, tan aseada, tan linda. Recomendado por un cargador amigo, lo recibieron de aprendiz en una zapatería, a pesar de sus rollizos 18 años, y fué tal su empeño, que al año era oficial consentido, de los que cobran las pequeñas cuentas y son los encargados de la esmerada labor.

La costurera lo aceptó y tuvieron amores. Los domingos, paseaban juntos; ella guardaba los ahorros de los dos, y proyectaron su boda para dentro de poco, para en cuanto reunieran lo indispensable.

—¿Creerá Vd., padre, que nunca le besé más que las manos?...

—¡Pues no he de creerlo! replicóle encantado el sacerdote.

Y en aquella época de pureza, vino una revolución

a hacerlo desgraciado para siempre. Un sábado, después de *rayar* en la zapatería, se marchó de cena a un figón, con otros compañeros, en donde por desdicha se armó la bronca y hubo gritos, cuchilladas y remate en la cárcel. El, inocente, supuso que saldría al ser descubiertos los responsables y ni le ocurrió advertir a su novia. Y al siguiente día, amarrado de los codos lleváronle a un cuartel; le rasparon el cráneo sin más ceremonia, le pusieron uniforme y fusil, y a varazos, explicáronle que era soldado.

—Hasta creí que me duraba la borrachera!

Gastaron seis meses en la campaña, durmiendo hoy aquí y mañana cenando allá; en un pueblo, robaban gallinas; en una "hacienda," caballos; de tiempo en tiempo, a una muchacha, que a la fuerza poseían cuatro o cinco en algún hoyanco del camino y tapándole la boca para que nadie oyera sus lamentos. Los cabos de vara, sin descansar en su ejercicio; los desertores, fusilados en el acto, y las ciudades por donde atravesaban, como muertas, sin vecinos que los saludaran. Del sol, de la lluvia y del enemigo, ni que hablar; entre todos los obligaban a no descansar, a olvidarse de lo que es el sueño y a familiarizarse con la muerte. Como único consuelo, la *marihuana* que fumaban a escondidas.

—Una yerba, padre, que lo hace a Vd. creerse obispo o general o lo que Vd. quiera, y que le da ánimos para despedazar al que se le oponga a ello. Dicen que lo vuelve a uno loco y que por eso la prohiben.

Terminó la *bola* y Apolonio regresó de sargento segundo; ya sabía leer y escribir. Buscó a su novia, y ni quien le diera razón de ella. La supuso muerta, porque así la prefería, mil muertes antes de que se hubiera entregado a otro hombre; y el cargador aquel

al que le debió aprender un oficio y el cariño de Teresa, le contó la caída de ésta, a los tres meses de ausencia y perseguida por un elegante, un joven rubio, de carruaje propio. Vagamente obtuvo la filiación del autor de su desventura, y desde aquel punto se deleitó con la idea de matarlo, por la espalda, con un golpe en medio de los dos pulmones que en el regimiento les enseñó un soldado, antiguo minero de Zacatecas. Tornóse Apolonio insubordinado y ebrio; logró causar baja en el servicio, y durante quince días, sin uniforme ya, anduvo acechando a su víctima, minuto a minuto, hasta que se la encontró como deseaba, al salir del teatro, descuidado, feliz, y le hundió su puñal en el sitio de marras dos, tres, cuatro ocasiones. Empapóse las ropas de una sangre tibia, deliciosa, que lo sumió en un incomparable éxtasis...

—¡Jesucristo! prorrumpió el eclesiástico, haciendo automáticamente la señal de la cruz.

Apolonio, prosiguió, inyectados los ojos y enronquecida la voz:

—Jamás lo había confesado, hasta ahora... me probaron el crimen, pero yo no confesé... me delató la sangre maldita y el volver al lugar en que quedó tendido... aquí, en la cárcel, me han dicho que eso es sin remedio, que el matador se entrega solo, cuando el muerto cae boca abajo... y es cierto, padre, cayó así, mire Vd....

Y desprendiéndose de su silla, Apolonio dejóse caer sobre el piso, con los brazos en cruz y la boca pegada a las baldosas; frente al humilde altar, frente a los cirios encendidos y amarillentos, frente al Cristo de marfil y a la Virgen de Guadalupe que se destacaba, en su bárbara coloración, del tosco y desconchado marco de madera.

El reloj tocó cuatro campanadas metálicas, vibrantes, tristísimas!!...

De un salto, estuvo Apolonio en pie:

—Padre, las cuatro ¡acaban de dar las cuatro!

El padre rezaba, y Apolonio en febril delirio, púsose a pasear por el cuarto en una crisis de verbosidad, atropellándose las palabras:

—¿Lo ve Vd.? se lo dije, que era mejor que yo no confesara nada... ¿quién le mandó a Vd. meterse en negocios ajenos?... soy un hombre muy malo... ¿que no?... no digo... oiga Vd. ahora mi homicidio número dos, el que cometí en la prisión... pero no se me asuste, padrecito; dentro de un rato me matarán a mí, y a mano mundo.

Había matado segunda vez, por retardar su fusilamiento, porque acumularan las causas y ganar tiempo. Tenía arreglada su fuga, cuando lo llevaron herido al hospital; mas no cuajó; le ganaban en buena ley. Y en su lógica de valiente de taberna, hallaba justificado que la autoridad se aprovechara. Ardía en calentura y le volvió la sed.

—Apolonio, arrepiéntete, pide perdón a Dios.

—¿Y de qué me sirve?

—De lo que tú ni te imaginas... Mira, yo no te engaño, soy quizá el último hombre que te recibirá en sus brazos... te lo suplico.

—Padre, no se cargue y déjeme estar entero... Soy tan malo, que ni Dios... no, ni Dios, agregó al cabo de unos instantes de meditación, ha de querer perdonarme...

—¿Ni por tu hijo lo harás? ¿tampoco a él le dejarás ese consuelo?

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! gritó el hombrazo aquel, el homicida dos veces, el blasfemo, el condenado. Y co-

mo si un rayo lo abatiera, rota ya e impotente su tensión nerviosa, se echó sobre el catre de lona, llorando a mares.

—Te arrepientes, ¿verdad? díme que te arrepientes.

—Sí, padre, sí; perdono a todos, hasta a los que me matan, con tal de que Dios proteja a mi muchacho...

—Pues anda, pídeselo tú; híncate y dí conmigo: "Señor mío, Jesucristo..."

—"Señor mío, Jesucristo..." respondió Apolonio, de rodillas delante del altar, su enorme cuerpo doblado por el arrepentimiento; pendientes los brazos y enclavijadas las manos; una lágrima que otra, rezagada por entre los rizos de su barba negrísima, y el vendaje de su cabeza, dándole siempre el aspecto grotesco de comparsa de comedia.

Por la ventana clareaba el día, y pájaros lejanos saludaban a la aurora con una orquesta de gorjeos.

—"Dios y Hombre verdadero,..."

—"Dios y Hombre verdadero,..." repetía Apolonio, como chiquillo que recitara su lección de doctrina. Y cuando concluyó el acto de contrición, un imponente rumor hizo volver la cara al sacerdote y al reo.

—Vamos, Apolonio, insinuó el alcaide en inseguro tono.

En el corredor de la capilla, a la media luz del amanecer, veíanse soldados, sota-alcaides y caballeros de sombrero de copa, que hablaban bajo.

—¿Me permite Vd. un momento, señor coronel? preguntó el párroco.

Ante el asentimiento del alcaide, fuése a Apolonio, algo le dijo al oído que el condenado aprobó moviendo

la cabeza y con dulce sonrisa; murmuró en latín la absolución, y lo bendijo; en tanto los concurrentes, excepto los soldados, se descubrieron. Por final, el cura abrazó al reo.

—Padre, mi hijo, que no me imite mi hijo...

El cortejo partió. A su paso por el departamento de mujeres, escucháronse murmullos de plegarias que se escapaban al través de las puertas cerradas.

Y en las arboledas vecinas, los pájaros continuaban su delicioso himno de gorjeos...

———*———

VI

Ortegal cayó enfermo la noche misma que siguió al fusilamiento de Apolonio: una fiebrecita cerebral que lo hizo guardar cama, acompañada de delirio, de congojas de Carmen, de ausencias de su oficina y destierro de sus párvulos al patio y a los corrededores. No se le borraba la escena; contábala a gritos, por lo bajo, despierto y dormido. La familia entera sabiásela ya de memoria. Por piedad religiosa, Carmen compró una vela de cera, como sufragio para el alma del reo; la criada, detalló la ejecución a los vecinos de la calle y de la casa, sin que ningún poder humano pudiera obligarla a aventurar las narices, de noche, en pieza obscura, pues afirmaba oír toques misteriosos y de la otra vida. Los muchachos, fusilábanse mutua y diariamente, uno por uno; imitaban los disparos, las convulsiones, y luego, partían muy tiesos, de cadáveres, tirados por un hermano-tranvía, hasta la azotehuela, en donde establecieron hospital y sala de autopsias.

—¿Si vieras qué horroroso estuvo? decíale Julio a Carmen, en cuanto la tenía cerca.

Y de nada servía que Carmen tratara de calmarlo, manifestándole que no quería ya escuchar la historia de la tragedia; volvía Julio a comenzarla, habíase olvidado de los mejores detalles, los más patéticos, y abultada por la calentura del enfermo, la

crónica del suceso llenaba los ámbitos de las humildes y desmanteladas habitaciones.

—Ya sabes que el juez no presenció la ejecución, y ya te acuerdas de lo temprano que salí de aquí. ¿Te dije que el secretario me aguardaba en el café del "Infiernito," en la Calle del Coliseo Viejo?... Sí, ya te lo dije. Pues bueno, aun cuando apenas comenzaba a clarear, el cafetín estaba abierto ¿lo crees?... dicen que es muy raro que lo cierren, porque queda a dos pasos de las casas de juego y los desplumados van a desayunarse allí. Paseábase el secretario en el portal; sólo nos dimos la mano, y callados entramos en el café.

Carmen lo interrumpía; ¡qué empeño! ¿para qué impresionarse de nuevo contándole lo que había sido causa de su enfermedad? Era más cuerdo que tratara de aliviarse y de olvidar.

—No, no, ahora verás, no te lo he dicho todo; ahora verás cómo estuvo. Cogimos un coche que aun tenía sus faroles encendidos, y al ordenarle el secretario: "a Belem", nos contestó el cochero desde el pescante: "sí, ya sé, Vds. van a ver al fusilado"... Nos llevó de prisa. Comenzaban a abrir las panaderías y las tiendas, y a pesar de eso, la plazuela de la prisión rebosaba de gente del pueblo tomando "hojas", pero en un orden y en un silencio, que ni del pueblo parecía. Vimos en la alcaidía a muchos señores, hasta el gobernador, no creas; y periodistas y curiosos ¡qué bárbaros! todavía los que por fuerza asistíamos, pase, mas por curiosidad!.. El alcaide, entraba y salía; de pronto, se acercó al gobernador en unión del comandante de la guardia, y al decirle:

—"Cuando Vd. lo disponga, señor," nos pusimos pálidos todos, todos...

Carmen entonces tapábale la boca a Julio, le echaba encima a Bito:

—Hombre, por Dios, cállate; no me atormentes más.

¡Cualquiera lo callaba! Volvía a la carga con la terquedad propia de los enfermos, como si repitiendo varias veces la misma cosa, fuera desalojándola de su cerebro. A solas rumiaba la condenada idea, y en cuanto Carmen le daba algún medicamento o su comida, reanudaba él el hilo de su cuento, y a narrar otra vez. Fué así cómo la pobre de Carmen y la familia completa, servidumbre inclusive, se aprendieron de memoria la ejecución, siguiéndola paso a paso, de la alcaidía al pie de la escalera grande, por la que bajó Apolnio de bracero con el cura, su frazada al hombro, no obstante lo desapacible de la mañana. A nadie saludó, sino que apretó el paso, hablando con violencia extraordinaria al sacerdote. La procesión se incorporó al reo y a la escolta de soldados; y en la puerta del departamento de mujeres, se detuvieron unos instantes mientras abrían las dos hojas, detención que les permitió escuchar las oraciones de las presas.

—¿Y Clotilde, tu prisionera? habíale preguntado Carmen la primera ocasión en que le narró Julio la tragedia.

No la vió, hallábase encerrada. Y en agridulce tono rogó a su esposa que no se la mencionara, pues con sólo el nombre de la mujer aquella, luchaba Julio por dentro con una porción de sentimientos encontrados: terrores de católico ignorante; miedos a la pasión que se anuncia, y deseos masculinos, de hombre que ignora el amor y anhela a la vez el conocerlo.

—Tú eres mi señora, y no está bien que me hables de las demás mujeres... no por nada, sino porque de veras no está bien.

Carmen no insistió, y pudo Julio en sus recitaciones posteriores no mentar a la prisionera, aunque no se le apartara de la mente, pues de otra parte, demasiado que reconoció su voz la mañana del fusilamiento, y demasiado también que se arrepintió de ello, en la creencia de que pecaba mortalmente al asociar en su cabeza a un infeliz fusilado con un amor culpable.

Después venía la entrada al patio del Jardín, la formación del cuadro, las últimas órdenes.

—Nunca me han dicho por qué se llama "del jardín" el tal patio... no tiene más que un arbolito seco!...

En él, procedió Apolonio a un reparto testamentario de lo que llevaba puesto, entre los soldados y vecinos de galera; su sombrero jarano, se lo legó al alcaide, y su frazada al sargento del pelotón, recomendándole que no le pegara en la cara el tiro de gracia.

—"Es más seguro el corazón", añadió en una voz que oigo todavía; una voz, hija, que parecía la de una persona que ya no vive y que aun no muere... una voz espantosa!

En las ventanas de una de las galeras que caen al patio, se apiñaban presos asidos a las rejas con posturas simiescas y pavorosas miradas. Los periodistas y los curiosos se ofrecieron mutuamente un trago de cognac, y Apolonio, que nada aceptó ni se dejaba vendar hasta que no intervino el cura y me lo puso mansísimo, tendió en el suelo su frazada y en ella se arrodilló dando las espaldas a la tapia. En el mismo instante, el sol se asomó al jardín; un oficial con la

espada desnuda, le pidió su venia al gobernador, quien contestó un gesto vago, todo en medio del silencio más absoluto, para que el reo no se enterara de que ya iban a matarlo.

—¡Ay, hija! entonces nos descubrimos todos, nos dimos vuelta; en las ventanas, los presos se persignaban, sacaban por entre los barrotes, escapularios y estampas de santos; el oficial bajó su espada... y...

Hundía Julio la cara en las almohadas o en el regazo de Carmen, la que respiraba de que al fin se concluyera la narración mil y tantas de la muerte de Apolonio.

—¿Lo ves, hombre, lo ves? le decía acariciándolo como a nene asustado, anda, procura dormir y no te metas más con ese desdichado, que en paz descanse. ¿Te dejo a Bito?...

Y con él se quedaba Julio en la cama, mientras Carmen se entregaba a sus faenas domésticas.

Una tarde, los muchachos rumbo a la escuela y la criada levantando el mantel, llamaron en la vidriera del comedor; un caballero anciano que a toda costa deseaba hablar a Julio:

—Dígale Vd. que sé que está enfermo, pero que me urge verlo hoy.

Entró Carmen a comunicar el recado, y no bien la distinguió Julio, preparóse a repetir la historia.

—¿Si vieras qué horroroso estuvo?...

—Déjate ahora de horrores y de Apolonios, que te creerán loco. Ahí está un señor que con mucha urgencia quiere hablarte.

—¿No le has dicho que me encuentro enfermo? ¿qué señas tiene?

—Un señor viejo, enlutado, de aspecto decente. Le diré que pase ¿eh? A ver si te distraes. Y penetró

el desconocido en el modesto dormitorio del escribiente enfermo.

—No, no se incomode Vd., dijo al notar que Julio se incorporaba, y perdone mi impertinencia; pero cuando yo se lo explique, verá Vd. si de veras necesito que me ayude y que me escuche; que me ayude, sobre todo.

¿Julio ayudar a alguien? Sin duda aquel buen señor se había equivocado de puerta o se equivocaba de individuo, pues maldito si Ortegal podía prestar ayudas a nadie, ni a sí propio. Así se lo hizo entender a su interlocutor, en medio de curvas y rodeos, confesando su miseria a pedazos, para que menor se la supusieran. Ante las ratificaciones del anciano, que sostenía no equivocarse, ser Julio la persona que él buscaba, la que buscando venía desde su arribo a la capital, Julio cedió y se ofreció a sus órdenes.

—¿Desea Vd. hablarme sin testigos?

Al contrario; suplicaba que Carmen permaneciera con ellos, por si él carecía de influencia. Después de unos instantes de mutismo, muy intrigado Julio, sin delirios ya; Carmen tranquila, amamantando a Bito con el casto impudor de las madres pobres, dijo el visitante con signos visibles de que realizaba un esfuerzo:

—Yo, señor Ortegal, me llamo Agustín Granada y soy el padre de Clotilde!

—¡De la presa! terció Carmen sin ánimo de lastimar al pobre viejo, quien dobló la cabeza y dijo:

—Sí, señora, de la presa por sospechas del homicidio de su amante...

Julio se estremeció bajo las sábanas; ¿otra vez esa mujer atravesándosele en el camino? Casi lo alegró la brutal interrupción de Carmen, denominando a

las cosas por su nombre. Pues no le faltaba más sino que cuando principiaba a vencer o a creer que vencía, a expulsar de sus entrañas a la encantadora y peligrosa intrusa, le resultara aquel individuo y lo cogiera a traición, convaleciente, débil, y lo obligara con sólo mencionar a su hija, a que él, Julio, un hombre casado, un padre de familia, continuara pecando con el adulterio mental, cometido ya. Y de avinagrado gesto, decidido a decirle cuántas son cinco, le preguntó:

—Perfectamente ¿y qué quiere Vd.? En nada podré servirlo, pues no soy más que el escribiente de la causa. ¿Acaso ella lo manda a Vd.?

—Le perdono a Vd. una sospecha que mancilla mis canas, porque al fin y al cabo Vd. no me conoce, pero no vengo de su parte, no señor; a ella no la he visto ni la veré nunca, así sepa que mi muerte y la de mi mujer serán más amargas por causa de nuestra hija ¡qué remedio!... Leímos la noticia en los periódicos, nosotros somos de Mazatlán, y como me consta que ése... el que la sacó de su casa, no tenía con qué vivir, nos hemos preocupado de esta desgraciada ingrata; ¿qué hará al salir libre?... porque saldrá, lo verá Vd., saldrá, es incapaz de matar a nadie... digo, no, no tan incapaz, supuesto que nos mató a nosotros, que nos ha dejado agonizantes, allá, en nuestras casita, que es un sepulcro desde que ella la abandonó... pero estos delitos no están penados por las leyes, ni es posible tampoco... sin embargo, yo habría preferido morir de veras!...

Según avanzaba el relato de don Agustín Granada, operábase una reacción a su favor en Carmen y Julio. Transfigurábase el anciano, se embellecía con el recuerdo de su hija. Julio ahora, palpaba el parentesco: los mismos ojos, la misma frente, la misma bo-

ca, que en el padre se adivinaba apenas, a causa del bigote y de la barba que, al hablar, le temblaban como otros tantos hilos de plata bruñida.

—El favor que Vd. puede hacerme, continuó, consiste en recibir cada mes el dinero que yo le mande a ella, bajo la expresa condición de no revelarle nunca que soy yo quien le envía recursos. Pero que tenga con qué comer, que nada le falte más que nosotros, y no se vea obligada a vivir con otro hombre... No, no me diga Vd. que no; ayúdeme Vd. señora (*dirigiéndose a Carmen*), hagan juntos esta obra buena; dicen que de algo sirven a la hora de las últimas cuentas...

Antes de que Carmen despegara los labios, Bito dormido en su regazo en una de esas inverosímiles posturas de los niños cuando duermen, Julio rehusó, dijo que no muchas veces, con la boca, con las manos, con la cabeza, como si rechazara una tentación, espantado de lo que preveía al cabo de la probable intimidad y el próximo acercamiento.

—No, señor Granada, dispénseme Vd., mas no puedo servirlo, créame Vd. Yo tengo mis teorías...

Y se calló, claro, qué teorías había de tener; era un parapeto para disfrazar el por qué rehusaba, para no repetirse a sí propio que temía y anhelaba vecindad semejante con Clotilde.

—Guarde Vd. esas teorías, señor Ortegal, y recuerde que también tiene hijos; ¿no haría Vd. por ellos lo que yo estoy haciendo por la mía? o ¿es que no quiere Vd. ni el menor contacto con una mujer sobre la que pesa una acusación criminal?

—No, eso no; la creo inocente, sino que...

—¿Verdad que es inocente? ¿no se lo dije a Vd.?

exclamó don Agustín traicionado por su júbilo de padre.

—Sí, pero...

—Vaya, señor Ortegal, un buen movimiento. ¡Si Vds. supieran cuánto la hemos querido, cuánto la queremos todavía! Es lo único que nos quedaba; dos hermanos suyos vivieron muy poco, así es que, desde muy chiquita, como el niño de Vd. (*a Carmen*), yo sobre todo, me dí a idolatrarla, porque era zalamerísima conmigo; dejaba a la madre si yo le tendía los brazos; lo primero que aprendió a decir fué "papá", y lo primero que aprendió a hacer fué a jugar con mis bigotes y la cadena de mi reloj.

Ya en este terreno, un mundo de inmaculadas reminiscencias refrescaron el abatido espíritu del viejo aquel; como por evocación prodigiosa, todo su paraíso de padre resucitaba, traíale a la memoria olvidadas fechas, gracias de ángel, caprichos de criatura; la alarma de los esposos ante las toses ligeras, los liliputienses catarro y enfermedades quiméricas que son las espinas para la infancia de un ser que adoramos. D. Agustín se retardaba en la enumeración de los instantes de dicha doméstica; los minutos de gozo, al lado de la cuna; los primeros pasos, que los padres vigilan, sobre la alfombra de la alcoba, regado de cojines el trayecto que ha de recorrer el asustadizo y charlatán muñeco, con sus bracitos abiertos, como obispo en procesión, y tambaleante y risueño, sale de los besos del uno para ir a caer en los del otro, que lo estruja y lo impacienta a fuerza de mimos y caricias. Luego, Clotilde creció, estuvo en un colegio y resultó muy aprovechada. Púsose tan guapa, que los conocidos y los extraños la detenían en la calle, le regalaban dulces y monedas.

—Y lo que es en casa, no había rincón que no alegrara, ni mueble que a su contacto no apareciera mejor construído, más hermoso. Hasta los criados no resistían a su influencia, a su aire de celestial belleza, de niña que no es para el mundo. Cuando yo regresaba de mis larguísimos viajes, no les he dicho a Vds. que fuí marino, me sorprendía más y más con su belleza y sus virtudes; y como todas mis esperanzas, mis ilusiones todas en ella radicaban, abandoné el oficio con algunos ahorros y me consagré a mi hija. Al comunicarme mi mujer la pasión naciente en el pecho virginal de Clotilde, sentí una espina, no me agradó el tipo del indecente ése...

Contra lo acostumbrado, Clotilde que nada ocultaba, les ocultó su amor; y don Agustín, alarmado de que un desconocido principiara por cambiarles a su hija, tomó informes y se los dieron pésimos; el tal Alberto era un libertino; noche a noche jugaba, y en sólo una ocasión perdió en la feria de las Olas Altas más de lo que ganaba en tres meses de trabajo.

—Vds., agregó con hondo desconsuelo, no pueden imaginarse todavía lo que se sufre con un descubrimiento de éstos que vienen a trastornar a toda una familia; una de estas pasiones que derrumban un hogar y lo dejan arrasado y desierto, como el mío... Pero, perdonen el mal rato, no sé para qué les cuento mis congojas...

—Al contrario, señor; me ha interesado vivamente su desgracia, siga Vd., le contestó Julio, en realidad interesado, con un interés que no podía combatir, avasallador y morboso, por conocer los amores de Clotilde y averiguar por qué había caído; por saber qué cantidad y qué clase de amor necesitan las mujeres para caer. Y ahora que la prisionera iba

dominándolo más y más, animaba a Julio una ira creciente, la secreta enfermedad de que adolecen los hombres todos cuando miran adorado a otro. Deslumbrado por los radiantes pormenores de la pasión que triunfa y que el pobre viejo narraba con desesperación en el ademán y la palabra, Julio se adivinó perdido para siempre. Entróle rabia de posesión, de adueñarse de una mujer así, de inspirar un cariño tan grande como el que el suicida había sabido inspirar. Ya no le tenía miedo a Alberto, sino envidia; le habría pedido, lo mismo que si fuera un santo, su poderosa intervención para que Clotilde lo amara a él, Julio, que se moría por ella.

Asombróse de pensar cosas tan ajenas a la habitual marcha de su caletre. ¿Acaso el amor lo transformaría hasta el punto de sublimarle las ideas? ¿Cómo no variaron en nada cuando su enlace con Carmen?... La tenía ahí, sentada cerca de él, con un hijo suyo, es decir, un hijo de ambos y nacido entre otras cosas a fin de acercar a los padres, de mantenerlos en una unión indisoluble y eterna, la ordenada por Dios y por los hombres sabios, la que sólo la muerte trunca. Veíala, muchos años atrás, de novia, de recién casada, y hubo de confesarse que ni en sus días más idílicos de novios o en sus noches más amantes de esposa, nunca, nunca lo hizo vibrar como la otra, entrevista al través de una reja, consagrada a un recuerdo y con vehementes presunciones de criminalidad a cuestas, vale decir, impura de cuerpo y no muy aseada de alma. De súbito, Julio varió de opinión; sí, aquel anciano decía bien; a Clotilde abandonada y sola, alguien tenía que protegerla, y ese alguien sería él; él que la idolatraba, que por hacerle llevadera la vida, sabría desplegar tesoros de amor y de ternu-

ra. Volvióse a Carmen, como para que ella sola resolviera sobre su suerte, en vista de las súplicas reiteradas del anciano, y prometiéndose una perenne bienaventuranza con la próxima intimidad, prorrumpió en hipócrita tono, sin importarle ya el pecado que cometía a sabiendas.

—Pues tú dirás, hija, que eres la única que manda aquí.

¡Qué iba a decir la infeliz! Que sí, mil veces que sí; en su propia casa si era preciso.

—No ves que no tiene quién se duela de ella...

Besó don Agustín las manos de Carmen; era una santa, la mujer cristiana que con sus actos nos recompensa y premia de las crueles inconsecuencias de este mundo.

—Las acciones de esta naturaleza, señora, no se pagan, porque no hay con qué pagarlas, pero las premia Dios, y Vd. será recompensada por sus hijos o por lo que le sea más caro.

Apesar de que Julio experimentó ímpetus de pedirle perdón a su esposa, de oponerse a la solución que ella daba, se limitó a decir:

—Ya lo oye Vd., señor, mi mujer consiente. Puede Vd. contar con nosotros.

—Dígame Vd. cómo se llama su niño, exclamó conmovido don Agustín, para que no se me olvide su nombre y en alguno de Vds. demuestre mi agradecimiento.

—Se llama Jacobo, contestó en seguida Carmen, pero sus hermanos le pusieron Bito, y así le decimos todos ¿verdad Julio?

—Sí, así le decimos todos, repuso éste maquinalmente.

Temeroso don Agustín de que aquellas gentes se

arrepintieran de su arranque si él prolongaba la visita, se levantó. ¿Quién sabe si no volverían a verse? Mas, de todos modos, desde luego contaban con un amigo; y de prisa, haciendo caricias a Bito, que no despertaba, ratificó el convenio: enviaría ochenta pesos mensualmente, en carta certificada; Julio acusaría recibo, dos palabras, y arrepentido de su plan primitivo, añadió:

—Siempre será mejor que le diga Vd. a Clotilde quién le manda el dinero, pues si desconoce la procedencia, de fijo que no lo acepta; pero prevéngala Vd. que ni nos escriba ni intente nunca una reconciliación... Si por desgracia, no sale absuelta, comuníquemelo Vd. por telégrafo, cueste lo que cueste.

Hízole Carmen los honores hasta el portón del corredor, y de regreso al cuarto, hallóse a Julio llorando como un chico, sin consuelo, sin preocuparse de que su mujer lo viera. Nada, no tenía nada; lloraba por necesidad, porque se habría ahogado con el llanto. Incorporado en la cama, abrazaba a Carmen; le acariciaba los brazos y los hombros; despertó a Bito; y en cuanto podía articular sonidos, soltaba las mismas preguntas:

—¿Verdad que sí te quiero? ¿que jamás te dí motivo de queja? Dímelo, anda, dímelo, que me urge saberlo...

Carmen lo serenó, diciéndole que sí a todo; en parte, porque sin advertirlo había llegado a ese punto de los matrimonios que carecen de borrascas pasionales, en que el amor de un principio se marchó dejando el puesto a un afecto especial y tranquilo, sin cambiantes, muy parecido a las turbias aguas que salen de las grandes fábricas por una compuerta medio abandonada, después de que penetraron con es-

trépito de torrente y de que movieron una maquinaria colosal, y se pierden anónimas y mudas en los surcos polvosos de un terreno ignorado. Decíale que sí a todo, en parte también, porque en realidad no dudaba del cariño de Julio, y vivía contenta con él, con la miseria, con su misión de hembra fecunda que año por año da a luz un nuevo ser. El capricho del enfermo, lo atribuyó a un cambio en la forma del delirio: Apolonio, primero; ella, después.

Julio, más enamorado que nunca de Clotilde, más que nunca resuelto a engañar al mundo entero y a idolatrar a la extraña, a los tres días volvió a su oficina.

La instrucción del proceso avanzaba a paso de carga. En un par de meses, estuvo listo para ser presentado ante el "Tribunal del Pueblo", como Cartera denominaba siempre al jurado; y durante esos dos meses, Julio multiplicó las oportunidades de llamar a Clotilde a la reja. Hasta recados manuscritos subrepticios le envió por conducto de un "boquetero"; y en cierta ocasión, con riesgo de que lo echaran del empleo si llega alguno a denunciarlo, hizo una temeridad: la citó para que hablaran en un corredor interior, de asuntos serios. Fué el primer acercamiento; la vez primera en que le estrechó la mano y en que Clotilde acabó de enloquecerlo, sin esfuerzo de su parte, mirándolo de cuando en cuando con sus ojos tristes y lindísimos. Apoyado Julio en la pared, sentíase morir, que todo giraba y desaparecía, menos ella, ideal dentro de su traje negro; soberana, impasible; como una promesa de ventura infinita. Con balbuceos en el decir; con remordimientos y miedos, justificó el motivo de la entrevista. Una persona, que no era necesario nombrar, pero que se interesaba por

Clotilde, habíale encomendado a él una entrega periódica de dinero, y Julio ponía a sus órdenes la remesa inicial.

—¿Desea Vd. que se la entregue íntegra, o conforme me vaya Vd. pidiendo?...

—Eso viene de casa ¿quién sino ellos se interesarían por mí? Ha sido papá ¿no es cierto? ¿le ha escrito a Vd.?

—Sí, me ha escrito; es decir, no, me vió él en persona, le respondió Julio sin resistir a la mirada fija de Clotilde.

—¡Vino a México! ¡por mí!... Qué mala soy y Vds. qué buenos. Sí, también Vd., que se ha prestado a esto.

¡Julio prestarse! Julio se daba, se había dado ya, seguiría dándose todo, sin que a él le quedara nada de su ser moral ni material; en una de esas abdicaciones supremas que sólo se tienen una vez en la vida por la mujer que nos suprime el alma y quién sabe a dónde se la lleva. Pero a pesar de la abdicación, Julio no se atrevió a confesársela, sino que aprovechándose de la emoción de Clotilde, le cogió una mano y exclamó:

—Señora, a mí no me agradezca Vd. nada, nada, créame Vd.; y en cuanto a su dinero, ya me lo pedirá cuando la llamemos a la reja y ya me escribirá Vd. lo que le ocurra.

Regresó Julio a su papelera con la cara radiante de gozo, sin importarle gran cosa el marco tan poco poético en que había contemplado a su ídolo. No le resultaba feo aquel corredor de cárcel, sombrío y mal ventilado; con telarañas en sus rincones; polvoriento y sin asear el piso de ladrillos; desconchados los muros; rajadas y acribilladas por la polilla las vigas del

techo, y pendiente de una de ellas, una mala farola de vidrios empañados; la vidriera que da al patio, incompleta y llena de agujeros, como si hubiera resistido un asalto de tiradores expertos, y por dondequiera rejas de madera, de hierro, de hierro y madera; por dondequiera empleados de torva faz, presidiarios de indescifrables rostros; ruido de llaves y de puertas; humo de cigarros; hedor de mala comida y de agrupación de gente sucia; rayos de sol, asomándose a distancia, cual si quisieran purificar la letrina humana, y sobre el conjunto, un murmullo inmenso de tonalidades varias. Sólo un detalle amable: un nido de golondrinas, entre dos vigas, habitado por un enjambre de polluelos que píaban y píaban hasta desgañitarse, cada vez que veían a la madre cruzar por los cristales rotos de la vidriera.

Mas a Julio ¿qué iba a significarle todo aquello?

Había tenido cerca a Clotilde, sin reja ni curiosos, y sin nadie que se la codiciara; habíale dado dos veces la mano, y ella le había agradecido su comportamiento, llamándolo bueno; lo había equiparado a sus padres, le había prometido escribirle; ¿qué más podía pedir, si eso era un principio de algo, de algo que lo seducía y que anhelaba?

En efecto, comenzó el cambio de cartas, al comparecer Clotilde en las diligencias últimas de su proceso y abusando de la distracción de los demás, que a la verdad no sospechaban el oculto manejo, el Comendador aparte, que maliciosamente reía de que Ortegal estrechara la mano de una presa. Los otros, no; cobráronle afecto y se informaban de cómo pasaba las noches, de si le faltaba algo; la consideraban una parte animada del juzgado; le ahorraban exhibiciones, es decir, la llamaban al quedarse solos los de casa,

y en su presencia, gastaban comedido lenguaje. En cierta ocasión el mismo juez, el feroz Mazo, le dijo "hija".

Y las cartas, que en un principio eran muy serias y muy atentas; con preguntas y respuestas sobre asuntos de familia, alza y baja del capital en depósito, esperanzas y certezas de un próximo triunfo en el jurado, fueron variando poco a poco. La confianza que engendra el trato continuo, hízose sentir en los papeles ésos, muchos escritos con lápiz, muchos con borrones, que son el signo de la intimidad en las relaciones epistolares. Mezclábase en ellas lo divino a lo humano; se aclaró el estado civil de Julio, su múltiple paternidad; en un par, quedaron mutuamente presentadas Carmen y Clotilde. "Desde aquí le pido a Dios por Vd." leíase en la una, y en la otra: "Yo desde aquí rezo por los hijitos de Vds."; y durante algunos días, cualquiera se habría creído que las epístolas salían de un claustro o de una sacristía, antes que de un presidio.

Insidiosamente, convenció Julio a su mujer de que debía pedirle a Clotilde un retrato suyo, por más que no lo obtuvieron, ¿de dónde iba a sacarlo la encarcelada? "No hay, contestó ésta, sino el que sacaron aquí, " cuando vine presa, para pegarlo a las hojas de la " causa; pero además de que no es mío, no se lo man- " daría nunca, por los cruelísimos instantes que me " recuerda". Julio, no obstante, engañó al fotógrafo; practicó sus fraudes en el exiguo presupuesto doméstico, prescindió de su puro en dos tardes de hospital, y dentro de un marco de a cuatro reales, escondió la mal habida fotografía en las profundidades de su papelera. Determinó, además, no retardar la resolución del más arduo problema para su vida

futura. En el probable supuesto de que el jurado absolviera a Clotilde ¿qué hacían con ella? ¿la dejaban irse a un hotel, a una casa de huéspedes, o que improvisara casa propia en un instante, como mutación de teatro? Acabando de salir de la cárcel, de fijo que no la admitirían en ningún sitio decente; y con los tesoros de hipocresía de que sólo echan mano los matrimonios antiguos o los que comienzan a desquiciarse, Julio consultó el conflicto con Carmen, en un tono de perfecta indiferencia, cual si a él lo fastidiaria el asunto.

—¿Qué te parece a ti? ¿le ofrecemos la casa, mientras ella se instala en una suya?...

Carmen tardó en responder. Por la primera vez desde que esa señora hallábase instalada entre ambos cónyuges, a pesar de la distancia, desconfió la esposa en peligro, por puro instinto, por un fugaz presentimiento que le gritaba "¡cuidado!" Miró a Julio, quien para disimular retozaba con Bito, y le dijo:

—¿Tú quieres que venga?

—Te diré, a mí me es igual; más bien me desagrada, que al fin y al cabo no es sino una extraña para nosotros...

—Entonces no la traigas, no le digas nada. Sabe que somos pobres, con muchos hijos, y que apenas nos basta la vivienda; no ha de sorprenderla tu silencio.

—Tienes razón, repuso Julio que adelantaba visiblemente en su nueva carrera cómico-doméstica, yo lo decía por las súplicas de su padre, por lo tranquilo que se marchó cuando supo que no desampararíamos a su hija, y la verdad es que la dejamos en el aire. Pero no importa, lo esencial es que tú no te disgustes...

Las incipientes sospechas de Carmen, se desvane-

cieron; ¿a dónde se le había ido la cabeza para imaginar?... A Julio no le interesaba mayormente aquella mujer; érale igual el albergarla con su familia o no, y se operó en ella naturalísima reacción, formada de remordimientos por sus temerarios juicios; de impulsiva piedad hacia una mujer en el abandono; de supersticiones, la eterna y vulgar creencia de que quien beneficios siembra beneficios recoge, y fué ella sola la que votó a favor de la presa, con gran contentamiento de Julio, que al fin dejóse convencer como marido que accede por conservar incólume la santa armonía del hogar.

—Si tú lo quieres, bien está; yo le escribiré que eres tú la que le ofrece la casa, es más propio.

Y en ese sentido partió la carta, con habilidad redactada, para que Clotilde no pudiera rehusar ni Julio apareciera autor de la idea: "Nosotros creemos que a Vd. la absolverá el jurado, y como no pondría Vd. su casa en un día ni dos, mi mujer me encarga que le ofrezcamos a Vd. la nuestra, por mientras, la nuestra que es muy pobre, pero ofrecida de todo corazón. ¿Acepta Vd.?"

¡Pues no había de aceptar! "Ya que Vds., contestó Clotilde, se han propuesto cubrirme de beneficios, yo me propongo cubrirlos con lo único que me resta: mi gratitud y mi cariño."

Como en realidad el jurado estaba próximo, y en diarios y corrillos se comentaba la belleza de la delincuente, su juventud, lo romántico de sus amores brusca y trágicamente interrumpidos, llovían sobre el juez esquelas y tarjetas en demanda de permisos para asistir a la audiencia. En la oficina, se agriaban las discusiones relativas al éxito; y el Comendador bebió tal número de *tequilas* y *catalanes,* ofreciendo

a todo el mundo sus porteriles oficios para la tarde del jurado, que no podía en la absoluto, ayudar como amanuense al bilioso de Cartera.

—Merece Vd. la expulsión de aquí, por su falta de decoro individual; es Vd. una bestia, repetía Cartera levantando la voz al notar las denegaciones de Chucho, que le respondía con su lengua de trapo:

—Bestia, no, no soy bestia; soy comisario y no puede Vd. *sobajarme*... todos somos empleados.

Mazo externó su opinión: si podía utilizar la mínima coyuntura en los debates, salvaría a Clotilde. Berón aplaudió; el defensor se puso serio y Cartera declaro ilegal tal proceder.

—Si te disgusta el plan ¿por qué no acusas tú? preguntó Berón a Gormosa.

—Porque no me incumbe, le respondió picado el defensor, porque sólo tú puedes acusarla.

—Hombre, estás muy solemne (*remedándolo*); ¿cómo he de acusarla si no la creo criminal? ¿si aun cuando lo fuera, le sucedería lo que a Friné...

—¡Friné! ¿En qué juzgado? inquirió Julio.

Y entre las carcajadas de los jurisconsultos, Berón refirió la historia de la griega; su triunfo ante el tribunal que no se atrevió a condenar a la belleza hecha mujer. En la descripción del desnudo, cargó la mano a un punto, que el Comendador, brillándole sus ojillos de rata, dijo con mucho aplomo:

—Pues si a mí me obedecieran, también desnudábamos a ésta ¡no digo!

Ortegal que no hablaba nunca; que cumplía sus deberes con pasividad de máquina imperfecta; que nunca se interesó por éste ni aquél, Ortegal arrojó la pluma, y ardiendo en ira, increpó al Comendador.

Era una insolencia expresarse así de una mujer desvalida:

—¡Sería mejor que anduviera Vd. en su juicio!

—Pero, Ortegal, terció Berón, cualquiera diría que está Vd. enamorado de la prisionera ¡qué entusiasmos!

—No, licenciado, qué amor ni qué nada; me indignan las palabras soeces, y lo mismo habría hecho tratándose de otra mujer en circunstancias parecidas.

Berón insistía. El amor está lleno de sorpresas; preséntase cuando menos se le espera y bajo todas las formas; arrolla y domina; no conoce resistencias ni parentescos ni obligaciones; vence a todas las leyes, las divinas y las humanas, porque es él la suprema ley!

—¿Cuántos años lleva Vd. de casado?... ¿Diez? ¿con seis muchachos?... Pues cuídese Vd., porque se halla en un gran peligro. No se olvide del sabio aviso que la Biblia le da al hombre ¿lo recuerda Vd.?

—No es que no lo recuerde, licenciado, es que no lo sé.

—Oigalo Vd. y apréndaselo de memoria, contestóle Berón entre bromas y veras: "La mujer te lle-" vará a donde ella quiera, con sólo un cabello de su " cabeza."

Temió Julio haberse delatado, y volvió apresuradamente a sus procesos, sin replicar a Berón; el bíblico aviso bailándole delante de los ojos, en los papeles, junto a los facinerosos que declaraban, en todas partes.

No vió a Clotilde hasta el día de la insaculación de los jurados, la que conforme a la ley se efectuó en presencia de la interesada.

—¿Tiene Vd. algo que objetar respecto a los ciu-

dadanos jurados? preguntó el secretario con la hueca entonación que empleaba en el ejercicio de sus funciones.

¿Qué iba a objetar Clotilde a ese chubasco de Sánchez, Pérez, López, que brotaban del ánfora, en forma de bolitas numeradas?

La defensa tampoco objetó nada, y a Berón, ni de fórmula lo interrogaban, decía que era inútil.

Guardóse Ortegal una copia de los jurados y sus domicilios, que no de balde llevaba tantos años de escribiente en un juzgado de lo penal; y al sonar la una, en vez de irse a su casa, se encaminó resuelto a un fonducho de las cercanías de la prisión, con esta bucólica aunque disparatada enseña: "La Reforma de la Primavera."

—¿Vd. por acá, señor Ortegal? díjole en cuanto entró, una vieja gorda que detrás de apolillado mostrador vigilaba el servicio desempeñado por un camarero sin mandil ni servilleta, sucio y de mal talante.

—Sí, doña Chonita, ando en busca de Reyes, ¿está?

—Allá adentro; mira tú (*al camarero*), acompaña al señor.

Pasó Julio a la pieza en que se atendía a los de confianza, y sin otros arreos que una cama, una mesa, varias sillas de estera, y en un rincón, una Dolorosa de cromolitografía, con su lámpara de aceite encendida. En la pared frontera, un cromo más grande, obsequio de una fábrica de cigarros, representando al popular torero Ponciano Díaz en actitud de brindar el último tercio de una lidia, estoque y muleta en la mano izquierda y la gorrilla en la derecha.

Alrededor de la mesa, cuatro individuos jugaban a la baraja, con placidez de gente de buena concien-

cia. Los cuatro festejaron el aparecimiento de Ortegal, lo invitaron a que se sentara:

—¿Qué te traen? le preguntó Reyes sonando las manos y echándose para atrás una chistera barnizada por la grasa.

—Nada, ya sabes que nunca tomo; venía a hablarte de un asunto...

Los demás levantáronse en el acto, sin darse por ofendidos, y a poco se les oyó reír y charlar con doña Chonita.

—Vaya, puedes desembuchar; ¿qué mosca te pica?

—Necesito que absuelvan, aunque sea por mayoría, a una presunta homicida de mi juzgado.

Reyes, imperturbable, sacó apuntes:

—¿Cuándo es el jurado?

—Pasado mañana, en la tarde.

—¿Cómo está el agente?

—Muy bien; su requisitoria será muy suave.

—¿Traes la lista de jurados?... A ver... Conque: Longinos Hoyos, Puente del Clérigo número ***— y siguió leyendo para sí e imprimiendo cabalísticas marcas con lápiz en cada uno de los apellidos; una cruz, una estrella, iniciales diversas, las sílabas "sí" y "no".

—¿Cómo se llama la mujer?...

—Clotilde Granada, repuso Julio ruborizado.

—¡Ah, ah! la bonita de que tanto hablan... ¿Estás metido con ella? exclamó el otro con naturalidad de sabio que estudia un problema abstracto.

—¡Qué ocurrencia! ¿Con qué dinero quieres que ande yo en líos? Es su padre quien desea salvarla.

—Pues por tratarse de ti, te costará veinticinco pesos, tú sácale al viejo lo que puedas.

No hablaron más de la empresa, ni mediaron tes-

tigos, firmas, formalidades. Como todo negocio dudoso, celebrado con personas de moralidad nula, bastó la palabra de un honor que no conocen ni practican. Despidióse Julio a las volandas, y se detuvo en la esquina de la calle Ancha; se consideraba deshonrado casi, por el simple hecho de haber transpuesto los umbrales de la tal "Reforma"; la fonda apuntada en los registros de policía; la perseguida, y con razón, por la Junta de Vigilancia de Cárceles; el crimen frente a la ley; el antro de donde salen las evasiones enmarañadas, el cohecho de jurados, los falsos testigos, las herramientas para el asesinato y para la fuga; los panes postales, con intestinos de hule y papeles manuscritos; los almuerzos narcotizados para los oficiales de la guardia; la comunicación de los presos con las asociaciones tenebrosas. Una fonda en la que comen gratis los escribientes, comisarios y empleados pillos de la prisión; una fonda sólo explicable allí, como producto morboso del primitivo y bárbaro presidio que pudre con su aliento de cloaca social descuidada, todo lo que tiene cerca: edificios, calles, árboles y personas; una fonda anormal, nociva; la incurable pústula de la plazuela enferma.

Carmen supuso indispuesto a Julio al mirarlo tan pálido:

—Vienes malo ¿verdad? ¿qué te sucede?

Y la noche y el día siguientes, Julio se mantuvo en grandísima ansiedad. Sí, estaba enfermo, aunque sin poder decir de qué. Hasta que le llegó el recado de Reyes, en los términos convenidos: "Negocio arreglado completamente." Temprano, en la mañana del jurado, alquiló un catre, colchón y almohadas; una mesa de noche, un lavabo; y entre Carmen y él pre-

pararon el dormitorio de Clotilde, repartiendo a los muchachos en las restantes piezas de la vivienda.

—Va a llegar una tía de Vds., les dijeron.

La misma Carmen, se hizo cargo en la cocina de aderezar una cena más comible que la acostumbrada; y durante el día entero, se reanimó la casa, tuvo aires de fiesta. Se fregaron los pisos; un vidrio roto fué remendado con un pedazo de periódico; en una aldaba de puerta se colgó a un pollo; las vecinas husmeaban el alboroto bajo diversos pretextos, y los muchachos atronaron los aires con sus gritos:

—Hoy llega nuestra tía, hoy llega nuestra tía!!

Conforme avanzaba la noche, los chicos se caían de sueño, contra su voluntad y recomendando que los despertaran en cuanto su tía llegara. El mayorcito aguantó hasta las 10, en el balcón abierto, distraído ante el nocturno espectáculo de la calle; con la gente amontonada en la tienda, que derramaba sobre el empedrado cascadas de luz y grupos de borrachos disputando y haciendo inconveniencias en medio del arroyo; con el hombre de la mesita de las "hojas", que apagaba sus fuegos y a mano limpia enjugaba tazas; con la mujer de los tamales, que ayudaba al cargador a echarse en la nuca la olla vacía y ventruda, forrada de blanco; con el empeño, en donde hacían recuento de pesos y papeletas; con los de la botica, que disolvían la tertulia en tanto que el criado colocaba en su sitio las tablas del aparador; con el gendarme que efectuaba su ronda, saludando a vecinos y empujando puertas cerradas. Allá, de muy lejos, oyó gritar por voz de niño, el título confuso de un diario:

—"El Tiempo" de mañana!...

Julito no resistió más y se acostó también; conoce-

ría a su tía al día siguiente. Carmen, junto a la mesa puesta, enteramente sola y en calma, después de la fatigosa jornada, no tuvo sueño.

Pensaba...

A sus pensamientos se reunían vagos temores de desgracias y peligros próximos; de un cambio radical en su existencia. Su pobre cerebro de mujer ininteligente y vulgar, realizaba prodigios por analizar los infundados presentimientos; ¿qué temía? ¿en qué indicios fundaba sus temores? Estos persistían sin embargo, más desvanecidos mientras más quería aclararlos; sin que pudiera atribuirlos al arribo de la extraña o a otra causa ignorada.. Revisaba su vida, de lucha ruda y escasas compensaciones; examinaba su comportamiento, de esposa honrada y honrada madre de familia, y ni la una ni el otro justificaban el temor. Esa extraña, esa extraña que estaba para llegar ¿le arrebataría algo? ¿qué?... Sus hijos, no, seguramente no; ¿acaso su marido?... El presentimiento se plantaba en esa duda; sí, sólo a su marido podría quitarle. Y su humilde idilio de amor, que guardaba entre las cosas viejas de su memoria, como guardaba en su ropero unas cuantas flores artificiales, muy arrugadas y muy amarillentas, de su corona de desposada, su idilio resucitó, rugoso y amarillento también, mas reclamando una fidelidad absoluta en Julio; no igual a la de ella (¿qué mujer con seis hijos piensa en algo que no sea ellos?), no, la fidelidad de Julio tenía que ser diversa, pero tenía que ser; y por mucho que Carmen se gritara con los gritos mudos de la voluntad, que Julio le era fiel, se obstinaba en la idea de que delinquiría de un instante a otro, precisamente a causa de la avanzada edad de su matrimonio, esa cruel ironía de los años que nada respetan,

ni un matrimonio que se amó ni el hogar que en nuestra infancia nos pertenecía; ahógase el matrimonio con la yedra del hastío y las enredaderas de la costumbre; desaparece el hogar cubierto por la yerba, la yerba que crece y crece hasta enseñorearse del último remate de la fachada. Carmen ahora, explicábase una porción de cosas inadvertidas en su principio; todas las pequeñas repugnancias y los involuntarios alejamientos de dos cuerpos que han vivido en íntimo contacto y ya no tienen sorpresas que cambiarse, ni sensaciones que ofrecerse, ni curvas que no se conozcan, ni besos que no sepan a otros besos, los de novios y de recién casados, entonces nuevos y celestiales, después repetidos sin entusiasmos, como en recuerdo aproximado de los que se fueron para no volver. En la creencia de que Julio era suyo aún, de palabra y de obra, resolvió llevar a cabo una lenta reconquista, desplegando tesoros de casta coquetería; su instinto de mujer asegurándole que ésa es el arma infalible y redentora.

Pero al contemplar sus carnes, marchitas por la maternidad; sus facciones alteradas por las vicisitudes; sus manos, el orgullo inocente de su juventud, deformadas por la cocina y el lavado, sintió dos lágrimas que le quemaban las pupilas, e impotente para triunfar en una liza de gracias y atractivos, dejó caer el rostro sobre la mesa, defendiéndolo con los brazos, en trágico y silencioso duelo por su ida juventud y su belleza muerta!...

A las 2 de la mañana, llamaron al zaguán, y luego, en el portón de la vivienda. Eran ellos, Clotilde y Julio.

—Carmen, la señora Granada.

Abrazáronse sin hablar. Clotilde, porque la gratitud le sellaba los labios; Carmen, porque no pudo hacerlo.

Fué la cena tirante: los platos, fríos; soñolienta la criada, y los comensales en observación recíproca.

Cuando en el silencio de la alta noche y de la dormida casa, Julio espantado palpó la magnitud de su obra, leyó, sí, leyó en las negruras de la estancia, la fatal y humana sentencia bíblica, y comenzó a entender su significado:

—"La mujer te llevará a donde ella quiera, con sólo un cabello de su cabeza!!"

———*———

SEGUNDA PARTE

I

¡Qué cambio tan completo en la existencia de Ortegal! ¡Qué manera tan diversa de considerar la vida! Antes, había vivido sin tomarle su gusto verdadero; como viven los animales, sin saborear el agridulce dejo que a ella nos adhiere, y ahora, sentía nuevas y desconocidas vibraciones, instantáneos placeres, cual si lo acariciaran invisibles espíritus que por los aires volaran. Las contrariedades, antojábansele durísimas, y sin embargo, lo lastimaban menos que en otros tiempos, pues le prometían Dios sabe cuántos premios y compensaciones. Las cosas mismas, las inanimadas y mudas para él, mostrábanle fisonomía y lenguaje; podía interrogarlas, hacerles confidencias, consultas, seguro de que lo comprendían y le guardaban el secreto, sonriendo casi a sus locuras, casi contestándole a sus desbordamientos. Julio amaba.

Carmen, por su parte, desechaba los crueles temores de la noche del jurado; veía contento a Julio, cierto, pero como el gusto, si no es exagerado, no llama la atención, no daba importancia al suceso; cuando mucho, alguna pequeña alusión:

—Pero, hijo ¡cómo estás hoy!

Julio no negaba, al contrario, llevaba en efecto varios días de sentirse bien.

—Hasta me parece que toso menos, ¿no te has fijado?...

Y eso sí no era cierto; su tos seca, traicionera, de tuberculosis que avanza sin piedad ni remedio, molestábalo quizá con mayor frecuencia, por más que en su casa y en la oficina nadie le hiciera caso, habituados en una y otra, a escucharla indiferentes. En la oficina sin embargo, lo bromeaban por su aspecto, por ese aire de fiesta que nos imprime la aparición de la dicha.

—¿Se ha sacado Vd. la lotería? llegó a preguntarle el secretario.

Sólo Ernesto Gomar, el médico-legista, insistía en que Ortegal estaba tísico, aunque sin decírselo a él. Lo aseguraba a los demás, porque llevaba tiempo de estudiarlo, de seguir los progresos del mal, palpando la lenta destrucción inapreciable para los ojos profanos y muy elocuente para los de un clínico.

—Alla lo verán; cuando la enfermedad alcance cierto grado, será cuestión de un mes o dos.

Julio, que consideraba muy lejos aún la anhelada y temida falta, en vez de los antiguos e incesantes remordimientos que lo atenaceaban, mirábase señor y dueño de sus actos, sin necesidad de engañar a su mujer. Así como compartía su domicilio, compartía su corazón; la esposa a un lado, la pasión al otro; sin encuentros ni posibilidad de catástrofe, ¿acaso en la vivienda tropezaban Clotilde y Carmen? Cada cual poseía su pieza, su respectiva independencia, su manera peculiar de ser y de vivir, y él, Julio, reuníalas en la mesa, a la hora de la charla; las reconciliaba en las insignificantes e inevitables discusiones de dos

mujeres que viven juntas; reía de que sus hijos denominaran "tía" a Clotilde, un parentesco tan oportunamente inventado y que tanto servía para ahorrar murmuraciones; representaba la fuerza directriz y la fuerza física; el amparo y el oráculo, era el hombre.

Sus deseos de posesión, ya no lo asediaban; preveía para cuando los realizara, una infinidad de zozobras, de acibaradas y truncas venturas. Hallábase mejor así, dentro de aquella tibia atmósfera de trato íntimo, diario, de todas las horas y de todos los minutos; hoy, entreviendo una costumbre de mujer distinguida; mañana, divisando un detalle de tocador jamás soñado; continuamente impregnándose del aura de perfume que difundía Clotilde en su propia estancia, en la familia de Julio, en la casa entera. El tal perfume, no venía nada más de los pomos y cajitas que Clotilde guardaba en su ropero y en su lavabo, un lavabo monísimo, improvisado con unas cuantas tablas sin pulir, revestidas de cretona, no, venía de su persona misma, especie de viviente búcaro que olía a juventud, a belleza, pero a belleza y juventud aumentadas con el misterioso y dilatado aseo a que Clotilde se entregaba muy de mañana y a cerradas puertas, delatado por el agua que caía en palanganas y baldes con rumor de cascadas diminutas y de arroyos de cuento; rumor que despertaba a Julio y lo sumía en colérica meditación, allá en su lecho matrimonial, en el dormitorio medio a obscuras; que le irritaba la piel y lo ponía inquieto, inspirándole envidias secretas de ser él esa agua tan parlera y feliz en su caída, después de recorrer quién sabe cuántas curvas del cuerpo idolatrado!...

También Carmen despertaba, pero como despiertan las esposas honestas, sin malas ideas ni enrevesa-

dos pensamientos, y al notar la inquietud de Julio, tocábalo con confianza, adonde buenamente iba su mano, y le decía:

—Anda, que ya Clotilde está lavándose; han de ser las 6. ¡Levántate, hombre!

Fuera de este momento, por desgracia repetido mañana a mañana, el resto del día y de la noche eran un deleite para Julio. Alborozado salía al comedor; restregada la cara con su jabón ordinario, muy peinado; su raída ropa de oficinista pobre, cepilladísima, sin una mancha y sin perder las huellas del respaldo de la silla y de la carpeta del pupitre. Pegado a las entreabiertas maderas del balcón, para que la luz no despertara a Bito, sacaba Julio lustre a sus zapatos y se afeitaba bastante mal, con un tajo que otro, y de bastón y sombrero saludaba a su huéspeda, quien esperaba a la familia después de alistar su cuarto.

—Buenos días, Clotilde, ¿descansó Vd.?

—Sí, señor Ortegal, ¿y Vds.?

A poco, incorporábaseles Carmen, sin *toilette* de ningún género; lavando muchachos, riñendo a la criada, y economizando tablillas de chocolate. No consentía que la ayudara Clotilde, por más ruegos de ésta; parecía complacerse en lucir sus condiciones de mujeraza que gobierna su casa a maravilla; a la que nada arredra, ni la pobreza; que se basta y se sobra. Aplaudía Julio sus negativas, con sonrisa de marido que sabe lo que se pesca, y decía a la extraña:

—No insista Vd., Clotilde; no insista Vd., Vd. es nuestra huéspeda, y no faltaría más sino que se pusiera a limpiar y vestir a mi batallón de demonios. Además, Carmen no ha de consentir nunca; es éste el único orgullo de la pobre...

Y a renglón seguido, llovíanle a Carmen los elogios; de la parte de Clotilde, sinceros, e interesados de la de Julio, cual si con ellos deseara cubrir la deuda, sin cesar en aumento, que con su conciencia mantenía. Escuchábalos Carmen al pasar a la carrera con un chico que pateaba o con una palangana que vertía agua, y le hacían un bien inmenso; le ahuyentaban sus últimos miedos y sus obstinadas sospechas. Contribuía esencialmente el egoísmo, pues Clotilde había resultado una providencia para los menesteres de la familia. Aun cuando no le admitieron que diera *gasto* ninguno, ya que su estancia con ellos sería muy corta, Clotilde convino en no dar nada en dinero, mas a cada una de sus salidas, regresaba, antes que ella, un cargador con semillas o con azúcar o con petróleo, lo que en manos de la hacendosa Carmen significaba trascendente economía. Y en cierta ocasión, llevó Clotilde la esplendidez hasta obsequiar a los muchachos con su traje respectivo, de los baratos, de esos que en las vidrieras de las casas de ropa hecha adquieren rigideces de objetos de piedra. Pero al llegar a la humilde vivienda y ser colocados de espaldas en la cama grande del matrimonio, abiertos de brazos y piernas, como si cayeran de las vigas o del cielo, Carmen se enterneció; Julio formuló protestas, porque se veía humillado en su susceptibilidad de amante desvalido; y los beneficiados, en improvisadas armonías y a voz en cuello, entonaron un concertante de escasa letra:

—"¡Que viva nuestra tía! ¡que viva!!"

Clotilde, hasta donde le era posible, se sintió feliz, y no toleró ni los agradecimientos ni las protestas; ¿qué les costaba permitirle una satisfacción que valía tan poco?

—De todos modos, agregó Julio, no está bien, ¿por qué regalar a hijos ajenos?

—Porque yo no tengo familia; he perdido la mía.

La verdad era que la opisición de Julio, debíase a un resto de honradez; no quería que los vínculos entre su esposa y Clotilde alcanzaran la magnitud de excepcional amistad, de amistad capaz de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones; quería que se profesaran un afecto con los labios más que con el corazón, sin antipatías ni odios, pero también sin compromisos ni fidelidades. No, que siquiera por ese lado no pudiera Clotilde negarse a ser suya; que no conservara de Carmen sino el débil recuerdo de tanto encuentro que tenemos en el mundo, sin que a nada nos obliguen, ni a mantener exacto el parecido de un rostro que quizá no volvamos a ver.

Julio sufría de palpar el recíproco acercamiento que se operaba en ellas; las miraba irse juntas a la iglesia; confiarse con aires de reserva extremada, e interrumpiéndose si él se aproximaba, el inacabable caudal de nimiedades que gustan las mujeres de cambiarse a solas. ¿Qué se dirían en aquel cuchicheo, sentadas tras el balconcito que daba a la calle, la costura sobre las rodillas, a la hora en que Julio regresaba del turno, la luz de la tarde insuficiente ya y la del quinqué innecesaria todavía?

—Si las interrumpo...

Aunque le declaraban que no, que podía sentarse al lado de ellas, conocía Julio que variaban de rumbos; que aplazaban la rota confidencia para cuando no hubiera testigos, por más que nada importante se confiaran: sus penas, las penurias de Carmen y las melancolías de Clotilde por el amante muerto y la familia abandonada. En dos tardes, contó ésta sus

años infantiles, las idolatrías paternas, su paraíso de virgen, allá, con los suyos, en la vieja casa que meció su cuna. Al contar sus amores, tan tempestuosos y fugaces, empezó con pena; temerosa de que la historia de un amor libre asustara al pudor de la mujer casada. Pero no fué así; Carmen la animó a seguir, a que se lo dijera todo, y a su manera la consolaba:

—¡Pobrecita! ¿Y lo quiere Vd. aún?...

Creía quererlo mucho más, pues su trágica muerte le borraba los defectos que tuvo en vida.

—De esa pasión por el juego que pudo más que yo.

Carmen defendía al suicida; alegaba en su obsequio una porción de lugares comunes. No era prudente recordar aquello, sino los días buenos; que ya Dios lo había juzgado y perdonado tal vez, a pesar del suicidio y de la correspondiente falta de confesión. No correspondía a Clotilde remover sus huesos, turbarle la paz de la otra vida.

—Al contrario, récele Vd. mucho y séale muy fiel; no quiera Vd. a ningún hombre, a ninguno, o cásese pronto para que la infidelidad resulte con uno solo y hasta cierto punto; dejándose un rinconcito en el corazón, donde viva la memoria de ese joven, que al fin y al cabo se mató por Vd.

Ahí nacía la disputa, pues Clotilde sostenía que Alberto no se mató por ella, y Carmen se aferraba a que sí; como si deseara que Clotilde adquiriera supersiticioso temor por Alberto; deseándolo en realidad. Convertíase en vestal de una memoria ya sepultada, para conservar un fuego sagrado e inverosímil en donde no podían existir más que cenizas perecederas. Veníanle a Carmen estos refinamientos de malicia, no por lista ni avisada, no lo era, sino porque

suponía que así, con ese recuerdo venerado y vivo, no le ocurriría a la muchacha aquella, interesante, linda, fijarse en Julio, que de derecho le pertenecía hasta que la muerte no los separara.

Clotilde prometía una fidelidad eterna, sin contar con su carne joven que podía traicionarla, exigirle el cumplimiento de las santas leyes de la vida que pide amor siempre, a trueque de cuanto hay; de esta vida que del amor nació, y cuando ya no lo realiza se queda tediosa, vegetativa y vana. Prometía un casto culto; besaba el retrato de Alberto, y hasta insinuó propósito de parar en un monasterio, para huir de los tres enemigos del alma, y de sí misma. De perlas parecíale a Carmen el proyecto; lo fomentaba con discreción, no obstante que prefería lo otro, la devoción al muerto, que acabó por formular así:

—Ya que no puede Vd. casarse con su amante, cásese Vd. con su recuerdo.

Y por las noches, encerrada con Julio y para destruirle las simpatías que alimentara por Clotilde, si algunas alimentaba, decíale gozosísima:

—¡Si supieras lo que quería a ese señor! Piensa hacerse monja, tú dirás!

Julio ¡qué iba a decir! ¿Que ya no resistía; que mientras más lejana y más difícil, la deseaba más; que ese amor de ultratumba envenenaba el suyo, el terrenal que le roía las entrañas?... Permanecía mudo, mordiendo las sábanas; perpetraba crímenes mentales, que de antemano le resultaban inútiles; ¿quién que no sea el tiempo, concluye la portentosa obra de borrar de un corazón o de un cerebro el recuerdo de una persona amada? Mucho padecía Julio con las noticias de su señora; estimaba sin alivio su amatoria dolencia, y convertía a Clotilde en una querida ideal

que sólo debe acariciarse entre las nubes y los sueños.

No terminó la primera semana de hospedaje sin que Clotilde, por conducto de Carmen, manifestara vehemente anhelo de que la llevaran al camposanto a fin de saber en dónde reposaba Alberto, y en las veces subsecuentes encaminarse ella sola a visitar su tumba. Discutido el asunto, convínose en efectuar la excursión el siguiente domingo, con muchachos y criada, pues el fingido parentesco no autorizaba a Julio a presentarse en público con Clotilde. Mientras llegó el tal domingo, púsosele a Julio el humor negro y acre la respuesta, especialmente para Clotilde, quien llamó la atención de Carmen: ¿los había ofendido sin voluntad y sin saberlo? Disculpóse Julio, pretextó recargo de trabajo, tonterías.

—Y francamente, añadió con sincero acento, que ahora sí comienzo a sentirme enfermo de veras; noto que aumenta mi tos, que me fatiga andar de prisa o subir escaleras, y no sé por qué el descubrimiento me ha entristecido. Dispénseme Vd. si le he contestado mal, y téngame Vd. lástima, terminó con intención marcadísima.

Tan marcada fué, que sin esfuerzo comprendió Clotilde el incalculable avance de la pasión que Julio nutría por ella. Mujer por sus cuatro costados, había conocido que inspiraba amor, y no por viciosa ni porque tuviera extraviado el sentido moral, sino porque la naturaleza ha dotado a la mujer con una perspicacia extraordinaria, (quién sabe si a cambio de las diversas virtudes que le niega), y con ella alcanza sus primeras ventajas sobre nosotros en este eterno duelo, mortal en ocasiones, entre los dos sexos que se

aman para el acercamiento y se odian para el abandono.

A pesar de las dramáticas circunstancias del suicidio de Alberto; de las amarguras que Clotilde apuró con su prisión y su proceso, supo Ortegal hacérsele simpático. En un principio, no lo supuso casado, veíalo medio enfermo, y le agradeció su muda idolatría; le agradeció para siempre sus atenciones y esmeros; las delicadezas que iban a acompañarla en aquella espantosa cárcel; en aquellas interminables noches de la galera, ornadas de sombras y de vecinas delincuentes, ordinarias, inmorales; cuando Clotilde no pegaba los ojos, y la atormentaban sus recuerdos, el roncar de las presas, la húmeda y mal oliente atmósfera de la enrejada estancia, la agonizante luz del único farolillo; cuando se volvía a Dios, a los santos, y les prometía misas, confesiones, rosarios y limosnas; cuando la ronda de vigilancia en una noche que otra, y sin miramientos hacia el problemático pudor de inquilinas semejantes, cruzaba por el dormitorio como una pesadilla, con frases obscenas y libidinosas miradas, miradas de gente baja que se posaban con lasciva insolencia en las dormidas prisioneras. Clotilde entonces pensaba en Julio, el único hombre que no la ofendía con los ojos ni le hablaba en términos de irónica duda; el solo hombre que le decía "señora", que la trataba como la trataron siempre en la casa de sus padres, en la que había sido la amada, la señorita, lo que respetamos y nos enorgullece respetar.

Hasta el detalle de que Julio hubiera enterrado a Alberto y negociado la venta del medallón, acrecieron la gratitud de Clotilde; le engendraron un cariño puro y proyectos no completamente formulados, de

premiarle más tarde su noble interés, pero no con dinero ¡qué disparate! lo premiaría, por ejemplo, con una de esas amistades anónimas, que, cual otra providencia, nos llenan de beneficios sin mostrársenos nunca.

De tal suerte, que al saber que Ortegal era casado; que tenía hijos; que había hablado con el padre de ella y que le ofrecía su apoyo y su casa, lo aceptó todo con tranquila conciencia, hallando en la familia de Julio el cauce natural y el objeto preciso de la simpatía que éste le inspiraba. Por eso penetró tan confiada; por eso se encariñó con los muchachos y entabló confidencias con Carmen; por eso la sorprendió la ira de Julio frente a su explicable deseo de conocer el sitio que ocupaban los restos de su amante. Y aterrorizada con lo que pudiera sobrevenir si no aplicaba un cauterio enérgico, hízose la convencida ante las disculpas de Ortegal e insistió en hablar de Alberto, de lo que ansiaba arrodillarse junto a su tumba.

Amaneció el tal domingo, descolorido y lluvioso; un lloviznar menudito, necio, que empapaba calles y malhumoraba caballos, perros, transeuntes; con trazas de no concluir, de complacerse en fastidiar y humedecer a la ciudad. Y como la pobre es desaseada de suyo, con la tal llovizna estaba hecha una miseria, llena de barro resbaladizo, de charcos sucios, de fragmentos de legumbres amontonados y negros. Los caballos de carros y coches, dobladas sus orejas y la cola escondida, trotaban y se detenían a fuerza de gritos, de latigazos; echaban resoplidos de cólera y pequeñas nubes de vaho, en tanto que la gente se refugiaba en los vanos de las puertas o cruzaba el arroyo en medio de equilibrios y silbidos. Los chicos de Ortegal, no enterados completamente del por qué de la ex-

cursión, levantáronse alborotados muy de mañana; entre sí se ayudaron a lavatorios y aliños, sin entender lo que harían con el batallón de coronas y cruces, llegadas la víspera en la noche y arrimadas a las paredes del comedor. Había dos enormes, de flores artificiales, pensamientos negros, "no me olvides" y violetas que llevaría Clotilde en persona, y muchas de flores naturales medio mustias ya, a pesar de las rociadas de agua que por boca y narices les aplicó la fámula. Aunque se ordenó a los niños que se mantuvieran quietos; que se trataba de ir al panteón sin bulla ni malas crianzas, para no disgustar a su tía, no podían ellos reprimir el gozo que les retozaba dentro del cuerpo; mal bebieron su café guardándose en los bolsillos panes y bizcochos, y a eso de las 9, después de una escaramuza sobre quién cargaría cruz y quién corona, se encaminaron a la Plaza de Armas. Bajo verdoso y desplegado quitasol, rompieron la marcha la criada y un Ortegalito; seguían los demás muchachos, sin nada que los defendiera de la lluvia; después, Carmen y Clotilde, con sus sombrillas respectivas, y a lo último Julio, con Bito en los brazos, y abierto el único paraguas de la casa. Aquella procesión tan recargada de flores, tan numerosa; riendo los rapaces al salvar los baches con intencionadas torpezas, detenía a los transeuntes que la creían un colegio en asueto, colegio pobre, de los que dirigen un matrimonio y las parientas del matrimonio. La llovizna no paraba.

Embarcáronse en un tranvía vacío, de segunda clase; se repartieron los rincones y ventanillos. Julito, por ser el de más edad, obtuvo permiso de salir a la plataforma:

—¡Pero agárrate bien! le gritó Carmen.

El tranvía partió con otros muchos de Tacubaya,

de S. Cosme, de la Colonia, que se aglomeraban cual si si fueran a estrellarse con los que arribaban por el crucero de la Monterilla, en alegre clamoreo de cornetas y cascabeles. Compró Julio los billetes con dinero de Clotilde, según convenio anterior, para cuyas bases se manifestó ésta inquebrantable; si ella era la favorecida, no permitía sacrificios. Carmen zanjó el conflicto:

—Tiene razón Clotilde, pues de memoria conoce nuestra pobreza.

Iba Clotilde muda y reconcentrada en su dolor, en un ángulo del tranvía, como si conforme se acercara al cementerio reviviera la horrenda noche en que le dejaron viudo el corazón. Con el velo sobre la cara y apoyada la cabeza en la persiana del ventanillo, no paraba mientes en lo que la rodeaba, ni en el rumor de la calle, que se entraba al vehículo por ventanas, respiraderos y puertas. En cambio, los muchachos, hincados en las mal barnizadas banquetas, charlaban y reían; mostrábanse coches y gentes; contaban faroles y charcos; deletreaban enseñas de tienda y cartelones de teatro, deleitados con el jubiloso espectáculo de una ciudad en domingo. Julio leía un periódico, y la infeliz criada, ya en el camino de la garita de Belém a la posta de Chapultepec, acusaba los síntomas todos del mareo. De las coronas de flores naturales, caíanse las hojas por marchitas y por débiles para resistir el continuo movimiento del tranvía a la carrera.

Algo perjudicó al viaje la necia y menuda llovizna que no cesaba; que envolvía al campo en transparente cortina de apoteosis teatral, en una media luz de crepúsculo. Los árboles ofrecían temblores casi humanos, cual si aquella humedad los mortifica-

ra, y sacudieran su ramaje para secarse; las plantas menores y el césped, sufrían el fenómeno con más humildad, doblados sobre sí mismos; los animales, en grupos, se refugiaban junto a los troncos de los árboles, en un cobertizo que otro; sólo una vaca, echada en un escampado, rumiaba y rumiaba, sin cuidarse de la lluvia, en inmóvil actitud, sus melancólicos ojazos vueltos al camino, como asaltada por hondas preocupaciones. De los techos de las casuchas regadas a la izquierda de la vía, salía humo. Por una de las calzadas adyacentes, cruzaba una recua de asnos cargados, pequeñitos, al trote, seguidos de los arrieros que trotaban a la par de sus bestias. A la derecha, la mole del castillo y de su bosque presentaban entonaciones de acuarela antigua; las montañas, allá, en el horizonte, diríase que se marchaban, que se desvanecían tras la cortina de agua, y en la atmósfera vagaba un delicioso perfume de tierra humedecida y de flores lejanas.

La influencia del campo hizo su efecto en los viajeros, y cuando en el parador cambiaron de mulas, los chicos corretearon por el piso enlodado, llegáronse a contemplar de cerca el sinnúmero de animales desecados que penden de las vigas de una caballeriza; Carmen y Julio se dijeron un "mira qué bonito", y la misma Clotilde sonrió al matrimonio. Dos troncos de mulas le pusieron al tranvía, que dobló por una avenida bordada de árboles corpulentos, y comenzó la ascensión. Y así como en un estereoscopio ensánchase y dilata el panorama, conforme se da vueltas al manubrio, así el tranvía, conforme ascendía serpenteando en las curvas al poderoso impulso de las mulas que el cochero azuzaba, iba mostrando una porción de encantos naturales, de verdes laderas, de fá-

bricas en descanso con sus simétricas hileras de ventanas cerradas y mudas; el castillo, llenándolo todo, cual si temiera perder el absoluto dominio que ejerce en sus contornos; y a un lado, las enormes chimeneas del Molino del Rey, apuntando al cielo. ¡Qué bello se divisó el campo entonces y cómo aumentó esa belleza cuando en el punto más alto del trayecto, rasgó el sol las nubes en azulados y caprichosos jirones y descubrió a la ciudad entera con sus crestas de torres, de irregulares azoteas, de miradores y observatorios, inmensa, fantástica, sin revelar a esa distancia la vida que le roe las entrañas. Los muchachos dieron un grito:

—Mira, papá, mira la Catedral; mira qué grande es México!!...

Admirados, levantáronse todos, y miraron. Miraron la masa de edificios recién bañada por la lluvia, sus techos y cúpulas, que ahora lucían al sol con reverberaciones de plata bruñida o de espejo monstruo que se hubiera roto en mil pedazos. A las calles no se las veía, se las adivinaba; los parques, simulaban manchas de tinta; multiplicábanse las torres, eran confundidas por los viajeros; únicamente la Catedral, reconocida desde un principio por los muchachos, alzábase clara, precisa, con algo de orgullo en su imperecedera majestad de piedra.

La neblina que poco antes tenía entristecidos al campo y la ciudad, escondíase sin duda tras los montes, en tanto que el sol, arrepentido de salir tan tarde y cual si anhelara recuperar el tiempo, abrasaba la ciudad, se recostaba en la amplia llanura, daba irisados matices de piedras preciosas a las gotas de agua que aun no se desprendían de las ramas de los árboles, del césped y de las plantas pequeñas. Los anima-

les relinchaban, mugían; un potro pasó a escape, la crin tendida y la cabeza en alto, por uno de los sembrados; escuchábanse pájaros, voz de gentes y zumbar de insectos, y del fondo de un corral invisible, como himno bucólico a aquel tardío despertar de día estival, a aquella ebriedad de la naturaleza y de la vida, se oyó cantar a un gallo, armónica y distintamente, perdiéndose con grata lentitud las alegres notas de su amoroso reclamo.

Una curva inesperada rompió el encanto y arrojó amontonados a los Ortegal,—a los ventanillos opuestos. A los cuantos pasos, y siempre en una altura, apareció el cementerio.

—Vayan cogiendo las coronas, pero con cuidado, ordenó Julio.

Y volvieron las coronas y cruces, que ya se desbarataban solas, a ser objeto de riñas y disputas. Julio tiró de dos o tres orejas.

—¡Majaderos! ¿No ven que ya llegamos a donde están los muertos?

¡Como para muertos hallábanse los muchachos, después del atracón de campo que se habían pegado! A fuerza de visajes lograron no estallar en carcajadas irracionales, inmotivadas, de chicos contentos que han respirado oxígeno y contemplado flores. Transpuesta la verja de la necrópoli, cargaron con las ofrendas que regaban hojas y botones, y en cómica seriedad, apeáronse después de sus padres y de su tía.

Aquí, Julio tomó la iniciativa:

—Espérenme un momento en esas bancas con sombra.

Y se introdujo en la oficina del panteón, sin otro objeto que fingir influencia, poder, algo que dijera a Clotilde que él no era como todo el mundo, sino que

también podía hacer favores y prestar servicios. A poco salió, y otra vez de dos en dos, se dirigieron en busca del sepulcro.

De veras que el cementerio estaba alegre por la lluvia sin duda, por la estación o por la hora. Los mármoles de los monumentos no se hallaban secos del todo; aun por los pliegues de alguna túnica de ángel, por los arabescos de algunas capillas, por el kepí de un busto guerrero, corrían gotas de agua, y una estatua que imponía silencio con la mano entreabierta, parecía más bien una persona que se chupara los dedos después de comer una golosina. Los enrejados y barandales, despedían brillos de basílica en fiesta; las flores de los sepulcros, en libertinajes con abejas y mariposas, cubrían inscripciones, fechas, versos, como si no quisieran que los leyera nadie; en el suelo había charcos, cataratas diminutas y sin espuma; un jardinero, enderezaba canturreando a un rosal perezoso; el sol, que por todas partes se metía, daba al césped dibujos fantásticos de tapiz oriental, y en el silencio augusto del camposanto, vagaba el melancólico llorar de dos tórtolas prisioneras en una jaula de lujo. Los hijos de Ortegal, que no podían contenerse, hicieron su apuesta en voz baja:

—¡A la una... a las dos... a las tres!!! Y echaron a correr, sin curarse de los llamamientos de Julio, muy apenado de que no lo secundaran en sus atenciones a Clotilde. Tanto corrieron, que cuando los mayores alcanzaron la rotonda de los Hombres Ilustres, ya los muchachos no parecían; aquí y allí veíanse fragmentos de las cruces y coronas, que seguramente seguían desbaratándose. Decidió Julio levantar la voz, los llamó a gritos:

—Julito!... ¡Daniel!...

Nada, ni un indicio; rumbo a la entrada sonó una campana varias veces, y al rato pasó un entierro de pobres, sin mozos de ninguna compañía funeraria, alternándose los escasos deudos para cargar el cajón. Entonces y parapetados en árboles y tumbas, los fugitivos asomaron la cara, hicieron señas a la mamá de que les obtuviera un indulto.

—En casa nos arreglaremos, indecentes; ¿y las flores?

Las flores venían hechas una lástima; había corona que no enseñaba sino su armazón de varas.

—Caminen por delante, ordenó Julio, y ¡cuidado con otra!

¿Dónde diablos se le habría largado a él la memoria, que no daba con el sepulcro de Alberto? Los sepultureros al ser interrogados, conformábanse con encoger los hombros o con dibujar un ademán incierto, extendiendo el brazo. Sería la 1, cuando al fin pudo Clotilde arrodillarse junto a la fosa de su amante, la que encontró muy descuidada, floja la tierra, y por toda inscripción, una cédula de hojalata con los números del lote y de la vivienda. Allí encima soltaron ramos, coronas y cruces; allí encima depositó Clotilde sus lágrimas, que a Julio ocasionaban espantosos celos, al palpar su impotencia para enterrar en la memoria de Clotilde el recuerdo de Alberto; mas enterrárselo como había enterrado el cuerpo, hondo, con mucha tierra, mucha, y por una eternidad. ¿Qué combate hay posible contra un muerto?... A un rival vivo, lo miramos, sabemos lo que intenta, casi lo que piensa, ¿pero a uno muerto? El muerto vence, rompe los afectos nuevos, se agranda y purifica, es omnipotente. Instalado en la memoria, hace reaparecer los días bellos, los instantes de delicia, las frases que no

se pronunciaron, las que en la garganta se quedan porque los besos se les adelantan; resucita las caricias que debimos prodigar, las que fuimos dejando de un momento para otro, las que nos queman en las noches de insomnio o en las horas de alejamiento; las que no realizamos nunca, precisamente porque eran las mejores. Comprendía, adivinaba Julio lo que el muerto aquél iba a significarle: una fuerza invisible y poderosa, siempre dispuesta a amargarle las más dulces venturas, los minutos de suprema dicha. Siempre estaría ahí... ¿en dónde?... donde los separara con extraña influencia, en medio de los dos; entre palabra y suspiro; en el aire; en un retrato; en una prenda de ropa; en la diversa manera de acariciar; en forma de aniversario, de cumpleaños, una sucesión de fechas: cuando se conocieron, cuando le dijo él que la quería, la vez primera en que le apretó la mano y la primera vez en que sus labios se juntaron. Ese muerto perseguía y perseguiría a Julio; ¿por qué existía él?... Habría deseado Julio ahuyentarlo de la atmósfera misma; desenterrar su cuerpo y arrojarlo muy lejos, donde nadie lo buscara; en algún desierto habitado por fieras que hasta los huesos le devoraran!... Pero ¿cómo se lo desterraba a Clotilde? ¿cómo desenterrarlo de su corazón y su cerebro, para entrarse él y limpiar rincones, borrar reminiscencias, adueñarse de una mujer que le disputaba una sombra?... ¡Ah, si él pudiera! ¡con qué deleite salvaje rompería el cráneo a Clotilde, le abriría el pecho, para, como un tigre hambriento, husmear en los más recónditos resquicios, y con las uñas, a dentelladas, expulsar la carne enemiga, el recuerdo rival, el rostro odiado!...

Desvanecido con sus furores; impotente contra esa

invencible influencia de ultratumba, apoyóse Julio en un sepulcro, sin acordarse de su mujer, que amamantaba a Bito; sin acordarse de sus demás hijos, que urdían en secreto sabe Dios qué pillería; con ímpetus de lanzarse sobre aquel cuerpo amado que parecía anhelante de ir a reunirse con el que reposaba abajo, con el que se convertía en flores, en polvo y en gusanos.

—Vaya, señora, prorrumpió iracundo, puede Vd. enfermarse con este sol.

No escuchó Clotilde; fué Carmen quien intercedió por ella:

—Déjala, hombre, que se desahogue; que satisfaga sus ganas de venir a llorarle.

Por un segundo, Julio aborreció a su esposa; una de esas ráfagas de maldad que nos sobrevienen en raras ocasiones. Reprimióse, y sin contestar a Carmen, insistió:

—Clotilde, levántese Vd.; ¿a qué conduce esto, si puede Vd. volver cuantas veces lo desee?

Hecha un mar de lágrimas se alzó Clotilde, yendo a ocultar el rostro en uno de los hombros de Carmen, quien la acogió como a cualquiera de sus hijos. No debía llorar tanto, sino adornar la tumba, plantar en ella flores, ir reuniendo dinero para una lápida con sus letras de oro.

—Si hasta me parece que ahora lo quiero más que cuando fué mi novio...

Alguno de los muchachos declaró que tenía hambre, y todos reconocieron lo justo de la observación; llevaban más de seis horas de no probar alimento. Propuso Julio comer en uno de los fonduchos de Chapultepec.

Los muchachos, en señal de asentimiento, se recetaron un "burro" violentito, con *obligas* y *plomos,*

que Julio autorizó sin reñirlos, casi con júbilo por el desacato.

—Sí, tía, sí, diga Vd. que sí.

En vista de que no tenían otra salida, accedió Clotilde, aunque le repugnara el aspecto de día de campo que tomaba la fúnebre excursión.

—Ahora ya pueden correr, exclamó Julio, pero sin pisar las tumbas, porque es una falta de respeto.

Acababa de partir el viaje de trenes, y por más que el camino del cementerio a Chapultepec sea un continuo declive, Carmen opúsose a hacerlo.

—Si quieres irte con Clotilde y los muchachos, vete; yo los alcanzaré.

Entonces, del grupo de deudos que acompañaban al entierro humilde, se les acercó un obrero, su fieltro en la mano, a ofrecerles asiento en el coche de segunda que estaba aguardándolos:

—Hay lugar para todos, añadió, y se ahorran Vds. una espera.

—Pues hombre, con mucho gusto y tantísimas gracias, repuso Julio que necesitaba no ver triste la cara de Clotilde.

Había dentro del tranvía varias mujeres, de rebozo, llorando aún. Los hombres, con sus sombreros entre las rodillas, fumaban gruesos cigarros y hablaban poco; un granuja, como de dieciséis años, de blusa azul a cuadros, tenía sobre las piernas, con más miramientos que a un recién nacido, un hinchado cuero de pulque. Conforme echó a andar el tranvía, se formaron dos bandos que se observaban de reojo, desde cada uno de los extremos del vehículo. Conocíase que el artesano invitante tenía sociable fondo; hablaba con los suyos, como si los convenciera de algo que no aprobaban ellos, hasta que se resolvió y sacó de un ca-

nasto oculto debajo de la banqueta, entre las almidonadas enaguas de las mujeres, un vaso bastante grande que limpió con una servilleta blanquísima, pegándolo después a la boca del odre, que disminuyó apenas con la sangría. En medio de pininos, para no verter la nacional bebida, se fué al grupo de Julio.

—Señor, un trago para que se quite la asoleada.

De golpe, las señoras rehusaron, sofocadas por la ordinariez, y Julio en obvio de susceptibilidades y de insistencias, se puso en pie.

—No, las señoras no toman; tomaré yo para complacerlo a Vd.

Apuró medio vaso por la salud del invitante, quien regresó a su sitio muy satisfecho. Ahí sí que el odre enflaqueció, sobre que cada deudo propinóse un vaso colmado, entre lacónicos ruegos y una porción de diminutivos. Y el mismo individuo contó a Julio su pena. Habían ido a enterrar a un compadre suyo, después del velorio de la víspera, que duró la tarde y la noche enteras; llevaban consigo a la viuda, la de rebozo de bolita oliendo a membrillo y de chiqueadores negros en las sienes; al huérfano, el muchacho depositario del pulque. También llevaban su almuerzo, de antemano aderezado, para darle fin junto a dos o tres árboles que les brindaran amiga sombra. Decíalo todo con naturalidad, mezclando al "difunto" sin irreverencias ni miedos, sin creer malo que al cabo de una inhumación, los vivos coman y beban; con la certeza de que su esposa e hijos harían lo propio al morir él; careciendo de rencores para la muerte, que, en definitiva, cumple con su deber al segar hombres. La trataba con cierta confianza, con una burda y consoladora filosofía:

—Supuesto que ha de cargar con todos ¿por qué ponerle mala cara?

Ya en la rústica fonda, durante la comida, fué Julio quien se puso pensativo; quien contemplaba a Clotilde con desesperada idolatría. Los demás, contentísimos, particularmente los chicos que se embriagaron de campo, de tierra, de malos manjares; que cazaron una lagartija y por poco no ahogan a la criada en una acequia. Clotilde misma, volvió a su estado normal, apacible y risueña, salvo un suspiro que otro que se le escapaba rumbo al cementerio.

Julio vacilaba; ¿se lo diría todo, de una vez, ahí o por el camino? o ¿seguiría mudo hasta que ella lo interrogara por curiosidad siquiera? El detalle de su llanto ante el sepulcro, en lugar de amortiguar la pasión de Julio, de enfriarle los bríos, había acabado de enloquecerlo; ¿era posible que una mujer como Clotilde pudiera querer a una persona muerta ya?...

A las Oraciones, los campos tristes, agrandados en la sombra insaciable que iba envolviéndolos, emprendieron la vuelta en un tranvía de San Angel relleno de pasajeros. Perdida en aquellas soledades, divisábase una luz lejana, la de los fonduchos y el paradero, muy mal iluminados con lámparas de petróleo, temblona su flama y carbonizada la mecha. El vehículo sin un asiento libre, viéronse obligados ellos a permanecer en pie, asidos a las correas del techo, prestándose apoyo en las curvas y paradas; incomodados por la gente contenta, por sus risas, el humo de sus cigarros y los inmensos ramos de flores hurtadas en el veraniego pueblecillo. Julio se aprovechó del irrespetuoso contacto; a cada detención, a cada curva, pegábase a Clotilde, como si quisiera absorberla, y en ocasiones,

deslizábale el brazo por el talle, le oprimía los hombros, exclamando sin mirarla y por vía de disculpa:

—¡Cuidado, Clotilde, que se va Vd. a caer!

¿Notó Clotilde en la presión de las manos de Julio ese algo misterioso que revela al amor, en el gesto más pequeño, en la mirada más indiferente? Ello fué que pretendió avanzar, unirse a Carmen, y dijo a la muralla humana que las separaba:

—Con permiso...

Pero en el mismo momento, un chusco apagó una de las lámparas; el jefe de la corrida, entreabrió la puerta delantera para recoger los boletos; hubo gritos, patadas, un pasajero hizo el gato, y en la oleada intempestiva y momentánea que siguió, Clotilde materialmente cayó sobre el pecho de Julio, perdiendo más el equilibrio mientras más pretendía recuperarlo. Así cayeron otros muchos, en las piernas, paraguas y bastones de los sentados. Julio, trémulo, bendijo la batahola que le entregaba a su ídolo, y sin ocuparse de su mujer ni de sus hijos que a los cuantos pasos bregaban por motivos idénticos, en incomparable éxtasis que prolongaba con sus ojos cerrados, rozó con los labios el oído de Clotilde:

—¡Clotilde, por Dios santo, tenga Vd. compasión de mí!!...

Ni él pronunció la palabra amor, ni ella la necesitó para entenderlo; pisando aquí un pie, cogiendo un brazo allá, Clotilde muy ruborizada alcanzó a Carmen.

En la cena, que hicieron juntos grandes y chicos al volver a la ciudad, Clotilde de pronto, como quien desea quitarse un peso de encima, manifestó su resolución:

—Desde mañana busco casa. Les participo que me mudo aunque lo sienta mucho.

Carmen se quedó con el tenedor al aire y Julio limpióse la boca con el mantel para ocultar su turbación. Los chicos, protestaron abiertamente.

—No tía, no se vaya Vd., no nos deje solitos.

Luego, intervenieron los esposos. Carmen, porque lo lamentaba, y Julio, por bien parecer. Clotilde, inflexible, encontraba respuesta para todo, para todo hallaba explicación.

—Díle algo tú, hombre, exclamó Carmen dirigiéndose a su marido.

—Ya ves que se lo he dicho... Vaya, Clotilde, complázcanos Vd. y quédese con nosotros. ¿Por qué le ha entrado a Vd. esa idea tan de repente?

—Porque hoy se lo he prometido a Alberto, en su sepulcro, que sólo viviré con su recuerdo! respondió Clotilde, mirando con fijeza a Julio. No me lo tomen a mal, y Vd. y yo, Carmen, seguiremos de amigas, como siempre ¿quiere Vd.?

Al siguiente día, en la almohada conyugal y en el sitio que correspondía a Julio, observó la criada una ligera humedad, cual si el señor hubiera llorado.

———*———

II

Que la resolución de Clotilde era inquebrantable, quedó probado con la prisa desplegada para encontrar casa, amueblarla con lo más indispensable e instalarse en ella desde luego. Se la encontraron monísima; unas cuantas piezas pequeñas, recién empapeladas, con chambranas y pisos de madera, cuarto de baño, y corredorcito para macetas. Un poco lejos, eso sí, en una de las calles que van de la colonia de los Arquitectos al paseo de Colón; algo aislada, entre palacios en construcción, fábricas y un paradero de ferrocarril; ni enteramente en el campo ni enteramente en la ciudad. El sol la bañaba por sus cuatro lados, y la luz y el aire correteaban por las habitaciones con libertades de chiquillos traviesos. Aunque los muebles escaseaban, la femenina coquetería de Clotilde, su buen gusto de señorita decente, realizaron prodigios en el ornato de la vivienda que adquiría el lindo aspecto de nido matrimonial. Una cinta convertida en moño; un pañolón chino cogido con alfileres, volvían las sillas, los muros y las vidrieras, otras tantas delicadezas; hasta una máquina de coser, forrada de percal, parecía un elegantísimo mueble con sorpresas en su interior.

La separación se efectuó cuando Julio trabajaba en el juzgado, donde no podía presenciarla material-

mente, pero sí figurársela con pelos y señales, muy abstraído, tanto, que no advertía el júbilo del Comendador ni el general contento reinante en la oficina.

En uno de los juzgados correccionales había un escribiente de lo más perdido, jugador y mujeriego, quien a pesar de lo diverso de hábitos y caracteres, quería a Ortegal entrañablemente, pagándole Ortegal en la misma moneda, no obstante que se reunían rara vez. A eso de las 11 se le presentó el tal, Benigno de nombre y Paz de apellido, doble calumnia que el angelito no se merecía.

—¿Qué sucede, por fin vas?

—¿A dónde? dijo Julio que no pensaba sino en la translación de Clotilde.

—Pues ¿a dónde ha de ser? pareces tonto; al almuerzo de don Francisco.

—Ah, sí hombre, sí voy. Déjame nada más mandarle un recado a mi mujer.

—Entonces volveré a las 12.

Ese don Francisco había sido juez y bastante entendido, según las malas lenguas, supuesto que entre una lotería de 10,000 pesos y una que otra prevaricación gorda, retiróse a vivir de sus rentas, sin que nunca pudiera averiguarse si el retiro fué voluntario u ordenado por el Tribunal. A raíz del enigma, se puso a prestar dinero a los empleados penales, con un interés mucho más módico que el de los usureros, y una benevolencia para con los reacios en el pago de capital y réditos, que de común acuerdo, organizósele un banquete a la mexicana cada día de su santo. Sus deudores, que representaban la gran mayoría, se lo daban a escote, en algún pueblo de los alrededores, resultando unos comelitones de treinta y cua-

renta personas, con bastante heridos de Birján y Baco, pues a guisa de postres, jugaban a los bolos en donde había boliche, o se agarraban al "monte" con una sorprendente pericia en tanto letrado. El alma de la fiesta érala siempre el bueno de don Francisco, quien no obstante sus cincuenta años sonados, disfrutaba de salud envidiable, de un humor de calavera joven, alguna ilustración y una filosofía medio cínica y medio mordaz, la adecuada a un viejo sin hijos que sabe lo que los hombres valen, a pesar de sus protestas de honradez y moral; que sabe lo que vale el dinero, y al que la misma le pega que le salga un prójimo con una pillería o que un peso le salga falso. No había manera de reñir con él ni de enfadarse con las verdades como puños, que inofensivo y sonriente, de cuando en cuando soltaba.

Aquel año, el almuerzo se efectuaría en Santa Anita; irían los invitados, en coche hasta el embarcadero, y de ahí en canoas, canal afuera, hasta la fonda, embanderada de antemano. Del juzgado de Julio concurrirían todos, menos el juez, por su enfermedad de estómago, y Narváez, por no publicar su miseria. Cartera siempre asistía, porque le exigían un brindis que él preparaba uno o dos meses antes; por lo demás, ni jugaba ni se embriagaba nunca, y en cuanto la cosa comenzaba a arderse, él se escurría. Como la fiesta alborotaba, trabajábase poco; el día se pasaba en visitas, balances, préstamos y carreras.

A las 12 en punto, Benigno llamó a Ortegal:

—¡Julio, ya estoy aquí!

En un periquete estuvieron listos; cerráronse los juzgados, excepto los de turno, con una hora de ganancia, y se vió la plazuela llena de curiales en espera de los carruajes que habían de conducirlos al

embarcadero. Ahí se les incorporaría don Francisco.

Hubo coches de todos precios, aunque dominaron los de bandera blanca; en uno de a peso la hora, se fueron los cuatro únicos jueces que aceptaron el convite. Varios, se marcharon en los tranvías; Benigno y Julio, con el secretario y Berón, ocuparon un bandera blanca, de mulas, y por especial gracia se concedió al Comendador que se encaramara en el pescante. La alegría estalló en el convoy de coches; silbaban los cocheros, apostando carreras; saludábanse los viajeros, se hacían señas de copas, empinando el codo, y de cada vehículo asomaba su correspondiente dotación de alcohol.

En el hospital de San Pablo fué la primera parada; faltaban algunos médicos, y la verdad es que no se hicieron esperar. Allá como pudieron, se incrustaron en los coches, sirviendo la parada de pretexto para romper el fuego con las botellas; sonaron los primeros disparos, es decir, se bebieron los primeros tragos. Por el Cacahuatal, saltó en dos pedazos la lanza de la berlina azul, conductora de los cuatro jueces, mas faltando tan poco camino, se les hizo sitio en los carruajes sanos. Contra el susto, contra el polvo que blanqueaba trajes y sombreros, se recetaron un segundo trago, del que participaron los cocheros. Las calles de Guatemotzín, sin novedad, y al ascender el Puente del Molino y descubrir la avenida al frente y el canal a la izquierda, resonaron aplausos, latigazos; ondearon pañuelos y saludaron sombreros sin manos visibles que los sujetaran, por las portezuelas. El Comendador, se pasó al techo del simón.

A causa del declive del puente, los carruajes se precipitaron como un alud; a escape los animales y las

personas gritando, excitadas. A duras penas se detuvieron junto a un banco de piedra, encima del cual, el corpulento de don Francisco dirigía con su bastón una desafinada murga que tocaba diana; a su lado, los remeros, de sombrero de palma, albeando su barato uniforme de camisas y calzones, en militar hilera, presentaban los remos, mientras con tenue balanceo lamía a la ribera, la flotilla de canoas muy empavesadas con toldos, ramas y banderas.

Concluída la libación número tres, se procedió al embarque. En la canoa-almirante, que se llamaba "La Perla del Canal", instaláronse los jueces, médicos, agentes y defensores de cierta edad; en las otras, los otros; y don Francisco, amante del ruido y de la bola, se metió en "La Reina de las Chinampas", con los músicos y los más bulliciosos de la partida. Benigno, remolcando siempre a Ortegal, nombróse ayudante y se embarcó en una chalupa que parecía zozobrar a cada golpe de remo.

—¿Estamos?... gritó don Francisco. Y ante la afirmativa respuesta, de nuevo dirigió a la murga, bastón en mano. A los alegres compases de la polka de "Los Voluntarios", se desprendió la escuadra de la orilla, en muy orden; "La Perla", a la cabeza; después, "La Rana", "La Seriecita", "La Reina" a la cola; y a los flancos, al frente, a retaguardia, con agilidades de anguila, la chalupa de Benigno acarreaba botellas y comunicaba groserías recíprocas, escritas a lápiz en las envolturas de las latas de conservas y en las etiquetas de las mismas botellas.

El día, soberbio; sin nubes el cielo; verdes los árboles y los campos quietos, realizándose en éstos el portento de la germinación con imperceptibles estre-

mecimientos de gratitud en los sembrados, por el perpetuo milagro y la perpetua vida.

En el antiguo paseo de la Viga, una que otra recua; un carro que otro marchando lentamente y muy cargados, echado el conductor, allá, en la cúspide de la carga, sobre los costales rellenos, con una indolencia soberana, y las bestias, economizando fuerzas, sin precipitaciones ni bríos. En algunas pulquerías, escasos clientes, peones sin trabajo de los vecinos ranchos y granjas, sumidos en un indiferentismo de *lazzaroni*. De tiempo en tiempo, un charro a galope; y en busca de la sombra de los árboles, saludando conocidos, ladeados los schacós y suelto el paño de sol, una pareja de gendarmes montados, a paso de entierro, cual si sus caballos no pudieran más. Las verdosas y sucias aguas del canal, perezosamente seguían su curso sin corriente ni oleajes; arrastrábanse con reverberaciones de agua enferma y torpezas de reptil herido. De la fábrica de ácidos, la tenería, los corrales y casas que quedan a su izquierda y en él se reflejan con ascos, como en un espejo empañado, salía la gente, los trabajadores que saludaban a los tripulantes de la flotilla, cuya comunicativa alegría traducíase en risas y gritos que se extendían en el eco y en la atmósfera, prendíanse a las paredes de las casas, a las copas de los árboles, y hacían volver la cara a los transeuntes, a los indios que remontaban el canal en amplias canoas cargadas de frutas y legumbres. Bajo los puentes, aumentábase la algazara; se agachaban los que iban de pie sobre la chata proa; dejaban los remeros de hincar el remo en el cenagoso fondo del canal; rompían las botellas vacías contra las piedras húmedas y bordadas de lama; el pistón tocaba carga a la bayoneta, y un individuo, por más

que culpó a un mareo imaginario, no pudo resistir a la náusea y se desahogó en medio de la rechifla general. Encontraron después una canoa trajinera, y la escuadra toda tuvo que replegarse a la orilla derecha, para que aquélla pasara sin tocarlos. Era enorme, con seis remeros por lado, bastante cargamento en su parte descubierta y algunos pasajeros—indios en su mayoría—comiendo en cuclillas al rededor de una fogata. Divisábanse diversas camas en el castillo de popa; en el techo de éste, el patrón, de charro; y cuando hubo pasado, cuando sus ventanas de vidrios y su temblón farolillo de popa recordaban vagamente a los chalanes pequeños de los ríos europeos, con envenenada malicia narró el Comendador una travesía de Chalco a México, a bordo de esas canoas "trajineras".

—Figúrense Vds., que a la hora de acostarse, no hay cortinas para salvar el pudor de las pasajeras y los celos de padres y maridos; hay que soplar las velas de sebo que iluminan las camas del dormitorio general, el cual carece de tabiques y divisiones. Muchos se equivocan de sitio, y resulta granizada de gritos, de insolencias, de golpes. Me acuerdo de un soldado...

—¡Fuera! ¡fuera! que lo tiren al agua por indecente!! gritaron contentísimos los que escuchaban agrupados la canalla anécdota del Comendador.

La algazara, que subía puntos y matices sin cesar, calmóse con la última detención del viaje, la ordenada por los aduaneros de la "garita". Una mera fórmula, porque habían visto gente de levita; se inclinaron desde el barandal del puente, y riéndose, como quien cumple con una disposición necia que es preciso acatar, formularon la pregunta de estilo:

—Señores, buenos días; ¿no llevan contrabando?

Sí, sí llevaban, y mostraron las botellas a medio vaciar; las que aun descansaban acostadas en el fondo de la canoa, en espera de su turno de sacrificio. ¿No gustaban un trago? Poco se hicieron rogar los otros; previa consulta con la mirada, se encogieron de hombros, y un celador de revólver al cinto, asido a un barrote del puente, se dobló hasta alcanzar una botella que de puntillas le alargaba un médico de cárceles. En caso de que regresaran temprano de su paseo, convinieron en detenerse nuevamente en la "garita" y hablar a sus empleados. Despidiéronse con la mayor cordialidad:

—Divertirse, y gracias por todo.

El resto del viaje fué ya asunto de media hora. Comenzaron a distancia, a descubrir la fonda tan empavesada como las canoas. Los que primero atracaron, recibieron una descarga de cohetes, en tanto que el propietario, su esposa y los criados saludaban a los excursionistas con su mejor sonrisa. No bien la murga se asoció a la salva de petardos, cuando un ejército de perros, atraídos por el tufo de los fritos, salió aullando, a escape. En las puertas de jacales y pulquerías, asomábanse cabezas de personalidades sospechosas.

Hallábanse aderezadas las mesas atrás de la casa, en el corral, bajo artificial emparrado, especialidad de los naturales del villorrio; con bancos corridos y sin respaldo; acuñadas las mesas con rajas de leña, y defendiendo los fondos, de las invasiones de cerdos y gallinas, pencas de maguey entrelazadas, con sus púas hacia afuera. Más allá de este recinto, guisábase debajo de tierra una barbacoa, cuyo humo superaba al mejor aperitivo; pero sobre todo, las cazuelas de arroz con pollo y las del clásico *mole,* junto a

las que forzosamente pasaron los invitados, dilatáronles las narices y de par en par abrieron las puertas de su apetito.

—¡A la mesa! ¡A la mesa! gritaron de todas partes.

Y en buena forma todavía, procedióse a la colocación. Presidían los cuatro jueces; a sus lados y según categorías, los agentes, defensores y médicos; en seguida, los secretarios, y los restantes donde pudieron. El santo de la fiesta, en el otro extremo y frente por frente de los jueces, confundido entre escribientes y comisarios. A los músicos, que se sentaron en un rincón de la enramada, mandóseles servir una tina de pulque curado y media docena de vasos vacíos; comerían después.

Conforme la comida avanzaba, acentuábase en la reunión un aspecto de orgía brutal, sin mujeres; de personas ansiosas de olvidarse de su condición esclava, de creerse dueños y señores de sus actos. Ya en los manteles, multiplicábanse las manchas de salsas y bebidas derramadas. El respeto a los superiores se evaporaba; en parte, porque los de abajo se les subían a fuerza de copas, copas socialistas y confianzudas, con el tuteo en cada burbuja y las confidencias pornográficas en cada enjugada de boca; copas vengadoras de añejas reprensiones, de la diversidad de sueldos y conocimientos, dando, con el licor, la ilusión eterna de que uno es igual a los de arriba; y en parte también, porque los superiores orillaban las confianzas, decíanse demagogos, descamisados, en virtud de la tendencia a ordinariarse, a descender, que los excesos del alcohol traen consigo.

—A mí que no me cuenten cuentos, saltó un defensor con el rostro muy congestionado, yo brindo por-

que en momentos como éste, de expansión verdadera, todos seamos iguales ¡qué caray! es lo único que reconcilia con la dignidad humana.

La grita que siguió a estas palabras, fué colosal, y el período de los brindis quedó inaugurado.

—¡Más copas! vociferaban los que aun podían pedirlas. Y el amo de la fonda, su mujer y los criados, daban vuelta a la mesa, sirviendo todos los líquidos sobrantes, pulque, vino tinto, cognac, cerveza, una revoltura endemoniada capaz de derribar a un hipopótamo. Los instintos de cada individuo comenzaron a salir a flote. Los tristes, se aislaban; hacían caricias a los mastines hambrientos, que apoyaban sus cabezotas inteligentes y sucias en las rodillas de esos amigos nuevos; guardábanse en los bolsillos frutas y bizcochos, para sus hijitos; mencionaban a sus parientes muertos, haciendo pucheros. Los libertinos, pellizcaban a las criadas, mientras éstas llenaban los vasos en inestable equilibrio, echadas hacia delante, en comprometida postura, presentando indefensas los atractivos de sus cuerpos y resistiendo sin chistar la bestial caricia, con el pudor pasivo y mudo de la india. Los alegres reían alto, entonaban trozos de zarzuela, metían gran ruido con platos y cubiertos. Un valiente, armado de pistola, proponía tirar al blanco o a las gallinas con cría, que picoteaban hasta por entre los pies de los comensales. Julio, vuelto a Benigno que lo escuchaba distraído, y aguijoneado por la borrachera que le arrancaba su secreto, díjole en voz baja:

—Oye Benigno, yo estoy enamorado...

—¿Qué dices?... Habla fuerte.

—Que estoy enamorado y te pido consejo.

—Toma, hombre, toma consejos. Y le dió una copa llena de vino.

—No, no me des copas (*rechazándola*); dame un consejo hablado.

—¿Hablado?... pues que no seas animal, los pobres no debemos enamorarnos.

Cartera, por segunda vez estaba en pie, sin que nadie le hiciera caso, blandiendo un pliego manuscrito con su discurso de ofertorio; por segunda vez exclamó en enfático tono:

—¡Señores!... Permitidme que principie declarando mi notoria incapacidad para llenar satisfactoriamente la honrosa misión con que me habéis honrado. Nada soy, nada tengo, nada valgo, nada...

—¡Bravo! rugió el Comendador, que de veras quería a Cartera, pero que con su bienintencionada interrupción dió margen a ceceos, carcajadas y silbidos. Un viejo agente del ministerio público, muy versado en achaques de tribuna, aconsejó a Cartera que pospusiera su brindis para después del café, cuando no quedaran sino las personas serias, las que lo escucharían con compostura.

Del grupo de los jueces, se levantó el más caracterizado, con intenciones de hablar, de decir un brindis en obsequio de la administración que los mantenía a todos y a todos dispensaba sus vicios, sus defectos, su obligatorio cumplimiento de la llevadera labor: todas las máculas de esa categoría social que se llama "empleados" y que es en su gran mayoría y en el mundo entero, el desecho de la escuela, el desecho de la industria, el desecho del comercio, el peor de los desechos porque es el que llega con más pasiones y más apetitos a ocupar un asiento en la tragi-grotesca francachela de la vida.

Pero había bebido tanto, que la copa ya en el aire y decidido el gesto, cuando todos en pie y más o me-

nos bamboleantes aguardaban la peroración, vertió el juez su copa, vaciló en su base, y cual si un rayo lo fulminara, rodó por tierra, cadavérico y mudo. Alarmados los demás, precipitáronse a atenderlo; ¿sería un ataque? ¿una congestión? Le rociaron la cara de cognac y agua de sifón, lo friccionaron, aflojáronle pantalones y chaleco, lo sentaron por la fuerza en una silla al aire libre, y él, nada; de cuando en cuando soltaba un ronquido, y su cabeza, como la de un muñeco de trapo, íbasele para todos lados. Los médicos presentes, así que lo auscultaron, convinieron en el mal:

—Es el vino, necesitamos álcali.

A Benigno ocurrióle entonces algo que lo hizo sonreír; escribió un recado secreto y se ofreció a ir en persona por el medicamento, utilizando uno de los tres coches que por precaución habíanse reservado. Al juez enfermo, que parecía un trozo de carne, lo acostaron en la cama matrimonial y tosca de los amos de la fonda; convinieron los médicos en alternarse para vigilarlo, y en la mesa, donde hervía el café, don Francisco remataba una baraja:

—Vale diez pesos, ¿hay quien dé más?

En un instante, las posturas ascendieron a veinticinco pesos; en un instante, el que resultó dueño de ella y los jugadores de la reunión, armaron la *timba,* y se oyó al tallador, pregonando el albur:

—¡Caballo, dos, basto y espada! No admito *paradas* de más de cinco pesos, el *monte* está pobre.

Cartera, horrorizado, reconcilióse con el Comendador, borrachísimo ya; lo asió de un brazo, y le recitó enterito su discurso, en el que abundaban frases y versos de comedias y dramas; su trunco repertorio del

teatro de Hidalgo; un discurso que concluía, refiriéndose al alma de la dicha, en estos términos:

"Y yo, señores, vengo buscando un alma que ayer se me perdió..."

—Chucho, se lo juro a Vd., estos brutos se han perdido de una página literaria.

A poco, volvió Benigno con el álcali, que comenzó a surtir sus efectos en el paciente, acerca del que se comunicaban las noticias en alta voz, como boletín de rey en peligro de muerte.

—Ya estornudó, y dice que lo dejemos dormir.

Atardecía, y Benigno buscó a Ortegal, por fuera, en la enramada; distinguió un grupo, y con gran sorpresa vió que no era Julio sino uno de los concurrentes distinguidos, de los de título profesional, que forcejeaba con una de las criadas. Estaban en un costado de la casita; ella, pegada al muro, defendiéndose con brusquedades de yegua; él, insistente, ronca y torpe la voz:

—Díme por qué no quieres...

—Porque no, porque no... respondía ella, huraña y sin dejar de defenderse.

Tosió Benigno y se disolvió el grupo; el abogado sin poder negar, cogido *in fraganti,* la criada escapándose con un menudito y silencioso trote. Ni una palabra alusiva se dijeron el abogado y Benigno; hablaron de cosa diversa:

—¿Cómo sigue el juez, amigo Paz?

Retornaron juntos a la improvisada mesa de juego; allí se hallaba Julio, la borrachera pintada en el rostro y un montón de pesos por delante.

—¿Ganas? le preguntó Benigno.

—Pues no sé, le replicó Julio apostando varias monedas a una carta.

Perdió el golpe y Benigno intervino. Esas eran locuras, tentar a la suerte. Imperiosamente contó el dinero, había casi cincuenta duros, y le prohibió que siguiera jugando.

—Lo que es tú, no me juegas ni un peso más; yo no estoy borracho y no he de dejarte hacer tonterías.

—Bueno, repuso Julio con una mansedumbre alcohólica, llévame entonces a mi casa y no le digas a mi mujer que he bebido; nunca me ha visto así...

—Voy a aliviarte, tonto, pero espérate. Dices que estás enamorado ¿de quién? vamos a ver.

—¿De quién?... Primero me matas que arrancarme su nombre... Dame una copa, anda, quisiera yo borrarme el pensamiento, borrármela a ella, morirme, qué sé yo... ¿qué sucede, no me das la copa?...

—No, porque te caes y ¿quién te lleva a tu casa?

—¡Mi casa!... Es cierto, tengo una casa, y mujer e hijos... uno, muy chico, ya lo conoces, Bito;... pues te lo regalo, con la condición de que lo querrás mucho y lo cuidarás más todavía... ¿no ves que es una criatura?... Si cuando crezca te pregunta por su padre, le dirás que yo... le dirás que yo fuí un desgraciado...

—Pero hombre ¡cómo estás, parece mentira! Aquí tienes la copa; bébela y cálmate. Yo te curo esta noche, así no vayas a dormir a tu casa.

—¿Si vieras cuánto la quiero? continuó Julio lanzado ya. A quien no puedo ver es a mi rival, un muerto que me hace más daño que si fuera vivo... Sí, un muerto, como lo oyes, ¿no lo crees?

—No te pongas simple. Los muertos no se meten con nosotros; van a la tierra y se vuelven tierra. En cuanto al alma... y se calló medio asustado, como

todo libertino que recuerda que los placeres pasan y la vida ha de acabarse.

—¿El alma? le respondió Julio, lo que es el alma, a lo menos la mía, es la mujer que estoy amando con un sentimiento que jamás sentí, ni cuando era novio de mi esposa, ni cuando he ido siendo padre de mis hijos,... no, ni entonces, repitió cual si a sí mismo se convenciera. Este es un cariño distinto, que me entra y me sale y vuelve a entrarme por todas partes; que me lo hallo en mis ropas, en mis papeles, en mi casa; aquí...; en el cuerpo de mi pobre mujer y hasta en los cándidos besos de mis hijos!... Pienso a veces que he de estar condenado, no creas... ¿Tomamos otra copa?... ¿por nosotros dos, por nuestra buena amistad?... Para que veas, ahora sí que le tengo miedo a la muerte, y no he de morir mientras ella no me ame... después, no me preocupa...

En la mesa de juego, seguía la zambra, irascibles todos, alumbrándose con una vela dentro de una botella, bebían sin parar; los que perdían, jugaban desesperados las quincenas próximas; los que ganaban, embolsándose sin disimulo los dineros. El juez enfermo, hecho una lástima, con defensivos en la cabeza, rogaba desde una silla a la intemperie, que se emprendiera el regreso. Los jugadores ni le respondían siquiera.

De súbito, escuchóse en el interior de la casa, sofocado rumor de risas y de faldas; el amo de la fonda, algo dijo en secreto a don Francisco, quien se volvió a músicos y tahures:

—Profesores, una diana; y Vds., viciosos, suelten la baraja, y a recibir dignamente a las visitas. ¡Adelante, niñas!

Los que perdían, suspendieron un segundo para

averiguar de lo que se trataba, y al cerciorarse del arribo de unas cuantas mujerzuelas, declararon que eso era un abuso y una indecencia que no debía de hacerse con personas serias como ellos. Cayeron con más furia sobre las cartas, suplicando que no los molestaran.

En cambio, los gananciosos, que habían continuado bebiendo, desenvainaron una galantería cursi y ofensiva para cortejar a esas señoras. Sonaron el dinero; ofreciéronles una batería de copas, que les derrabaman en los vestidos y en las manos; les decían frases de sentido doble y hasta triple, que ellos mismos celebraban con grandes risas; las abrazaban y besaban donde podían, sin secarse los labios ni arrojar el cigarro. Un médico-legista, hizo la *rueda* con grandísima propiedad: cacareando, los faldones enalto, ladeado el cuerpo y rígido el cuello, describió una circunferencia en el piso.

Las muchachas—al fin gente de pelea—acomodáronse sin esfuerzo al medio; todo lo aceptaban y devolvían de buen talante, y así llovieron retruécanos, cachetes, copas rotas, insolencias y besos. Una de ellas, le echó el ojo al juez ebrio; lo arrullaba como a un chiquillo, lo bautizó de "rorrito" y le arrancó diez pesos, para jugarlos por cuenta de los dos.

—Tú te quedas aquí, rorrito, al aire, y cuando te hayas refrescado, nos repartimos las ganancias.

Otras dos, pusiéronse a bailar juntas una danza acanallada, con movimientos de bayaderas de contrabando y frenéticos aplausos de los masculinos.

Benigno, muy del brazo de una tercera, su amiga íntima, le explicaba la broma:

—Te escribí que vinieras con éstas, porque hay magníficos clientes, porque tenía ganas de verte y

por probar a estos señorones que todos somos pecadores, grandes y chicos. Necesito, además, curar a un buen muchacho que anda medio enamoriscado. ¿Quién te parece a propósito?

—Adela, que se pinta para esas cosas. Mírala, aquélla, la que le arrancó plata al viejo ése.

—Cállate, mujer, que es un juez.

En dos minutos enteraron a Adela de su papel, de lo que debía ejecutar con el doliente enamorado.

—Voy a presentarlo, y estoy cierto de que ha de serles simpático ¡Julio! gritó en seguida.

Nadie contestó, y Benigno, con una muchacha en cada brazo, lo buscó dentro de la casa, debajo de la mesa de juego, entre los músicos, en el corral, y nada. Alarmado, interrogó a los remeros que dormitaban a bordo de las canoas; a los aurigas, cenando en sus pesebres; lo llamó muchas veces.

—¡Julio!... ¡Julio!...

Y a riesgo de que le devorara un perrazo atado con cadena, saltó un cercado de cañas y penetró en la huerta frontera, poblada de árboles frutales; escuchó ruido de hojas secas y tropezó con el cuerpo del escribiente, quien lloraba a lágrima viva.

—Julio, soy yo ¿qué tienes?

—¿Quién eres tú? replicóle Ortegal, la lengua como de trapo y la mirada vaga, de borracho que ha perdido el cerebro, ¿eres el muerto?

—¡Qué muerto ni qué demonios, sin vergüenza! Me has dado un susto. Levántate, que ya nos vamos.

—Pues váyanse, yo me quedo aquí; ya está todo arreglado.

—¿Te levantas, sí o no? repitió Benigno incorporándolo. Ahí te busca una señora; ¿no te da vergüen-

za que te vean en semejante estado? Anda, haz un esfuerzo, no seas niño; así, eso es, derechito ¡cuidado hombre! ¡cógete de mí y andando.

—¿Quieres una copa?

—No seas necio y obedéceme; por aquí... alza la pierna, ¿que, no ves?

Como caminan los enfermos de la espina, llegó Julio sostenido por Benigno, a donde las muchachas los esperaban.

—Mira, le dijo Benigno, esta es la señora que preguntaba por ti, la que te conoce.

—Es muy posible, contestó Julio tartamudeando siempre, ¿cuándo estuvo presa?

—Cuando tú quieras, hijo, buena la has atrapado, exclamó la española.

Entre los tres lleváronlo a la fonda, en la que los heridos aumentaban; en la que el tuteo era general, infames los músicos e incansables los jugadores. La vela de sebo, con oscilaciones y chisporroteos de cirio, había derramado abundante lloro en la botella que la servía de candelero y en diversos lugares del mantel.

Prohibió don Francisco el juego, organizó la marcha sin escuchar protestas, que ya la noche estaba muy corrida, y sacó del fonducho a sus festejantes. En los tres carruajes de alquiler, empaquetaron a los viejos y a los que estarían de turno al día siguiente; pero una vez encerrados, manifestaron temores de un asalto en camino tan largo y tan feo.

—¿No nos saldrán ladrones?

De esas tinieblas, surgieron cuatro gendarmes montados y un oficial encabritando a su caballo.

—No habrá novedad, señor licenciado, nosotros vamos a acompañar a Vds.

Aunque se comprendía la malicia del oficial, sorprendiéndolos en mal estado, para contar con tanto superior en caso de apuro, hicieron de tripas corazón, y don Francisco acabó de zanjar dificultades:

—Una copita para el oficial, y pulque para sus hombres.

Después del brindis, acomodáronse en las canoas los demás invitados, los músicos y las muchachas; se ofreció una propina a los remeros, y se encendieron los faroles de los coches y los hachones de brea, de los tripulantes. En diversa forma de la mañana, la marcha al fin, con entusiasmos ruidosos y desagradables; haraganes los remeros; los hachones, fúnebres, dejando una cauda de chispas y retratándose en las turbias aguas del canal, como teas precursoras de destrucción y de desastres, iluminaban entrambas orillas con palideces y reflejos fantásticos, hacían danzar a personas, edificios y árboles, ladrar a los perros aterrorizados con esa especie de procesión de aparecidos. Algunos moradores de las casas que bordean el canal, se asomaron a puertas y ventanas; y en una de las canoas, los viciosos improvisaron un segundo "monte", agachados bajo el enano toldo, alumbrándose con cuatro hachones. En la canoa de los músicos, brotaron los cantos, cogiendo cada voz por donde le parecía.

—¡Hermano, a tu salud! escuchábase de vez en cuando de una canoa a otra. Era un escribiente que tuteaba a un defensor o a un médico.

Ortegal, con su cabeza en el regazo de la española, dormía como un justo, en tanto que Benigno contaba a las dos chicas una sarta de embustes acerca del interior de la cárcel, sobre todo, acerca del departamento de mujeres, a cuya cuenta inventó una

serie de inquisitoriales tormentos, que mantenía a las otras pendientes de sus labios. De súbito, saltó a otro orden de ideas:

—¿Qué piensan hacer Vds. cuando lleguen a viejas?

—¿Nosotras?... pues sabe Dios, guasón, ¡qué cosas tienes! ¿y tú?

—Yo me haré sacerdote, probablemente; he estudiado algo.

Las muchachas fuéronsele encima:

—No, mira, a los sacerdotes déjalos en paz; con las iglesias no debe uno meterse y de broma mucho menos, dijéronle las dos muy alarmadas con el inocente chiste de Benigno y con sus propios presentimientos y gitanerías de gente vulgar que vive en el pecado.

—Seré entonces ministro protestante; ¿les parece?

Nada le contestaron, no entendieron la ironía. Habíanse sumido en quién sabe qué melancólicas tristezas, evocadas al mencionar a los sacerdotes y templos; en quién sabe qué visión del pasado, de cuando eran buenas porque eran muy niñas; cuando se vestían de harapos el cuerpo y de inocencia el alma, lo contrario de sus trajes de ahora, harapos en el alma y en el cuerpo seda. Una de esas ráfagas de nostalgia de lo puro, tan comunes y fugaces en las pecadoras, agrandada quizá con lo feo del canal, el arrullo de la canoa, la luz de los hachones y los acordes rotos de la barca filarmónica; acordes que se perdían sin eco, entre los misteriosos y múltiples rumores de la noche que envolvía a la escuadra ebria y diminuta.

Los coches alcanzaron a la flota; estuvieron al habla unos instantes; saludáronse, y el tropel pasó a escape, con imponentes sonidos de carga de caballería.

—Hasta mañana! gritáronse, y volvió á quedar el camino solitario y negro.

La travesía continuaba fastidiosa, lenta, como si á todos fuera embargándolos una somnolencia meditativa. Algunos hachones encendidos, se hundían en el agua, apagándose sin despedir chispas. En la garita los detuvieron bastante, pues los aduaneros ya estaban recogidos. Julio preguntó por su esposa y Benigno instalóse en la popa, los brazos encima del toldo de la canoa. Las últimas luces que divisaron, fueron las de la fábrica de ácidos, á su derecha, unos cuantos faroles que proyectaban sus rayos hasta la otra banda; el edificio en silencio; su larga chimenea, confusa, sin poder precisarse en dónde concluía. Iban á desembarcar un poco más adentro, para ganar la plazuela de San Lucas, y cuando les faltaría un cuarto de hora, declaróse fuego á bordo de la canoa de los jugadores, á causa de un hachón mal cuidado cuya flama se enroscó en un momento en las cortinas del toldo. Más tardaron en advertirlo que el fuego en invadir la barca entera, que ardía inmóvil, como yesca, iluminando un gran radio del canal, las asustadas caras de los jugadores, las de los pasajeros de las demás canoas y los árboles de las orillas. Las llamas recorrían su presa con agilidades y rapideces de ratones luminosos, hasta con parecida voracidad, devoraron, primero, convertidas en llamaradas grandes, todo lo más inflamable: el techo, los asientos, los petates del piso; después, mucho más pequeñitas, subían y bajaban, reúníanse en grupos para luego separarse, y donde únicamente no lograron causar daño fué en el casco de la canoa, defendido por una infinidad de superpuestas capas de grasa que, al quemarse, infestaban la atmósfera. Y no obstante que el

incendio no valía la pena, que el canal presentaba cortísimo fondo; que las orillas hallábanse cerca, hubo náufragos, chapuzones sin consecuencias, borracheras disipadas, sombreros perdidos, dinero extraviado y saltos funambulescos. El Comendador, tragaría dos pintas de agua sucia.

Con el escándalo, Ortegal despertó, ¿en dónde estaban? él quería irse a su casa, con su familia; y asustado ante las nubes de chispas que de los incendiados maderos se desprendían, acurrucóse sin la menor malicia en el seno de la española, repitiendo la misma frase, la frase sugerida por la idea fija:

—Yo quiero irme a mi casa, con mi familia.

La grotesca nota del incendio, desafinó el concierto; los minutos que tardaron en arribar, empleáronlos en secar náufragos, en improvisar sombreros con papeles y pañuelos y en cuotizarse para la indemnización de la canoa, suelta en mitad del canal, con más ceniza que un brasero y anclada con un remo hincado en el lecho de lodo.

Tropezando en hoyancos y en los restos de alcohol que aun no se evaporaba, desembocaron los invitados en la primera calle del Rastro, sin tranvía a esa hora. Despidiéronse de mal talante, y Benigno quedóse a solas con las dos muchachas y Ortegal, que persistía en su estribillo:

—Yo quiero irme a mi casa, con mi familia...

Por lo pronto, propináronle en la botica más próxima, una fuerte toma de acetato, y después los cuatro se metieron en un simón que acertó a pasar de vacío.

—¿A dónde? interrogó el cochero.

—Derecho, luego te diré, le contestó Benigno.

Con los saltos y el calor del encierro, Julio se sintió

muy mal; le hicieron viento, le desanudaron la corbata, le colocaron la cabeza en una portezuela y el infeliz no experimentaba el menor alivio, al contrario, estaba lívido, los ojos cerrados, sudoroso; se incorporaba repentina y nerviosamente cogiéndose a lo que más cerca tenía, como si el coche, las casas, las calles y el planeta todo se desquiciaran, y él pretendiera salvarse del gigantesco derrumbe. Abrió los ojos, desconocía a sus compañeros, y convencido murmuró:

—Me muero, yo sé lo que les digo, me muero...

Benigno declaró inmoral conducirlo a su casa; preferible era darle a la señora el sofocón de que su marido durmiera en la calle, a presentarlo en ese estado; y volviéndose a la española, le preguntó:

—¿Quieres hacerte cargo de él? Mañana te pagará lo que le cobres; trae dinero de sobra.

La española aceptó, pobrecillo, tan malito que estaba y tan bueno que parecía... Entonces Benigno se desató en elogios de Julio; no podían figurarse su bondad, su mansedumbre, sus miserias.

—Nunca bebe, añadió, nunca, pero ahora no sé, sospéchome que bebió porque anda enamorado hasta los huesos de una real hembra, la que seguramente no ha de corresponderle... aunque Vds. las mujeres son tan raras, que cualquiera las entiende.

Ayudados del criado de la casa, subieron a Julio, con lo que el bailoteo de la sala se suspendió y se asomaron al corredor dos o tres parroquianos, el pianista y las otras pupilas. Instaláronlo en el cuarto de la española, sin que él se diera cuenta de ello; Benigno en persona lo desnudó y lo metió en la cama, bajó la luz de la lámpara y cerró las maderas. Por precau-

ción, mandóse preparar en la cocina una taza de café cargado.

Anunció Benigno en la sala, que invitaba a cerveza a todo el mundo; obsequió al pianista con un par de pesos, y muy amartelado con su pareja desapareció; ella y él contentos, medio abrazados, medio chispos.

Quedóse la española en el uso de la palabra; ¡carambita con el día de campo! ¡por todo lo alto! ¡Jueces, escribanos, gente rica y rumbosa y la mar! Lo menos habíanse gastado mil duros, sin contar el incendio, los trastos inutilizados, las propinas... El *gachó* ése, el que dormía la *juma* en el cuarto de ella, pues casi ná, secretario del supremo... Y no aceptó propuestas de nadie; se retiró con su secretario a la 1 de la mañana, entrando de puntillas, abriendo suavemente la puerta, con delicadezas de esposa que ama, sin responder a las hostiles indirectas de las educandas que se recogían solteras.

Julio dormía profundamente en púdica actitud, un brazo extendido, saliendo de las sábanas y de la cama. La española lo contempló un momento, y de puntillas siempre, llegóse al lavabo, se despeinó meditabunda, con grandes pausas en la rápida destrucción de su tocado y en su reglamentario y meticuloso aseo nocturno; curiosa de averiguar a quién querría ese individuo, pensando en que todos queremos o hemos querido,—hasta ellas, las que no debieran querer jamás! Luego, principió a desnudarse con un resto de olvidado pudor, que espontáneamente la visitaba y que no obstante el pesado sopor de Julio, obligábala a recatarse de una sorpresa imposible, a defender su cuerpo de precio fijo, a volver el rostro a cada movimiento, a cada prenda que resbalaba por sus carnes,

como resuelta a no mostrárselas al beodo, quien nada había hecho ni dicho para que a ella le interesara. En la media luz de la lámpara con su mecha baja, un segundo, mientras se ponía su otra camisa, reflejada en la luna del armario, las formas no perdidas del todo, surgió su desnudez en una sonrosada vaguedad de ensueño... Muy de prisa, se cubrió cual si abominara la tal contemplación que enardecía a los hombres, de la que ella sacaba partido y que en la noche ésa, tan semejante a las mil y mil en que le aconteció lo propio, la ocultaba, como ocultamos lo que nos avergüenza, y como huimos de lo que nos incita a pecar. Sentóse al lado de la cama, en una butaca, con su cigarrillo encendido, y cogiéndose una pierna con las dos manos, púsose a balancear la chinela, a punto de escaparsele del pie. De tiempo en tiempo, escuchaba apagados rumores de las habitaciones adyacentes: un taponazo, después, una vidriera que cerraban de golpe, después nada, la casa se durmió.

A ella no le entraba el sueño, ni deseos de acostarse, ni frío; sentíase bien así, sobre todo, cuando mudó de postura al terminar el cigarrillo, que pisoteó en la alfombra por no levantarse. Reclinó la espalda en el colchón, coronándose la cabeza con sus brazos desnudos.

Julio despertó su cerebro torpe aún, pero creído de hallarse en su casa, con un latir de sienes que le rompía el cráneo y unos vahidos que le hacían asistir a desenfrenado baile de los muebles y de sus ideas, la borrachera prendida a él antes de despedírsele.

—¿Por qué no te acuestas? exclamó en el falso supuesto de que la española era su mujer.

—¿Quieres que me acueste?

—Sí, sí quiero, y también que me perdones por haber venido así... me dieron de beber... los amigos!... Vds. no comprenden lo que son esos compromisos, siguió masculiando con los ojos cerrados.

Acostóse la mujer azorada ante el lenguaje tan dulce, que aumentó sus pudores, su simpatía por el borracho. Pues qué ¿no iba á tratarla cual la trataban todos los hombres, y más especialmente los hombres borrachos? ¿en vez de sabrle con exigencias, pedíale perdón por haberse embriagado? Sin pensar en nada malo se acostó en la mitad libre de la cama, en la orilla casi, quietecita, á fin de no importunar al señor aquél que tantos miramientos se merecía. Hallábase Julio en el período de la locuacidad incoherente y salpicada de intermitencias, de silencios, de ademanes con los brazos para acabar la frase trunca y rebelde, que calculaba haber dicho completa.

—¿Por qué no oigo á Bito, se durmió ya?

—Sí, contestó la española, sospechándose que denominarían Bito á Benigno, hace un rato que se acostó ¿lo llamo?

—Claro, que me dé mi beso.

—¡Que te dé un beso! Te lo daré yo mejor.

—Tú y Bito, los dos...

A todo riesgo lo besó dos ocasiones, en la frente, temerosa de que le aclarara el engaño, pero, ¡quiá! Julio se volvió al lado opuesto, suspiró y siguió charla que te charla con la almohada, y la Adela, por más que procuró enterarse, no pescó ni jota. No ahuyentaba su femenina curiosidad por averiguar á quien adoraría Ortegal, según delación de Benigno ¿sería como era ella?

—La amas mucho ¿verdad? díjole de repente.

No obstante la borrachera, Julio defendió su se-

creto; supuesto que su mujer se atrevía al fin a formular la pregunta temida, era que estaba al cabo de la pasión de él. Incorporóse en la cama, y con un aire solemne que grotescamente contrastaba con su aspecto alcohólico, repuso:

—¿Amar? no hija, no; la aprecio como amiga y nada más... ¿cómo imaginas que yo?... vaya, no volveré a verla, para que te convenzas...

La española adivinó algo serio; comprendió desilusionada que Ortegal la confundía con su esposa; sopló el quinqué, y sin importarle ya los contactos que sobrevinieran, se estiró diciendo en un bostezo:

—Estoy convencida. Ahora, a dormir que es muy tarde.

Como lo dijo lo hizo, en virtud del hábito de dormir con quien primero se presenta; a diferencia de Julio, que con el susto y las horas transcurridas, luchaba por despejarse, por explicarse los extraños aromas, los muebles finos, una porción de detalles que le chocaban, aunque nada distinguiera a las derechas en la media obscuridad de la estancia. Conforme rodaban las horas que él oía de un reloj cercano, cuyo timbre no había escuchado nunca, despertaba su conciencia. ¿Recordaba esto? ¿recordaba aquello?... Sí, sí, todo lo recordaba; mas como recordamos lo que nos acaeció hace mucho tiempo; como recordamos lo soñado, con una gasa que nos lo esfuma de súbito, en el pormenor preciso que nos habría revelado el total. Fué su principal preocupación su cariño a Clotilde: ¿lo tendría confesado? ¿con quién habló a lo último?... La memoria, hecha jirones, nada en concreto le respondía; como en borroso panorama, le mostraba la fiesta de la víspera, una mezcolanza abigarrada de colores, sonidos, personas, campos; rasgos

de fisonomías, pedazos de cielo azul y del verde canal; la cara de una criada y el ritornelo de un schottisch; el comienzo de una disputa y el final de un brindis... ¿se habría delatado? Y al cerciorarse de lo que siguió tal vez; de la calidad de su vecina de lecho, padeció malestar físico y congojas morales; hasta los minutos contó que para el amanecer faltaban, en perfecta y doliente lucidez. Vistióse a tientas, bebióse el agua de una botellita que halló sobre la mesa de noche, y sentado al borde de la cama, con náuseas en el espíritu y en el estómago, miró contentísimo cómo una pálida claridad se colaba por las rendijas, dando humana forma a cuanto lo rodeaba. Tambaleante todavía, apoyado en las almohadas, movió a la mujer, que gruñó colérica.

—Oiga Vd., insistió Julio, ya me voy.

Refrenó la española su cólera; medio se sentó, los brazos rígidos, echados hacia atrás, suelta la mata de cabellos, rugoso el ceño y artísticamente descubiertos los redondos hombros y gran parte del seno.

—¿Tan temprano te marchas, por qué?

Porque sus quehaceres aparte, era hombre de familia. Y soltó su pregunta:

—¿De qué le hablé a Vd. anoche? Pues dicen que cuando bebo, me pongo muy necio...

—¡Hablar! Si no podías menearte, chiquillo; tenías una papalina...

Julio tranquilizado, despidióse alargándole la mano, pero la mujer, por profesional costumbre, le abrazó el cuello y le buscó la boca.

—¿Cuándo vuelves a verme?

—Lo más pronto posible, repuso Ortegal violento. Sin contarlos, depositó en el lavabo dos puñados

de pesos que sucesivamente extraía del bolsillo, admirado de sentirse rico.

Al recibir el aire fresco de la mañana, al bajar la escalera, ¡qué áspero remordimiento, Dios mío! Al mismo tiempo que urdía mentiras que decirle a su mujer, pensaba mucho más que antes en Clotilde, quizá levantada ya en su poética casita de la Colonia!...

Como si anhelara lavar su falta y su ebriedad allí mismo, en ese nido de impurezas; lavarse de los contactos que degradan y de los alientos que empañan, tuvo una crisis de llanto que dejó correr sin más testigos que el portero, dormido contra el zaguán cerrado aún; un portero que roncaba indiferente y feliz.

La primera mañana que Clotilde despertó en su casa, despertó muy tarde, con una sensación bastante parecida a la felicidad que tanto tiempo había dejado de ver. Eran las 10 en su reloj despertador de a cuatro pesos, embellecido con un listón de raso que ocultaba el timbre y coquetamente caía sobre la caja niquelada y sobre algunas horas de la carátula. Como en épocas desaparecidas ya, cuando su madre la despertaba acariciándola, y ella fingíase dormida para prolongar las caricias hasta que en repentina explosión de besos y de risas, burlábase de ella porque no distinguía el sueño de la broma, así permaneció aquella mañana, pero nadie entró. En las afueras, reinaba el silencio, interrumpido apenas por el silbato de las locomotoras en la vecina estación de la Colonia, y allá, lejos, por el sordo rodar de carruajes en la Reforma.

¿Qué sería de ella a partir de entonces? ¿a quién se volvería en cualquier conflicto? ¿a quién pediría consejo en su primera tribulación? Sin sus padres, sin Alberto, sin amigos, la casita misma antojábasele que se le echaba encima; no le notaba fisonomía simpática; hasta tuvo el presentimiento de que dentro de ella le acaecería una gran desgracia. En realidad no conocía la casa, o por lo menos al alquiler

larla no le causó la impresión que ahora le causaba. Hallábala alegre y de buena temperatura en esta mañana de estío, con alicientes inadvertidos antes; risueñas las piezas y deliciosa la vista de que se disfrutaba desde ventanas y corredorcito. Desde la ventana del comedor, veía una gran extensión de campo, casi un bosque de eucaliptus, y detrás de éste, a enorme distancia, varios edificios en construcción, sus complicados andamiajes reducidos a las proporciones de cintas y de hilos. Apuró Clotilde su café para asomarse a las demás ventanas.

De la de su dormitorio, contemplaba a maravilla y no muy distante, el monumento a Cuauhtémoc, bañado por el sol que arrancaba del bronce reflejos soberanos; contempló la glorieta toda, y atrás siempre, más construcciones, chimeneas de fábricas, avenidas con árboles, bancas de piedra blanca con albañiles que en familia almorzaban, sentados en ellas; un carro irrigador, que en semicírculo despedía menuda lluvia; en rítmico trote, amazonas y jinetes de regreso de Chapultepec; carruajes cuajados de mamás y niñeras, con chiquillos que agitaban las manos, sus cabecitas rubias y negras, y que regaban en el camino las notas argentinas de sus grandes risas y sus pequeñas charlas.

Apoyada Clotilde en el alféizar, la enternecieron esas apariciones instantáneas de la dicha; de mala gana fué a abrir las ventanas del lado contrario, desde donde vió mayor número de casas, seguidas, ya con calles, en plena Colonia de los Arquitectos. Al fondo y hacia la izquierda, el paradero en proyecto del Ferrocarril Nacional, lleno de humos, de tañer de campanas, de silbar de máquinas; por un claro, entre dos calles, la máquina de movimientos, tirando de los va-

gones sin interrumpir su repique de aviso. Lento y majestuoso pasó después por delante de la casita y rumbo a las Albercas, un extenso tren de carga, que la hizo retemblar como si la asustara, y que la envolvió en remolinos de humo; un humo amante del césped, sobre el cual se extendió, para a poco abandonarle con perezas casi inteligentes. Y el tranvía del circuito de baños, arrastrado por una mula, amarillo, pequeñín, parecía, siguiendo al monstruo, que jugara a persona mayor; evocaba a los granujas que marchan al lado de las bandas de los regimientos, sin pensar en la diferencia de fuerzas y de estaturas.

Una vez terminado su aliño, Clotilde cogió una labor, la eterna y adorable distracción de las mujeres, y al pensar en que el aislamiento de su vivienda era su principal inconveniente, aunque fuera también la causa de lo moderado de su renta, insensiblemente volvió a pensar en su aislamiento propio, el de ella, huérfana con padres y viuda sin haber sido casada. ¡Cómo reconstruía su antigua vida, cómo la llevaba grabada para siempre en el alma! Y en medio de su desamparo, por un sedimento de filial cariño, pensaba en sus padres, en sus dos viejecitos, y no obstante que habían quedado unidos para prestarse recíproca conformidad o cuando menos para llorar el uno en el hombro del otro, para compartirse el dolor, Clotilde que no tenía a nadie, excepción hecha de la juventud, esa secreta fuerza que nos procura los mejores triunfos, Clotilde se sentía menos desventurada que ellos, y a tantas leguas de su hogar los compadecía, y pedíales perdón en la luz de la luna, en sus suspiros, en sus oraciones, en todos esos defectuosos correos a que apela un corazón cuando de veras sufre. Luego reconstruyó, como a cada paso lo reconstruía,

el poema de sus amores, tan dramáticos y tan cortos, que creía que sólo vivieron el tiempo indispensable para convertirla en desgraciada perpetua. Ya que la habían arrebatado sus padres, su pureza, cuanto poseía de sagrado, para darle en cambio las punzantes vibraciones de la pasión, encontraba cruel el suicidio de su amante cuando comenzaban apenas su doble instalación dentro de la dicha, cuando la falta cometida, por irreparable y por dulce, comenzaba a amortiguar remordimientos, a obligarlos a quererse mucho, lo más que pudieran y por toda una eternidad, para hacerse llevadera la vida, para convencerlos de que no pecaban por vicio. Y Alberto tuvo que preocuparse de lo mismo, que preocuparse de ella, de Clotilde, que se quedaría desamparada y sin otra dote que su caída, la caída de una virgen que todos los hombres procuran y que, realizada, todos los hombres escarnecen. Sin embargo, no le guardaba rencor; ante su muerte, enterró con el cuerpo que tanto le debía, la deuda misma, y más bien sentía celos de que Alberto hubiera preferido el juego a ella, confiada y cándida, que lo siguió y lo habría seguido a cualquier parte, sin acordarse de su honra, que no había perdido, no! que había dejado en la casa de sus padres, en su cuarto de niña, donde había dejado todo, sus juguetes, sus ilusiones, el traje blanco de su primera comunión y el ángel de su guarda, allá, en los cajones de su cómoda, en la cabecera de su cama, en los escondites que sólo ella ocupaba. Si su padre cediera y la perdonara!... Pero no, no la volvería a ver; la bendeciría, la perdonaría desde el hogar, por cariño propio y por ruegos de su madre, pero recibirla en ese propio hogar manchado e incompleto por culpa suya, eso nunca, lo conocía muy bien; aún conservaba en

los oídos, sus teorías sobre el honor, sobre la virtud; sus pláticas serenas, de anciano recto, en aquellas noches de verano en que, la sala a obscuras, se sentaban los tres junto a la abierta ventana que daba al mar, y él hablaba, reposado, grave, acariciando a su hija; y mientras el mar daba tumbos sonoros, mientras de la playa subía el hálito delicioso de los besos del gigante a la arena, terminaba él su charla, diciéndole:

—Por bendición de Dios, nada temo contigo, eres la santa de la casa y el principio de lo que me toque de gloria!...

Frente a cuadro semejante, una despiadada asociación de ideas le presentaba el de sus noches en la prisión, de todo su período de cautiverio; o bien el de su viaje con Alberto, en el que se mezclaban los halagos y los miedos; las peripecias agradables y las precipitaciones de una fuga. Y de la espantosa cárcel, de los eternos días y de las noches empapadas con lágrimas que en ella pasó, nacía la figura de Julio, único rayo de luz entre tanta sombra, única persona que la respetaba en miradas y ademanes, de Julio, cuyo cariño adivinó Clotilde, y a quien temía precisamente porque se le acercaba sin otras armas que su amor y su respeto. No lo querría jamás; ¿cómo? ¿con qué? ¿con los pedazos de corazón que por milagro le quedaban sanos?... Además, Julio era casado, padre de familia, es decir, un hombre al que ninguna mujer honrada debía querer y ella menos que nadie, ella, que tenía que patentizar su honradez no obstante la falta consumada. Aunque Julio parecía bueno ¿qué?... mejor para su esposa y para sus hijos. Cierto que Clotilde lamentaba haber inspirado un afecto, mas en el fondo de su ser, en donde tenía tantas heridas y tantas cicatrices mal cerradas, allí lo agradecía y

le servía de bálsamo; lo economizaba sin segunda intención, por egoísmo instintivo, por tenerlo a la mano para curarse desprecios anónimos y ojeadas equívocas... Decididadamente obró bien al mudarse; a ver si la distancia y la diversidad de techo enfriaban aquel amor criminal, aquel amor que ella vió nacer y quizá por femenino impulso fomentó y cuidó, como se cuida y fomenta el crecimiento de venenosa planta, la que sin embargo puede matarnos el día en que por olvido permanezca encerrada con nosotros. Ahora, la cosa variaba de aspecto; se visitarían, sí, pero no continuaría el peligrosísimo contacto de todas las horas y de todos los minutos, en que sin advertirlo, va uno delatando sus hábitos y sus bellezas, los rincones del cuerpo y los resquicios del alma. ¡Pobre Julio! Clotilde estaba segura de que la quería mucho; ¿qué mujer se equivoca al aquilatar la idolatría que inspira? El mismo, a pesar de su pasión y con el tiempo que todo lo alivia, le estaría grato por el alejamiento y la resistencia. Y al rodar los años, cuando del amor aquél no restara sino el afán de ser amigo ¡cómo charlarían de los instantes de peligro, cómo jugarían con el fuego hecho cenizas!... Porque ella no estaba enamorada de Julio ¡qué horror! érale simpático, vaya, hasta interesante a causa de su pobreza, de su exterior enfermizo, de lo dulce de su carácter, mas de ahí a sentir amor ¡cuánta distancia!... La prueba estaba en la diferencia de impresiones experimentadas con Alberto y con Julio. Con el primero, todo fué tempestad: la manera de conocerse, de quererse y de separarse; con el segundo, era todo respeto, moderación; con aquél, todo hacedero y encantador; con éste, todo prohibido e irrealizable.

Por otra parte ¡qué hermoso vencer en la lucha con un hombre; ser fiel a un recuerdo; presentarse victoriosa a Dios, para alcanzar el perdón y el olvido!... Clotilde se animaba; calculábase en singular y descomunal combate con el demonio; Dios y sus padres, de testigos, y ella triunfando a fuerza de rezos, de voluntad y de propósitos; triunfando en medio de nimbos y de aureolas; en la casta y guerrera actitud que en los libros piadosos tienen los arcángeles por su eterna campaña contra Luzbel!...

Ante esta idea, su temperamento religioso, de niña educada dentro de la religión católica, la hizo que se considerara capaz de resistencias inverosímiles; dueña de místicos recursos y de celestiales defensas. Disponía de una brigada de santos vencedores y de un tesoro de eficaces reliquias, cuyas virtudes eran conocidísimas, garantizadas en los *ex-votos* que adornan a los templos; santos y reliquias iguales casi en poderío. Clotilde, en sus entusiasmos, les aumentaba la cantidad y la calidad de sus mercedes; a las reliquias, por el testimonio de las familias creyentes, que, cuando sus tribulaciones más tremendas, se las prestan y se las ceden, siendo rara la ocasión en que su eficacia falla; y a los santos, porque son ellos los campeones perpetuos de las causas humanitarias; los que defienden y libertan delincuentes empedernidos; los que derrotan a Satanás; los que invisibles cruzan por las ciudades apestadas y ahuyentan a la peste; los que apaciguan las borrascas del océano y salvan a los náufragos; los que convierten herejes, y colocan a la justicia en el puesto que le corresponde; los dispensadores del milagro y de lo imposible... Ese ejército, Clotilde lo tendría de su lado porque era pecadora, porque se arrepentía de pecar y no

quería reincidir. Nada más que para que su acción fuera meritoria, hallábase obligada a aceptar la guerra, a luchar cuerpo a cuerpo sin esquivar la presencia de Julio; al contrario, provocarla, y al encontrarse juntos, echar mano de su arsenal extra-terreno y derribado el peligro, reducido a polvo vil, confesar de nuevo, una confesión general que la dejara albeando, que la autorizara a tornar a la Iglesia, de la que salió por su amor a Alberto. Clotilde abrigaba una fe inmensa acerca de los milagros; creía que los santos los reparten entre los que más los necesitan, por sorpresa, cuando ya nos abandona hasta la esperanza de un remedio. Entonces, según ella, produciase el fenómeno, suave, delicadamente, sin exigir nada a cambio, cual un don de quien todo lo tiene y lo puede todo. Y como ella se imaginaba a salvo, el milagro consistiría en que Julio mudara de afectos, y en lugar de amarla, sólo la quisiera con uno de tantos cariños que se leen en las vidas de santos y santas, pues si ellos dos no lo eran, el mérito sería mayor; un cariño intenso y poético, como el amor, pero sin las carnalidades y miserias de éste.

Adoptado su plan, tranquilizóse Clotilde y cayó sobre la costura con extraordinaria aplicación, ni más ni menos que un muchacho travieso cae sobre los libros, para que el maestro que lo observa lo exonere del castigo, pues estaba cierta de que a ella la observaban, de que si su comportamiento era bueno, la piedad divina se ablandaría y, quién sabe si no hasta le otorgaría una aparición, algo patente que la premiara. Al suponer una aparición, se estremeció como si en seguida fuera a efectuarse, y alistó un moderado discurso lleno de humildad y arrepentimiento, una serie de respuestas al interrogatorio a que por fuer-

za la sujetarían. Sí le chocaba que en cualquier sendero que tomara su pensamiento, tropezaba con Julio; un Julio mudo, prudente, que la miraba y la miraba con profunda expresión de idolatría infinita, siguiéndola en sus exaltaciones y en sus éxtasis, a la manera de los perros que acabamos de reñir y que nos siguen hasta que les hacemos una caricia. ¿Por qué persecución semejante? ¿qué le quería? ¿por qué no la dejaba en paz?... Habríale rogado que se marchara, que se marchara para siempre, mas no se decidía; su gratitud forzábala a reconocerse su deudora de atenciones, de favores que no se retribuyen con dinero, de finezas que cautivan a una mujer por desagradecida que sea. ¡Ah! si durante su prisión el manejo de Julio hubiese sido idéntico al de los demás hombres, estarían a mano, le inspiraría el mismo asco que le inspiraban los otros, el mismo miedo, y ni un saludo mediaría entre ambos. Luego, la circunstancia de haberle brindado su propia casa, ensanchaba su gratitud, y quizá, su simpatía. Suponiendo, lo que era muchísimo suponer, que ella llegara a enamorarse de Julio ¿cómo traicionar a la infeliz de Carmen? ¿cómo labrar la desgracia de una familia entera? ¿cómo labrarse la suya una segunda vez? Porque se la labraría, sin duda ninguna; los hombres se hastían del amor más pronto que las mujeres, aunque en un principio parezca lo contrario, y el mejorcito resulta un despiadado, un Alberto que se suicida y deja tirada en el camino de la vida, a una muchacha que lo adoraba. Esto no obstante, jurábase Clotilde consagrar el resto de sus días al recuerdo de Alberto; jurábase una fidelidad rara, superior a la de las viudas que no vuelven a casarse porque no hallan con quién; Clotilde no, renunciaba a todos los Julios ha-

bidos y por haber, se declaraba la esposa de una tumba y no se opondría a su suerte.

La tentación volvía de muy adentro, con ondulaciones de víbora, soplando en el oído de Clotilde una porción de cosas, las que experimentamos todos y ninguno revela; los mandatos de la carne y los ruegos insidiosos del deseo. ¿Por qué renunciaba? ¿acaso su juventud y su belleza habían muerto también? ¿creía posible la existencia, sola ella y abandonada? ¿y si enfermaba? ¿y si necesitaba hablar o reír o llorar, con quién lo haría? En buenhora que combatiera su simpatía por Julio; Julio era casado, y aunque es cierto que al corazón no se le manda y él va y se despedaza contra un amor vedado, sobraríanla hombres libres sin más anhelo que compensarla de lo pasado. ¿Pensaba seriamente que puede existir en la tierra, un caso, uno solo, de eterno amor o de perpetuo duelo?... ¡Pobre cándida! La vida es más práctica, más generosa, y nos ha constituído de manera, que cuando un amor se nos va otro nos venga, y cuando llegue una pena se haya marchado su anterior, sin que lo advirtamos. ¿No veía que diversamente, sería la vida una muerte continua? ¿No veía a los padres consolarse de la pérdida de los hijos y a los huérfanos volver a reír? ¿No veía en los hermanos, en los viudos de uno u otro sexo, el paulatino olvido y el incesante retoñar de los cariños nuevos? ¿No palpaba que la humanidad tan sólo alienta porque ama?... Y Clotilde espantada, arrojó la costura, buscó a su sirvienta, huyendo de aquellas voces que envenenaban sus purezas. No por Dios, no; perdía el juicio, eso no era verdad, no podía ser verdad, no debía ser verdad!

—Angela, déme Vd. la comida, estoy muy débil.

Su excitación y su comida a solas, acabaron de en-

tristecerla; por más esfuerzos suyos no logró rechazar las frescas reminiscencias de sus comidas en la casa de Julio, escasas y modestas, rotos los platos e inofensivos los cubiertos, pero sazonadas de charlas, regaños y carcajadas; los chicos, devorando con apetito y groserías infantiles; la mamá, severa, y Julio, que les narraba su trabajo y amorosamente miraba a Clotilde. Después, el cotidiano viaje de Bito desde su cama al comedor; su ascensión al regazo de Clotilde o Carmen, y sus codicias de criatura sana, a la que ya no sacia la leche materna y tiende los brazos a la fruta, arrebata los trozos de pan, y a las personas que impiden sus hurtos, les sonríe con unas mal articuladas risas de su boquita sin dientes. También recordaba Clotilde las horas de comer en su propia casa, allá, en Mazatlán; sus almuerzos con Alberto, durante la fuga, en los cuartos de los hoteles, para que no los mirara nadie; y las comidas horrorosas que rociaba con lágrimas en la cárcel de Belem. ¡Qué diferentes todas y qué insípida la de ahora! Servíasela su criada en medio de falsas sonrisas que le aseguraran su empleo:

—¿Preferiría platos mexicanos? ¿no acababa el cocido?...

Contestaba Clotilde que sí, que le gustaba lo que comía, guisado de cualquier manera; y en cuanto picó los postres, dos o tres duraznos, salió al corredorcito indecisa entre marcharse a la calle o permanecer encerrada. En el desierto Paseo, reverberaba el sol; dañaba a la vista con su feroz incendio de quintas, bancos y estatuas; la catedral envió muy desvanecido su repique de las 3 de la tarde; y a cada diez minutos cruzaba sin pasajeros el tranvía, en un lado las ventanas abiertas, en el otro las persianas corri-

das, jadeante la mula, y cochero y conductor sentados en los estribos delanteros. El vecino paradero en construcción, era el único que no paraba, en el que trabajaban sin cesar campanas y silbatos. Apoyó Clotilde la frente en una de las endebles columnas del corredor, y al alzar la cara, distinguió por la ancha acera de la izquierda del Paseo, al mismísimo Julio, sin paraguas ni quitasol, que se encaminaba a buen paso a la casita. Ocultarse fué el primer impulso de Clotilde; decir a la criada que no acostumbraba recibir visitas por la tarde; mas aparte de que Julio la habría visto, seguramente, la verdad es que sintió gusto, algo así como un consuelo y una discreta satisfacción. Gracias a Dios que la prueba principiaba, que al fin se demostraría a sí misma la firmeza de sus resoluciones.

Julio, más cerca ya, saludó descubriéndose; contestóle Clotilde con la mano, de toda confianza, cual deben saludarse dos buenos amigos. Lo aguardó sin cambiar de sitio ni de postura, de risueño talante, decidida a manifestarle no sólo falta de amor, sino hasta de equívoca simpatía. Julio traspuso la reja más pálido que de ordinario.

—Bravo, señor Ortegal, así se portan los amigos; pase Vd. y le ofreceré una taza de café.

Le dió Julio la mano con extraordinaria vehemencia, mirándola en los ojos, para definir situaciones. Clotilde, que olfateó el riesgo, lo precedió al comedor. ¿Qué tal por su casa, Carmen y los muchachos? ¿la echaban de menos?

—Todos buenos, respondía Julio de prisa, todos buenos, excepto él por culpa de ella, de Clotilde.

—¿Por culpa mía?...

—Sí, de Vd., a la que hace mucho tiempo tengo

que hablar a solas. Y al decirle esto, cubrióse la cara con las manos.

Gruñía la cafetera; colocó la criada dos tazas sobre la mesa, y Clotilde acudió a su arsenal de oraciones, no enteramente listo porque no contaba con tan brusco ataque. Sirvió el café con temblón pulso, azucarándolo con dos terrones, los que de memoria sabía que Ortegal empleaba.

—¿Va Vd. a responderme la verdad? prorrumpió Julio.

—¡Se lo prometo a Vd.!

Acumuló Ortegal las fuerzas nerviosas de que aun podía disponer, y sin apartar las manos de la cara, cual si no quisiera contemplar a Clotilde sino beber los bríos de que había menester, volvióse al pasado, al instante en que la había conocido y murmuró a la carrera:

—Clotilde, soy un miserable de ofenderla a Vd., de atreverme a hablarle como estoy hablándole; pero no puedo más, la adoro a Vd., Clotilde, la adoro y Vd. lo sabe, Vd. lo ha conocido... Perdóneme Vd., se lo ruego, y quiérame un poco nada más, añadió sollozando, tenga Vd. compasión de mi alma y de mi vida!! ¿Me querrá Vd. alguna vez?...

—¡No! replicó Clotilde cerrando los ojos, con lujo de crueldad y la conciencia de que causaba un mal inmenso, asombrada de haber inspirado pasión semejante. Nunca lo querré a Vd., porque idolatro y he de seguir idolatrando la memoria de Alberto!

Cuando Julio escuchó la sentencia, dobló la cabeza, hasta reclinarla en el mantel, encima de su brazo; retiró el café sin probarlo y se levantó.

—¿Me perdona Vd?...

—Sí, le dijo Clotilde, y le pido a Dios que lo cure a Vd.

—¿No volverá Vd. a mi casa? ¿no volveré a verla?... exclamó Julio describiendo un semicírculo con la mano extendida, como para indicar que su mal era incurable.

—Sí, eso sí, pero lo menos posible.

Los dos reconocieron que la entrevista había concluído; y a pesar de la clarividencia de los enamorados, de que Clotilde sí se convenció de las llamaradas de pasión en que Julio se abrasaba, éste se creyó definitivamente desahuciado. Como en todas las grandes situaciones, hubo un silencio trágico; Clotilde miraba al suelo y Julio la miró a ella con el amor entrañable con que los moribundos miran por vez postrimera, los objetos íntimos y los rostros caros, los que quién sabe si embellezcan el formidable trance. Así la vió, mucho, mucho, cogiéndola una mano y besándosela con respetos de sacerdote. Cruzó después la reja del jardín diminuto, y salió sin volver la cara, con curvas de ebrio; perdióse en la ancha acera, sus raídas ropas de empleado sin recursos, delatando con el sol sus estrechas espaldas de tuberculoso.

—Estoy despachado, pensaba, y me alegro de que sea con un "no". ¿Dónde diantres fuí a figurarme que una mujer como Clotilde podía querer nunca a un hombre como yo?...¿Qué ofrezco?... una friolera: amor ilegal, mujer legítima, varios hijos y más pobrezas! ¿Con qué pago un arrendamiento de casa, la necesidad más urgente, el capricho más barato?... Mejor, mucho mejor que me desprecien, más me preocuparé de mi mujer y de mis hijos, que ganado se lo tienen; volveré a la línea recta, mi compañera antigua; sanaré de esta comezón amorosa... Y

andando, andando llega a la Alameda, sentóse en la glorieta de San Diego, en una banca desierta, frente a dos estudiantes que leían alto. A la fuente de la misma glorieta iban a proveerse de agua los carros irrigadores de paseos y calzadas, unos carros viejísimos, a punto de ser declarados cesantes, en forma de barrica, y tirados por una mula. Sus cocheros, indios puros, de camisa y calzón blanco, desparramaban agua y alegría; empapábanse los brazos, las nervudas pantorrillas que, con el líquido, relucían como bronces lavados; y en cuanto llenaban la pipa, retirábanse a horcajadas en ella, gritándose groserías y chistes, en envidiable y animal inconsciencia de seres primitivos.

Julio pensaba apenas; el dolor sordo de un principio lo mortificaba ya, aunque envolviéndolo en una atonía perfecta. Ruidos y visiones pasaban por su individuo, como pasan las olas por esos leños medio enterrados en las playas, y los cubren, los descubren, igualmente indiferentes el leño que las olas. De cuando en cuando, mordíase los labios que habían besado la mano de Clotilde, cual si deseara con ello repetir el beso; pero quitando ese recuerdo preciso, confundíasele el resto en la cabeza, sus serios disgustos domésticos inaugurados al siguiente día de su noche orgiástica, las bromas intencionadas de los de la oficina y la negativa redonda de Clotilde. Sí sabía que le habían acontecido muchas cosas, que le acontecerían más todavía, y no obstante, permaneció sentado en la banca desierta, en medio de la glorieta silenciosa ya, sin estudiantes ni carros, sin más ruido que el que los pájaros hacían al darse las buenas noches desde las copas de los árboles. De pronto, en el parque mismo, brotó una infinidad de luces, las de los faroles

desperdigados en sus jardines y al rededor de sus fuentes; y el alumbrado eléctrico, con un parpadeo de gigante, púsose a iluminar la ciudad entera. Por efecto de la costumbre inveterada de recogerse temprano, Julio se levantó, y en lugar de seguir el camino de su casa, por irreflexivo y ciego movimiento, de nuevo se dirigía al Paseo, hasta que el tropel de carruajes lo sacó de su error y exclamó melancólicamente:

—Infeliz ¿a dónde ibas? ¿no ves que ya te echaron?...

A los esposos Ortegal, la vida convertíaseles en más insoportable cada día, por mucho que se esmeraran en lo contrario. Los trascendentales inconvenientes de las uniones eternas, asomábanse resueltos a reivindicar sus destructores derechos, a imponer sus exigencias enemigas, a demostrar que, cuando cesan de quererse dos personas condenadas a vivir siempre juntas, nace el más feroz de los odios por lo que atormenta sentirlo y no poder disimularlo. Y es de balde invocar las pasadas venturas; las fechas memorables; los instantes en que juramos amarnos mientras viviéramos, el natural fenómeno se ha producido y producido se queda. ¿Acaso la madre muerta, resucita para venir a consolar al niño huérfano, que en la obscuridad de la desamparada alcoba les pide a las sombras que se la devuelvan?... Así el amor, muere y no vuelve, con la agravante de que ni siquiera nos es dado llevarle flores a su tumba, pues su tumba es más dura que la piedra, es la indiferencia, o el odio, o el olvido! Julio notaba que de tiempo atrás habíasele escapado el amor, como de todos los matrimonios se escapa, para dejar el sitio a la estimación y a la costumbre; mas lo que acabó de alarmarlo fué que también la costumbre y la estimación tendieran

el vuelo ¿por qué?... Carmen seguía siendo la misma, buena, sufrida, a las derechas; en caso de un cambio, lo habría a su favor, es decir, habría un aumento de bondad y de virtudes, y sin embargo la hacía sufrir, hacíala llorar, y entre todas sus economías morales de hombre bueno, no encontraba una palabra tierna, ni un ademán de premio, ni una de esas pequeñeces del cariño con las que la mujer que nos quiere se queda tan conforme! Al contrario, experimentaba cerca de Carmen, secretas repugnancias y deseos secretos de una separación absoluta, en distinto hemisferio cada cual, una separación *sui géneris,* en la que él la escribiría cartas paternales, impregnadas de interés verdadero y acompañadas de auxilios monetarios, de cuanto él ganara; pero a distancia, a enorme distancia, el yugo sacudido y la libertad reconquistada. Comprendía Julio qué inmorales eran anhelos semejantes; comprendía la magnitud de su pecado, de soñar con una existencia así, tan ingrata y tan injusta, y si en alguna parte hubieran compuesto corazones y enderezado voluntades, sin vacilar habría acudido a ella sacrificando salud y dinero para obtener alivio, para ser el de antes. Por desgracia suya, no hay de eso en el mundo, y en retorno, su enfermo corazón no quería curarse, no quería sanar, quería a Clotilde única y exclusivamente. Una porción de detalles probábaselo a diario, detalles que sólo son advertidos cuando el ánimo se ha vuelto meticuloso y escarba e interpreta el alud de minuciosidades con que tropezamos en la intimidad.

Por ejemplo, cuando principió Julio a levantarse muy temprano para disminuir su permanencia obligatoria en el lecho conyugal, como si fuerzas invisibles lo arrojaran de ese lugar consagrado por el na-

cimiento de sus hijos, por tantos inmaculados cariños y tanta confidencia de dos almas, entonces se creyó perdido irremisiblemente; trató de derrotar al síntoma, de no dejarse vencer; recomenzó las pláticas de antaño, al tibio calor de las sábanas y del afecto, entrecruzados los brazos y ambos cuerpos en proximidad castísima; a la misma hora a que resolvieron más de un grave conflicto doméstico, todas las ansiedades de los pobres y las congojas todas de los que sufren; la casa medio dormida aún y subiendo de la calle los primeros vagidos de la mañana.

Y a diferencia de antes, en que tales conversaciones, los atinados consejos de Carmen, prestaban a Julio resginación y fuerza para continuar bregando, producíanle ahora desconsuelo, no les daba valor, hasta se le antojaban inoportunos y tontos. Levantábase en el acto, con amargo dejo en la conciencia, y el altercado de los esposos despertaba a los muchachos.

Conforme los altercados aumentaban en cantidad aumentaban también en acritud; salían las frases que no deben salir nunca; las que hieren el oído y abofetean el rostro; las ofensas embozadas con que nos echamos a la cara nuestros defectos, con una precisión tal, que no parece sino que nos hemos complacido en ir descubriéndolos y almacenándolos traidoramente, a fin de lanzárnoslos en los instantes del combate más desconsolador que existe, el combate entre los diversos miembros de un solo hogar, y con especialidad, los altercados de los padres, ésos que se escuchan tras de las puertas y ponen meditabundos a los hijos! Y las soldaduras que se aplican por conveniencia recíproca, por miedo de quedar solos, no basta que se las bautice de arrepentimientos, ni que se viertan lágrimas y las rodillas se doblen, ni que se

apele a nuevos arranques de lascivia; son soldaduras endebles que pegan las roturas de la parte pública de la vida; pero que de nada sirven para pegar dos espíritus que se disgregaron ya. Por eso Carmen y Julio salían descorazonados de sus disgustos y guardándose un rencor latente, convencido cada cual del odio del otro. En ocasiones, abrazábanse furiosamente, con arrepentimiento sincero; se enjugaban el llanto a besos, y como si se supusieran víctimas de algún maleficio y desearan resistirlo en estrecho grupo, llamaban a los chicos, cargábanlos los dos a un tiempo y se juraban perdurable enmienda.

—¿Por qué hemos de hacernos más desgraciados? ¿Me perdonas, verdad? ¡Este será el último!...

Durante unos días la armonía reinaba; reaparecía su casa, la única que habían conocido Carmen y Julio, para recomenzar, al menor descuido, la espinosa senda En una cosa sí estaban de acuerdo, en no mentar a Clotilde, cual si adivinaran que allí radicaba el peligro y la causa de sus males; y cuando los chicos preguntaban por "su tía", Carmen y Julio contestaban por separado cualquier evasiva. Cierta vez, Julito contó que al salir del colegio había ido a ver a su tía y que se la encontró enferma, en cama; la ira de Carmen fué tanta, que le arrojó al muchacho un plato vacío, que por fortuna no lo tocó:

—Ya les he dicho que Vds. no hagan visitas sin avisárnoslo.

Julio censuró lo severo del castigo, y anhelando saber lo que Clotilde tenía y apaciguar la borrasca, interrogó a Julito:

—Pues ¿qué le ha sucedido a tu tía?...

Carmen, en un acceso de violencia, derribó su silla y desapareció en el dormitorio; Julito, en lugar de

decir la enfermedad de Clotilde, ofrecía no reincidir en sus visitas, y bastante cariacontecido partió a la escuela con sus hermanos. En su infantil cerebro, operábase un derrumbamiento incomprensible de lo que él leía en su catecismo de doctrina y en las máximas morales que ornaban el encabezado de las páginas de su cuaderno de escritura: "Nuestros padres en la tierra representan a los santos del cielo". "Los padres, esto" y " los padres estotro", pues entonces ¿por qué reñían los suyos?...

Penetró Julio en el dormitorio y hallóse a Carmen llorando sin ruido, sentada en una silla baja junto a la cama, la cabeza hundida en el colchón, mientras Bito, recién despertado de su siesta, de muy buen humor, alzaba una tras otra sus gordas piernecitas y con una mano dentro de la boca, hacía "bú, bú", sumido en apacible y soberano indiferentismo infantil. Y aquella madre deshecha en lloro, al lado de su hijo ignorante de su pena y de las penas todas, removió en Julio una porción de fibras, lo hizo arrodillarse en el pedazo de alfombra que yacía bajo la cama, y murmurar en el oído de Carmen:

—Vaya, no seas así, dime por qué lloras...

Bito se enderezó al escucharlo, y con grandes trabajos púsose a pasear su mano por la cabellera de Carmen, en la que asomaban algunas canas, pocas, las que el parto y los trabajos traen consigo:

—Anda, Bito, dile que no llore; agárrala, sí, así; pídele sus ojitos, anda...

En deliciosa media lengua, pronunciaba Bito un discurso, multiplicaba sus caricias, sonreía a Julio, impacientándolo la quietud de Carmen, quien, conmovida con los ruegos de su marido y de su hijo, sintió que se le agolpaban sus sufrimientos, los callados,

los que venía guardando hacía tanto tiempo y que envenenaban su alma abnegada y honesta, y elevó el tono de su llanto. Como Bito no se esperaba tal respuesta, con la rápida volubilidad de las criaturas, cambió del contento al disgusto, lloró también, y el eco de su dolor pudo más en Carmen que los ruegos y los halagos; su afecto de madre venció a las demás pasiones. Cogió a Bito, lo hartó a besos; mal enjugados todavía sus ojos y radiante la cara para contentar al muñeco:

—Cállese, cállese; si no lloraba yo; mírame, si no lloro...

Y al decirle esto, una lágrima que otra huía apresurada por sus mejillas!

La explicación número mil y tantas, se convirtió según costumbre en uno de los agrios altercados que esquivaban los dos esposos. ¿Por qué había llorado? ¿qué inconveniente hallaba en que Julito visitara a Clotilde? ¿qué le había hecho Clotilde? ¿olvidábase de los favores y atenciones que le debían?

—Te ruego que no insistas, Julio. Déjame con mis lágrimas y con mis hijos. Fíjate en que yo, adrede, no te digo nada; en que nunca menciono a esa... señora; en que tú eres el primero que la trae a nuestra conversación así como fuiste el que la trajo a nuestra casa. ¿Te he reprochado algo? No, porque esta casa es tuya, en ella mandas y puedes llenarla si te acomoda, con gente que yo ni conozca siquiera. Pero, aunque también mandes en mí y en tus hijos ¿por qué me exiges que a mí me sea simpática y que ellos la visiten?

—Si todo te lo concedo, con tal de que me des una razón, que me expliques tu antipatía.

—¿Y cómo he de explicarte lo que yo misma no

comprendo?... Será una preocupación, un disparate, lo que tú quieras; pero ni puedo vencerme ni he de dejar que mis hijos la traten!

—¿Que no has de dejar?... la interrumpió Julio, ¿pues no dices que yo mando en ellos y en ti?

—Mándamelo a mí y mientras no me cerciore de... de nada, la visitaré, hasta la recibiré con buen modo, pero...

—Pero ¿qué?...

—Pero mis hijos no han de ir a su casa, aunque te enojes, aunque te atrevieras a pegarme. ¡No han de ir y no han de ir!

—Y ¿por qué, eh? repuso Julio cruzándose de brazos, acerado el mirar y contraída la fisonomía.

—¿Por qué?... ¿Quieres saberlo?... Pues porque no me da la gana que visiten a una sin vergüenza que me ha robado a mi marido, por eso! terminó Carmen, ya de pie, pegada a Julio, vibrándole la voz y el puño amenazante en el vacío.

Bito, entretenidísimo, imaginando sabe Dios qué fantasías, aplaudía y pataleaba en el colchón, a la espantosa tragedia de sus padres. La tormenta estalló, con sus palabrotas y sus manazos sobre los muebles; sus llamamientos a la muerte y a Dios; sus maldiciones al día en que se conocieron y al en que se casaron; sus promesas vagas de separación, de irse cada cual al fin del mundo, a devorar sus tristezas y sus desgracias.

—¿Conque no han de ir mis hijos? preguntó Julio, ¿y si yo los llevo?

—¿Si tú los llevas?... exclamó Carmen encorralada por la objeción y sin atinar con lo que se decía, si tú los llevas, me divorcio, te lo juro!!

Soltó Julio una carcajada nerviosa, y Bito le hi-

zo coro. Decididamente no se enteraba de la gravedad de la situación; veíasele revelar un júbilo cruelmente irónico, por su misma inocencia. ¿Qué sabía él de esas cosas?

Ortegal, con la necedad propia del que se reconoce culpable, esforzábase porque Carmen suministrara la prueba de su antipatía; y no muy seguro del significado de un vocablo oído a los abogados de Belem, lo pronunció al fin:

—Eres una visionaria, eso es, una visionaria. ¿Quién te ha dicho que esa señora haya venido a robarme? ¿Qué has visto de malo?

—Los he visto a los dos, a ti y a ella; a ti sobre todo, que estás muriéndote, que estás con ella como jamás estuviste conmigo, ni cuando fuimos novios, ni cuando nació Julito!!

—Pero ella, ella,... ¿qué ha hecho ella, vamos a ver?

—Lo que nunca hice yo, aunque debí hacerlo; lo que debiéramos hacer todas las mujeres para que Vds. no dejaran de querernos: ofrecer y no dar, prometer cariño y regalar frialdad e indiferencia... ¿Sabes por qué lloró en el cementerio y por qué nos acatarra con su Alberto?... ¡Indecente!... Por cómica, por acabar de enloquecerte!

—¿Crees?... preguntó Julio con fingido sarcasmo, pero traicionando en ese grito su pasión inmensa.

Carmen que lo comprendió, porque es casi imposible engañar a un corazón que ama, se puso frenética:

—Julio, por caridad, vete, te lo suplico. No sé lo que haría contigo, ni conmigo, ni con éstos, y señaló

a Bito que comenzaba a ponerse serio, vete, por favor, vete, déjame sola, que no te vea.

Salió Julio hasta el corredor, y apoyado en el barandal, miraba sin ver, el ruidoso hormiguero del patio; las mujeres que lavaban al fondo, con palizas a la ropa y untados los brazos de jabón; las vecinas sucias, en corrillos de chismes y de enredos, junto a la fuente en cuyo pretil descansaban varias macetas, polvosas las plantas y los tiestos rotos. Algunos hombres, reclinados en las puertas abiertas de los cuartos, que simulaban pinturas siniestras a la tinta china, tan negro adivinábase el interior, envueltos en frazadas y cobertores llenos de manchas y zurcidos, fumaban cigarrillos con otomana impasibilidad, sudando el fastidio de la falta de trabajo y de sobra de vicios. Un montón de desarrapados granujas, tumbados sobre los guijarros como sobre alfombra mullidísima, en enrevesada policromia de remiendos, confundidos los sexos, los rizos del cabello y los pies descalzos, divertíanse sacando lombrices de un caño, daban gritos de alegría salvaje cuando después de partida la alimaña en dos y tres pedazos, cada uno de éstos meneábase y se enroscaba cual si pudiera seguir viviendo solo. En la puerta del cuarto de la casera, al lado de un Divino Rostro, un loro charlaba estúpidamente, aplaudiéndose con carcajadas y contorsiones de manicomio; un gallo viejo, en unión de cinco o seis gallinas tísicas, sin erotismos ellas ni él, picoteaban las inmundicias hacinadas en un rincón, y dos perros de tamaño diferente ensordecían con sus ladridos, sus mordiscos y sus carreras.

No digo siendo aquel espectáculo tan familiar para Julio, nuevo que hubiera sido, no le habría llamado mayormente la atención; tenía de sobra con su

espectáculo interno. Hecho un imbécil contemplaba aquello, o bien la trayectoria de la saliva que escupía de tiempo en tiempo. Parecíale inhumano prolongar la falsa situación; no debía continuar atormentando a su desdichada esposa, y supuesto que Clotilde no lo amaba, demasiado claro se lo dijo, prescindiría de ella arrancándosela del corazón. Como el corazón le quedaría sangrando, confesaríase con Carmen, la verdad de una vez, pediríale que en un intento último lo curara. Le contaría cómo el cariño ése lo había cogido a traición, sin verlo venir ni poder defenderse, que indudablemente acaecen así tales desgracias, a la manera que en la calle nos mata un tren o en la propia casa un techo que se desploma. ¿Que tardaría en curarse? ¿y qué, si lo lograba? ¿acaso no andarían muchos por el mundo en idéntico caso, semicurados y disfrutando de los dulces encantos de una convalecencia? Su amor, estaba seguro, no era más que una enfermedad cogida como cualquier otra, en una aspiración de sitio que huele mal, saturado de gérmenes y de contagios; en un vientecillo que nos asesina por la espalda; en un acercamiento a persona que sufre de pegadiza dolencia. Y supuesto que conocía su estado, no era incurable su mal; se aliviaría ¡vaya si se aliviaría!

Algo interior decíale que no; que sobraban sus argucias; que carecía de remedio; pues, que ¿no sentía a Clotilde adueñada de su ser entero? ¿no se pasaba las horas y los minutos en continuo pecar y en inacabables orgías cerebrales? ¿no su misma mujer había creído notar en Clotilde, por lo menos cierta coquetería hacia él? Luego no debía perder toda esperanza, las mujeres no se equivocan en esas materias, debía esperar a que Clotilde se apiadara de él

aunque no se apiadara de su esposa, sin confesarse con nadie, tragándose sus padecimientos para que fundidos en el crisol de su amor, tornáranse en más afecto, en más deleite, en más crimen. Al llegar aquí, reapareció el católico, y tembló; se estaba condenando; faltaba a las más elementales máximas de sus creencias; contravenía cuanto a este respecto manda la Iglesia; pero allá, muy adentro de su pecho, dábalo todo por bien empleado, siempre que alcanzara la realización de su fiebre amatoria. Se comparó a Adán, quien, hombre al fin, no vaciló entre la mujer y el Paraíso; entre la excelsa serenidad de que habría gozado por los siglos de los siglos, si con cordura se maneja, y los instantes de pasionales tormentos por que prefirió pasar, antes que renunciar a las ardientes y paradisiacas caricias de Eva, provocativa y deslumbrante en su virgínea desnudez; llena de ignorancias y de pudores; nacida de una costilla suya, vale decir, de su carne y de su sangre, pero dueña y señora de su voluntad y de su espíritu desde la primera comida nupcial, aquella funesta manzana, causa y origen de que la tierra exista.

Y Julio resucitaba el soberano poema. Adán y Eva, adorándose en ese bosque de ensueño; probando por vez primera la esencia de la dicha y el por qué de la vida; con un himno gigantesco de la naturaleza festejando el himeneo; encantados ellos de su descubrimiento y arrepentidos de no haberlo aprovechado desde un principio; pareciéndoles corta toda la eternidad para seguir amándose!...

Después, pensó en el castigo; la pecadora pareja, expulsada en plena luna de miel y abandonando el nido de su ventura tras el ángel ejecutor de la sentencia, con sus ideales y blanquísimas alas plegadas

en señal de duelo, rugoso el rubio ceño, sin conversar con los condenados, quienes de la mano, en esa excursión postrimera al través de cañadas y jardines, en púdico mutismo, se despedían de esta gruta, del arroyo aquél, sin pronunciar palabra, oprimiéndose más las manos y preguntándose con los ojos:

—"¿Te acuerdas?"...

Y como en su orfandad naciente, en su absoluto desamparo nada ni nadie les quedaba, Dios, con su misericordia infinita se apiadaba de ellos, disminuía el tremendo castigo, y en compensación dejábales un don divino, el amor! Que se amaran siempre y que el mundo naciera del espasmo de dos cuerpos y del suspiro de dos almas!!

Así explicadas las cosas, Julio no se conceptuaba tan culpable; ni él pidió nacer ni le consultaron qué clase de corazón necesitaba, y si le dieron uno mentiroso ¿qué culpa tenía? Mientras latió conforme en el hogar tranquilo, fué Julio un marido modelo; hasta el último instante luchó por permanecer fiel a la fe jurada, y había cumplido con lo único racionalmente exigible: dar a la familia el material sustento ganado con el sudor de su rostro, en estricta obediencia de la maldición del Cielo. Pero lo que es con su corazón, no podía; lo mandaba por un camino y él se tomaba otro. ¿Cómo impedirlo, si es él quien ordena dentro de nosotros según le place, como rey ninguno en sus dominios y vasallos, con incansable y pasmosa actividad, con prodigios de memoria y de fuerza, sin concederse un segundo de reposo, pero también sin tolerar ni una partícula de desacato?

Salió Julio de estos enmarañados breñales, por el tropel de sus hijos que regresaban de la escuela. Les habló muy sereno, absuelto en el tribunal que se ha-

bía forjado. Entró en el comedor, acompañándolos, y los envió a saludar a Carmen, para averiguar indirectamente cómo andaba de ánimo. Jamás sospechó Julio que su pobre mujer se pasó más de media hora mirándolo tras de los cristales, en espera de que él le pidiera perdón; con una palabra lo habría otorgado, pero ésta no fué dicha, y Carmen continuó en sus quehaceres, los duros e indispensables de casa humilde y sin sirvientes. Cuando encendieron el quinqué y Carmen oyó a Julio discurriendo con Julito acerca del colegio, de los estudios, los interrumpió:

—Mañana antes de ir a tus clases, llégate a la casa de tu tía Clotilde a ver qué tal se siente y a decirle que no nos eche tierra; que si está mejor, venga a visitarnos!

Díjolo con entereza, con el tono que adoptamos en las grandes resoluciones; frente por frente de su marido, quien nunca como entonces lamentó carecer de tesoros de amor con que premiar heroicidad tanta. Besó el vestido de su esposa, lo mismo que si besara la túnica de un santo, imaginándose hasta que descubría luz celeste al rededor de su cabeza. Ella, la mártir, colocándole las manos en sus hombros, inclinóse a preguntarle quedito, muy quedito:

—¿Estás contento?

El cambio éste que Julio no comprendía, era sin embargo bien sencillo; en su afán de no perder al esposo, Carmen iba al peligro en vez de esperar que el peligro viniera a ella. Que se vieran en su presencia, que en su presencia se hablaran y en su presencia, con el favor de Dios, se olvidaran mutuamente; ¿quién sabe si no estaría preocupada, si no habría ido demasiado lejos en sus temores? En último análisis,

cerciorarías con el nuevo acercamiento de lo que en realidad hubiera; quizás a Julio le disminuiría el entusiasmo que toda ausencia en sus comienzos mantiene vivo.

A pesar de que al siguiente día, Julio estuvo de turno, una serie de complicaciones hizo que siempre se encontraran Clotilde y Ortegal; desde las 5 de la tarde soltáronse unos diluvios que anegaron varias calles y la en que Julio vivía, por antigua, por extraviada, por sucia, con mayor razón. Era aquello un verdadero lago; imposible salir, imposible hallar un carruaje, imposible evitar el choque que amedrentaba a Carmen. Los muchachos, prisioneros en un balcón para que no inventaran métodos nuevos de navegar sin navío, anunciaron el arribo de Julio:

—Ahí viene papá.

Ahí venía en efecto, caballero en las anchas espaldas de un cargador que cruzaba el lago con las pantalones remangados. Julio, asido al pescuezo de su humana embarcación, sostenía con malabares equilibrios, su paraguas abierto. Lo recibió Carmen a la mitad del comedor, tapando la lámpara para poder sorprender el menor detalle del saludo que formuló Julio de mala gana, sacudiéndose la ropa y el sombrero.

—Hombre, que tenemos visita... exclamó Carmen con fingido contento.

—¿Vd. por acá, Clotilde? Me alegro mucho, repuso Julio con falsa indiferencia.

No se delató, y Clotilde menos, que en achaques de fingimiento no hay quien venza a las mujeres. Con lujo de naturalidad, contestó a Julio que había estado enferma, una indisposición ligera, un resfrío que

la obligó a guardar cama y a no molestar a sus amigos:

—A Vds. que son los únicos que tengo.

Sin darse la cara continuaron hablando; Clotilde rodeada de los muchachos que la abrazaban, le cogían los aretes, se le apoyaban en las piernas y al oído le susurraban inocentes confidencias, estaba violenta por marcharse, a cada rato enviaba a un chico a que viera si bajaba el agua.

Hacíase tarde; tomaron su merienda los muchachos y el sueño los dobló, pero junto a su tía, conservando en rehenes una mano de Clotilde, un adorno de su traje:

—Aunque me duerma yo, no te vas ¿eh?

De veras, ¿por qué no se quedaba a dormir en su antiguo cuarto? le dijo Carmen. Y Clotilde rehusó, no podía; le robarían su *palacio;* rogábales que en cuanto pudiera haberse un coche, lo detuvieran.

—¿Cómo se va Vd. sola a estas horas?

Pues perfectamente, como de día iba a todas partes. Cedió Carmen a un buen impulso, propuso una temeridad: que Julio la acompañara. Este sufrió tal conmoción que, para no denunciarse, entró en el dormitorio:

—Yo estoy a sus órdenes; arréglenlo Vds. según les parezca mejor.

Y se despachó a la criada al zaguán:

—El primero que pase, lo detienes.

Clotilde hacía prodigios de resistencia, los amenazó con no visitarlos más; Julio se hallaba delicado, que la acompañara la criada.

—Eso sí que no, gritó Julio, porque cualquier gendarme si las cree otra cosa, las remitirá a la inspección.

Por ver lo que Julio hacía, penetró Carmen en el dormitorio. Ortegal acostado en la cama, saltándosele el corazón, tuvo aún un rasgo de comediante maestro:

—¡Qué fastidiada me has dado, hijita, mandarme hasta el Paseo con una noche así!

Sonaban las 9½ cuando anunciaron que el coche aguardaba a la puerta. Carmen, aterrorizada, casi propone incorporarse a Clotilde y Julio, mas sus hijos dormidos la retuvieron, era una idea loca, y se despidió sombría. Para demostrar sus derechos, llevó a cabo una cosa olvidada después de años, besó a Julio, el que desconcertado, le devolvió la caricia, y todavía le murmuró al oído:

—No te tardes, que no hemos cenado.

El coche partió!

Ni Clotilde ni Julio despegaban los labios. A fin de no tocarse con los tumbos del carruaje, manteníanse rígidos, cada uno en un rincón; Clotilde, invocando a toda la corte celestial, ofrecía villas y castillas al santo o santa que la salvara del instante crítico, de la prueba que no pudo evitar, la temida y anhelada prueba que tenía que producirse de un momento a otro, y de la que ella debía de salir victoriosa, regenerada para siempre. Julio, de su parte, estaba sin alientos ni fuerzas; embriagado con un perfume vago que de Clotilde se desprendía y llenaba el coche y la atmósfera. Sus cobardías de adulto enfermizo, peleaban el campo a sus impulsos de hombre que se mira a solas con el objeto de sus ansias y no halla, de cerca, un atrevimiento decisivo. Contaba los minutos que transcurrían impasibles arrebatándole probabilidades e inutilizándole la milagrosa ocasión. Un salto del co-

che los aproximó y entrambos se asustaron, entrambos se alejaron, presas de inexplicable malestar.

—¿Lastimé a Vd.? preguntó Julio con la garganta seca.

—No, no ha sido nada.

—¿Quiere Vd. que me siente enfrente?

—Lo que Vd. quiera, a mí me es igual.

Dobló el coche a las calles de Plateros, y Clotilde y Julio, sin hablarse siempre, miraban por las ventanillas, cual si no llevaran el pecado en el pensamiento, cual si realmente los distrajeran los rótulos y los transeuntes, los interiores de los cafés iluminados y las bocacalles negras que enviaban al carruaje su hálito húmedo. Conforme avanzaban, a Clotilde se le marchaban los arrestos, desfallecía, sentía ganas de pedir auxilio, de tirarse del coche y escapar a ese hombre inmóvil y mudo que la adoraba. Julio, no, no sentía nada; pensaba automáticamente en asuntos diversos, en un negocio de la oficina y en uno de los perros que la víspera retozaba en el patio de su casa, aunque con la conciencia de que Clotilde iba junto a él, al alcance de sus brazos y de su pasión.

De repente, el vehículo se detuvo al finalizar la Alameda; las calles ya solitarias y silenciosas.

—¿Qué número? inquirió el auriga inclinándose a un lado, desde el pescante.

—No hay número, le replicó Julio, siga Vd. por la Reforma y yo jalaré el cordón.

Arrancó el coche y de nuevo se tocaron Clotilde y Ortegal. Julio entonces, sin saber nunca de dónde sacó resolución tamaña, se abalanzó a Clotilde, porque Clotilde era el amor, lo prohibido, la pasión vencedora, la eterna y amarga manzana que puede mucho más que el paraíso!

Clotilde se defendía, suplicaba, en tanto que Julio la cubría de besos, en arrollador arranque de amor!...

Y el prosaico coche de punto rodaba al pacífico trote de los caballos, retratando en la arena, agrandados y temblorosos, los números indescifrables de sus faroles . . . . . .

———*———

IV

Comenzó el calvario de los amores ilícitos.

Julio, de pronto, no creía en lo acabado de realizar; y su regreso de la casa de Clotilde a la suya propia, en el mismo carruaje, testigo de su conquista, subyugado el espíritu por la quietud augusta de la noche, más augusta aún en la calzada de la Reforma, no podía darse exacta cuenta de los sucesos. Su primer movimiento, sin embargo, había sido de desencanto, ¿cómo, no era más que eso?... Y volvía a enmarañársele el conjunto; a mezclar los saltos del vehículo con las resistencias de Clotilde; las caricias hurtadas con los parpadeos de la luz eléctrica; lo vulgar del simón con lo sublime de su deseo; ¿sería eso el amor? siquiera en el matrimonio, después de la noche de bodas, le quedó una tranquilidad dulcísima; no tuvo vértigos morales, pero tampoco amarguras, mientras que ahora, ahora sentía cosas raras, inexplicables, punzantes; algo que le auguraba penas para una época vaga, envuelta en brumas ¿sería mañana? ¿sería dentro de un año?... Continuaba inmóvil, la escena del delito fotografiada en su memoria; reapareciendo lentamente los pormenores; las súplicas de Clotilde; la brutalidad de él y, por último, el abandono de ella sin poesías ni romanticismos, igual al de

las demás mujeres, con la agravante del coche sucio y mojado por la lluvia, un cristal roto, grasientos los cojines, y quién sabe cuántas historias canallas pasadas en su interior, que prostituían el primer abrazo de amor que daba Julio a su ideal. Impacientábalo volver tan triste ¿por qué, si había anhelado tanto el minuto aquel, y por alcanzarlo habría dado diez vidas? ¿sería el castigo a raíz de la falta? ¿sería que él mismo había echado a perder la dicha con sus impacientes manoteos de curioso y sus ignorancias de hombre sin vicios? ¿no se habría equivocado de ruta, de procedimientos? Y la tristeza subíale de punto, porque no sabía que la pasión es como los venenos traicioneros, que nada nos hacen en el primer instante, sino después, cuando ya se acomodaron en las entrañas, y nos torturan, nos despedazan, nos matan sin que pueda nadie aliviarnos. Lo único que cosquilleaba su vanidad de masculino, era la certeza de que el heho no tenía remedio, ya había pasado; ya su cariño estaba correspondido y satisfecho. Admirábase de su propia audacia, de su decisión, de su fuerza, precisamente porque nunca se sospechó poseedor de tales condiciones, sino al contrario, desarmado y pobrísimo para vencer en la menor escaramuza femenil. Irguióse entonces cual si se reconociera mucho más hombre que antes, más completo y más grande; las calles que cruzaba, le parecían más en su lugar, con razón de ser; inventó horas de amor al través de todas las ventanas iluminadas, detrás de todas las cortinas ondeando blandamente en los balcones; detrás de los muros impenetrables y de las puertas cerradas de las casas. Conforme se acercaba a su domicilio, dos encontrados sentimientos posesionábanse de él: su triunfo con Clotilde, que principiaba a considerar con delicioso sabor,

y la certidumbre de que Carmen conoceríale en la cara el sucedido. Una vez llegados, el cochero, un filósofo de cigarrillo y manga de hule, bajóse a componer las guarniciones de sus caballos, y, en tanto que Julio recontaba la paga a la luz del farol, le dijo con aire de indiferencia:

—¿Les agradó mi coche?...

Dobló Julio la propina, y se coló por el zaguán. Había visto a Carmen esperándolo en el balcón; a Carmen, que mal le respondía por tal de mirarlo, una mirada escudriñadora, implacable, que registraba a Julio hasta por dentro.

—Si vieras que no estoy nada bien, prorrumpió Julio apelando a esa vieja estratagema que surte siempre, de desviar algo grave bajo el pretexto de enfermedad. Demasiado que lo notaba Carmen; demasiado que la preocupaban el buen color y la brillantez de ojos de su marido. Julio estaba locuaz, pero sin resolverse a mentar a Clotilde; Carmen le contestaba con monosílabos, mientras preparó la cena ayudada de la maritornes medio dormida; y cuando se sentaron, lo interrogó de súbito, con marcadísima intención:

—¿Y qué tal dejaste a Clotilde?...

—Pues bien... pobre ¿verdad?...

—¿Por qué le tienes tanta lástima? ¿te confió nuevas cuitas o te invitó al cementerio?...

Julio iba a gritar, a quejarse de la mordedura que esa palabra le daba en el alma, mas dominándose, muy pálido, repuso:

—¿Otro disgusto, no? ¿quieres que volvamos a pelear?...

Y terminaron la humilde cena en un silencio de odio! Carmen adivinaba no la verdad entera, no, pe-

ro sí que había perdido a Julio; que la prueba provocada por ella había sido excesiva y trascendente el acercamiento de su esposo y Clotilde. En cambio Julio, al oír mentar el cementerio, sintió los efectos del veneno; valorizó lo pasado en el carruaje; le halló una variedad de matices, dominando los dolorosos, como siempre acontece cuando se ama a la mujer que ha sido de otro. Acostáronse los dos, sin volver a hablarse, y fué aquella una noche eterna de continuo engaño. No dormían ¡qué iban a dormir! lo aparentaban, los ojos cerrados y el cuerpo quieto, en tanto que la memoria de cada cual, desconsolada y errante, vagaba por entre las venturas muertas y los días desaparecidos, para reposar en las crueldades recientes y volver el rostro ante las que preveía cercanas e infalibles. Mientras más se acentuaban la obscuridad y el silencio, más claro veía Julio los sucesos; sentíase más amante pero también más desgraciado; no era la inconsciencia del instante inmediato a la realización del ensueño; era que se le antojaba poca la dicha alcanzada, sus congojas excesivas, y medio insípido el condiciado manjar; era un gozo singular, de los que se sazonan con lágrimas y saben mejor a la larga, los que nos absorben y nos esclavizan. Ahora sí puntualizaba los menores gestos, las frases y las protestas de Clotilde; y en vez del remordimiento que creyó tener con tal evocación en plena cama matrimonial, lado a lado de su esposa, nada, ni asomos; más bien un desarrollo de aquel germen de aborrecimiento recién nacido en el desmantelado hogar. Carecían de veladora, de suerte que en la completa sombra de la estancia, clavaba Carmen los ojos convencida de que Julio tampoco dormía; convencida de que ya no la amaba, de que a pesar de la proximidad en que se ha-

llaban, sin otra separación que el pobre de Bito roncando entre los dos, nada le quedaba de su marido, ni un fragmento de buena voluntad, ni una limosna de cariño. ¿Si se vengara?... ¿si pudiera hacerlo sentir tormentos parecidos? pero ¿con quién, si nadie le hacía caso, si a lo sumo inspiraba en la calle, en la casa, en las raras amistades que la frecuentaban, una compasiva simpatía?... ¿quién la había de querer?... Y dándose mil mañas para que Julio no advirtiera sus manejos, en un período de desesperación, con el fin de cerciorarse de los elementos con que podía contar aún, se palpó muy suavemente, pasó una muda revista de sus encantos idos; detenía la mano en tal o cual sitio, donde antaño se acurrucaran apasionados besos conyugales; en la curva mórbida bautizada con diversos y afectuosos títulos, la curva que sólo se rendía después de positiva y encarnizada batalla, y no los encontraba, era inútil que su mano insistiera, no estaban ya, no había sino la rigidez ingrata de los huesos, el ángulo despiadado, las arrugas entrecruzadas e infinitas dando a la piel granulaciones y asperezas. La entristeció sentirse hecha una ruina, por haber consagrado su savia a su familia, por haber cumplido con sus deberes, por haber sido honrada. No importaba, se iría de allí, se entregaría lo mismo; y calenturienta púsose a pensar en la falta que no conocía, que odió todo su vida, pero que ahora le sonreía ofreciéndole quién sabe qué diabólica compensación, cuando Bito se movió una y varias veces mascullando algo, una pesadilla quizá, y Carmen expulsó sus malos pensamientos, sus justificados deseos de venganza:

—Bito, Bito ¿qué tienes?... le preguntó en voz baja, observando de soslayo a Julio.

Ni jota pudo entenderse de la respuesta que mal formuló el chico entre dormido y despierto.

—¿Te duele algo?... volvió a preguntarle Carmen.

Bito despertó enteramente, muy medroso, pegándose a la madre, hablando quedito para no despertar a su papá.

—¿Qué, estabas soñando? díjole Carmen al oído; ¿qué soñabas?...

—Cosas, replicó el muñeco, cosas feas; no me dejes, mamá, que tengo miedo...

Y al sentir el abrazo con que Carmen lo calló, soltó un suspiro y en el acto alcanzó a su sueño que no debía andar lejos. Carmen no retiró su brazo, en el que había acomodado Bito su cabeza; sus palabras inocentes irradiando en la penumbra. Ese era su premio y su compensación y su todo, sus hijos; ella no podía faltar, nunca, pero no por su carencia de atractivos corporales, que ahora la alegraba, sino por su calidad de madre; porque las madres no deben faltar, así sean bellas y jóvenes, ¿qué se le contesta a un hijo que pida cuentas que le son debidas?... ¡Cómo bendecía la rigidez ingrata de sus huesos, los ángulos despiadados, las arrugas entrecruzadas e infinitas que daban a su piel granulaciones y asperezas! Eran sus trofeos de madre; sus certificados de buena conducta; lo que no es dado tener a todas las mujeres; lo que le significaba el nacimiento de sus hijos; el testimonio de sus grandes dolores y sus grandes placeres; la historia de su existencia cristiana de mujer que derrama vidas, con riesgo de la suya propia.

Si Julio no volvía sobre sus pasos, si la olvidaba, ella conformaríase con sus hijos, con los padecimientos que éstos la daban, y moriría satisfecha, rodea-

da de todos ellos, salvada y santificada con su llanto de huérfanos. Mejor que estuviera fea y nada codiciable físicamente; de ese modo, ni las tentaciones vendrían a mortificarla; seguiría hasta el fin de su senda espinosa, como la siguen tantas mujeres buenas que cruzan ignoradas por el mundo. Entróle una lástima profunda por Julio y por los hombres ¡infelices! no aprecian lo que aprecio merece; cualquiera sonrisa los entusiasma y cualquier juramento los encadena, para fastidiarse pronto, buscar nuevas sonrisas y juramentos nuevos, y huir de los viejos, los sinceros, los que permiten que uno repose en ellos el inmenso cansancio de los años. Pero sin duda así debía ser, supuesto que así era; supuesta la formidable repetición del caso, los apretados batallones de adúlteros de ambos sexos; como si la humanidad, condenada al amor, se pasara la vida buscándolo y despedazando todos los seres en que lo supuso escondido. El sueño la vencía, sin que ella lo advirtiera, y con la invasión del sueño, iba hundiéndose Carmen en ese estado patológico en que no dormimos todavía, pero ya perdonamos; en que el cuerpo pierde la fuerza para moverse y el espíritu la iracundia producida por algo que lo ha lastimado; en el que los ojos se nos cierran, el pensamiento se eleva, y disculpamos todos los pecados, indultamos todos los vicios, nos dan lástima todas las miserias; al otro día, la gente irá de alivio, con menos imperfecciones y... así durmióse Carmen, estrechando a Bito.

Julio ni entonces pudo dormir; lo único que hizo al notar la respiración acompasada de su mujer, fué volverse para uno y otro lado con más libertad; lo quemaba la cama, y aun faltaban dos horas para que amaneciera. La figura de Clotilde lo perseguía; escu-

chaba su voz, sentía su aliento, saboreaba sus caricias; había sido suya, continuaría siéndolo siempre, hasta que ella o él murieran; y la perspectiva de la indefinida posesión, le originaba escalofríos de seductora agonía. Lo quería, sí, lo quería, si no, no se habría entregado, no le habría dicho "hasta mañana", no habría dejado que él le estrellara la boca con su beso de despedida. No se estimaba delincuente, porque faltábanle condiciones con que medir su dicha, su dicha acibarada sólo por el inofensivo muerto del camposanto, tan inopinadamente resucitado por Carmen en sus celos. ¿Por qué venía a interponérsele? ¿No se había marchado después de disfrutar todas las primicias de Clotilde? Pues ya que él, Julio, se conformaba con lo que había quedado, debiera el otro estarse quieto en su fosa y acabar de convertirse en nada, sin contrariar a la naturaleza y a la justicia. Era una maldad que se levantara de su lecho postrero y viniera a poco del primer encuentro, a separarlo de Clotilde; si tanto la quería ¿por qué despacharse, o, en último caso, por qué no despacharla por delante a ella? Seguramente que Clotilde estaría pensando a esas horas más en Alberto que en él, en él que se moría por ella, que sin remordimientos le sacrificaba una esposa. Dábanle ganas de correr hasta la casita del Paseo, ya tenía derecho; meterse en ella y aletargar a fuerza de caricias la memoria de Clotilde; hacerle tanto, que no pudiera pensar, que no pensara nada, que sólo sintiera la inmensidad de la pasión de Julio. Exasperábalo su encadenamiento obligatorio junto a su mujer legítima; la cercanía de su hijito, que se tornaba en insoportable reproche. Luego, exasperábalo también la entrega misma de Clotilde; casi jurábase que, si no veterana, sí

era mujer que había amado a más de un hombre. Sus meses de cautiverio, él los ilustraba con una porción de vicios infames practicados o intentados por y con Clotilde. En seguida, se arrepentía de lo perverso de sus pensamientos; bonita manera de manchar a su ángel! Y le pedía perdón desde allí, prometíase pedírselo de rodillas al día siguiente, en cuanto hubiera luz; ser su esclavo, su cosa, el mueble que nos acercamos con la mano y retiramos con el pie; pero para todo eso, para una existencia así, lo esencial era vivir juntos y era eso, sin embargo, lo más difícil. ¿Cómo abandonaba a la familia que él había formado, contrayendo al hacerlo, compromisos sagrados y responsabilidades abrumadoras? Lo que es en el fondo, quería mucho a sus hijos, sobre todo al mayorcito y al último; y lejos de temer que cesara su afecto por ellos, ahora que Clotilde se le había instalado en su individuo entero, notaba que cabían bien todos dentro de él, hasta Carmen, con tal que no exigiera amor, con tal que se conformara con una amistad poco expansiva en manifestaciones externas, sin celos, en libertad absoluta una y otra parte. Como comprendió que ya no dormiría, levantóse sin hacer ruido y fué a sentarse al comedor, después de encender un cabo de vela, frente a los platos sucios y al mantel manchado de la cena de la víspera, dejados ahí por lo avanzado de la hora en que terminaron. ¿Qué haría Clotilde? ¿Qué noche habría pasado?... Antes de responderse, cayósele la cabeza sobre los brazos, doblada por el sueño, al tiempo que del templo vecino brotaba el primer repique, llamando a la misa del alba.

¿Qué noche había pasado Clotilde? Tan agitada y tan insomne como la de Carmen y Julio, con la agra-

vante de su soledad absoluta moral y material. ¡Qué cena, gran Dios, qué cena, después del pecado involuntario casi! con sus lágrimas que la delataban y la comida que resistíase a franquear la garganta; con la criada que, diz que por interés, la interrogaba, la interrogaba por entrambos lados, por enfrente, deteniéndose bajo cualquier pretexto a fin de obligarla a mostrarle su rostro, a no ocultar el llanto.

—¿Pues qué le ha sucedido a Vd., señorita?... Y la mentira, imponiéndose por única respuesta; la mentira, que aumentaba la culpa y los riesgos de que ésta se adivine. No era nada nuevo, su situación, sus penas de siempre; asunto de una fecha más pesada que otras. Luego, en la alcoba pequeña, en donde se había creído suficientemente fuerte para resistir, el encuentro con el retrato de Alberto, una fotografía del busto en su tamaño natural, dentro de severo marco, con una lámpara de aceite y dos mazos de violetas, sobre la cómoda en que aquél descansaba. Estaba allí esperándola, como la esperaba todas las noches, para presenciar la caída de la ropa, para velar su sueño, como lo hacía en vida, sentado en una silla baja o en el borde de la cama, mudo de idólatra admiración, hasta que ella concluía sus arreglos y en medio de monerías, coqueta y sumisa, llegábase a él que, con los brazos abiertos y los labios tendidos, la estrechaba mucho, mucho, diciéndole entre beso y beso:

—"¡Cuánto te quiero!!"...

Apoyada en la cómoda permaneció Clotilde, sin poder apartar su vista del retrato, ni su pensamiento de lo acabado de suceder; ¿por qué había cedido? ¿por qué no haber dado un grito o tirado del cordón o llamado a los que pasaban, a los gendarmes? Ape-

nas un año de viuda, porque era viuda aunque no hubiera mediado la ceremonia del matrimonio, y ya se olvidaba de sus juramentos y promesas; ya en su corazón alojaba a otro hombre que no era el muerto, su muerto, su pobrecito muerto, metido allá, en su sepulcro, en medio de dos extraños, sin protestar ni oponerse a la infidelidad y al perjurio; encerrado en las estrecheces de la fosa, sin aire, ni luz, ni amor, ni vida; perdido entre tantas tumbas, entre tantas flores marchitas, entre tantas mentiras escritas en los mármoles y bronces! Con nada redimiría ella su falta, pues no sólo se conformaba con no vivir junto a la fosa, sino que se daba a otro y todavía se le presentaba al retrato desafiando sus iras. Trémula de espanto, recordó un mutuo juramento hecho en los buenos tiempos, cuando en su fuga al través de media República, disfrutaban de relativa calma en los hoteles y ventas del camino. La vista de un cementerio de aldea, y lo irregular de su situación, los había puesto melancólicos; tomados de la mano, paseábanse por enfrente de la venta para digerir la indigerible cena, cuando Alberto, detenido por uno de esos presentimientos que se destacan precisos en el horizonte de la dicha, como para recordarnos que no hay dichas eternas, se la acercó a su pecho y pasándole la mano por sus cabellos, le preguntó:

—"Si yo muriera ¿qué harías?"

Ella habíale contestado con lágrimas, estremecida en lo más hondo de su delicadezas de niña; habíale tapado la boca; habíale ofrecido muy sinceramente, con todo su corazón de enamorada e interrumpiéndola los sollozos, que moriría también, pero Alberto había insistido, quién sabe si hipnotizado ya

por su próximo suicidio, le había rogado que le respondiera:

—"Anda, díme lo que harás, al cabo que no por eso ha de suceder, y yo te diré lo que haría si me faltaras tú"...

¿Por qué hablaban de eso? ¿por qué evocar la muerte? Y Alberto con el rostro sombrío, le dijo una frase que nunca se le olvidaba a ella:

"Porque el desengaño y la muerte son los dos enemigos irreconciliables de la vida, y debe uno siempre contar con ellos."

Como Clotilde seguía sin contestar, Alberto, después de secarle los ojos que a poco volvían a empapársele, exigióle un juramento solemne, no de los múltiples con que se obsequian los enamorados a cada paso, sino de los que se graban, de los que nos preocupan por su solemnidad misma; ¿se lo juraba por su madre? ¿lo cumpliría cualquiera que fuere? ¿de veras? ¿sí?...

—"Pues júrame, que sólo casándote serás de otro hombre!"

Y Clotilde lo juró. Y ahora, ante el retrato y la escena que resurgía en su memoria, sentíase criminal, muy criminal, perdida y desventurada. No se separaba de la cómoda; veía el camino obscuro en la noche aquella; veía la venta, veía a unos arrieros y al dueño del mesón que conversaban de ladrones, de aparecidos, de las cosechas y de los caballos briosos; veía a Alberto, y no se atrevía a levantar la cara para contemplarlo dentro de su marco severo. Dándole la espalda se acostó de prisa, se hundió en las almohadas y apretó los ojos; pero en vez de conciliar el sueño, aparecíasele una porción de cuadros de su fugaz vida doméstica con Alberto; siendo lo grave, que la figura

de Julio, de Julio suplicante y enfermizo, de Julio casado y lleno de obligaciones, no le era odiosa; la simpatía primera, la que Julio supo ganarse durante el cautiverio de ella, de Clotilde, aumentaba hasta tocar los lindes del amor; y ella no quería quererlo, no podía, pedíaselo a Dios en potente y mental plegaria; mas Dios no se metía en tales cosas, dejábala entregada a los nuevos lazos que la halagaban, y a los antiguos recuerdos que la martirizaban; dejábala consumirse en la naciente llama que la devoraba; dejábala retorcerse en el amoroso deleite de su pasión nueva. Desesperábase; llamaba a Dios en voz alta, en medio de las sombras danzantes de la veladora, que iluminaba la pálida fotografía de su querido:

—¡Dios mío, sálvame, Dios mío, sálvame!...

Y en lugar del milagro; en lugar de que el techo se abriera y un ejército de querubines, con sus espadas flamígeras y sus impalpables túnicas, se precipitara a arrojar al demonio y al pecado, persistían los remordimientos; persistían los deseos insanos y las tentaciones embriagadoras. Era tal su fiebre, que al contemplar el retrato de Alberto, agrandado fantásticamente por la veladora, dió un grito de terror, el retrato se movía, no le cabía duda; y en un acceso de locura se levantó, resbalándosele el camisón por los hombros; descolgó el marco, y en dantesca peregrinación, cerrados los ojos para no mirar tan de cerca el inmóvil y traicionado rostro, descalza y llorosa, condújole al comedor, lo reclinó contra el muro, toda la fotografía vuelta a la pared tapizada de flores y de aves.

Ni así obtuvo tranquilidad, porque no pudo desterrar de su memoria el recuerdo de Alberto según había descolgado el retrato; lo que es en su memoria, te-

níalo clavado y bien clavado; lleno de exigencias justas y de ademanes tristes; de preguntas coléricas "¿por qué le faltaba?", y de lágrimas que le corrían por el semblante descompuesto, el que Clotilde le atribuía dentro de su tumba. Lo peor era que Clotilde comprendía que amaba a Julio, que aun cuando no se le hubiera dado aquella noche, habría sido asunto de unos días o de una ocasión más propicia. Julio, sin saberlo, la tenía conquistada por dos motivos principales: la delicadeza con que la trató en la cárcel, esa delicadeza que se le fué al corazón como una caricia, tanto más apreciable cuanto que sólo recibió en los horrorosos meses impresiones que todavía, después del tiempo transcurrido, hacíanla sonrojarse y sufrir a solas; y lo sincero de su pasión, el perfecto renunciamiento de sus facultades en homenaje a ella, que procuró combatir, que se manifestaba seria y reservada para con él, que puso cuanto poner podía, porque la catástrofe se hubiera quedado en proyecto. En su criterio de señorita decente, educada bajo principios de estricta moral y rígida religión, creíase sin honor y sin derecho al purgatorio siquiera; creíase una pecadora condenada irremisiblemente al infierno, aunque algo oculto, algo misterioso, desmentía tal creencia asegurándole que nadie va al infierno por amor, aunque su amor sea prohibido; y ella se asustaba más ante monstruosidad semejante; daba vueltas en la cama con esperanzas de que algún prodigio le insensibilizara el corazón, le sacara aquellos disparates de la cabeza, y la devolviera a sus padres, a sus santos e inconsolables viejecitos, que la lloraban, sabiéndola perdida, con más amargura que si la lloraran muerta. ¿Muerta?... De veras, podía matarse, en el momento que quisiera, y quitarse de remordimientos

y de congojas; pero en el acto recordó el suicidio de Alberto, los labios de su herida, el hilo de sangre que produjo la bala al entrar y el feroz agujero de salida vomitando más sangre, toda la que manchó el colchón y las sábanas; recordó la agonía de su amante, cómo luchaban en sus ojos el dolor físico y el secreto anhelo de que la muerte no lo admitiera, de que se apiadara de él; y Clotilde se incorporó, no, no, matarse no; todo su delicioso cuerpo congestionado de nacaradas blancuras, de juventud y de bellezas, deseaba vivir ¿por qué matarse? E imploró a las sombras de la estancia, a los parpadeos de la veladora, como si unos y otras se dispusieran a perpetrar el bárbaro sacrificio. En defensiva actitud, durmióse de pronto, sin llegar a atinar quién le causaba más lástima, Alberto o Carmen; a quién de los dos ofendía más gravemente. Y al otro día ¡qué despertar tan grato! tuvo unos instantes de olvido, un gran bienestar, hasta que todavía con los ojos entreabiertos, extrañó el retrato de Alberto. Reaparecieron entonces sus angustias, su delito, y sobre todo, su cita con Julio, el "hasta mañana" pronunciado por ella en su desmayo. Ahí estaba el mañana, que no debía haber llegado nunca; ahí estaba, pidiéndole el cumplimiento de su palabra o la redención del desliz. Optó por lo último; al cabo Julio era bueno y se convencería de lo mal que hicieron; renunciaría con más o menos sacrificios, y continuarían viéndose sin pecar, ya que no sin quererse; todo un ideal de pureza platónica, relegando al fondo del cerebro, donde guardamos los malos pensamientos muy escondidos para que nadie nos los descubra, el suceso brutal de la víspera. Por pronta providencia y supuesto que Julio no iría hasta en la tarde, Clotilde se bañó; hecha

una valiente, volvió a poner en su sitio el retrato de Alberto, sin notarle ya iras ni disgusto, sino su acostumbrado color—que así nos cambia el sol cuando entra por ventanas y puertas a iluminarnos la casa, y de paso, nos reanima el espíritu. Resuelta Clotilde al platonismo aquél, su falta disminuía en proporciones aunque no cesara de ser falta; pero ¡qué distinto habría sido faltarle en vida! eso sí era lo imperdonable, lo indigno, lo que mancha, lo que ni en pensamiento comete nunca una mujer bien nacida; y ella en vida de Alberto, había sido toda suya, sin restricciones, sin abrigar la menor simpatía por ningún otro hombre.

Comió bien, achacándole al baño su apetito, y momentos antes de las 3, por mero instinto femenino, se miró al espejo. No quiso esperar a Julio en la puerta, a causa de Julio mismo y de la criada, mas sin poder evitarlo, atisbaba la calzada al través de los visillos de punto. Con la precisión de enamorado en sus primeras citas, apareció Julio desde lejos, firme el andar y levantado el rostro, sin perder de vista la casita; conocíasele la prisa por llegar cuanto antes, y cerca ya, cuando ello fué posible, vióse que su cara de enfermo incurable, su angulosa cara de tísico, irradiaba contento y ventura. No se asomó Clotilde, pero en cambio, pegóse a los vidrios para verlo mejor y no escuchar el latir de su pecho emocionado. La criada entró de improviso:

—Niña, que ahí está el señor Ortegal...

Y ellos se estrecharon la mano, sin pronunciar una sola palabra, sin mirarse por temor de que sus miradas los delataran. En ese insostenible silencio se mantuvieron un rato, de pie, contemplando el piso o las paredes, la criada distante, en su cocina; descubriéndose desde la puerta, un trozo del paseo, que devora-

ba el sol, y un trozo de cielo, muy azul y muy limpio. Sin embargo, no se sentaron en el comedor, quizá por lo inmediato a la cocina, sino que se dirigieron al saloncito que tenía las maderas cerradas y ese olor peculiar a las habitaciones que no se han ventilado. Sentáronse ahí, bastante lejos uno de otro, y por toda plática exclamó Julio:

—¿Qué tal le ha ido a Vd.?...

A Clotilde no le chocó semejante ceremonia, ni que el tuteo hubiera desaparecido; hallábalo natural, como natural se halla que a raíz de una pesadilla o de un sueño agradable, vuelvan personas y cosas al estado que les corresponde. Contestó en idéntico tono:

—Muy bien, y ¿a Vd.?...

El despertador del dormitorio hacía más ruido que ellos, como si lo pusiera nervioso aquel mutismo que persistía; la quietud aquella tan impropia en dos personas que se quieren. Por dicha, las malicias de la criada dieron al traste con la embarazosa situación. Hipócritamente llamó en la vidriera:

—Entre Vd., gritóle Clotilde, recobrando su aplomo, y abra las ventanas que no hemos podido abrir nosotros.

Y mientras la muchacha cumplía la orden, Clotilde se soltó, cual si reanudara una charla recién interrumpida, hablando de muchos acontecimientos, preguntando a Julio por la señora y por los niños, diciéndose encantada con su nueva vivienda, que le aumentaba el sueño, el apetito, y le mejoraba la salud. Julio, que por razones de sexo fingía mucho menos, limitóse a las respuestas monosilábicas y a las inclinaciones de cabeza. El cuarto se inundó de luz.

La criada, resuelta, pidió permiso para salir; volvería antes de la Oración, un asunto doméstico la

reclamaba en su casa. Clotilde persuadióse de la maldad de su criada, pero tuvo que hacerse la que no entendía; que otorgar el permiso comprendiendo que de nuevo se ponía a la merced de Julio! Por mera fórmula, la recomendó que regresara pronto, que no le gustaba quedarse sola, y a los cuantos minutos, oyóse que cerraban la reja de madera del jardincito.

—Nos asomaremos a ver pasar los coches... propuso Clotilde levantándose.

Pero Julio sin vacilar, con respetos en la entonación y en el gesto, tomóla del talle, la atrajo a sí dulcemente, con más caricias en la mirada que en las manos:

—¿No me quiere Vd. ya o anoche no me quiso?...

Clotilde, resuelta a no ceder, cedía sin embargo; no huyó, no se opuso; cubrióse la cara con un brazo, y mientras con la otra trataba de separar la de Julio que la estrechaba la cintura, fué llegándose a él, atraída siempre, en medio de un silencio elocuente de pasión correspondida, hasta que cayó sobre Julio, en el mismo canapé, oyendo apenas que él le murmuraba:

—Sí me quieres ¿verdad? ¿verdad que sí me quieres?...

Y a partir de ese instante, que fué el de la posesión absoluta, el en que lo mismo se confunden los cuerpos que las almas, uno de esos instantes rarísimos en la vida y que todavía de viejos van a reanimarnos, a alfombrar de recuerdos que nos estremecen de dicha, los pocos pasos que para el sepulcro nos faltan, el contrariado amor de Julio y de Clotilde rompió todos los diques y salvó todas las barreras. Vino el período del encanto, de la quimera; el período en que se cree que el amor es eterno, la existencia sin espinas, el mundo sin sombras; cuando es un himno im-

ponderable y nunca oído, cambiarse en secreto juramentos y promesas; cuando cree uno loco al que le dice que existen las lágrimas y las desesperaciones y las tristezas; cuando se anhela vivir mucho para querer mucho; cuando se ofrece uno el no olvidarse ni después de la muerte; cuando se encuentra la explicación de todos los prodigios y de todos los misterios; cuando le ve uno rostro al alma y pensamientos al corazón; cuando el universo y la otra vida y la gloria y el infierno es el ser que se adora. El gran inconveniente para las entrevistas, consistía en la criada que resultó ladina y desconfiada; que los acechaba con aires gazmoños; con equívocas sonrisas de inteligencia y con falsos y extemporáneos aparecimientos. Cuidábanse de ella cual de celoso marido, sin lograr que dejara de interrumpirles los instantes mejores, las efusiones más tiernas, las frases más íntimas. Veíanse, por lo general, en las tardes, de las 3 hasta las 7 o las 8, en que Julio, renegando, tornaba al hogar, más lleno de asperezas conforme avanzaba más en sus amores. Ya no dormía con su mujer; un fuerte catarro de Bito, con tos y noches en vela, hízole sacar fiado un catre de lona del empeño de sus conocidos, donde vendió el medallón de Clotilde, y tenderse en él noche a noche, a no dormir, a continuar en las negruras del insomnio, el intermitente y criminal idilio; a escuchar el apacible dormir de su mujer y de sus hijos sin la menor envidia; contentísimo de que siquiera en su pensamiento no lo interrumpiera nadie y dentro de él pudiera entregarse a excesos y deleites. ¡Cómo gozaba entonces! Su fantasía exaltada de amante, forjábale programas de placeres para el día siguiente; si hoy habían hecho esto, mañana harían lo otro, lo de más allá; y aunque nunca realiza-

ra programas tales, sólo el imaginarlos sumíalo en prolongados y celestiales éxtasis. Luego, se levantaba por las mañanas como si hubiera dormido en sana paz, y a no ser por su tos, la tos maldecida de que no podía curarse, la que le dejaba sin respiración el pecho, abrillantados los ojos, el rostro sudoroso y amoratados los pómulos, él mismo habría creído que descansaba. Su vida toda había cambiado; vivía como deben vivir los sonámbulos, como viven todos los perseguidos por la idea fija, como viven los grandes enamorados y los grandes jugadores, sin más derivativo ni más distracción que la idea ésa, pegada a nosotros, a la manera de nuestra sombra. El prosaico trabajo del juzgado, hacíasele llevadero y ligerísimo, cual si tuviera alas, cual si se lo hubieran concedido no para comer con su mezquina retribución, sino para hacerle gustar mejor los ratos con que le brindaba su enamorada, allá, en su retiro de la Reforma, arrullado por el lujo de la ciudad monstruo; escondido entre una estación de ferrocarril internacional y un paseo concurrido por las inmoralidades de librea, las fortunas mal habidas, las indecencias políticas y la asquerosidad moral de los ricos; toda la elegancia pestilente de los centros cultos, en donde la reputación se remienda con la cartera, los dramas ocultos con picaduras de morfina, y los hijos espurios, los rubios chiquitines que sonríen al crepúsculo, con la seda y el tafilete de los carruajes. Cuántas tardes, después de que pecaban, permanecían sombríos y mudos, tras los visillos de las ventanas, contemplando a los potentados que tomaban el aire puro de la calzada; los coches abiertos, con damas lánguidas en los cojines; carruajes cerrados, con ancianos y niñas; los hombres caracoleando en sus monturas o guiando

los vehículos varoniles, y las mujeres de todo el mundo, las perdidas, en coches de alquiler como su cuerpo, hundidas en el interior, almacenando oxígeno para resistir la cena trasnochada, los cariños brutales y la orgía asesina. Y a todos los que veían pasar, quizá sin que lo merecieran, atribuíanles defectos y vicios, las consejas que prohijan los de abajo respecto de tal o cual familia, acerca de alguna señora principal, que resbala desde su altura sin importársele la escandalizada admiración de los pobres.

—Así son todos, no creas, decíale Julio, sino que se ocultan a fin de que no lo sepa nadie; el mundo es un pudridero del que es muy raro salir sin mancha ¿si vieras cómo se expresan de él los agentes y defensores?...

Clotilde entonces abogaba por el mundo que no conocía; no era todo así, no; así eran algunos de los que lo habitan, muchos, si le parecía mejor; muchos que precisamente buscan las faltas en los demás, para sincerarse.

—Como tú y yo, por ejemplo...

Ante verdad tan palmaria, aumentábales el mutismo, y sin abandonarse las manos, seguían con vago mirar el incesante desfile de carruajes, para preguntarse a poco, si de veras estarían obrando mal.

—¿Crees que Dios nos perdone? interrogaba Clotilde.

Y aunque Julio abrigara algunas dudas a ese respecto, decíale que sí, por dos motivos: porque no fuera ella a retirarle su cariño en una crisis de religiosidad, y por concederse a sí mismo, ánimo bastante en el duelo tremendo que dentro de él sostenían a todas horas y en todas partes, el amor y el deber.

Cuando la tarde se marchaba y que los coches me-

dio aglomerados marchábanse también, como si quisieran alcanzarla y alumbrarle el camino con sus faroles encendidos, Clotilde y Julio se asomaban a la ventana abierta, muy juntos y muy meditabundos, hasta que la criada entraba la lámpara. Las tardes en que Julio estaba de turno, se veían a la noche, un momento primero, después dos o tres horas, calculando el tiempo que gastaría él en volver a su casa antes de las diez, y encontrársela abierta todavía. Y cierta noche en que él cenó con Clotilde, a pesar de que el despertador lo colocaron en la mesa, por culpa de un enojo baladí que arreglaron pronto comiendo los dos en un mismo plato, a escondidas de la sirvienta, sonaron las diez, cuando ellos andaban en postres de besos y caricias. ¡Qué hacer! Ni volando llegaría a buena hora. Julio resolvió el conflicto:

—Bueno, pues me quedo y se acabó. Ya sabes que éste ha sido mi sueño, dormir aquí, contigo, le susurró en bajísimo tono.

—¿Y la criada?...

En efecto ¿cómo impedir que la criada descubriera el pastel? Era forzoso que viera salir a Julio, que viera acostarse sola a Clotilde, que a él no lo viera entrar de nuevo ni de nuevo salir en la mañana; ¿cómo allanaban tanto? Ahora sí que consultaban el reloj; que volvían la cara a cada viaje de la criada acarreando sus trastos; que perdían la moral y se delataban. Clotilde, mujer al fin, halló la solución, la única posible, la que mejor cubría las apariencias.

—Despídete, y dentro de media hora, vuelve; te dejaré entornada la ventana de la sala. Oye (*gritando a la criada*), sal a abrir al señor... Muy buenas noches, Julio; no olvide Vd. mi encargo.

No obstante que Julio no era nada animoso, ni se

acordó de los peligros ni del miedo; para evitar que lo sospecharan vago, propúsose llegar hasta la entrada del Paseo, por una acera, y regresar por la otra, despistar de ese modo a los veladores, soñolientos en sus abiertos garitones. Iba tan abstraído, que no pudo acordarse nunca del aspecto que el Paseo ofrecía, fantásticamente iluminado por los focos eléctricos, semi escondidos en el ramaje de los eucaliptus; sólo se le grabó la imagen de un perro que se le fué encima, tras el enverjado de una quinta. ¡Ah! también le hizo impresión, y mucha, un piano invisible que derramaba arpegios, armonías, una pieza que él jamás había oído, pero que le gustó sobremanera, le atajó el andar deteniéndolo junto a un pedestal desierto, sin estatua ni jarrón, y lo obligó a permanecer parado unos instantes con el objeto de averiguar en qué casa tocarían. De ahí en fuera, nada; una zozobra que le debilitaba las piernas. Al fenecer la media hora, llegóse a la casita, salvó la reja con maestría de salteador, y arañó la ventana, que se abrió en el acto; armó un buen brinco, y sintió que Clotilde lo ayudaba a caer en silencio.

—¡Chist! no hagas ruido, que hay luz todavía en la cocina...

En la sala quedáronse sin hablar, como espantados de lo que hacían; luego, con pasos de bandido, cautelosamente se dirigieron al dormitorio; Clotilde allí, espió por la cerradura, conteniendo el aliento, y en voz baja, dijo a Julio:

—Ya no hay luz, pero creo que no duerme...

Ni un beso se habían dado; parecía que no recordaban que se querían, que estaban reunidos para quererse más aún, para repetírselo en medio de delicias

y de locuras. Temerosos de una sorpresa, no obstante que los pasadores de la puerta se hallaban corridos de manera a impedir que pudiera nadie entrar de improviso en la estancia, desnudóse cada quien por su lado, sin más luz que la de la veladora, alumbrando como siempre el retrato de Alberto, que en su invariable postura de perfil, diríase que ahora la exageraba para no presenciar aquello. Y cuando al fin sintiéronse lado a lado, no les ocurrió abrazarse, ni moverse, ni nada; la carne, muerta por la zozobra, acobardado el espíritu y los labios mudos. Por común instinto, no volvían la cara del lado del retrato, y cual si se sintieran vigilados, apenas si juntaron sus manos por bajo las sábanas, en un apretón casto y de pésame casi. De fuera, llegábales uno que otro rumor, inexplicable, que podía ser lo mismo una copa de árbol, doblegada por el viento, que un coche perdido que caminara en la arena, sin caballos, mágicamente. Un momento, el tal rumor se paseó en el jardincillo y se enganchó a una ventana:

—¿Oyes?... le preguntó Julio a Clotilde.

—Sí, repuso ésta, es el viento, que muchas noches hace eso.

—¿Por qué no me hablas? volvió a preguntar Julio. ¿Estás disgustada?

—No, lo que estoy es triste; pienso en mi casa...

—Qué ¿es muy bonita tu casa? siguió preguntando Julio, que no podía dormir y no quería que al dormirse Clotilde lo dejara solo.

Clotilde suspiró, cual si con el suspiro fuera a evocarla, y comenzó a hablar, vuelta a Julio, mirándose entrambos muy de cerca y muy inciertos, a causa de la poquísima luz. Ya sabía que era de Mazatlán, de familia decente y acomodada, viviendo en casa pro-

pia, por el rumbo de las Olas Altas, a unas cuantas varas de la playa y del mar. Detúvose en la descripción de la vivienda, con mucho cariño en las palabras y en el gesto; recordó los menores detalles, la lámpara del comedor, un biombo chino que encargaron a San Francisco de California, que colocaron en la sala y que, de muy niña, le inspiraba miedo por sus pájaros bordados en oro y enormes, fantásticos, nunca vistos por ella en ninguna otra parte; recordó la mecedora de bejuco en que su padre echaba la sierta; los cuatro naranjos, en flor siempre, sembrados al frente de la casa, del lado de la ciudad; recordó su cuarto de virgen, cayendo a la playa, con macetas y pájaros en el balcón, perpetuamente inundado de aire y de luz, y con el mar tan próximo, que ella, Clotilde, dormíase arrullada por su eterna y misteriosa canción de ondas y brisas... También en el mar detúvose complaciente, como quien menciona a un buen amigo que jamás nos ha dado qué sentir; contóle a Julio cómo retozó con él, de chiquilla, cuando se bañaba a diario, riendo de las cosquillas que le hacía en su cuerpecito todo y de las congojas de su madre, si aquél, con fingidos enojos, la tumbaba en la arena y la cubría con un regio manto de olas y de espumas; le contó cómo el monstruo de agua, al menor descuido de ella, tragábase sus juguetes, y no los devolvía, sino que se los llevaba muy lejos, con los pescados grandes, según le explicaba su nodriza, asustándola para que pronto se durmiera.

—¿No te has dormido tú?

—No, qué me he de dormir, sigue...

Entonces, le contó todo lo pavoroso de las noches de tormenta, cuando la casa entera retemblaba hasta en sus cimientos y las maderas crujían y se rompían

algunos vidrios, mientras su familia y ella, asomados a las ventanas, veían y oían emocionados, a las montañas de agua chocar entre sí con odio de bestias; a los rayos que medio iluminaban el horizonte distante y obscuro, entrelazarse cual látigos de fuego de un dios implacable; a los truenos, ensordecedores, recorrer la encrespada superficie y entrarse en la tierra por las abras de la costa y los picachos de las montañas, y en cierta ocasión, lo recordaría toda su vida, vieron a la mujer de un pescador que trataba de descubrir a cada relámpago, con la mano abierta sobre los ojos, a manera de pantalla, la barca de su hombre que no tornaba:

—Y si hubieras visto, el huracán le azotaba las ropas, la hacía rodar por el suelo; pero ella se levantaba de nuevo, cual si nada le hiciera impresión; cual si fuera una estatua de roca que se enderezara sola...

En la descripción de las noches serenas, tuvo Clotilde toques muy felices, que embelesaron a Julio; pintábale cómo la luna diríase que hace hervir millares y millares de diamantes; cómo en los días de calma, semeja el océano un espejo terso y diáfano, y cómo las velas de las embarcaciones, a la enorme distancia a que se divisan, imitan el vuelo de las gaviotas; cómo se acercan, y cómo antes de tocar en el puerto, desvanécense para siempre, dejándonos ligera envidia al ignorar las dichas o las tristezas que van balanceándose a su bordo; al no saber lo que encierran, de dónde partieron ni a dónde llegarán...

Corría la noche en tanto, sin que Clotilde ni Julio se dieran cuenta de ello; sin experimentar el menor síntoma de sueño; Clotilde, viviendo sus días felices en unos cuantos instantes, casi sin advertir a su vecino, o por lo menos sin pensar en que los tenía jun-

tos un delito; y Julio, trasladado a otros mundos, a sitios maravillosos en cuya existencia creía nada más porque se los pintaba una boca idolatrada. Cuando en medio de la narración, entrambos recordaron que se querían; que nadie allí estorbaba las manifestaciones de ese cariño; que era la primera noche en que por entero se habían pertenecido, se adoraron como nunca, con despilfarro de ternuras y de pasión, con inverosimilitudes de afecto y de deleite, cual si al día siguiente fueran a morir, cual si a cada minuto debieran separase. ¿De dónde sacaban tanto amor?... Y respondíanse encogiendo los hombros, con chubascos de besos y risas. ¿Quién había dicho que Clotilde era una desventurada y Julio un pobre; que los dos eran víctimas de sus propios remordimientos y que la vida ofrece más acíbar que néctar? Mentira, mil veces mentira; eran más dichosos que todos los potentados de la tierra; no envidiaban ni a los santos del cielo; se querían y se abandonaban a su cariño, con el soberano y dulcísimo egoísmo de los grandes amores.

A partir de entonces, regularizaron sus entrevistas, descubriendo innumerables ventajas en su sistema de reunirse noche a noche. Seguramente que lo prohibido de sus relaciones, la necesidad en que estaban de hablarse bajo, de caminar con cautela, de quererse a hurtadillas, exaltaba el cariño; porque lo sentían, palpaban que su amor crecía, que iba envolviéndolos con algunas espinas, claro, pero en compensación, con goces que ellos inventaban, que les sabían a gloria, no obstante un dejo semi desvanecido de amargura. Convinieron en separarse antes de que el día aclarara; pero como no podían emplear el despertador a hora tan inusitada, la primera noche pa-

sáronla en vela, entregados a planes y proyectos de eterna dicha, cual si posible fuera atar al amor, después de que el propio amor los había sumido en esa deliciosa quietud que sigue a sus victorias; cuando el cansancio del cuerpo es un nuevo y voluptuoso placer, cuando besamos con el pensamiento y soñamos con los ojos abiertos; cuando las manos entrelazadas entablan diálogos, prométense premios y castigos, y la femenil fragancia de la mujer amada, sus cabellos deshechos que nos rodean, su aliento que nos embriaga, el lecho tibio y la obscuridad del cuarto, nos adormecen blandamente, nos compensan de las pasadas penas y hasta de las lágrimas que vendrán más tarde a recordarnos esos mismos instantes que ya no existen.

Tratando, pues, de no dormir, discurrían quién o qué podría despertarlos, cuando la alegre fanfarria de una banda militar que desde muy lejos tocaba diana, los sacó de apuros. En el silencio del alba, percibíase distintamente el toque; ya tenían despertador exacto y gratuito, la banda aquella discreta y lejana, la banda del castillo de Chapultepec, que iría a despertarlos todas las mañanas, al pasar sus notas madrugadoras y aladas por las ventanas de la casita.

—Pareceremos soldados, exclamó riendo Julio, mientras se vestía apresurado.

Estaba la mañana tan linda, allí, en pleno Paseo, que Julio retardó el andar. Un poquillo fría, eso sí; y se subió el cuello del saco, detúvose junto a una banca a sufrir un acceso de tos, su tos traicionera de tuberculoso, que le roía el pecho como una cuadrilla de mineros. Anunciábase el sol, con celajes que imitaban diademas de santos, y en los edificios, en las vidrieras, en los árboles, tenía la luz matices pálidos, tonos vagos, coloraciones ideales. Al propio tiempo

que Julio contemplaba, asaltábale el temor de lo que diría a su mujer para explicar la ausencia; apresuró el paso, dejó atrás una vacada de vacas lecheras, lentas y majestuosas, mugiendo en cada esquina, a los cuatro vientos, cual si algo hubieran perdido y lo llamaran desesperadamente; los recentales, retrasándose y saltando, sus hocicos color de rosa, como barnizados por la elástica saliva, mientras en el centro, descollaba el toro padre, robusto, de fornido morrillo, golpeando a las reses con el testuz y con los gruesos labios, deteniéndose de repente a levantar la cara y dilatar la nariz, quién sabe si para no desperdiciar los últimos efluvios de establo que despedía el ganado o para absorber más que las otras la brisa matutina; en una ocasión abrió los labios de manera, que Julio habría jurado que reía. Los conducía uno de a caballo, de bufanda y jorongo, y unos dos o tres niños que silbaban de modo especial, que designaban a los animales por sus nombres:

—¡Lagartija!... ¡Entra, entra!...

Y la vaca aludida volvía la cabeza, miraba al chico y se incorporaba a sus compañeras.

Pues le diría, pensaba Julio, que lo habían hecho masón, que él se había hecho jugador, o las dos cosas a la vez; algo sensacional que engañara a Carmen por un poco de tiempo siquiera, el indispensable para que sus postrimeras esperanzas de esposa, acabaran de hundirse en la catástrofe conyugal que estaba separándolos. Sin embargo, experimentó pena y vergüenza al entrar en su casa; apenas si contestó a los aspavientos de la casera, sorprendida de que "don Julio" se recogiera a hora semejante.

—¡Válgame Dios! pero ¿qué le ha sucedido a Vd.?

Los muchachos, desde el corredor lo saludaron a

gritos; uno de ellos fué a avisar a Carmen, y la criada se asomó con el jarro de los chocolates en la mano.

—¿Qué dirás de mí? le dijo a Carmen, que por efecto de la costumbre y la presencia de sus hijos le tendió la frente,—pero en cuanto sepas lo que me pasa, comprenderás que no he hecho mal, al contrario, por supuesto que al contrario; ya verás.

Como para Carmen estaba manifiesta la falta, nada le contestaba. Entraron todos en tropel en el comedor; Carmen a la cabeza, los muchachos peleando por ir de la mano de su papá.

—¿Quieres tu desayuno? preguntóle ella.

—Sí que lo quiero, no he tomado nada; y se echó sobre el pocillo de chocolate con hambre legítima, hablando con la boca llena; se informó de Bito ¿por qué no lo veía con los demás? recomendó la compostura a otro de sus vástagos, hasta que no aguantó el digno silencio de Carmen y comenzó su cuento.

—Pues sí, figúrate que he dado anoche un paso importantísimo, con el que puede ser que obtenga yo un ascenso, algo que mejore nuestra situación.

—Sí?... le repuso Carmen con una indiferencia glacial.

—Sí; niños, sálganse (*a los muchachos*); ¡me he hecho masón!!

—¡Jesús, María y José! exclamó Carmen en el colmo del terror; era la que nos faltaba, estás dejado de la mano de Dios...

—Pero hombre, ¿por qué?... Es una cosa que sirve, a la que me han obligado; un compromiso serio...

—En materias de religión, no hay compromisos serios, no hay más compromisos que la religión misma... Verás cómo ahora se nos vienen encima todas las ca-

lamidades; no sé quién te ha cambiado, tú no eras así...

—Pero oye, no seas preocupada, si la religión nada tiene qué ver con los masones, te lo aseguro; eso es lo que se dice por los ignorantes. Es una sociedad, ni más ni menos, como por ejemplo la "Unión y Concordia" u otra cualquiera...

—Mentira, mentira, repetía Carmen a punto de llorar, ni eso es masonería ni tú eres masón; habrás pasado la noche en donde la pasaste el día del banquete, o con...

—Vaya, no empecemos con la historia de siempre; te diré la verdad, y si antes no la dije fué porque quería ahorrarte un disgusto; la noche me la he pasado jugando...

—¿Jugando? ¿jugando a qué?...

—Pues jugando dinero, en una casa de juego.

Tampoco colaba su embuste número dos; ¿con qué dinero había ido a jugar? ¿con dinero prestado? ¿cómo no lo conseguía nunca cuando lo necesitaba para su casa?... Pero aquí sí Julio se encastilló en su estratagema; había jugado, y nadie lo sacaba de ahí, aunque Carmen le opusiera irrefragables razones; hasta se amoscó, para dar mayor fuerza a su dicho.

—Cuando te lo aseguro, debieras creérmelo ¿quieres que te describa la casa, para que acabes de creerlo?

No, Carmen no quería descripción ni explicaciones, ni nada: ya que él se había propuesto vivir al revés de como viven los padres de familia, las personas honradas, podía seguir haciéndolo:

—Yo no puedo impedirlo, así como no he podido revivir el cariño que me tenías; pero acuérdate de tus hijos, a ver si ellos te salvan, y acuérdate de tu salud, mira qué cara tienes...

Tan mala de veras tenía la cara, que en el juzgado se lo dijeron todos. Sin embargo, él no se sentía peor, un poco más de tos, y se acabó.

—Pues, cualquiera juraría que trasnocha Vd., que la parrandea...

Consultado Gomar, el médico-legista, diagnosticó en el acto; Ortegal estaba tísico, era un caso que venía estudiando.

—No obstante mis presunciones, lo reconoceré con esmero la tarde del próximo turno en que podamos desnudarlo en el cuarto del juez, sin riesgo de que nos interrumpan.

Julio accedió en cuanto se lo propusieron; con tal de que no le quitaran sus noches, allá, en la Colonia, todo lo concedía; sospechábase muy enfermo, sin saberlo a punto fijo, y lo raro era que ahora le preocupaba más que antes la idea de una muerte próxima. Antes, no; veíase delicado, pobre, sin ilusiones, y la muerte, si no lo deslumbraba precisamente, sí había momentos en que la consideraba con más simpatías que espanto, y en ocasiones, cuando lo agobiaban las innúmeras y punzantes contrariedades de la miseria monetaria de su casa y de la miseria fisiológica de su individuo, hasta le halagaba el pensamiento del supremo descanso, de sufrir más una semana, y un buen día, volverse del lado de la pared, y al reposo eterno! La cuestión de que su familia se quedara a perecer, que en un principio lo impulsaba a vivir y luchar, dejó de atormentarlo desde que oyó a Berón una de sus teorías filosóficas, en las pláticas que les daba en la oficina, de tiempo en tiempo:

—"¿Que la familia de un pobre que muere, que-
" da desamparada, había dicho, y eso debe de ator-
" mentarlo, de obligarlo a dejarle dinero aunque le

" sea imposible? Es falso, falsísimo; y todos los que
" aseguran soportar la vida por amor a la familia,
" son unos embusteros y unos cobardes vergonzan-
" tes; lo que tienen es miedo, miedo puro que disfra-
" zan de afecto. ¿Qué hará mi familia sin mí?...
" Pues lo que ha hecho contigo, morirse de hambre
" o mejorar quizá. ¡Quién lo sabe!... ¿Y si mis hi-
" jos hombres paran en bandidos o mis hijas en per-
" didas? ¿si mi viuda se prostituye?... Paciencia,
" paciencia de ultratumba, que ha de ser abundantí-
" sima; esa desgracia querrá decir que tal fué nues-
" tro contingente de vida, que no pudimos dejar ar-
" cángeles y vírgenes, ni sabios y hermanas de la ca-
" ridad, sino vástagos malos; y como para que el mun-
" do sea mundo, forzoso es que haya de todo, inútil
" resulta pretender que para nosotros, por ser nos-
" otros, aquél cambie y purifique sus encontrados
" cursos. Luego, hay un gran fondo de vanidad y de
" egolatría; pues qué ¿todos los bandidos y todas las
" perdidas han surgido en el planeta por generación
" espontánea?... ¡Ah, qué cruel error! Todos tuvie-
" ron padre y madre, y algunos tan honorables como
" el nuestro, algunas tan santas como la que nos lle-
" vó en sus entrañas y cuyo recuerdo veneramos por-
" que nos purifica y nos cuida. Sin embargo, sus hi-
" jos cayeron como pueden caer los nuestros, así les
" inculquemos los más sanos principios y así les de-
" jemos la fortuna de un Monte-Cristo... Lo único
" que hay que exigir, lo mismo a los padres adinera-
" dos que a los que mueren sin recursos, es que le-
" guen o intenten legar instrucción, ciencia, ciencia
" que es mil veces más moralizadora que el dinero..."

Y a pesar de que en el juzgado se le fueron encima a Berón, y lo llamaron disolvente, inmoral, pervertido,

mentiroso, a Julio aquellas palabras se le clavaron y le convencieron; así debían de ser la justicia y la misericordia humanas. De entonces databa su muy relativa preocupación por la suerte que cupiera a su familia; y desde que quería a Clotilde, la preocupación inmensa de no morir, de ser un ejemplo de longevidad para ser también un ejemplo de amor; faltábale vida y le sobraba pasión. Estúvose muy serio la tarde en que Gomar lo auscultó, en presencia del secretario, de Cartera y de Narváez; muy dócil a lo que el médico ordenaba:

—Respire Vd. fuerte... cuente en voz alta hasta 20... extienda Vd. los brazos... ¿nunca tuvo Vd. pulmonía?...

Salió el tratamiento de rigor: mucha higiene, buena alimentación y diversas drogas:

—Sobre todo, huya Vd. del frío de los dos crepúsculos; es preferible que ande Vd. de noche a que madrugue y a que el viento de la Oración lo sorprenda sin abrigo. No es nada de cuidado, agregó Gomar para disminuir el pánico de Julio; pero cuando se retiraron de la estancia y mientras Julio se ponía sus ropas, lo aseguró, bien convencido, a los demás:

—No tiene remedio ¡es una tisis formidable!

¿Cómo había de cumplir Julio con la prescripción médica de no desmañanarse, si ello habría equivalido a que prescindiera de dormir en la casita de la Colonia? Y lo que es éso no pensaba dejar de hacerlo, por ningún motivo; de allí se marchaba furtivamente, por la ventana, medio amodorrado aún, trastabillando de sueño y de contento; sin importarle el frío, ni los accesos de tos que le amargaban el camino, ni los altercados tremendos que cada mañana sostenía

con su mujer, ni las miradas de los muchachos mayorcitos que tras de las puertas escuchaban el pleito y entre sí explicábanse a su manera las nocturnas ausencias del padre.

—¿Ya sabes de dónde viene papá?...

—Pues claro que lo sé, viene de jugar ¿no ves que él mismo se lo dice a mamá?...

Y permanecían meditabundos, sin aclarar exactamente lo que sería aquello; condenando en su moral de niños la conducta de Julio, más afectuosos con Carmen, por filial instinto, sin hablar palabra.

—¿Has de seguir jugando toda tu vida? le preguntó Carmen a Julio una mañana, después de un mes en que éste ni una sola noche durmió en su casa.

—No; nada más me desquito.

El doméstico derrumbe no llevaba trazas de parar; semejante a esas tapias viejas que cuando comienzan a caerse no hay prodigio de albañilería que las sane, y hoy una cuarteadura, una grieta mañana las va destrozando hasta convertirlas en ruinas, así el matrimonio de Carmen y Julio iba desmoronándose, sin que lo sospecharan los vecinos de la casa ni los compañeros del juzgado; que unos y otros considerábanlos siempre una pareja modelo, de gente fuerte y luchadora que no se arredra ante las naturales contrariedades de los desheredados, sino que en casta unión cruzan por el mundo y cumplen con la ley de Dios, de sembrar vidas y cosechar penas en este despiadado valle de lágrimas. No se evaporaba la catástrofe; apenas si la portera, en las pocas palabras que cambiaba con la criada de los Ortegal, cuando salía a la compra, mal se enteraba de las disputas; pero como estaba tan habituada a que sus inquilinos las tuvieran en diapasones diversos, a plena luz, en pa-

tio, corredores y escalera, no les dió mayor importancia a las de Carmen y Julio, quienes siquiera arreglaban sus asuntos de puertas adentro. ¿Qué marido y mujer no pelean?

—Si Vd. hubiera estado aquí cuando lo del herrero; ay, mi alma ¡qué día aquel!...

Y muy adulterada, incognoscible ya, salía por la millonésima vez la leyenda del populoso caserón; el uxoricidio de un herrero, cierto lunes que en lugar de irse al trabajo hizo la de casi todos los obreros mexicanos, huir del taller y pasarse la mañana en la taberna. Seguían después las efemérides menores, toda la bárbara existencia de nuestras casas de vecindad; las riñas y palizas cotidianas de padres, maridos y amasios; el recuento de los golpes, al través de puertas y paredes; la no intervención de los demás vecinos, que presencian las azotainas inconmovibles y torvos; el viaje final de la mujer golpeada, con el jarro vacío, en pos del pulque de la reconciliación, cubriéndose con el rebozo los cardenales del cuerpo, sonriente y satisfecha de que su hombre la martirice; para eso es suya, para eso lo adora...

—Yo los dejo que se las compongan como puedan, allá ellos, y sólo que resulten heridos, llamo al gendarme. Si yo pudiera aconsejar a la niña Carmen, le diría que no aburriera a don Julio, porque los hombres, mi alma, de que se aburren, sólo Dios!

Aunque la criada protestaba en nombre de su ama, y toda la culpa se la echaba a Julio, la portera insistía, tenía sus teorías especialísimas acerca del sagrado vínculo.

—Es bueno que los maridos se paseen de cuando en cuando, para que se convenzan de lo que olvidan en

su casa; y vuelven, vuelven a la corta o a la larga, como volvió mi difunto, que en paz descanse.

Julio, por su parte, ya ni excusas inventaba; conformábase con estar en su hogar muy de mañanita, tomar el chocolate en familia y lanzarse a la oficina perseguido por las miradas de Carmen, que él sentía clavadas bien hondo en la mitad de su conciencia, en donde conservaba acurrucado su pecado. Y lo que es Carmen, leía en la cara de Julio la historia toda de sus amores adúlteros, de las noches quemantes, que apuraba en la casita de Clotilde, de las caricias que convierten los minutos en años, los besos que embriagan y los abrazos que paralizan la respiración; todo lo leía, de corrido, con la clarividencia del que ama y no es amado. ¡Cuántas ocasiones en que hasta creyó notarle olor de la otra, de lecho ajeno y de perfume ignorado para ella, que fuera del agua de Florida barata, llevaba mucho tiempo de no conocer los perfumes finos sino tras los cristales de las droguerías, cuántas ocasiones de ésas, cogía a cualquiera de sus hijos, al que más cercano veía, y lo estrechaba furiosamente, murmurando:

—Quiéranme ustedes, quiéranme mucho, quiéranme siempre!!

Aunque Ortegal empeoraba a ojos vistas en su salud, como su amor crecía y crecía ¿qué podían importarle la tos y los sudores, y una calenturita sorda que algunas tardes lo molestaba? Para que los medicamentos le hicieran provecho, había de dárselos Clotilde, y era de verse la mansedumbre con que los tomaba, las recompensas que le ofrecían:

—Si no tomas tal cosa, no me besas en dos días.

Y él los tragaba de un golpe, sin visajes; hasta pedía más, con tal de que la amenaza del castigo se con-

virtiera en realidad de premio. Al segundo mes de este trato tan íntimo, surgió la querella con motivo de una tristeza silenciosa de Clotilde, que no pudo o no quiso explicar.

—¿No sería el recuerdo de Alberto?

Clotilde opúsose a que se mencionara aquel nombre; pero se opuso sin dulcificar la oposición, irritada nerviosamente, con el agresivo malestar que proporciona un remordimiento en nuestra palabra y en nuestro ánimo.

—Me vas a hacer favor de no volver a pronunciar su nombre; déjalo en donde está.

Pues eso era lo que escocía a Julio, dejarlo en donde estaba; en la memoria de su amada, en la atmósfera de la casita, y en determinados días, más presente mientras menos mencionado. Mantuviéronse alejados, sin acariciarse; arrepentido Julio y Clotilde huraña, haciendo gala de ese terrible don femenino que ningún hombre sabe resistir, y que consiste en ejecutar precisamente todo lo que nos molesta: falta de memoria para cuanto preguntamos, distracciones de vista, de palabra, de gesto; tardanza en las respuestas; sonrisa de víctimas; alabanzas a personas que nos son antipáticas; predilección por lo que nos desagrada; altercados con voz humilde y doliente, de ser débil, que por prudencia no se lamenta a las claras y por compasiva misericordia nos soporta; evasivas y equivocaciones, pero todo fingido, facticio todo, picaduras de alfiler que lo vuelven a uno loco, que lo exasperan; que nos obligan a arrepentirnos de vivir y a maldecir del amor; que nos hacen derramar a solas llanto amarguísimo, preguntarnos cómo es posible que la misma mujer que nos hace entrever el cielo con sus labios, se complazca, queriéndonos to-

davía supuesto que no se niega a seguir siendo nuestra cuando se lo pedimos, en hacernos también entrever un infierno. Comenzaron las primeras separaciones:

—Esta noche, no podré venir, dijo Julio anhelando que Clotilde lo contrariara, resuelto a ceder ante la indicación menor.

—Bueno, le contestaron, no te serenes; ya sabes que te hace daño.

¡Qué noche la que pasó Julio en su casa; insomne, sin reconciliarse con su esposa y alejado de Clotilde cuando tan cerca la tenía! Mordía las almohadas; revolcábase en el lecho; lloraba en silencio con ganas de dar de gritos, de marcharse en ese mismo momento, fuera la hora que fuera, y volar a la Colonia, no a pedir perdón ni a otorgarlo, no ¿perdón de qué? sino a explicarle a Clotilde la situación, haciéndola ver lo inicuo de un martirio semejante, de un disgusto tan cruel, sin causa justificada. Y cuando al día siguiente experimentó los deleites de la reconciliación; cuando se contaron sus mutuas torturas con balbuceos de amantes y caricias de criaturas; cuando de nuevo se juraron no volver nunca a hacerse sufrir, Julio entonces, bendijo su tormento, el tormento que ahora le hacía disfrutar el dulce y desconocido placer de reconciliarse.

Continuaron en sus amores, y naturalmente cada día estrechábase más la grata cadena; establecíase mejor la compenetración; cimentábase el recíproco y absoluto renunciamiento.

La adoraba tanto, con tales manifestaciones de voluntaria servidumbre, que en muchas de sus noches castas, al pegarse él a ella con todo su cuerpo, para generalizar el contacto, para no desperdiciar el mo-

vimiento más leve, la partículo más infinitesimal de su epidermis, sin molestarla, con delicadezas y respetos inverosímiles, Clotilde vencida, deslumbrada por esa idolatría, decíale muy bajito:

—¡Qué amoroso eres!!...

Al levantarse, en las mañanas, por puro cariño, preguntábale Julio lo que iba a hacer, a dónde iría; y Clotilde, riendo, le confesaba el programa de su día; comería con las Galíndez, unas paisanas que la estimaban mucho, que desde Mazatlán la conocían; a la tarde, iría a tal iglesia, a caminar por la Alameda, a comprarse algún trapo.

—¿Y después?...

Después regresaría a su casa, a encerrarse, a esperarlo a él. Y Julio se marchaba contentísimo, consultaba a cada instante el relojazo de la oficina: ahora entraba en la tienda, ahora volvía. Una tarde de turno en que ella declaró que se quedaba en la casa, mandaron a Julio a una comisión lejana, y él de contrabando, resolvió presentarse de improviso en la Colonia; cuestión de darse un beso extra, de reír un rato de la sorpresa y de la escapatoria. Lo recibió la criada:

—¿Y la niña? inquirió Ortegal con misterio.

La niña había salido sola, desde las 3.

—Vaya, pues no le diga Vd. que estuve a buscarla ¿eh?

Por el camino, fué Julio dándose a sí mismo una porción de causas que convertían en inocente el aparente engaño: había salido, bueno ¿y qué?; díjole primero que no saldría, y bien, pudo después ocurrírsele algo que a salir la obligara: ¿qué malo podía inferirse de ahí? Nada, nada, lo que se llama nada, repetíase con insistencia, como si deseara que la palabra

"nada" se le clavara en el cerebro; cuando de repente, llevóse una mano al pecho, contraído el rostro, cual si le hubieran mordido el corazón; era una duda la que acababa de herirlo, una duda neta, que le estorbaba el andar y le desgarraba las entrañas: "¿Si Clotilde lo engañara?"... Y le pareció tan monstruoso, que sonrió en medio de su mueca; ¡qué barbaridad! pues, qué ¿el mundo estaba a punto de acabarse? ¿ya no había justicia, ni bondad divina? Deliraba y la ofendía con la sospecha; en la noche se aclararía el enigma y se burlarían los dos de los temores de él solo. Pero en la noche, no fué así; turbóse Clotilde al ser interrogada; en un principio negó, confesó luego, mas confesó a trompicones, contradiciéndose, no a las claras y de corrido, cual era de esperarse.

—Mira, mi cielo, no juegues con esas cosas, díme la verdad de una vez. ¿A dónde fuiste?...

Y no pudo aclararse la excursión vespertina de Clotilde.

Con la desconfianza, con esa horrible espina, llovieron los disgustos; aferróse en Julio la desconsoladora idea de que Clotilde podía engañarlo; casi la certeza de que lo engañaba ¿por qué no había de engañarlo? ¿no era como son todos los engañados, inferior a muchos de ellos? Y aunque Ortegal no conociera el mundo por experiencia propia, vínole a la memoria cuanto se oye de malo acerca de las mujeres, en los cafés y en la boca de los grandes decepcionados o de los grandes prostituídos; lo que en realidad cometen, y lo que por despecho se les atribuye; crueldades complicadísimas, constante afán de que el hombre sufra por ellas; pero vínole en tropel, todo confundido aquello de que es impura y conformada fi-

siológicamente para la infidelidad corporal y moral; las verdades y ficciones con que tratamos de destronarlas sin obtenerlo jamás. Clotilde lo engañaba, sí. pero ¿con quién? No descubría rivales ni pretendientes declarados; a lo sumo, la reminiscencia de unos ojos masculinos y anónimos, codiciándola al doblar una esquina, y allá muy al principio, la *brama* bestial que había encendido al ingresar en la cárcel, entre los empleados de lo penal. Pero ninguno preciso; ninguno a quien aniquilar ni de quien defenderse. Dióse al espionaje, que es uno de los placeres más amargos; en el que cada paso que para nuestro mal avanzamos, es un triunfo que quisiéramos destruir en cuanto es realizado, a pesar del trabajo y del esmero enfermizo que hemos puesto a fin de realizarlo. Hasta tres ocasiones lo amonestaron en el juzgado, por sus ausencias intempestivas y sus llegadas después de la hora reglamentaria. Ortegal ni se disculpaba; que lo riñeran, que le dieran la peor de las muertes, pero que Clotilde no lo engañara.

Por fin, una tarde, la sorpresa; Clotilde en un carruaje, tan tranquila, sin figurarse que era perseguida ¡la infame! y Julio en otro, azuzando al cochero, ofreciéndole propinas que en su vida entera podría pagar; hincado sobre la banqueta delantera, la cara pegada al vidrio, sin quejarse por las lastimaduras que le ocasionaban los tumbos del vehículo. Luego, en la Plaza de Armas, el cambio a un tranvía, claro, para despistar, y el rótulo del tranvía, helándole la sangre:

—"A Dolores".

¡A Dolores!... Entonces iba a ver al otro, al muerto, al perpetuo y más poderoso de los rivales, al eterno preferido, al invencible, al iniciador de todos los

secretos y de todos los misterios pasionales. ¿A qué seguirla más? La veía ya, demasiado que la veía, de rodillas sobre la fosa, regando con su llanto las matas de pensamientos y violetas que ella misma plantó; dejándose allí el corazón para no darle después a él, a Julio, sino la mentira y las sobras!... Partieron los tranvías, al alegre compás de los cascabeles de sus mulas, y en medio del clamoreo de la Plaza, Julio permanecía dentro del carruaje inmóvil, llorando su primer desengaño, la honda herida de su alma, la inutilidad del infame comportamiento con su familia.

¡Clotilde lo engañaba, y lo engañaba con un muerto!

———*———

V

La verdad es que Carmen sobrellevaba dignamente su desgracia. En un principio, abrigó esperanzas de que Julio se arrepintiera; no creía posible un total abandono, y hasta procuraba vencerse, no pasar de ciertos límites en recriminaciones y altercados. Con especialidad delante de los muchachos, dominaba su ira, la que nace en el amor propio al palpar que ha bastado un instante para que nos substituya en un corazón que ayer era nuestro, una persona extraña. Instintivamente comprendía que si por algún medio podía atraerse al descarriado, ese medio no sería otro que sus mismos hijos, sin que le dijeran nada, con sólo su pureza, su desamparo y su afecto. Presentábaselos a las horas de comer y de cenar, primero, después a las de comer nada más, y en efecto, impresionábase Ortegal, apuntábanle remordimientos, aunque nunca de los que llegan a la explosión de la familia, al abrazo y las lágrimas que borran el delito y estrechan más los vínculos del cariño. Los remordimientos de Julio eran de los que nos acometen cuando estamos ejecutando algo que no queremos dejar de ejecutar, así sepamos que no debe ser. Por eso no había explosiones, ni abrazos ni lágrimas; no había más que mutismo, caras torvas, triste comida en un silencio de catástrofe.

Las primeras noches de ausencia, Carmen se las pasó llorando muy bajo, para que no despertara Bito; no bastaba la precaución y más de una vez, tomó informes medio dormido:

—¿Y mi papá?

—Está trabajando, en el juzgado...

—¡Ah! exclamaba el chico, cual si se penetrara de lo que le respondían.

Los demás arrapiezos, ya con ahorros de malicia en sus cerebros precoces de niños pobres, nada inquirían, o en caso de hacerlo, hacíanlo como persona mayor que está en un secreto:

—¿No esperamos a que papá llegue, para desayunarnos?

Carmen los miraba espantada: ¿por desdicha habría dejado escapar su pena o la habrían descubierto ellos? ¿espiarían a su padre?

Julito, el primogénito, que idolatraba a Carmen, íbasele encima a besos y frases tiernas, consoladoras, de individuo que a fuerza de codear al sufrimiento ya ni miedo le inspira.

—¿Quién es mi madre, mi madrecita santa que todos los días se gana más el cielo?

Estrechábalo Carmen disimulando los sollozos, y en el prolongado abrazo, con salpicaduras de ósculos y llantos, establecíase una inteligencia muda, jamás formulada; una especie de complicidad para no confesarse ni a sí mismos el inmoral abandono de Julio. Tuvo Carmen el valor de no dar a conocer su duelo, no digamos a vecinos y amistades, ni a la criada, que por insidiosa manera, provocaba revelaciones de cuando en cuando:

—Niña, y el señor no durmió anoche aquí ¿verdad?

—No, el pobre; parece que tienen ahora una causa muy delicada que los obliga a trabajar de noche.

Carmen y Ortegal habían acostumbrado siempre hacer juntos el reparto de la *quincena;* un reparto material, colocando pequeños montones de pesos sobre la desvencijada cómoda. Los veinticuatro pesos y el pico de centavos, pronto quedaban distribuídos; éste para el gasto diario; éste para renta de casa o más bien dicho, para un abono a cuenta de aquélla, con la que llevaban siglos de no estar al corriente; y éste para zapatos, los que se compraban por rigoroso turno, y duraran o no el tiempo que de antemano les señalaban. En un periquete, desparecían los montones, resultando en descubierto algún artículo esencial, el salario de la criada o el refrendo de una prenda. Como Carmen y Julio se querían, poco los arredraba su escasez, dábanle la bienvenida a carcajadas:

—Oye, tú ¿y qué hacemos con los de la tienda?

—Pues Dios dirá, no te apures.

Y en efecto, Dios decía por boca del tendero, que esperaría, que le abonaran lo que pudieran, que continuaran sacando a crédito semillas y comestibles, que le mandaran al chiquitín para regalarlo con avellanas y ciruelas. Así resistida, la pobreza tenía otra cara, mejores entrañas; y no que cuando vinieron los disgustos y el alejamiento, Carmen a solas efectuaba el reparto, Julio limitándose a entregarle el dinero:

—Ahí está la *quincena,* hazme el favor de repartirla.

En la distribución, salía quebrada la cajera, quien no se resolvió jamás a decírselo a Julio, sino que para nivelar el presupuesto, cosía ajeno, por las noches, al dormirse la gente menuda y acentuársele a ella su soledad. La acompañaba Julito, estudiando su

lección o leyéndole una novela de folletín, de esas que conmueven a las mujeres y a los niños, por lo enmarañado de la trama y lo bien parada que a todos tiros queda la virtud. En ocasiones, la romancesca historia asociábase a la suya propia, tan despiadada y prosaica, y una lágrima que otra, escapada a hurtadillas del lector, absorto con la narración, resbalaba sobre el blanco lienzo de la costura y en él se extendía como en su natural sudario. Pero si Julito advertía las lágrimas suspendía la lectura, y de rodillas frente a su madre, enjugábaselas más que con su burdo pañuelo de colegial, con las amantes palabras que le susurraba:

—Anda, tontita, ¿por qué lloras? ¿no ves que no es cierto? ¿que el libro todo es una mentira?

No se resolvía a agregarle que bien sabía que no lloraba por los personajes de la novela, que lloraba por la ingratitud de su marido; mas como el marido de ella era a la vez el padre de él, empleaba ese ardid para no condenar a Julio por lo alto y delante de Carmen. Acaeció entonces lo que era de esperarse, que entre Carmen y Julito se anidó el amor en una de sus más sublimes formas: amor de madre e hijo, con apariencias de prometidos, pero prometidos purísimos, anteriores a la existencia del pecado; un amor ideal que nos ilumina el espíritu y nos asegura que nosotros habríamos hecho otro tanto con nuestra madre, si no la hubiéramos perdido tan temprano!

Los quince años de Julito, ajustados en casas de vecindad y escuelas municipales, suministráronle un caudal poco envidiable de truhanerías, de las que resultaba la menor el vicio de fumar, muy arraigado, imponiéndole fugas al corredor, después de cada capítulo, y en él recetarse un cigarrillo, a las volandas.

Hasta que una noche, Carmen, que no atinaba con qué manifestarle el exceso de afecto que se había ganado él solo con su manejo, díjole de improviso:

—Si quieres fumar, fuma; te permito que lo hagas delante de mí.

Y el muchacho, que en la calle, en la escuela, en la vecindad era un positivo granuja, no pudo fumar cerca de Carmen, vamos, que no pudo; la amaba demasiado para echar humo por boca y narices en su presencia. No fumaría a escondidas, pero sí como antes, en el corredor, después de cada capítulo.

¡Qué tristemente bello veíase el grupo de los dos, en el desmantelado comedor de la miserable vivienda! La inmensa casa, el excéntrico barrio, tan ruidosos y bullangueros durante el día, cobraban a las altas horas una quietud de tumba; Carmen y Julito, separados por un ángulo de la mesa, con su carpeta de hule desgarrada en diversos sitios y un velón de sebo que a cada rato despabilaban; Julito, muy entusiasmado con la lectura y Carmen cose que te cose, contemplando con amor entrañable, cuando interrumpía la labor para enhebrar la aguja, la negra y rizada cabellera de su hijo. A menudo, los ronquidos de los demás muchachos, llegaban a ellos desde la pieza contigua, y Julito exclamaba:

—¿Oyes a mis hermanos?

—Sí, ya los oigo ¡pobrecitos!...

Otras veces, era Bito quien llamaba a Carmen; quería ir con ella, dábale miedo la soledad de la alcoba matrimonial. Carmen lo sacaba en brazos, cubriéndole sus piernas desnudas con las puntas del rebozo, en tanto que él se restregaba los ojos. Ocultaban el libro prestado, para evitar que Bito rompiera las estampas; ocultaban los alfileres, la aguja, las tijeras; y el

mocoso los divertía con sus monadas, con su lengua de trapo, con los dos únicos dientes que le asomaban en su boca color de granada, con sus coqueterías para acomodarse en el regazo de Carmen, la que lo arrullaba a fin de que se durmiera pronto, aquietábale los pies, y una vez dormido, mientras Carmen descansaba, Julito le esbozaba mil proyectos de existencia futura:

—Pues verás, cuando sea yo más grande y que trabaje, tú no coserás nada, es decir, no coserás más que nuestra ropa, y entonces...

Entonces salía la existencia soñada, cual acontecimiento infalible y próximo, sin inconvenientes ni tropiezos, a la manera de las complicaciones en las obras de magia que se ensayan mucho; pues en cada charla, no había tropiezo que no suprimieran ni inconveniente que no tornaran a su favor. Como todo era imaginario, el sueldo de Julito había ido en aumento, claro, no se eternizaría con el que le fijaran en un principio, y alcanzaba ya tal magnitud, que beneficiaba a la familia completa, sin excluir a Julio, a quien en un cumpleaños, se le obsequiaría con una docena de camisetas de lana, para el invierno, las que le prescribían los médicos y no se compraban nunca por falta de dinero. Carmen llevaba la mayor ganancia, en ella se invertiría casi todo el numerario:

—Y cuando ya no carezcas de nada, lo que se llama nada, pensarás en lo que te guste, en lo que te haya gustado desde que fuiste joven; algún capricho que jamás hayas satisfecho, y aunque sea carísimo, pero muy caro, vaya, aunque cueste cien pesos, yo te lo regalaré... ¿que no?... ya lo verás, te lo traeré escondido así, mira, debajo del saco, y al dar tú la vuelta para besarme ¡cataplum! ahí está el regalo.

Después, en la imaginación siempre, se mudarían a casa mejor, que no fuera de vecindad; se instalarían con toda clase de comodidades y con dos criadas:

—Para que tú en nada te ocupes, para que sólo hagas tu santísima voluntad. Más tarde, economizando y economizando te pondré tu coche...

—Pero, criatura, pareces loco, le decía Carmen sonriente, medio olvidada de su pena por el dulce bálsamo que en ella untaba la adoración de su hijo, hasta coche vas a darme?

—Bueno, pues coche no, porque de veras ha de costar mucho dinero; pero lo demás, sí, eso sí.

Mientras disfrutaban de la abundancia, palacios y carrozas, el velón de sebo, muy consumido y con un pábilo de a legua, poníalos en orden; representaba el reloj anunciándoles la media noche y los separaba:

—¿Ya lo ves por hacerte caso? he perdido una hora y han de ser las 12; anda a acostarte para que te levantes temprano; te persignaré...

El muchacho, tan alto casi como la madre, doblaba la cabeza, y en cuanto la persignada concluía venía la despedida en broma; las grandes frases que los hacían reír tapándose la boca para no despertar a los otros.

—Señora reina, decía Julito en medio de grotescas reverencias, que descanse Vd. y que pase muy buena noche.

A punto de entrar cada cual en su dormitorio, hablábale Julito desde su puerta, bajando la voz:

—Pst, mamá, mamá!

—¿Qué quieres, hombre?

—Que se me había olvidado darte el comienzo de

los regalos, cógelo bien ¿eh? no se vaya a escapar...

Y por los aires le mandaba un beso, que Carmen fingía atrapar, por complacerlo, y que arrojaba hasta la cabecera de su cama, junto a su otro hijo.

Ortegal no variaba; seguía presentándose a comer, raramente a cenar y nunca a dormir. Igual a todos los que se connaturalizan con un hecho reprobado, antojábasele éste menos malo conforme el tiempo se lo envejecía. Se acostumbró a una vida doble, a comer en la casa de su esposa y dormir en la de su querida, al cabo sus hijos nada sabían; lo que rebajaba un noventa por ciento de la inmoralidad de su conducta, y por dicha, ni su misma mujer conocía la verdad a ciencia cierta; sospechas, conjeturas y se acabó. Sin duda que sufría, en la cara veíasele el sufrimiento, mas ¿cómo componerlo? Inventaba comparaciones al alcance de su inteligencia ¿qué habría hecho, no su esposa, el médico más célebre del mundo, si a él por una desgracia se le clavara una aguja en la carne?... Pues lo que hacían ahora, sufrir, llorar, apurarse, rajarle la piel, martirizarlo, pero ¿hallarían la aguja? ¡Qué disparate! la aguja continuaría anda y anda hasta no taladrarle algo, una vena, una arteria, algo indispensable para vivir, y entonces moriría él, irremediablemente, con el invisible enemigo dentro de su sangre. Y Clotilde era éso, una aguja que había ido a clavársele en el peor lugar, en la mitad del alma! ¡Ojalá que alguien se la extrajera, aunque lo lastimaran! ¡ay! pero entretanto, la maldecida pasión también iba anda y anda, y Julio perpetrando por su causa actos inmoralísimos. Con el símil de la aguja y otros por el estilo, se alucinaba Julio; de ahí su connaturalización con la doble vida

que vivía. Como aun no perdía del todo la conciencia, en cuanto se alejaba de Clotilde, precisamente por la certeza de verla siempre que lo deseara, proponíase enmiendas heroicas; huir de sus hechizos, permutar su empleo, fugarse a algún ignorado rincón, de prisa, escondido, cual si corriera de un terremoto o de un incendio. Mas ¡quiá! en cuanto la noche se acercaba, no había poder humano que le estorbara el camino de la Colonia, y a veces, habría dado cualquier cosa por ver a Clotilde de día, de tarde, a todas horas; por incrustarse en ella y ser el testigo de sus pensamientos, el compañero de su respiración, el habitante de su espíritu. Cuando ella le daba celos, ¡experimentaba un placer tan intenso! Y era que su eterna preocupación consistía en el terror de que Clotilde cesara de amarlo. Nunca, desde que se le había entregado, conformábase Julio con que ella le asegurara quererlo, así nada más, diciéndole: "te quiero"; la obligaba a que se lo jurara por sus padres, por lo que tenía de más sagrado, hasta llegó a exigirle en una ocasión solemne, que lo jurara por el muerto.

—¡Júramelo por la memoria de Alberto!

Clotilde se resistió horrorizada:

—No, no, jamás por Alberto. Ya demasiado es que me hagas jurar por mis padres; pero siquiera ellos todavía viven y mis juramentos son menos infames... no seas cruel... créeme que te quiero.

Julio, iracundo, no se apeó de su tema. Lo infame era jurar en falso, jurar y mentir; jurar la verdad no era infame, aunque estuviera prohibido, que no lo estaba, lo que la doctrina prohibe es "jurar en el nombre de Dios en vano", sin mencionar muertos ni vivos.

—Dime que lo jure yo, anda, y verás cómo no me opongo, cómo te lo juro hasta por la salvación de mi alma... ¿qué más me da, si al fin es cierto; si no quiero a nadie, ni a mis hijos, no, ni a mis hijos, como te quiero a ti?...

Clotilde le tapaba la boca, rogábale que no le dijera esas cosas:

—Por Dios santo, por mí, si es cierto que soy lo que más amas, no me compares a tus hijos, serías el primero en maldecirme después. Déjanos aparte, ellos con tu esposa y yo contigo.

¡Qué descorazonados quedaban con estos disgustos, con una fatiga corporal de gente que ha caminado mucho y que anhela descansar sin hablarse, sin importarle las fatigas del compañero! Un descorazonamiento espantoso, de tristeza y duda; ¿si éso trae el amor, para qué amarse? ¿por qué no decirse adiós y buscar en otra parte la paz y la dicha? Pero ante la idea de la separación definitiva, protestaba la carne; se agolpan a la memoria las reminiscencias de los momentos buenos, de las caricias que se cambian por necesidad de acariciarse y que no se justiprecian hasta tanto no hay riesgo de perderlas. Entonces, se abrazaban enternecidos, prometiéndose mil concesiones y mil condescendencias; uno dejaría de hacer tal cosa y el otro haría tal otra, para ver de procurarse la ventura soñada, a la que tenían derecho en cambio de su delito.

En las comidas de su casa, demostraba Julio profundo interés por la salud y el adelanto de sus vástagos, quienes lo escuchaban muy serios, mirándolo ora a él, ora a Carmen, y le respondían encogidos, huraños, cual si no les inspirara ya la confianza de antes. Con los ojos fijos en el fondo de su plato, Or-

tegal aventuraba pequeñas pláticas de moral casera: El hombre debe habituarse al trabajo, porque del trabajo está llamado a vivir.

—Mírenme a mí, que no hago otra cosa desde niño...

Y pasaba a los consejos, los que dan de sobremesa los padres de familia, mezclaba vocablos efectistas: virtud, deber, dignidad! para terminar recomendándoles ciega y respetuosa obediencia a Carmen, por ser su madre y de sobra merecerla. Decíalo con tan buena fe y tan honrada entonación, que la sangrienta ironía de su discurso no la advertían sus oyentes; sólo Carmen no podía sufrirlo, el pulso le temblaba, llenábansele de llanto los ojos y de palidez las mejillas, y bruscamente abandonaba la mesa. Estaba Ortegal en una de aquellas charlas, envanecido con el silencio absoluto del auditorio, cuando lo interrumpió Julito:

—Pues yo no quiero seguir estudiando, papá.

Hubo un general movimiento de sorpresa; chicos y grandes, Carmen y la criada quedáronse suspensos.

—¿No, eh? ¿y qué es lo que el señor desea, supuesto que se manda solo? ¿No tendría Vd. la deferencia de comunicármelo?

—Si no es que me mande. Quiero que me autorices a trabajar para ayudarte, para impedir que mi mamá...

—¡Julito! le gritó Carmen.

—¿Que tu mamá, qué?

—Que mi mamá trabaje como trabaja. A ver si podemos pagar a otra criada.

La situación se convirtió en solemne. Ante la declaración de Julito, depuso Ortegal su iracundia, tomó la propuesta en serio:

—Por ahí debiste de comenzar, eso es distinto. ¿En dónde quieres trabajar, si no sabes nada?

Julito desenvolvió su plan, un plan acariciado de tiempo atrás y sugerido por una visita a la Escuela de Artes y Oficios, acompañando a un alumno amigo suyo.

—Pues es una cosa que se llama "cerámica", un oficio para fabricar macetas y jarrones ¿no te parece bueno? Me han dicho que si me aplico, a los seis meses me colocarán en una alfarería de las corrientes...

En un instante, Julio se dejó convencer y lo manifestó alto: cedía en obsequio a su esposa, aunque su ideal consistiera en dar a sus hijos todos, una profesión científica.

—Pero desde el momento que se trata de tu madre, no sólo no me opongo, sino que accedo con entero gusto.

Por dos motivos, Carmen ni chistó: porque habíase propuesto la prescindencia más completa en cuanto interviniera su marido, y porque era de su agrado la decisión de Julito, discutida y comentada ya en sus nocturnos diálogos solitarios.

Y no obstante lo entrado del año, Julito fué admitido. El juez Mazo obtuvo el favor del ministro, y a las pocas noches, pudo el nuevo discípulo narrar a Carmen lo maravilloso del oficio y las ilusiones que éste forjaba en su imaginación juvenil.

—¡Si vieras qué bonito!... La clase tiene ventanas a un jardín que nada vale, no creas, pero que alegra la vista. Luego, dentro de la clase, no vayas a pensar que hay papeleras ni mesas, como en todos los colegios, no; hay una especie de cajones con una rueda de madera maciza, a la que le da uno vueltas con los pies, sentado en taburetes muy altos. Del centro de esas ruedas, arrancan unos palos torneados,

y a su alrededor se echa el barro que está a la izquierda, en una tabla y humedecido, junto a un cuartillo con agua... ¡ah! se me olvidaba, también está la herramienta, un cuchillo como los de los boticarios, y muchos palitos, más gruesos, más delgados, con remate de alambre... Pendientes de una percha, las blusas de los alumnos, las gorras de los adinerados, unas cachuchas que valdrán un peso o doce reales... el lujo es que gorras y blusas estén muy sucias, como suelos...

Carmen fascinada, hizo a un lado la costura para escuchar a su hijo y no perder ripio de la pintoresca descripción.

—Bueno, continuó Julito, antes de que el maestro llegue, todo el mundo fuma su cigarro y delante de los prefectos, paseándonos muy graves por entre la columnata de la entrada, unas columnas que se ven desde la calle... ¿no las has visto nunca?... ¿no? pues fíjate cuando pases. A las 10 en punto, llega el profesor, un viejecito simpático, de sombrero alto y barba y pelo canos; con un puro siempre en la boca y un levitón que lo menos le da en las rodillas. Nos mira y desde lejos nos sonríe; ya que está cerca, nos llama muchachos ¡y algunos son de bigote!... Dicen que de joven estuvo en Italia, y que su mujer es romana, tú dirás... También es profesor en la Academia... En seguida, entramos, y mientras se quita su levitón y con mucho cuidado lo dobla; mientras se pone su blusa y los alumnos se ponen las suyas, él nos habla de todo, se ríe a carcajadas de nuestras ocurrencias y así que nos ve listos, se queda serio y dice:

—"Ahora, a trabajar".

—Entonces va corrigiendo lo que se ha hecho la

víspera o en un instante nos fabrica un modelo nuevo, que todos copiamos. Comienza uno por macetas lisas; pero como ya los demás están en jarrones con asas de fantasía, a mí solo me consagra unos minutos, y ayer me dijo que si me aplico seré uno de los más aprovechados, que todavía soy muy joven... ¡Ay mamá, si supieras qué trabajo cuesta mantener el barro! Mira, se moja uno las manos, coloca el barro en la rondana y se empieza a darle vueltas a la de abajo, con el pie, muy despacio, así, mira:

Y en la mesa del comedor simulaba Julito la faena, cual si de veras estuvieran allí el barro y el profesor y los condiscípulos.

—Fíjate, fíjate bien,... ¿ves? así va formándose la maceta, como cosa de espanto, y uno siente gusto de acariciarla con las manos mojadas, de verla crecer y crecer gracias a uno... Cuando se parte ¡qué rabia! se coge el barro, se le arroja al montón, y a principiar otra vez. Por supuesto que nuestras macetas nada valen, los hermosísimos son los modelos del maestro; con unas cuantas pasadas de los palitos, un golpe aquí, una hendedura allá, sale la jarra, con su guirnalda de rosas o sus angelitos correteando por la panza del jarrón. ¿Crees que hay veces en que las desbarata, después de copiadas por los alumnos? El que hizo ayer, no; se lo pidieron de la dirección... lo menos era de este tamaño...

—¿De tu tamaño? le preguntó azorada Carmen.

—No, puede que no tanto, pero sí me llegaba al pecho.

Otras noches, llevábale Julito regalos fabricados por él, y que el maestro aprobaba; muy toscos aún, apenas con una sencillísima greca en los bordes, como

el par de macetitas en las que Carmen plantó albahaca, destinándolas a lo que Julito las destinó.

—Toma, para tu Virgen.

Y frente a la Virgen se quedaron.

A los tres meses de esto, volvió Julito una tarde más temprano que de ordinario, y con una cara de pascuas.

—Mamá, mamá, el maestro me ofrece empleo en una alfarería que tiene por San Cosme, y me promete por lo pronto dos pesos a la semana ¿le digo que sí?...

Tardó Carmen en resolver. ¡Su hijo de obrero, de artesano, cuando ella habría anhelado verlo de médico, de ingeniero, encumbrado y lleno de honores y de renombre! Con su instinto de madre, presentía las promiscuidades de un taller; la intimidad con los viciosos; los excesos de los días de paga; las francachelas en las casas de los que poseen mujer y no esposa. Partíasele el alma de considerar a su Julito, su primer hijo, con las manos encallecidas, sucia la ropa y quemado el rostro. No, no, la miseria mejor, la miseria en aumento hasta que no pudiera combatirla, hasta que la doblegara para no levantarse más, pero en plena lucha, rodeada de todos sus hijos. Julito la besaba, hacíale mil mimos, y allá como Dios le daba a entender, alegaba sus razones mezcladas a argumentos de cariño puro. Por ganar tiempo, propúsole Carmen que la resolución se encomendara a Julio:

—Lo que tu padre diga, consúltalo mañana.

—No, a mi padre, no, repuso Julito con extraña entereza.

Cerró Carmen los ojos, como cuando un relámpago muy vivo nos deslumbra, espantada de lo que esa resistencia significaba, y de la que se estimaba causa

única. ¿Por qué no supo esconder su dolor y devorar sus lágrimas? ¿Creyó que sus hijos nada advertirían, que no saldrían a flote las simpatías por el padre o la madre, en los duelos tremendos que a las veces dividen a las familias?... Ya palpaba los resultados; ya palpaba cómo sus lágrimas desperdigadas en el hogar, había ido recogiéndolas un hijo suyo, el primogénito, el que ya entendía las cosas, y cómo con ese tesoro, sentíase rico de justicia para exigir cuentas a su padre. Y ante conflicto tal, olvidó su pena, su sufrir, todas sus desgarraduras de alma y sus tormentos todos, y sólo pensó en conjurarlo. No por Dios, que en el pecho de su hijo, sin pasiones aún, no se abrigaran ni el rencor ni el odio! Extremadamente severa, le preguntó:

—¿Que a tu padre no, si tu padre es quien nos manda a todos? Y ¿por qué?...

—Porque ya no nos quiere, murmuró Julito, ronca la voz y sin alzar el rostro.

—Julito, por la Virgen Santísima, no me crucifiques ni digas desatinos. ¿Cómo no había de querernos?...

Conocíasele al muchacho que se le iban a escapar sus observaciones, sus melancolías de niño desengañado antes de tiempo; pero notó el espanto de Carmen, se contuvo y contestó apurado:

—Yo creía... por lo que te deja sola... porque me parecía cambiado... Pero como tú sabes más que yo, si dices que no, no será.

—Al contrario, dícelo mañana, y te aseguro que te lo permite.

Lo permitió en efecto, quién sabe si por convencimiento propio o porque Carmen se lo pediría; ello fué que el permiso lo otorgó de buen talante, hasta

con sus palmadas de felicitación en los hombros del rapaz.

A la noche siguiente del ingreso de Julito en la alfarería, Carmen le hizo un obsequio:

—Toma, tu blusa, como la deseabas, muy larga y cosida por mí.

A Julito, al probársela en su alta y desgarbada estatura llena de angulosidades y de falta de carnes, estatura de mozo que realiza un desarrollo precoz, se le saltó un par de lágrimas, de las que se delatan porque resbalan despacio y entristecidas de perderse solas, sin las hermanas que adentro se nos quedan. Besábalo Carmen, entusiasmada con su obra, pugnando por no llorar también:

—¿A ver, a ver cómo se mira mi obrerito? ¿el señor que ya trabaja para su mamá?...

Y en vueltas y caricias se les fué la noche; los demás chicos, dormidos; la casa y la calle en discreto silencio, sin que nada ni nadie perturbara sus límpidas ternezas.

Decididamente, el viejo profesor se había prendado de Julito, a juzgar por lo que éste contaba de él y por la puntualidad con que le pagaba sus semanas. Poco a poco, repuso Julito las macetas rotas del corredor de Carmen; llevó unas nuevas, muy pintadas de azul y blanco, a su mitad la cifra de la dueña. ¡Lo que hermosearon la vivienda! Madre e hijo, reían de que no pudiera reponerse el entero y fragmentario mueblaje con otro de barro. La cocina, ni que mentarla; diríase que era una joyería de cacharros vidriados, deslumbrantes, infinitos, desde las cazuelas *moleras,* de grandes y retorcidas orejas, hasta los jarros para el chocolate de cada miembro de la fami-

lia, con sus iniciales respectivas manuscritas en letras negras, amontonadas y torpes.

—Pero, hombre ¿qué va a pensar tu maestro de que nos llenes de trastos?...

¿Su maestro? ¿qué había de pensar su maestro siendo un santo varón? Conque le tenía ofrecido llevarlo de visita y enseñarle su casa, su pobreza y su familia!

Los hermanos de Julito, comenzaron a respetarlo, porque les nacía, sin que ninguno se lo mandara, y no un respeto recortado y engañoso, no señor, sino espontáneo y franco; reconociendo en él a un hermano, mas a un hermano que sabe ya trabajar y el dinero que gana es para sus gentes. Y eso que Julito, aun volvía de repente a ser el endemoniado de antaño, capitán de toreros, soldado de caballería o "San Miguelito" defensor de ánimas. Con agrado escuchaban sus narraciones y obedecían sus mandatos. La casa, pues, recuperaba hasta cierto punto la antigua armonía. Carmen procuraba no recriminar a su marido; éste, apenas incomodaba en las dos o tres horas destinadas a su familia; Julito gustaba del incomparable goce que nos proporciona el primer dinero que ganamos, y a los infantes bastábales con su colegio y sus bellaquerías. Carmen, por complacer a Julito, ya no cosía ajeno; cosía únicamente la ropa de ellos, la que requería demasiadas puntadas.

Una mañana, presentóse Julito, brillantes los ojos y las mejillas encendidas.

—¿Estás enfermo, verdad? le gritó Carmen en cuanto lo vió.

—Sí, no sé qué será; me duele mucho la cabeza...

No obstante la farmacopea doméstica, continuó Julito muy decaído y con aumento de la calentura. So-

braban causas a que achacar el repentino mal, y sin embargo, asaltó a Carmen una porción de presentimientos negros ¿se le moriría su hijo?...

Julio, enterado a la hora de comer, no se alarmó; sería una indigestión.

—Te enviaré a Gomar, el que me cura a mí.

—¿Tampoco esta noche vendrás? le preguntó Carmen a solas con él, en el portón de la escalera.

—Sí, esta noche sí, repuso el otro sin apenarse.

Volvió, en efecto, antes de las 10, más curioso que afligido:

—¿Qué opinó el médico?

—Dice que no sabe qué será; lo ha metido en la cama y volverá mañana, temprano.

Y aquellos esposos, a millones de leguas uno de otro hacía tanto tiempo; enemigos sus cuerpos, y sus espíritus respectivos en distintas sendas, ahora reuníalos un peligro; un hijo enfermo los acercaba. ¿Sería providencial? ¿elegiría Dios una prueba tan cruel para atraer al descarriado? La desdichada Carmen no pensó en que la enfermedad fuera accidental, sin dirección divina ni ulteriores intenciones, no; a su juicio, se trataba de tocarle a su marido el prófugo corazón, sin más injusticia que a ella, de paso, le despedazaran el suyo.

—¿Ya cenaste?—le preguntó Carmen.

—No, dijo Julio, cenaremos con él, en la recámara.

Charlándose por lo bajo, se arreglaron los dos en una mesita; improvisaron una pantalla con botellas y periódicos; se recomendó silencio a la criada, en el humilde servicio, y, pendientes del enfermo, que ni se movía, cenaron, cenaron como en los buenos tiempor, en contacto las rodillas; las caras próximas, para no levantar la voz; pidiéndose lo que necesitaban,

a señas, y sonriendo con tristeza infinita por su dicha muerta y por el hijo enfermo... Durante la cena, se observaban; Carmen envejecida, abundante de canas y arrugas prematuras; hundidos los ojos, cual si buscaran donde esconderse a fin de no seguir contemplando las penalidades de su dueña. Julio, aunque menos viejo, veíase más acabado, muy flaco; en los pómulos, dos manchas rosadas, y en su persona toda, el indescriptible aspecto de los heridos de muerte. Lo que es su tuberculosis debía caminar de prisa, y para que no se dudara, diversas ocasiones lo atacó su tos despiadada, necia, rompiéndole el pecho y haciéndolo sudar. Salía al comedor, tapada la boca con el pañuelo, y tornaba lívido, jadeante, las manchas de los pómulos más visibles y el sudor más copioso, pegándole los cabellos a la frente.

Tarde ya, Julito se volvió en la cama:

—¿Cómo te sientes? le preguntaron entrambos, doblados sobre el lecho.

—La cabeza, la cabeza, gruñó el muchacho, no la aguanto, se me abre...

Julio se echó vestido a los pies de la cama, y Carmen, en medio de la horrible aprensión que la torturaba, tuvo un pasajero movimiento de júbilo. ¿Si se aliviara su hijo y su esposo volviera a ella?

Al día siguiente, ningún síntoma nuevo; Carmen y Julio continuaban atendiéndolo y parecían olvidarse del hondo abismo que mediaba entre ellos. Ni una alusión al abandono del domicilio, a la falta de afecto, nada; hasta más de una vez, al mudar las sábanas de la cama o al incorporar a Julito, juntábanse sus manos y juntas permanecían unos instantes, así, por debajo de los lienzos, cual si se ruborizaran de salir a luz la una sobre la otra. Carmen velaba a sus

dos enfermos, y con igual solicitud recogía los quejidos del que sufría del cuerpo que los suspiros tenues que al enfermo del alma se le escapaban en su sueño. Cuando a la tercera noche, Julito algo más fresco, durmió en calma, y Julio como que de nuevo se acostumbraba a lo tranquilo de su hogar, a la existencia vieja, Carmen se adormeció creyendo en que por maravillosa manera reconstruíase el ruinoso edificio de su ventura. Su despertar le derribó el aéreo castillo; en la piel de Julito aparecieron las manchas; ahí estaba el tifo, científicamente declarado por el médico, siniestro, formidable; con su odioso cortejo de miedos y contagios; ahuyentando a la gente; obsequiando a su víctima con la insensatez y el desvarío. En el dormitorio de los padres, con balcón a la calle, se aisló a Julito, y a los demás muchachos se les confinó en el comedor y la cocina. Antes de comer, Carmen comunicó a Julio la desgracia, quien, por primera vez, resistióse a penetrar en la estancia.

—Lo veré a la noche, exclamó, lo veré a la noche. Y cual náufrago que de todo se separa, en la suprema ansia de salvarse, sacó su haber, su maltratado reloj de níquel; otorgó facultades extraordinarias, dió carta blanca.

—Coge este dinero, empeña mi reloj, la ropa, los muebles, cuanto tenemos, y compra desinfectantes, riégalos en el piso, en los pañuelos, en todas partes,... que no se enteren en la vecindad, porque nos echan a la calle, nos echan y ¿qué hacemos?

A las Oraciones, le principió a Julito el delirio; un delirio raro, incoherencias de loco que conoce divinamente a las personas; que sólo enreda sucesos; que viene o va a un mundo distinto, y en su balbuceante descripción, no piensa en su dolencia ni en morir. Ex-

plicaba complicadas maravillas de personas que no existían, de ciudades que no pueden existir, pues a unas y otras, arreglábalas a su modo, prestándoles carácter y edificios; saliendo monstruosas aquéllas e ideales éstas. En cortísimo tiempo, fabricó una casa, y se la pintaba a Carmen besándole las manos, fijando en ella los ojos con la intensa vaguedad de los febricitantes.

—En cuanto me alivie y me levante, vamos a que conozcas tu casa ¿eh?... acabo de repartir cinco mil pesos a los albañiles ¿no los viste salir?... dicen que están muy adelantados, que hoy comienzan tu oratorio, el que llevará un altar más bonito que el altar mayor de San Bernardo... Arreglé ya con el presidente que a mi papá lo nombre su ministro... pero si vuelve a hacerte llorar, lo dejamos en el juzgado... Toma, dales a mis hermanos...

Y metiendo la mano debajo de las almohadas, como para sacar algo, desparramó monedas imaginarias por las sábanas y por el piso; una lluvia de plata, un fortunón que le escurría de los dedos. Avanzaba la noche y no sabía Carmen a qué atribuir la tardanza de Julio ¡sentíase tan sola! nadie sino ella estaba al lado del enfermo; los demás chicos y la criada, jugaban a la Oca en la cocina, con el menor ruido posible, una que otra carcajada indiferente de Bito, admitido en la tertulia fraternal. Volvió Gomar y sorprendióse también de no encontrar a Julio; puso el termómetro al paciente, reconoció las manchas y entabló la charla:

—¿Cómo sigues, hombre?

—Ya casi bueno ¡he tenido tanto que hacer!

—¿Y la cabeza?

—Se la llevaron ya.

Gomar se rió, eso no era cierto ¿con qué cabeza viviría entonces? Le explicó Julito el fenómeno: su maestro le había mandado otra, la que ahora tenía, mientras en la escuela copiaban la suya propia, la enferma; cuestión de un par de días; su misma mamá la envolvió cuidadosamente con unos papeles, para que no lo maltrataran en la calle.

Muy alto el termómetro, alistó Gomar una inyección de quinina, a hurtadillas de Julito y alumbrado por Carmen que ya no temblaba ni huía, sin otra preocupación que la salud de su hijo. Hundió Gomar la aguja entera en las abrasadas carnes del mozo, quien gritó al sentir que aquello le corroía su sangre, y airado por la sorpresa, entró en muda; ni a su madre ni al médico contestaba.

Por acompañar a Carmen, que hasta en las piedras habría despertado interés, fumóse Gomar un cigarrillo en el comedor. Sentados allí, el médico manifestó esperanzas, y no porque el tifo se presentara benigno, sino por la edad del enfermo. Lo salvarían probablemente; pelearían Carmen y él; Carmen con su inmenso amor, él con su ciencia.

—Que no crea Vd., agregó con profunda convicción, soplando la ceniza del cigarro, no vale gran cosa; lo que vale es una madre como Vd., diríase que la muerte las respeta.

—¡Ay doctor! ¿y si se me muere Julito?

—No, no morirá. Lo que urge es que a Vd. la ayuden; que venga alguien a compartir peligros y asistencia; unas religiosas, por ejemplo. Aquí donde Vd. me ve, médico-legista y todo, tengo que confesarlo: no hay enfermeros en el mundo que puedan compararse a las Hermanas de la Caridad, y si no, que

lo digan los enfermos. Le voy a proporcionar a Vd. dos religiosas, y verá Vd. si me lo agradece.

—Doctor, repuso Carmen ruborizada, permítame Vd. que antes le avise a Julio, para... el arreglo del precio.

—Si no cobran nada ni exigen nada tampoco. Comen lo que buenamente se les da; la enfermedad concluída, ellas se marchan por donde vinieron. Si acaso, se hace un regalo a su Orden, y *laus Deo*.

También Gomar se marchó, tentado casi de echarse en busca de Ortegal ¡qué atrocidad! lo que significa una mujer en una existencia. Y camino de su morada, pensaba en los rumores y decires del juzgado, a propósito de Julio y de su amancebamiento. Perfectísimamente que recordaba a Clotilde y el alboroto que originó ¡vaya! sobre que él a pesar de sus fisiologías y patologías, se vió como todos, envuelto en la especie de incendio de apetitos carnales causado por la linda prisionera. Cuando muy al principio se habló de si Ortegal tenía o no tenía con ella sus dares y tomares, Gomar resistióse a creerlo; se le hacía inverosímil que a la miseria de Julio y a la belleza de Clotilde las reuniera el amor. Además, suponía muy moral a Julio; sin vagar espiritual ni corporales ánimos, para tirarse de cabeza en una pasión ilícita y por tanto irresistible, que daría al traste,—ya estaba dando,—con su populoso hogar y su salud inválida. En el fondo, lo que le sorprendía más era la elección de Clotilde, pues a Julio nadie podía considerarlo elegante, rico, buen mozo, inteligente ni bravo; carecía en lo absoluto de todo lo que deslumbra y vence a las mujeres. Rectificaba sus opiniones de médico insensible, que presencia la lid humana con un arañazo que otro, recogido en las escaramu-

zas libradas por cuenta propia; más se animaba a escribir su soñada obra sobre el Amor, la obra pensada después de años, por la que con tanto ahinco profundizaba los innúmeros y enrevesados casos pasionales que llegaban a la prisión. Frotóse las manos, sin recordar más a Carmen, quien junto a la cama del hijo grave, quedaba fuerte a pesar del abandono, y no se ocupó sino de Clotilde y Julio; de Julio, mal marido y padre culpable, que sólo alienta por la hembra que lo ha hecho vibrar, por la que se ha adueñado a un tiempo de espíritu y materia, y de Clotilde, la mujer amorosa que se entrega por temperamento, y en los mismos remordimientos que su acción la engendra, halla un morboso y secreto placer. Ahora sí que corregiría lo que él, Gomar, supuso verdad descubierta; sus famosas cuatro causas de amor: valor, belleza, dinero y talento. Ante el gusto increíble de Clotilde, debía posponerlos todos a uno soberano, el capricho, sin explicaciones que lo justifiquen ni nada que atenúe su instintivo imperio. En la imaginación, en seguida compuso uno o dos capítulos en los que describiría la génesis del capricho, su desarrollo de tempestad, su decrecimiento inadvertido, su repentino y cruel final, la palabra aislada que deshace las complicidades de alma y las ligas que parecen más sólidas, el fatídico "ya no te quiero", sin poder humano que lo contrarreste y de nuevo pegue las voluntades rotas, que allá se van, por los ignotos y encontrados senderos de la vida, dando traspiés de mártires y tumbos horribles de desesperación suprema.

Ortegal, entretanto, llevaba a cabo un acto que lo espantaba. Desde que supo lo del tifo de Julito, no le ocurrió más que una idea, escapar de su contacto, de su casa, aunque ello fuera cobarde, inmoral e in-

humano. No corría por miedo, pues en primer lugar, de veras amaba a su hijos, y a Julito quizá con predilección, y en segundo, porque ni el tifo ni enfermedad ninguna lo acobardaban ya. Venía familiarizándose con la muerte, su antigua enemiga temidísima, por ser ésta la única que, suprimiéndolo del mundo, conciliaba sus arrepentimientos perennes, con su idolatría a Clotilde, esa idolatría que como manantial misteroso, en lugar de extinguirse aumentaba más, más inundaba de deleites su interno sufrir de hombre desgraciado y miserable.

Corría ¡oh! corría por una monstruosidad, por no llevar el contagio de la criatura que a él le debía la vida, a la otra criatura de quien él la recibía ahora. ¡Entre su hijo y su querida, prefería a la querida!

Al palpar el hecho, le pidió a Dios morir; se juró no obedecer a la diabólica sugestión, y, resuelto, dirigióse a su casa. Entraría hasta el dormitorio de su hijito ¡pues no había de entrar! y buscaría el contagio en los mismísimos labios del enfermo, que era un pedazo de su corazón y de su carne; le daría un estrecho y prolongado abrazo; comería con él y con él dormiría... y su cariño a Clotilde le salía al paso: ¿por qué procuraba la destrucción de ese cuerpo hechicero que formaba sus delicias? ¿prescindiría de ver a Clotilde en muchos días y muchas noches, aun a trueque de perderla, de que alguien más rico o más libre que él la ofreciera una fortuna, un matrimonio, y ella lo prefiriera y no volvieran a mirarse?... Detúvose a punto de exhalar un quejido; dolíale pensar en aquello, tener esa desconfianza, que es el perpetuo castigo de los cariños prohibidos.

Se entró en el almacén de ultramarinos de la esqui-

na de su calle, viendo de reojo los balcones de su morada.

—Hola, don Julio ¿cómo va el chico? le preguntó el dueño del almacén, sin dejar de partir terrones de azúcar con una hacha, en el filo de un cajón del mostrador.

—Precisamente vengo a saberlo. Sírvame Vd. una copita, Antuñano.

Servida quedóse la copa y meditativo Julio ¿qué haría por fin?... De las puertas del almacén, interrogaba a los insensibles balcones de su casa; nada, una pálida claridad al través de vidrios y visillos; de tiempo en tiempo, el lento moverse de una sombra vaga ¿qué estaría pasando? De pronto, se fué a Antuñano, que no cesaba de partir azúcar, y le dijo:

—Antuñano, hágame un favor. Mande uno de sus muchachos a casa y que se informe de Julito, de lo que haya opinado el médico... ¡Ah! que avise que no me esperen esta noche, y que yo mañana le diré el motivo a mi señora.

Tamaños ojos abrió el astur al transmitir el recado a un dependiente, que salvó el mostrador con un salto de ciervo.

—¿Pero no va Vd. a su casa teniendo a un hijo de tifo?

—Exageraciones, Antuñano ¡qué tifo ni qué nada! No me quedaría yo tan conforme, repuso Julio con ganas de que la tierra se lo tragara.

Para traducir el efecto que semejante recado causó en Carmen, no existen palabras. Ira, espanto, locura, dolor, de todo había! El españolito, en mangas de camisa y boina, aguardaba la respuesta.

—Diga Vd. que está bien, pudo apenas articular Carmen. Y apoyándose en muebles y paredes, se arro-

dilló al lado de la cama del hijo enfermo, el que en ese instante ordenaba un traje de oro para su padre, a punto de ser nombrado ministro de la República, según los cálculos del extraviado cerebro de Julito,

—¡Mátanos a los dos, Dios mío, mátanos a todos, llévame con mis hijos!!

Nunca supo Carmen cómo había pasado el resto de la noche aquella. Daba maquinalmente los medicamentos, y provocó el delirio de Julito, le robó el reposo para no permanecer en diálogo con sus pensamientos. La luz del día siguiente, con ser la luz, no bastó a ahuyentar las nieblas de su pobre y desgarrado espíritu, y quebrantó la incomunicación, sentóse a la mesa con los demás muchachos, necesitando oír que la llamaran mamá, devolver besos de ángeles y sentir caricias puras. Cuando temprano aún, presentáronsele de parte de Gomar dos religiosas, ocultas las tocas bajo los pañalones, la sonrisa en los labios y el ademán humilde, creyó ser visitada por Dios mismo; que Julio no había pecado; que Julito no estaba enfermo, y que ella despertaba de una pesadilla. Con infantiles transportes, las abrazó a las dos:

—¡Ay madres, qué gusto, Dios se lo pague! que ¿saben ya de qué enfermedad se trata?

—Un tifo ¿no es cierto? inquirió la mayor sin manifestar alarma.

En un santiamén estuvieron listas; albeándoles las tocas; sin un adorno los hábitos; pendiente de la cintura, el grueso rosario con su enorme crucifijo por remate. Notable diferencia entre las edades de cada una, dábales fisonomía diversa. Era la mayor, de unos cuarenta años tan sana y alegremente soportados, que causaba envidia. La joven, representaba unos

veinte mal contados, y lucía una pálidez mate, amarillenta; pronunciadas ojeras, prestaban a su mirada, honda y simpática melancolía. Carecía de formas, no sólo porque el hábito castamente se las disimulaba sino porque ni con un vestido mundano habría sido fácil descubrírselas. Mirábase en ella una juventud marchita; una pubertad contrariada y enfermiza; quién sabe qué secretas penas obligándola a despreciar al mundo, y cuidar enfermos, y exponer los escasos atractivos rezagados en su cuerpo de doncella, a que perecieran destruídos por algún probable contagio. Disfrutaba la mayor del tratamiento de "madre" y la menor del de "hermana"; aquélla, hecha a todos los horrores y las dolencias todas; ésta, acabando de renovar sus temporales votos por un lustro, en reciente intimidad con la miseria y el sufrimiento humanos.

Carmen, subyugada, las tocaba, las hacía caricias, repetíales sus agradecimientos.

—Julito, Julito, mira quienes vienen a verte: ¿las conoces?

El chico, muy amodorrado por la fiebre, abrió los ojos, pasóse por ellos una mano, como si se le interpusiera un velo, y torpemente, enredándosele la lengua, murmuró:

—¡No quiero ver soldados!

A contar de la entrada de las religiosas, cuánto disminuyeron las penalidades de Carmen, por lo menos, en la atención material a Julito. Turnábanse las santas mujeres con militar exactitud; la que pasaba en vela una noche dormía la mañana, y tan contentas; todavía les sobraban las horas para arreglar a los otros muchachos, que les cobraron el natural afecto que la gente de iglesia, cuando es buena, inspira

a los niños. Las madres, suponían viuda a Carmen o con el esposo lejos, ganándose el pan en un lugar distante, pues ella no soltaba prenda; y a pesar de que el médico sabía cuál era el *lugar distante* en que Ortegal paraba, tampoco aventuraba la mínima alusión.

Julio, invariablemente, mandaba preguntar por su hijo tres veces al día; pero ahora con un cargador, pues Antuñano, exasperado con su criminal flema, le negó el concurso de sus dependientes; no le cabía en el juicio que con simples recados se conformara. Julio dejó de frecuentar el almacén; enviaba a su emisario y lo esperaba subiendo y bajando por la acera o frente por frente de la casa, presa de indecible angustia, la vista clavada en los gruesos muros que encerraban a Julito. Engañó a Clotilde; contábale que el niño iba de alivio, que no tuvo cosa de cuidado; porque Clotilde, a los comienzos del tifo, mientras Ortegal no lo supo y no huyó, interesóse vivamente por el muchacho; recomendábaselo a su propio padre, sin duda para ahorrarse ella una buena parte de sus remordimientos.

—No te le separes, así dejes de verme; atiéndelo mucho, con mucho cariño, como si yo fuera la enferma. ¡Pudieras llevarme!... aunque no, de vergüenza no podría mirar a Carmen.

Gomar manejábase a maravilla; visitaba a Julito cuatro o cinco ocasiones en un solo día; nada cobraba, y determinadas drogas caras, la quinina, *verbigratia,* suministrábala gratis. El séptimo día de la enfermedad, Julito casi se murió; la mañana y la tarde las pasó en relativo despejo: rióse de lo que las madres le cotorrearon por distraerlo, e hizo a Carmen amantes y expresivos guiños de ojos. El desdichado

simulaba un esqueleto de flaco, tenía los labios hinchados y negros por la calentura, deforme la boca y tan reseca la lengua, que con justicia clamaba en su delirio que le sacaran aquel trozo de cartón. Gomar, desconfiando del aparente alivio, comunicó sus desconfianzas a las madres, demasiado entendidas en achaques tales.

—Me inspira miedo la crisis, decíales, y les encargo que a la hora que se presente, sea cual fuere, me llamen en seguida, y mientras llego le darán ésto y le pondrán aquello.

La crisis se dejó venir tremenda, minutos antes de la media noche. Se incorporó Julito exigiendo su ropa; debía marcharse y marcharse en el acto, síntoma de muerte curiosísimo, ese inmoderado afán de viaje que asalta a los enfermos graves en los instantes de verdadero peligro. Y se abalanzó al piso con inaudita fuerza, él, que no podía conservar la cabeza sin un sostén, so pena de un vértigo. Opusiéronse las madres, lo retuvieron.

—Madrecitas, déjenme ir ¿no ven que hay personas esperándome?

—Avise Vd. a la señora y que vayan por el médico, ordenó la madre a la hermana.

Carmen dormitaba en un sofá ¡qué diantres! la naturaleza no es de hierro, y la infeliz apenas si dormía en las noches. No obstante la excesiva precaución con que fué despertada, adivinó el suceso.

—Mi hijo se muere ¿verdad?...

Y al entrar a verlo, moríase en efecto. Lo halló rígido; un brazo, inerte, a lo largo del enflaquecido cuerpo, doblado el otro sobre el pecho, inquieta la mano, con movimientos carfológicos. Vidrioso el mirar y perdido, allá, en las regiones del Misterio, que

sólo a los moribundos es dado contemplar, imponía respeto a las tres mujeres que presenciaban la solemne y prematura partida. También movía los labios, sin formular palabras, cual si sostuviera la conversación última con todo lo que se dejaba en este bajo mundo, y de la garganta le salían intermitentes y congojosos ronquidos.

Carmen se tiró a él; lo cubrió de besos, mortaja la más preciada con que solamente una madre puede envolver, y Julito, insensible, seguía roncando, la mirada siempre allá, en el Misterio!... Las dos resligoisas, hincáronse al lado de la cama, con sendas velas de cera y el devocionario abierto; la más joven, colocó en la inquieta mano de Julito su enorme crucifijo del rosario monástico, el que principió a moverse al compás de la mano que agonizaba. Carmen, que no se convencía, que no podía convencerse, le gritó al oído:

—¡Julio! ¡Julito!... ¡mi vida! ¿no me oyes?

¡Qué había de oírla!

Y ante el persistente y fúnebre ronquido de su hijo, triunfó la madre creyente; se arrodilló a su vez y unió sus plegarias a las de las religiosas, que por lo bajo, repetían:

—¡Sal, alma cristiana! Sal en paz, de este mundo.

Gomar entró hecho un huracán, sin preguntar nada. Apartó a las religiosas y a Carmen, apagó los cirios con el abrigo que después arrojó al acaso, y auscultó a Julito.

—Seguro, la congestión; pero tenemos un hilo, un hilo que no se revienta aún.

Cargó su jeringa con cognac, y como quien da una puñalada, la clavó verticalmente en la tetilla izquierda de Julito, que al recibir el alcohol, contestó con un

grito franco, poderoso, de organismo que resucita, que siente un dolor físico y recuerda que para los dolores tenemos los quejidos.

—¿Gritas?... pues ¡otra! exclamó Gomar hablando solo y cargando de nuevo su jeringa, que de nuevo se hundió a devolver la vida al que moría.

A la hora de esto, Julito se salvó. Declaróse a la madrugada la crisis legítima, con sudor copioso y quietud de buen carácter, rítmica la respiración y desvarío de renacimiento.

—Así es el tifo en sus crisis, explicábales Gomar satisfecho, así, formidable, despiadado, mas si queda un huequecillo por donde meterse, abundan las probabilidades de derrotarlo. Ahora, voy a seguir con Vd. (*por Carmen*), se tomará Vd. este bebedizo; está Vd. mortal. Y le recetó bromuro que le endulzó con propia mano, de muy buen humor, apurando una taza de café, que sostenía haber ganado. Al ser de día, se retiró, dando toda clase de seguridades, garantizando la vida del paciente.

—Ahora sí que arriesgo mi cabeza; verá Vd. qué famoso se nos levanta de la convalecencia.

¡La mañana tan llena de sorpresas gratas que tuvo Carmen! Primeramente, su hijo salvado, y después la visita de su maestro de cerámica, tal como Julito lo había descrito; con la chistera, el puro y el levitón, su afable sonrisa y su barba blanca. No necesitó decir quién era; bastó que Carmen lo mirara para llamarlo por su nombre y no permitirle entrar en el dormitorio; se exponía mucho, pues el médico tenía dicho que en la convalecencia multiplicábanse las probabilidades de un contagio.

—Señora, a mis años ya no prenden los contagios ¿qué quiere Vd. que se me pegue con esta mi incu-

rable plaga de calendarios? Hasta ayer no supe la gravedad, que si la sé antes, antes me descuelgo por acá.

Sin más ni más, sentóse en el comedor, y no bien se refrescó, entróse en la recámara. Reconociólo Julito y le alargó la mano, entablando con él idéntica charla a la que entablaba con Carmen y las religiosas; disparates y sensateces, una especie de delirio lúcido. Para cuando se levantara, le ofreció al maestro ascensos, regalos, honores; riendo el maestro de las grandezas fantásticas de su discípulo.

—Oye, Julito, díjole ganado por súbita inspiración ¿no querrías acabar de curarte en mi casa, allá en la alfarería?... Vaya, señora (*a Carmen*), haga Vd. esa calaverada, un mes de campo en obsequio de éste... hay sitio para todos, para su marido, para los muchachos; ya sé cuántos son Vds. ¡estoy enterado de la familia!

Resistióse Carmen, pues la avergonzaba confesar a aquel buen señor sus descalabros domésticos, la fuga de Julio ante la enfermedad del hijo, esa preferencia por la querida, que había muerto las últimas partículas de su afecto de esposa. En cuanto a agradecer la oferta, agradecíala con toda su alma, pero de veras, no podía aceptar. Además, érale preciso consultar con su marido, quien estaba viviendo con un amigo, y...

Gomar, que se colaba sin llamar ni anunciarse, se apareció a tiempo de echar a perder la disculpa. Todo le parecía santo y bueno, excepto rehusar la invitación de ese caballero; al campo, al campo.

—Pues, añadió en broma, si la señora se opone, denuncio el caso al Consejo de Salubridad y en el hospital de San Pablo paramos todos.

—Doctor ¿y Julio?

—¡Qué Julio ni que niño muerto! A Julio le diré yo, que, como médico, prescribí la mudanza.

Simpatizaron Gomar y el escultor; juntos despidiéronse de Carmen y de las religiosas, únicas impasibles ante la batahola que se preparaba, igualmente resignadas en una vivienda pobre que en una desahogada quinta.

Caminando en la calle, confió Gomar al maestro la situación de Carmen:

—El jefe de esta familia, se hunde absorbido por una mujer que le ha vuelto el juicio; y esta madre infeliz, es inimaginable lo que lleva sufrido con el abandono. Acaba Vd. de hacer una inmensa obra de caridad, señor don Eustaquio; figúrese Vd... Y le narró la historia, completita, con grandes aspavientos y uno que otro terminajo médico.

Mudo escuchábalo don Eustaquio, haciéndose el cargo gravemente, cual corresponde a un viejo de talento que ha visto y pasado mucho; en las situaciones culminantes, limitábase a encoger los hombros o a reprobar con la cabeza. Exaltado terminó Gomar, preguntándole si no lo indignaba aquello:

—¿Qué le parece a Vd., hombre?...

—Que es muy humano, repuso el anciano escultor, así es la vida!!

Estupefacto se quedó Gomar, hondamente deslumbrado con la magnánima filosofía del artista; sintiendo que todas sus moralejas domésticas venían por tierra; que no hay impecables, que, en efecto, la vida es así.

—La culpa existe, continuó diciendo el viejo, el hecho cometido es atroz, reprobable y reprobado, pero Vd., yo, aquél que va por enfrente ¿podríamos

garantizar que en igualdad de circunstancias no habríamos o no habremos ejecutado otro tanto? Mi querido doctor, cada hombre y cada mujer, somos un arcano; tal vez lo que Vd. no cometa nunca, lo cometió su padre o lo cometerá su hijo ¿qué sabemos?

—Vd. sí que sabe, y mucho.

—No, doctor, sé menos que Vd.; pero he vivido más, he ahí el secreto.

—¿Admite Vd. mi amistad?

—¿Y cómo no si se ve Vd. forzado a frecuentar mi casa, mientras Julito no sane por completo? Seremos amigos a la fuerza, concluyó sonriendo, sus ojos garzos, francos y leales, dando de lleno en los de Gomar. Además, agregó, no suponga Vd. tan meritoria mi acción, lleva sus ribetes de egoísmo. Perdí el único hijo que tuve, este muchacho se le parece, y quiero hacer algo por él, en memoria del otro.

La translación de Julito fué imponente. Dentro de una camilla, iba escoltado por las dos religiosas, con sus tocas ocultas bajo el mantón, levantados los rosarios y rezando para sí. Al lado, el viejo maestro, entre los labios su sempiterno cigarro puro, y su mirada de fatigado observador, posándose en los prójimos, con algo de superioridad y mucho de conmiseración.

Carmen permaneció en la casa, para presidir a la mudanza. El mundo de recuerdos que saltan a la vista cuando se remueven objetos y trastos, le significaron un exacerbamiento de sus penas. El lenguaje sin palabras de lo inanimado, hablábale de Julio, de su ventura ida, de lo desconocido que la esperaba. De repente, tentábala la ira, un mal formulado deseo de encararse con la Divinidad ¿por qué le había arrebatado a su marido?... Y su hijo, su hijo recién resu-

citado le atajaba la queja; la obligaba a dar gracias; a palpar las iniquidades de la existencia que nunca nos da todo, que con un goce nos manda un dolor: ganaba un hijo pero perdía un esposo! Porque hallábase resuelta a perderlo, es decir, a dejarlo perdido. Después de lo que Julio había perpetrado, sólo un santo perdonaría, ella no, porque era madre, madre que agonizó con la agonía de su hijo, sin que la compartiera el padre y sin que la consolara el marido.

Por eso, al entregar las llaves a la portera, al divisar por la postrera vez el inmundo patio, la brutal curiosidad de los vecinos que se agolpaban a puertas y ventanas, Carmen dejó correr sus lágrimas y que sus hijos salieran en tumulto, dichosos y risueños ante la perspectiva gratísima de una casa de campo.

———*———

TERCERA PARTE

I

Con toda clase de miramientos, colocóse a Julito en una de las mejores habitaciones de la alfarería; la que quedaba junto al estudio del maestro y a la calle caía con su ventana de reja, al igual de la sala y del dormitorio de los dueños.

A Carmen le tocó la estancia de los recuerdos enlutados, la que no se abría nunca, porque en ella había muerto el hijo único del anciano artista, quien sólo de cuando en cuando iba a aspirar la desaparecida fragancia que aun creía percibir de los últimos suspiros, los lamentos últimos de aquel mocetón que fué su idolatría, su esperanza y su orgullo. Permanecía tal como su inquilino la dejara; en un ángulo, el catre de hierro, sus cortinas amarillentas y empolvadas, pendientes del techo; encima de la mesa de noche, el reloj de plata, regalado en un cumpleaños; el libro leído antes de la gravedad; dos frascos con evaporadas drogas, y atada a la cabecera, una *Madonna* legítima, devotamente sacada de Roma con exceso de indulgencias papales, por la esposa de don Eustaquio. Abajo de la ventana que daba al jardín, la ancha mesa de arquitecto, llena de escuadras y compases, de proyectos de edificios y de libros enormes, sobre Bellas Artes; su tintero humorístico, que in-

consciente salvaba a los papeles desordenados, con su fealdad de cráneo humano, simulando marfil. En los muros, fotografías y más planos, iluminados éstos, a la aguada. En el cielo raso, una colosal pintura, las Artes y las Ciencias a la greña, broma de un pintor, íntimo de Gustavo y su compañero en la Academia. También en el muro, dos anaqueles soportando pequeños bocetos de don Eustaquio, bustos de sabios extranjeros y nacionales próceres, un retrato en yeso de Gustavo, y un ranchero, jinete en un toro alborotado. Los demás muebles, en completo desuso, habían adquirido un poético tinte de ancianidad; las sillas, el armario, el espejo del lavabo, la vieja alfombra muy marchita, raída en el umbral de la puerta y dejando adivinar las junturas de los ladrillos. Un único detalle alegre, que no se advertía de pronto, por hallarse en el más obscuro rincón: una guitarra con su rosa y sus listones, a la española, sus armonías dormidas de años atrás, ocultando entre sus trastes enmohecidos y sus cuerdas truncas, sabe Dios cuántas juergas estudiantiles y cuántos cantos de juventud y de dicha!....

Don Eustaquio en persona instaló allí a Carmen y Bito, sin decir por qué tenía amueblado el cuarto ni quién había sido su último ocupante.

—Aquí estará Vd. bien, señora; comunicada con Julito por este lado, con los demás muchachos por este otro e independiente de nosotros. Conque, fuera mortificaciones y a ver qué tal nos va.

Agnese, la mujer de don Eustaquio, entró al arreglo femenino, a la cuestión de sábanas y limpieza. Aparentaba unos cincuenta años y a pesar de canas y arrugas, conservaba rastros de extinguida belleza, el perfil correctísimo, como de buena romana; los dien-

tes completos, blancos, unas perlas verdaderas. Era un tantico ignorante, aunque con la sabiduría del silencio oportuno; afable, risueña; sin hablar bien el español, no obstante el tiempo que de practicarlo llevaba, y sufriendo la eterna expatriación con sin igual heroísmo. Cuando descubrió a las religiosas, se encantó, les prodigó finezas y atenciones, habríales cedido su propio cuarto, sí, el tálamo conyugal, con tal de que las madres tuvieran lo mejor.

Rehusaban ellas, en cualquiera parte estarían bien, por lo que fueron a parar a una habitación denominada del "monumento", a causa de que allí se hallaba un boceto enorme, ideado para un concurso que perdió el maestro, envuelto en manta, desmoronado a trechos, en las esquinas y en la base; el resto endurecido, intactas las figuras principales: el Cura Hidalgo, de una cuarta de altura, abrazado a una bandera que medio lo cubría con sus pliegues, en valiente y feliz actitud. Y transcurridos los primeros instantes de trastorno inevitable, volvió el caserón a su inmensa paz, una paz que hacía bien al ánimo y al cuerpo.

Desde la histórica arcada exterior, que el municipio venía demoliendo, de piedra pura, secular y agrietada, la conductora del agua, puede decirse que principiaba la quietud de la quinta; sobre que el espacio de los arcos a la fachada, tan agrietada y secular como ellos, adquiría el aspecto de un amplio recibidor a la intemperie. En seguida, el zaguán alto y ancho, de gruesos y ennegrecidos clavos, sus incoloras maderas algo apolilladas, cerrado hacía siglos y con sólo su postigo en activo servicio, presentaba su número a la izquierda, pintado en un azulejo, a la antigua; a entrambos lados, sendos poyos de piedra con musgo

aquí y allí, y caprichosas cavidades cinceladas por el gotear de las canales, que arrancaban de la citarilla como trompetas egipcias, tocadas por unos ángeles mofletudos, de cantería labrada burdamente, unas gárgolas primitivas y verdosas, semejantes a las que ostentan muchas viviendas del apartado barrio. Las cuatro ventanas de la fachada, corridas, con rejas simples, sus remates de ladrillo y unas cortinas blancas, al interior. El portal del zaguán, húmedo, sombrío, de losas, lo mismo que el patio; a la derecha de éste, las habitaciones dando vuelta en forma de martillo, y a la izquierda, una tapia recta, que diz que separaba la casa de la vecina, cosa que había que creerlo bajo su palabra de honor, pues se caía de puro vieja, sin agradecer el perpetuo y múltiple beso que estampaban en ellas unas enredaderas, y la siesta que echaban ejércitos de lagartijas a la hora en que el sol iluminaba hasta las mínimas arrugas y oquedades de la tapia.

El patio, comunicaba con el jardín por una puerta de madera, mitad maciza y mitad verja. El jardín, espacioso e inculto, hallábase cuajado de plantas que crecían y se matrimoniaban a su antojo; muchos rosales, abundancia de violetas y margaritas, y flores plebeyas, sin nombre o de nombres vulgares: amapolas, manto-de-la-virgen, espuela-de-caballero, huele-de-noche ¡qué se yo! un mundo de colores y de aromas, de manchas y de claros. En el centro y cerca de la fuente, que no se cansaba nunca de cantar con el chorro de agua de su único surtidor, una romanza que sonaba a beso lejano, erguíase un señor fresno, grueso de tronco, altísimo, de enmarañado y amplio follaje, quizá plantado en las épocas de la Conquista, y que balanceaba sus secretos, deletreados apenas por

las parvadas de pájaros que entre sus ramas anidaban desgañitándose a silbidos y gorjeos, a la hora de los dos crepúsculos. Eran muchos, más cada día, pues don Eustaquio prohibió a criados y operarios que se los hostilizaran:

—Es mi orquesta, les dijo.

En el fondo del jardín, la alfarería, un galerón de madera con bastantes ventanas; apoyado el horno contra una pared medianera, y al rededor de uno y otro, caprichosos tendidos de macetas, cazuelas y ollas. Frente al horno, el gallinero de Agnese, tan remendado e inservible, que gallo y gallinas lo usaban sólo para dormir; el resto de la jornada, picoteaban plantas, basuras y paredes, en constante huída de los aprendices y del perro. Lo sagrado del local, era la hortaliza, defendida y cercada con trozos de alambre, clavos, fragmentos de botellas y de platos.

Veinte años llevaban de habitar la finca; de hacerle por su cuenta algunos aditamentos e incompletas reparaciones; de considerarla cosa propia. Instaláronse en ella al arribar de Europa, Gustavo muy pequeño, Agnese linda aún, el artista lleno de esperanzas y de ideales. Allí saborearon su efímera grandeza y su decadencia en aumento siempre; los ensueños de recién llegados, con el caudal de conocimientos en las maletas y en el cerebro; el escultor, deslumbrado con lo visto en la nación del Arte, anhelando pagar con creces la pensión recibida, anhelando crear obras inmortales, las engendradas en la vecindad de los grandes maestros, las que se acarician en las horas nostálgicas, cuando se piensa en la patria, en su cielo y en sus hombres, cuando ignorado y dulcísimo llanto nos evoca rostros amados, dichas de infancia, todo lo puro que en lejanas tierras reanima

y estimula. Allí, Agnese y el escultor, velando el sueño de Gustavo, recortaron los sueltos de los periódicos, las calurosas bienvenidas, los halagüeños augurios, las promesas embozadas de ascensos y premios... ¡Ay! pero también allí cosecharon los desengaños primeros; la indiferencia del público hacia los proyectos y los ensueños; los despiadados consejos de dedicarse a otras cosas, de conseguir un buen empleo; los juicios bárbaros, de ignorancia crasa, acerca de diseños y bocetos; el universal encogimiento de hombros de una sociedad analfabeta.

Tentado estuvo don Eustaquio de volver a marcharse, de expatriarse por segunda vez y para siempre, fabricándose un México quimérico dentro del corazón y llevárselo consigo adondequiera que fuera; mas las necesidades, la prosa, la ley del hambre estorbáronle la realización; obtuvo al fin la cátedra de cerámica ¡él que tenía una imagen firmada en Santa María Maggiore! y por remate, la cátedra en la Academia. Mal vivía con los dos sueldos reunidos, y se decidió por la industria, por lo manual que da dinero a cualquier hijo de vecino ¡qué remedio! Gustavo crecía y fuerza era educarlo, proporcionarle la sola armadura que proporcionan los padres pobres. Abrió la alfarería, pero cerró el estudio; hizo millares de macetas y pucheros pero ninguna escultura; a lo sumo y si el afán tornábase invencible, se encerraba en el taller, a retratar a su hijito, a su esposa, a su perro, guardando los retratos como el cuerpo de un delito, como temeroso de que se burlaran de su debilidad de artista.

Víctima de una *jetattura,* según Agnese, de una mala suerte, según él, perdió a su hijo, un hijo ya con carrera, inteligente y joven; el que lo consolaba

en su naufragio; el que lo obligaba a reír a solas, de pura felicidad, y dejarlo todo por bien perdido. A contar de entonces, acabósele de ir lo que de buen humor poseía, entrándole en su lugar un desencanto tierno más inclinado a la benevolencia que a la misantropía; una no confesada compasión de espíritu superior, que se resigna a terminar el viaje de la vida lo menos mal que pueda y aunque los compañeros de camino no se hallen a su altura.

Interesóse el maestro por Julito, quien, aparte de lo simpático de su aspecto, hacíalo más interesante ese amor que a su madre profesaba. Se dió a quererlo con cariño de viejo que ha sufrido y necesita sentir el último afecto nuevo. Por eso lo distinguió en la clase; por eso lo empleó en la alfarería; por eso y bajo el pretexto de la convalecencia, se lo llevó a vivir con él, con él y con Agnese, para que les comunicara, viviendo junto a ellos, el calor de juventud y fuerza que les hacía falta. Ni se sospechaban los Ortegal cuántas noches fueron el objeto de la plática en la melancólica cena de los dos ancianos; hasta resolvieron cargar con el papá, si de otro modo no realizaba don Eustaquio su designio. De tal suerte, que al enterarlo Gomar de las tardías chifladuras de Julio por Clotilde, don Eustaquio casi se alegró; ya que no era responsable del domóstico drama, que siquiera se ganara a Julito, a sus hermanos, a su madre; resucitaría el caserón, volvería a resonar en sus ámbitos la música inefable que con sus risas y sus juegos llevan los niños a todas partes. Algo más humano había también en el repentino querer de don Eustaquio: Julito asemejábase a Gustavo, tal y cual facción venían a ser idénticas a las del malogrado arquitecto.

—Fíjate bien, decía a su esposa, cuando entres a su pieza y sin que su mamá se entere; verás cómo se parecen.

Y con tan buenos elementos, dió principio la convalecencia. Julito, hecho un Cristo, a causa de las inyecciones de quinina que se le convertían en otros tantos abscesos, abiertos por Gomar uno a uno, con hondas incisiones de bisturí, gritos del paciente y sustos de Carmen, que ayudaba a la dolorosa cura. El enfermo no presentaba trazas de recuperar el sentido, seguía delirando como en los momentos de mayor fiebre. Y a pesar de que también seguía distinguiendo sitios y personas, Carmen, atormentadísima, no se conformaba:

—Doctor, mi hijo me queda loco ¿no lo oye Vd.?

Internábase Gomar en profundas disquisiciones científicas; apelaba a su estadístida personal y a la de las autoridades en la materia. Muchas veces, cuando el tifo ha sido fuerte, el fenómeno se efectúa, la debilidad cerebral persiste por más o menos tiempo, sin ser nunca eterna ni indefinida.

—Se lo prometo a Vd., doña Carmen; de repente, sin que Julito mismo se haga el cargo, volverá a sus cabales. Mañana, su primer baño, y nuestra despedida a las religiosas.

Gracias a los hermanos de Julito, que se encargaron de romper el hielo, en la quinta reinaba la confianza. Desde muy tempranito, al llegar los operarios, perdíanse los muchachos en el jardín y en la alfarería; hasta lograron encaramarse en el respetable fresno, el que de miedo a visita semejante, algo se deshojó. Gozaba el maestro con sus perrerías, y para no espantarlos, desentendíase de ellas.

Aquel día, después del baño de Julito, anunciaron al escultor que una visita deseaba hablarle.

—¡Una visita! ¿Y quién puede ser?...

Era Julio, que hasta ese momento descubría el paradero de su familia, pues Gomar olvidó de advertírselo en el juzgado. Hablaba de prisa, fruncido el ceño, sin aceptar asiento.

—Señor Ortegal, Vd. tiene razón y yo no tengo culpa. Propuse mi casa, el médico ordenó que se aceptara, ofreciendo participárselo a Vd., y la translación se llevó a cabo. Sin embargo, nosotros debimos cerciorarnos, repetir el aviso, consultar... De todos modos, Vd. es el único que manda. ¿Desea Vd. que le llame a su señora?

Ante la afirmativa y muda réplica de Julio, el maestro fuése a prevenir a Carmen.

—¿Cómo, Julio aquí?... y ¿dice Vd. que está enojado?...

En seguida salió, erguida, solemne; comprendiendo que iba a tener con el padre de sus hijos la inevitable y última entrevista. Ni ella ni él se saludaron, viéronse nada más.

—¿Nos permite Vd., señor, que hablemos aquí? preguntó Carmen señalando a la sala.

D. Eustaquio, desde lejos, hizo que sí con la cabeza, y Carmen agregó:

—¡Pasa!

No obstante la proximidad de los asientos, persistían en su mutismo; Julio, sin los bríos que en un principio lo animaban; Carmen, sin la más remota idea de perdón, desvanecidos sus propósitos mejores a la vista del culpable; agitándosele en el pecho sus amarguras y sus zozobras.

—¿A qué vienes? ¿qué me quieres?...

—¿Por qué te has mudado sin avisármelo? ¿por qué aceptaste una casa que no es la mía? ¿quién te autorizó?

—Que ¿por qué me mudé sin avisártelo?... Es natural que lo ignores ¡llevas tanto tiempo de no vivir con tu familia! Sin embargo, acuérdate de la gravedad de tu hijo ¿acaso tu mandadero no te daba mis respuestas, cuando te molestabas en ir a informarte hasta la esquina de la calle?... Pues, reclámale lo que le tengas pagado, porque te robó, debió decirte que tu hijo agonizó más de una vez, que yo lo atendía sola, que se me ha salvado por milagro...

—Todo eso no te disculpa, no, aunque me mires así. Podría yo acusarte ante los tribunales, como lo oyes, porque yo soy el padre y el marido.

—¿Tú?... ¿tú padre?... ¿marido tú?... Mentira, mentira, tú no eres nada nuestro, absolutamente nada, ni de ellos ni mío... A ellos los has engendrado por equivocación, y a mí, a mí que me sacaste de mi casa niña y pura, que me juraste una porción de cosas, me has usado lo mismo que a un mueble, para arrojarme después a donde va lo inservible, lo que ya no nos gusta, a la desesperación y al olvido... ¿Derechos? ningunos tienes ni nadie en el mundo te los reconocerá; con sólo que yo hable y cuente tu ingratitud y tu abandono, tú serías el castigado.

Comprendiendo Julio que por ese camino perdía el pleito, cambió de súbito con fingida seriedad, cual si la ofensa no le permitiera transigir. Nunca sospechó que su propia mujer lo hiciera a un lado, por más que se reconociera algunos yerros, yerros que explicaría en el instante en que lo intentara. Y se puso a inventar desvíos de Carmen, contratiempos en la ca-

lle, en la oficina; avances de su enfermedad, su miseria, una variedad de causas que enumeraba entre suspiro y suspiro.

—Siempre he sido muy desgraciado, y a ninguno le consta mejor que a ti. ¡Si pudieras comprender!...

Carmen permanecía inconmovible; por más que en efecto le constaran los padecimientos de Julio, no se sentía inclinada a perdonarlo. Escuchábalo sin interrumpirlo, con ímpetus de hacerlo padecer, allí, a sus pies y de un solo golpe, lo que padecía ella desde que Clotilde habitó su casa. Y como no podía realizarlo, manteníase reservada, resuelta a no ceder sino en un improbable y único caso: que Julio renunciara a la mujer aquella y recomenzara con Carmen la vida de antaño, aunque ya sin confianza y con escasísimo afecto, un sacrificio real en aras de los hijos.

Julio reaccionó; creyó hallar una salida que conciliara los antagónicos intereses en que se debatía. Fingiendo enojos, ya no le echarían a la cara su posterior proceder, el que se proponía observar:

—¿De modo que no deseas vivir más conmigo?

—Contigo sí, desde este momento, pero sin la otra.

Nueva pausa. ¿Cómo decirle a Carmen que viviría él dividido, su alma y su cuerpo en la casa de Clotilde, su apoyo pecuniario y apariciones fugaces en la casa de sus hijos? Tuvo un arranque, soltarle la verdad, dulcificándosela con promesas.

—Carmen, que termine el engaño; tú eres buena y me perdonarás. Mujer honrada si las hay, no conoces el mundo ni a lo que los hombres estamos expuestos. Confieso que te he ofendido, que soy un miserable, sí, dímelo, no temas que me sulfure, demasiado que lo merezco. Tengo una mujer, una mujer que no amo, pero que... pero que...

Aquí se le enredó la lengua; imposible confesar la segunda parte, su falta absoluta de voluntad para abandonar a la querida, su preferencia por el rompimiento con la familia. Y al alzar la vista, miró a Carmen ¡mujer al fin! que lloraba, que lloraba mucho, hundida la cabeza en el respaldo del sofá y el pañuelo en los ojos. Se supuso salvado, traducía ese llanto como un sedimento de cariño y una ausencia de fuerza. Traidoramente, la cogió las manos e imploró gracia:

—Admites ¿no es cierto?

—No, no admito ni que me toques con la punta de los dedos. Nada existe entre nosotros... vive con quien te parezca mejor... cuando más, verás a tus hijos... a mí ni eso... me das asco, me das horror, no sé lo que me das...

—Mira, Carmen, no rompas nuestra cadena; piensa lo que dices, piensa...

—Hemos concluído... murmuró Carmen con trabajos, saliendo al patio.

Y esa unión de dieciséis años, rompióse en realidad sin un postrer beso ni un apretón de manos, como se rompen a la larga las uniones de hombre y mujer, porque el humano corazón no está conformado para amar ni para aborrecer eternamente.

Llegó Carmen al jardín, apoyóse contra el fresno y desde allí llamó al maestro:

—Señor don Eustaquio, Julio se va y quiere despedirse de Vd.

El anciano comprendió el siniestro y voló a la sala ¿por qué no había de ser él quien compusiera a un matrimonio amigo?

Cerró las puertas, sentóse al lado de Ortegal, y poniéndole una mano sobre el hombro, apeló a su ex-

periencia, a la conmiseración que sus semejantes le despertaban por andar siempre con el pesado fardo de sus pasiones a la espalda, y comenzó a hablar. ¿Qué locuras eran las de separarse así, cual se separan dos animales? ¿y los hijos? ¿no están armados de derechos y de títulos? ¿y si mañana se perdían por culpa de su padre?...

—Ya, ya sé lo que va Vd. a contestarme, continuó el artista, al notar que Julio iba a interrumpirlo, ya lo sé; que adora Vd. a una querida, que es Vd. la víctima de sus hechizos y ya ni lucha por desvanecer el encanto ¿no es eso?...

Sí, eso era, éso. Y Julio que jamás fué de alientos, que aun temblaba con la violenta escena acabada de pasar, se desbordó en aquel viejo que sembraba en su derredor la simpatía.

—Le protesto a Vd. que en mi vida he querido como quiero ahora. Tomé por amor, un afecto muy distinto, el que le profeso a mi esposa, el que sigo profesándole a pesar de todo... ¡Que me condene el que no haya amado!... ¿Vd. me condenaría?...

—Yo lo que haré será curarlo a Vd., siempre que se preste a ello, diciéndole lo que no le dirá nadie y de fijo ha de horrorizarlo, el fin natural de sus amores, sin que ese fin sea la muerte. No, no me interrumpa Vd.... Empiezo por no conocerlo a Vd.... y a su querida menos, de consiguiente no adivino de lo que serán capaces. Sin embargo, desde luego le vaticino que Vd. o ella, el que primero se hastíe, dejará al otro y lo dejará con ligerísimos remordimientos, aprovechándose de cualquier pretexto que medio justifique la ruptura, y en último caso sin pretexto ninguno. Fíjese Vd. en que no me meto a predicarle moral respecto de su familia; me limito a la enferme-

dad de Vd. ¿que hará si su querida lo abandona o si sin abandonarlo materialmente, palpe Vd. que ya no es suya, que ya no le pertenece aun cuando se le entregue?...

—Pues, morirme ¿qué he de hacer? Esto que tengo, el pecho o el corazón, me matarán pronto.

—Esas son historias, amigo mío; eso se dice y eso se cree, pero no sucede. La muerte, en la mayoría de las veces, llega cuando no la necesitamos, cuando creemos haber cogido la dicha, que nos sonríe y reconcilia con lo anteriormente sufrido. Entonces sí que se presenta y no admite esperas, ni la conmueven lágrimas, ni la alcanzan súplicas; es preciso seguirla. Lo que es en los grandes dolores, en las grandes crisis, no hay memoria de que la pícara acuda a libertarnos, al contrario, entonces es cuando mejor estamos de salud, quizá para que más nos duela nuestra miseria. Y supuesto que con la muerte no hay que contar, debemos pensar en otro medio ¿qué hará Vd.?

—Pero ¿por qué ha de abandonarme ella si yo la quiero tanto?

—Por eso, porque el amor se fastidia, pronto se aburre con la fidelidad excesiva. Además, yo no aseguro que sea ella la que abandone primero; tal vez sea Vd.; tal vez venga un día en que lo que experimenta Vd. ahora por su esposa, ese afecto tranquilo, la otra se lo inspire. Y hoy todavía, la reconciliación con Carmen sería fácil; después ya no ¡qué demonio! considere Vd. lo que ha hecho y en qué circunstancias lo ha hecho Vd.; se ofendería una santa. Vamos, amigo Ortegal, decídase ¿se le traigo a Vd.?

Como general que calcula el empuje de sus tropas antes del ataque decisivo, Julio recapacitó. Y no se le apareció su familia sumida en el desamparo y en la

ruina, ni sus hijos perdidos y señalándolo a él como autor de su perdición; apareciósele Clotilde envuelta en belleza y voluptuosidad, Clotilde que le prometía aun más deleites de los que le llevaba dados, y le tendía los brazos, allá en la perfumada alcoba semi obscura, en la casa aquella que los vientos defendían. También se le aparecieron las sombras de dos pretendientes de Clotilde: un alto funcionario que la asediaba con Celestinas y ramilletes anónimos, que Julio despedazaba frenético, y un joven acomodado, muy apuesto ¡oh! mucho más que el pobre de Julio, que en carruaje propio se estacionaba en la Calzada; dos sombras que despertaban en Ortegal tentaciones homicidas y secreta rabia de que Dios no lo hubiera forjado así.

—No es posible, señor, me voy siempre, y si Vd. accede a prestarme un señalado servicio, completará su obra. Permítame Vd. que le entregue mi sueldo íntegro de cada mes, para que con él cubra mi familia sus necesidades; yo no tengo derecho de distraer ni un solo centavo.

—Vd. lo ha dicho, de su familia es y su familia lo recibirá. Pero ¿Vd.?

El se buscaría un empleo nocturno, cualquier pequeñez. Y su tos, que lo había respetado durante la entrevista, lo atacó formidable, sin misericordia, tuvo que esperar un gran rato a que su respiración se regularizara. Luego, suplicó un favor más, hablar con sus hijos, con el convaleciente sobre todo.

—Señor don Eustaquio, procure Vd. que no se hable mal de mí, que mis hijos no me desprecien como mé desprecio yo; que me supongan ausente, lo que a Vd. le parezca, pero que no sepan la verdad.

La tos ponía lo así, pusilánime y triste; cual si en sus sacudidas, le anunciara un fin próximo y él adoptara sus disposiciones últimas.

Los muchachos, llamados por el escultor, se precipitaron en la casa, con ruido de catarata, Bito a la cola, cayendo y levantando.

—¡Papá, papacito!!

Y se le colgaron del cuello, tirábanle la ropa, se le montaron en las piernas, comiéndoselo a besos. Bito, por más pequeño, alcanzó a sentársele encima.

—A la hora que Vd. quiera, exclamó el dueño de la casa desde la puerta.

Julito, después del baño, hacía su primera comida formal, atendido por las religiosas. Charlaba como un desesperado, su persistente delirio sin separársele; dulce el tono de la voz y la mirada melancólica y reconcentrada, revelando los esfuerzos instintivos del cerebro por reconquistar la razón. En cuanto distinguió a Julio, que no daba crédito a su vista—¡tan espantosamente destruído hallaba a su hijo!—le sonrió en su asiento y volvió la cara en busca de Carmen:

—¿Por qué vienes hoy? ¿no me escribiste que vendrías mañana?... ¿Ya te vió mi mamá?... Madre, (*a una religiosa*), háblele Vd., dígale que está aquí papá, que venga a saludarlo. Y le reía a Julio, le reía con entrañable afecto, hasta que Ortegal se le aproximó, y para alcanzarlo, para ahorrarle el menor movimiento brusco, se arrodilló junto al sillón del convaleciente. Mientras Carmen decidíase a hablar de nuevo con su esposo, a fingir contento, Julito, iluminado el rostro por seráfica sonrisa, decía a su padre:

—Oye, acércate más, más, es un secreto... ¿verdad que sí me quieres?

Carmen, desencajada, entró del brazo de la religiosa.

—Mira, le dijo Julito, mira quién está aquí... ¿no te lo aseguré, que vendría? ¿no te leí su carta?...

Como notara a pesar de su locura, algo raro en la actitud de uno y otro; arrodillado Julio, y Carmen a distancia, asintiendo con la cabeza por miedo de estallar en sollozos, Julito protestó:

—Pues qué ¿no se abrazan y se besan como antes?... Ah, ya sé, añadió después de reflexionarlo. Madres, (*a las dos religiosas que no entendían pizca*) ¿nos hacen favor de dejarnos solos un momento?

—Vaya (*a Carmen y Julio*), bésense ahora, nada más los veo yo... bésense y bésense, que estoy enfermo.

Ante la exigencia del hijo, Carmen y Julio se besaron en la frente, conmovidos y graves, ocultando sus rencores, representando la comedia del afecto y de la paz doméstica. Afuera, don Eustaquio se sonaba con estrépito.

Julito extendió sus manos descarnadas y llamó a sus padres. Julio, todo trémulo, le estrechó una, y Carmen, anegada en llanto, le abrazó la cabeza, pegó en ella los labios, los ojos, las mejillas y exclamó:

—¡Hijo mío!... ¡hijo mío!

¿Por qué en aquel solemnísimo instante no se realizó el portento de que las almas de Carmen y Julio volvieran a enlazarse? Ello fué que Julio pretextó allí mismo un viaje del que tornaría dentro de un par de semanas:

—Cuando tú estés bueno ya.

—Y que ¿te llevas a mi mamá?

Su mamá se quedaba, si no ¿quién cuidaría de él? Las mamás siempre se quedan junto a los hijos

que sufren, y los papás se van a sus asuntos, a trabajar por todos. Julito aprobaba, parecíale aquello muy en razón, y de nuevo abrazó a su padre a la vez que le recomendaba una fantasía de su cerebro extraviado:

—Ten cuidado, al salir, con un perro de rabia que maté anoche.

D. Eustaquio acompañó a Julio, hasta la calle:

—D. Julio, cuente Vd. conmigo para lo que me crea útil.

Ortegal partió disparado, presa de espantosa vacilación y sin volver la cara, porque comprendía que volviéndola no lo arrancarían de la casa que hospedaba a su hijo, y Clotilde se le iría con cualquiera de sus cortejantes, o se le iría sola, para dar fin a la carnal cadena que los ataba y cuyos eslabones, por mucho que se aumentaran día a día, eran engañosos y quebradizos. Antojósele corta la prolongada Ribera de San Cosme con la mitad de sus arcos en ruina y los otros manando agua, que al despeñarse hacía lagunas diminutas en las que crecían yerbas enanas y multicolores. No reparaba en los atajos de bestias cargadas de legumbres, carbón y leña, que transitaban cubiertas con nubes de polvo gris; ni en los carros de leche que ensordecían con las sacudidas de sus botes de hoja de lata; ni en los tranvías que en dos o tres ocasiones, le dieron alcance y lo dejaron atrás. Julio iba por la parte angosta, la acera del Sur, y cuanto pasaba por la parte ancha, mal lo distinguía entre los huecos de los arcos.

En la acera que Julio seguía, tuvo poquísimos encuentros: criados con sus canastos; niñeras que empujaban cochecitos con niños dormidos o dando puñadas liliputenses en los bordes de sus carruajes, con

ira de querubines descontentos; un perro que otro, tumbado al sol. En las fincas, las ventanas abiertas, y en su interior, formas vagas de muebles, rápidos reflejos de lunas, trozos de lámparas y forro de cortinas; también formas humanas, señoras cosiendo, sirvientas retrasadas en su limpieza, y más niños, sus piernas pendientes de los barrotes de las rejas, muy abstraídos con sus juguetes y sus monólogos a voces, o mirando sin ver algún punto indefinido del espacio, sonrientes ante el baño de aire y de sol que recibían, en encantadora animalidad, retratada en sus caritas una sana alegría de vivir.

En la esquina de Santa María, término de los arcos, Julio se detuvo, ¿regresaría?... Y antes de responderse, la injustificada desconfianza que le engendraba Clotilde le borró el cuadro de su desamparada familia, y se echó a andar aun más de prisa, como con ansia de llegar a sorprender a su querida o como si quisiera huir de sus propios remordimientos. A pocos pasos del cuartel de gendarmes, las abrillantadas notas de sus clarines, que tocaban lista de 12, lo volvieron en sí ¡había faltado a su oficina toda la mañana!

Pensando en cosas informes, que escapaban al análisis, que se desvanecían sin que todavía fueran ideas, púsose estúpidamente a contemplar el alboroto del cuartel; los soldados de guardia, en formación correctísima, descansando sobre las carabinas; en la puerta de la sala de banderas, un corrillo de oficiales, que reían y charlaban; en la de la prevención, dos o tres dragones arrestados, de gorra en la cabeza, empinábanse desde el quicio, muy humilde el mirar. En el gran patio, empapado de sol, vió Julio hombres y caballos, formados también, en cuadro, y en un án-

gulo, las ventrudas marmitas, con el rancho, que despedían humo y aroma de comida caliente. Vió cómo lo distribuían; cómo el cucharonazo de metal sacaba y sacaba trozos de carne, cascadas de arroz, caldo y verdura que se estrellaban en el fondo de las relucientes *caramañolas,* alargadas una a una por los hombres en su desfile.

Bruscamente, dobló Julio a su derecha, por la calle en proyecto, que sale a la calzada del Ejido: calle solitaria, con altas tapias a ambos lados, sin empedrado ni aceras; floja la tierra y conservando huellas de pies humanos, de cascos de caballos y rodadas de carros. Por allí continuó Julio, deteniéndose en ocasiones a tomar aliento, y otras a ahuyentar los últimos escrúpulos.

Claro que había obrado mal, malísimamente, y apretó el paso, espantó a una gallina con cría, limpiábase el sudor, hablaba solo. ¿Por qué era ingrato? ¿por qué se apartaba de sus hijos y de su mujer legítima, para correr tras un placer que le acibaraba la vida? ¿habríasele muerto el corazón sin que él lo advirtiera? No, no había muerto, sentíalo latir, en su puesto, un poquillo agitado por la emoción y la carrera. ¿Por qué entonces, no tornaba donde el deber le ordenaba tornar? ¿olvidaba sus responsabilidades?... Si el viejo ése le hubiera dicho lo cierto y Clotilde lo abandonara el mejor día ¿qué hacer para presentarse a los suyos?...

—No, no, eso sí que no puede ser—casi gritó Julio en la soledad de la calle; no puede dejarme cuando yo por ella lo dejo todo!!

Y a su pesar, recordaba las historias de los grandes abandonos, conocidas al través de las declaraciones de presidiarios y de los escepticismos de abogados y mé-

dicos, a cuyo contacto medio se ilustraba él. Esos dolores que paran en crimen, le salían al encuentro; la falsía femenina, el engaño que se mantiene a fuerza de refinamientos y cuidados, hasta entre los parientes del engañado; la traición al amigo, al propio hermano, todos los horrores de este animal humano que Julio se sabía de memoria, a causa de su empleo. El adulterio, el incesto, el estupro, y como necesidad incurable, dominando con soberanía insolente, el concubinato en todas las clases, lo mismo en las que saben leer que en las que sólo saben sentir... y Julio recordaba el eterno desenlace, el fatal, hastío u odio, un corazón que se queja y otro que olvida!

Y así eran sus relaciones, una pasión de tantas, con sus naturales estragos, pero nada anormal; no alcanzaba a una de ésas que duran hasta la muerte y luego pasan a la música y a la leyenda, para perpetua envidia del común de los hombres. Miraba hacia atrás, y al contrario, de la parte de Clotilde a lo menos, ninguna de aquellas llamaradas que garantizan la compenetración de dos almas. Miraba las resistencias, primero; después, la entrega, el frenesí de los principios, el triunfo de la carne y la ebriedad de lo prohibido, tan poderosa, que no hay ni tiempo para arrepentirse. Mas, ahora que en la desierta calle Julio caminaba sonámbulo; ahora que el escultor había evocado el siniestro y que él había perpetrado horrendo delito en su mujer y en sus hijos, acudían a sus mientes miriadas y miriadas de pequeñeces poco amantes, las que a cualquier pasión acompañan y por mágico ofuscamiento nunca advertimos en sus comienzos.

Llegó al Ejido y descansó asiéndose a la reja que defiende el jardín enorme de la "casa de Buenavista" que no abren jamás y que alojó en una época al cuar-

tel general de las tropas francesas. Un jardín, que más parece bosque, siempre sin mujeres y sin niños; un fragmento de selva escondido en la ciudad, con árboles no muy grandes pero sí muchos; plantas que se abrazan y abrazadas se enredan a los troncos, por distantes que se hallen, formando con sus piruetas tupidas bóvedas de flores y de hojas. En lugar de callejas enarenadas, de jardineros y de fuentes, yerba libre, voraz, que lo cubre todo, los senderos y las rejas, los muros y un kiosko de madera despedazado. Un caño de agua, cuyo nacimiento no se descubre a la simple vista, húndese de repente en perfumada tumba de rosales, que alfombran regiamente un claro en semicírculo.

El aspecto de este jardín, que, proporciones aparte, ofrecía sus puntos de contacto con el del viejo escultor, avivó en Julio la reminiscencia de su hijo, de su Julito, llamado a convalecer en sitio semejante, a recuperar la razón también entre flores, y entonces juzgar y condenar a su padre, si es que no lo tenía condenado ya.

Después y muy confusamente, Julio se calculó solo, sin familia y sin querida; sin recursos, muriendo en algún hospital, en manos que al propio tiempo le lastimaran el cuerpo y el espíritu, manos burdas, de enfermero que no cuenta con propinas. Esta cuestión de los recursos, en que no había reflexionado, ahora lo acobardaba. Por un resto de explicable delicadeza, no podía vivir a cargo de Clotilde; y sin su sueldo y tan mal trajeado ¿en qué hotel lo admitirían a crédito ... Sólo Paz, su amigo calavera que para la más absurda emergencia encontraba salida, lo iluminaría. Y a campo traviesa, dirigióse Julio a la morada de Clotilde.

—¿No me esperabas, verdad?... le dijo al entrar.

II

Clotilde y Julio andaban en el período tristísimo en que la falta pesa; cuando ya se la llama falta, a diferencia de muy poco antes en que se la llamaba con los más dulces nombres: no era una caída, sino una ascensión. Efectúase en este período un curioso fenómeno: de lejos, durante las ausencias indispensables, los amantes se echan de menos; hay una firme voluntad por labrar la dicha mutua, por acrecerla; y de cerca, la voluntad se desvanece; queremos, sí, seguimos queriendo, pero el cariño resulta agresivo, la culpa nos atisba y se interpone hasta entre los besos que damos al reunirnos, después de que venían endulzándonos los labios desde varias horas antes, en el perpetuo fantasear con que nos ocultamos las realidades de la vida. De suerte que, al "no me esperabas" de Julio, respondió Clotilde con forzada sonrisa, que no lo esperaba nunca porque siempre lo llevaba consigo, en la memoria.

—Y ¿en el corazón no? insistió Julio que le oprimía una mano y le alisaba el cabello.

—En el corazón también ¿no lo sabes?

Comieron, y al concluir, Julio soltó su bomba poco a poco, inseguro del terreno que pisaba, inseguridad causada por el exclusivo privilegio de que disfrutan el marido o la esposa, de inspirar, aunque no la me-

rezcan, más confianza que el amante. Se ama al amante pero casi jamás se le estima.

Contaba Julio que un disgusto imprevisto, dada la tirantez existente entre Carmen y él, una positiva tontería, acababa de determinar la separación llamada a gritos pasionales y sordos, en la alcoba del pecado recién nacido y en un himno candente de lujuria compartida.

—¿Qué dices?... ¿te has separado de Carmen y de tus hijos?... ¡Qué horror, Dios mío, que horror! repetía Clotilde cubriéndose la cara, en sincera y nerviosa excitación.

No se contuvo Julio ¿de qué se horrorizaba Clotilde? ¿no muchas ocasiones soñaron ella y él que ya se había realizado? ¿no hasta habían analizado fríamente lo que harían en el caso de fallecimiento de Carmen, lo que equivalía a desearlo, aunque era peor mil veces que la separación?...

Coltilde se tapaba los oídos.

—Julio, por lo que quieras más, por tu madre, que no me digas eso; ¡cállate! ¡cállate!

Pero Julio continuó implacable; gozábase en el pánico de la mujer que idolatraba, causa y origen de sus actos reprobados, su infierno y su cielo. Que se retorciera sufriendo por el mismo crimen, el crimen de ellos dos; que le quitara con sus súplicas y su agonía, la parte que a ella le pertenecía; algo de los remordimientos de él, de sus pesadillas; la mitad siquiera de los espectros que a todas horas y en todas partes lo perseguían.

—¿Sabes por qué te desespera la separación?... No porque tú seas la causa, sino porque ya no me quieres... ¿crees que no lo adivino?... Por eso deseas confesarte, volver a tu iglesia, convertirte en

buena ¡lo creo! yo en tu lugar, buscaría también quién me lavara por dentro... Mira, es más honrado que me digas la verdad, que ya no puedes vivir conmigo ni ser mía, toda mía, dímela, anda...

Y en medio de la atroz flagelación, cayó a sus pies; alternaba los besos al vestido de Clotilde, con las palabras fustigadoras; sus frases de juez y su actitud de mendigo de amor. Sin cesar la acusaba y la acariciaba sin cesar; caricias humildísimas, de bestia inofensiva y débil, que no se acuerda de que la dignidad existe, que por irracional movimiento apodérase de algo que se le va y que no se resigna a perder.

—Dime que no te espanta la separación mía; dime que te alegra, porque con ella tú y yo menos deberemos alejarnos.

Aunque Clotilde dijo cuanto Julio pidió que dijera, era cierto, en efecto, que venía iniciándosele una reacción religiosa. Hacíanle falta el culto, el incienso, las luces, las casullas que deslumbran y la majestad del órgano, el sermón que oprime, que parece dispuesto a delatar nuestros deslices, y las tardes serenas, en el templo desierto, hincada frente a la imagen predilecta, la que creemos nos sonríe y nos escucha con simpatía. Sobre todo, hacíale falta la confesión; era una mística desde chiquilla, la que se distinguía en los ofrecimientos de flores, en los días solemnes de comunión del colegio, cuando llegaba a prosternarse y recibir el eucarístico pan un ejército de niñas vestidas de blanco, y las madres sollozaban, al anciano sacerdote le temblaba el pulso, y la Forma santa salía del cáliz, saludada por las sacras armonías del órgano gigante. Ella, una mística que padeció hasta de alucinamientos al arribo de su crisis fisiológica, la cual se presentó acompañada de apari-

ciones y ruidos de alas celestiales, ensueños de monasterios y votos de eterna castidad y de pureza eterna. Hacíanle falta sus confesiones posteriores, de señorita ya; la semanal purificación, todos los estremecimientos que el confesonario le procuraba.

Y a las alusiones de ella, habíase referido Julio; alusiones que formulaba a propósito de nada, reveladoras de su obsesión.

—Si pudiera yo confesarme y no perderte, solía exclamar. Y allá, muy hondo, veía el cuadro; la reconciliación de Carmen y Julio; la vuelta suya a la casa paterna, Dios satisfecho, perdonando el pasado en su misericordia inagotable. Por lo que, cuando como equivalencia diabólica, oyó lo de la separación, aterrorizóse ante ella. ¿Ya separados?... Y no se conformaba, no se conformaría nunca; sintióse sola, sin el ángel de su guarda, en directo y rápido camino del infierno, acerca del que poseía espeluznantes noticias, las de su catecismo y las de su director espiritual, contestes en tormentos y llamas. Casi optaba por una brusca ruptura con Julio; la que de veras rompe amor y amistades; la que se anuncia con carta lacónica y subrepticia partida, la carta-puñal que desgarra entrañas y esperanzas. Pero la idolatría que Julio le profesaba, la contuvo. Pobre hombre; tenía razón en lo que la decía frenético y enamorado a un tiempo; los dos eran culpables por igual, quizá él menos que ella. Y en materno arranque,—también la mujer estéril consigo lleva su maternidad, —atrajo a Julio, a su regazo, le arrulló sus nerviosidades de tuberculoso, e inclinada sobre él, sus ojos en los suyos, murmuró:

—Sí te quiero, te quiero mucho; y si Dios no ha de perdonarte, que nos condene juntos!

Al obscurecer, marchóse Julio en busca de Benigno.

—Figúrate, le dijo, que si tú no me ayudas, voy a pasármela sin un centavo.

—Juega, opinó Benigno, eres novicio y ganarás.

A Julio en su naufragio, la misma le pegaba un garito que un empleo. Siguió a su amigo, sin otro asombro que el de que recorrieran calles céntricas.

—Pues, que ¿es por estos rumbos?

—Sí, hombre, ahora verás, es un casino privado.

De repente, despareció Benigno, y Julio tras él, en un zaguán de honorable catadura, abierto de par en par, iluminado y con portera afable; vaya, como una casa decente.

El recibidor, en el piso alto, tenía su alfombra de lujo, dos lámparas de petróleo y un pequeño mueble para bastones y paraguas; consolas con espejos, y varias mesas de tresillo, desocupadas, puestas allí como garantía de que entraba uno en un casino y no en un garito; una percha de Viena, y criados mudos que retiraban los abrigos. Percibíase el sonido del dinero; el estridente rodar de la bola de marfil de la ruleta; y el anuncio discreto, a media voz, de los albures y sus resultados. Levantaron una cortina y Julio y Benigno pasaron al salón de juego. Hallábase concurridísimo, también alfombrado y con lámparas y espejos; la ruleta a la izquierda, sin muchos devotos; el grueso de la concurrencia, al rededor de la mesa del "monte". Todas personas decentes, nombres conocidos, hasta de algún lustre; pero lo que más sorprendió a Julio fué que dominara el elemento penal; magistrados, jueces, los que deben de oficio perseguir el juego!

Envuelto en esa atmósfera de seriedad y bajo la veterana dirección de Benigno, Julio jugó y ganó,

aunque algo mortificado delante de aquellos señores, graves, que jugaban con ademanes urbanísimos de oradores sagrados. Allá, muy de tarde en tarde, la ronca interjección de un desplumado, al que contemplaban con severidad sus contertulios; a menudo, un timbre y un camarero solícito. Los *croupiers,* en su meliflua voz de oficiantes de iglesia, *cantaban* los albures, desde su principio hasta el desenlace, en términos bárbaros y cabalísticos, sólo comprendidos de los iniciados:

—Caballo de espadas, puerta, viejo mozo de color!

Mientras Benigno y Julio rectificaban sus ganancias en la antesala, se les aproximó uno de los mozos:

—¿Voy a traerles un coche?

—No, hijo, no te incomodes, le contestó Benigno, nosotros somos de infantería.

El problema, resuelto al parecer, proporcionó a Julio tres días plácidos y una ganancia de sesenta duretes; diez más de los que el Gobierno le pagaba mensualmente a cambio de sus pulmones, y adquiridos con una comodidad inverosímil. A partir del cuarto día, vínole la de malas; perdió ganancias, capital, contrajo deudas y empeñó su abrigo.

Y entonces Berón, el agente que llevaba años de vivir amancebado con una excorista de zarzuela, le sirvió a Julio de providencia; le ofreció un soberbio empleo, compatible con el del juzgado: portero del escenario del teatro en que Berón conoció y enamoró a su querida, y en el que ésta, a pesar del encumbramiento, conservaba vinculaciones e intimidades. Era el trabajo llevadero a más no poder: sentarse en una puerta, no permitir el ingreso sino a unos cuantos, impedir que sacaran nada y vigilancia en lo general; el sueldo, magnífico, dos pesos por noche. Al encarecer

sus ventajas, decíale Berón que lo elegía a él porque le constaban sus apuros, sus escaseces, su crecida familia:

—Creo que le servirá a Vd. de mucho, no lo desaire.

¿Desairarlo?... Ni por pienso; desde luego aceptaba, a ser preciso, desde esa noche misma. Lo único que le escocía era el forzoso encierro de jueves y domingos, especialmente de estos últimos en que acostumbraban Clotilde y él pasarse las horas mirando tras de las vidrieras de las ventanas, los carruajes del Paseo en su circo interminable, y luego, conforme atardecía, asomarse francamente, faroles y focos encendidos ya, y sin hablarse, oír de la mano las piezas de música con que se despedía la banda militar en el kiosko de la glorieta de Colón; ver cómo partían la gente de a pie, los coches retrasados; cómo, por último, los gendarmes montados iban incorporándose para formarse en escuadrón y a lo lejos perderse pausada y silenciosamente. Quizá con el nuevo empleo de Julio, persistiría Clotilde en la costumbre; se asomaría sola, se olvidaría de compartir con él sus escasos goces, y todo el mundo, al codiciarla, se la cortejaría.

Julio fué admitido, saliendo Berón garante de su honradez; y al siguiente día, entró al desempeño de sus funciones, después de que lo dieron a conocer a la compañía entera; temprano aún, cuando no soltaban la luz eléctrica, y escenario y pasillos se hallaban en pavorosa semiobscuridad. Al abrirse las taquillas para la venta de billetes, se coló Julio en el foro, nerviosísimo, sin haber entrado en uno jamás, con ganas de no moverse de su silla y con infantiles miedos hacia esa especie de fiera. Algo lo tranquilizó el par de gendarmes que del brazo llegaron. Los maquinistas, en

mangas de camisa, de largos mandiles de cuero y con mugrientas gorras en la cabeza, preparaban la decoración del primer acto, recorriendo el escenario a la carrera; allegando bastidores y muebles; gritando a los invisibles teloneros, que desde el techo les contestaban. Luego, poco a poco, el arribo de actores y actrices, sus embozos y chales hasta la nariz; por grupos, por parejas, solitarios; las primeras partes, precedidas de sus criados con cajas y cestos que rebosaban galones, espadas, tricornios; comunicativos unos y mal humorados otros; éstos, riñendo entre sí, a ciencia y paciencia de los compañeros que ni siquiera volvían el rostro; aquéllos, festejando a risotadas una indecencia que se repetían a voces, sin cuidarse del elemento femenino que los codeaba. Todos saludaron a Julio; los distraídos, bajo el nombre de su predecesor; los curiosos, dándole la mano, preguntándole tonterías. Conforme se entraban en sus cuartos respectivos, iluminábanse éstos, con velas, y a fuerza de chasquidos de fósforos.

Del departamento de las coristas, bajaba un ruido formidable, de avispero próximo a fugarse; risas sofocadas, como las que el retozo origina, pataleo de tacones diminutos, golpear de puertas y crujir de ropas.

El apuntador, cargando a un nene adormecido, llegó el último, en tirada charla con el encargado de las luces.

De los cuartos bajos, salían vocalizaciones y ensayos de garganta; el transpunte, componía su linterna, y el director de escena, hecho una furia sin motivo ninguno, presentóse consultando el reloj, mirando de reojo:

—¡Prieto! ¡Prieto! ¿Tocaste ya la primera?

Prieto, el transpunte, sin replicar, acercóse a una campana que no había visto Julio, y que pendía de los barrotes de una de las escaleras verticales que nacen del piso y en las bambalinas se pierden; en ella inició un repique, que terminó con una sola campanada.

En seguida y furioso siempre, el director inspeccionó la escena; de un puntapié derribó un sofá; informóse de si nadie faltaba; regañó con el peluquero, que acarreaba un sinnúmero de barbas postizas, y asomado a una ventana fingida, ordenó:

—¡Prieto! En cuanto venga el maestro, la segunda. Y Vd., portero, ya lo sabe, aquí ninguno me entra mientras no caiga el telón!

Dos o tres señoritos de sombrero de copa, que discurrían en la sombra con la segunda tiple, encogiéronse de hombros al escuchar el bando, y un corista, vestido de mamarracho, interpeló a Julio:

—¿Qué opina Vd. de don Energúmeno?

Ortegal se comulgó su juicio, no muy favorable para el incivil personaje; ignoraba el lenguaje y los modales que privan en los escenarios. A poco, resonó el segundo repique y, aunque con cierta emoción, lanzóse Julio a una ronda inquisitiva. A su paso por el frente de los camerinos, percibía acres perfumes de esencias ignoradas; rumor de ropas almidonadas y de zapatos que se arrojan al suelo; de disputas con criados y con parientes. En un cuarto entreabierto, medio vió a una actriz que se ataba las ligas; y del del tenor, casi recibió en la cara una insolencia:

—Dile que se vaya al...

Entre los rezagados, que se dispersaron a la comedida intimación de Julio, hubo dos individuos que

le volvieron la espalda en lugar de obedecerlo. Julio insistió, su consigna no admitía excepciones.

—Señores, me hacen Vds. el favor...

Los interpelados se le encararon:

—Déjenos Vd. en paz y no nos fastidie ¿no sabe Vd. quiénes somos?

El pequeño altercado hizo asomar la cabeza al director de escena, que no aventuró más porque sólo se había puesto una pierna de los pantalones:

—¿Qué gritería es ésta? ¿qué sucede?

—Nada, Alvarez, que este señor nos echa del escenario, exclamaron los individuos de la cuestión.

—No sea Vd. bruto, repuso Alvarez dirigiéndose a Ortegal, los señores pueden entrar aquí cuando les dé la gana. No le hagan caso (*a los ofendidos*), es un portero nuevo que no conoce a nadie... ¡Echarlos a Vds.! hombre, pues no faltaba más... Y todavía al cerrar su cuarto, oyósele repetir:

—Pues no faltaba más...

Como una bofetada recibió Julio la injuria de Alvarez; tentado estuvo de renunciar el empleo ¿acaso era adivino? ¿por qué no advertirlo de que la prohibición tenía sus excepciones? Y antes de resolver nada, sonó el tercer repique, al que siguió un gran tumulto causado por los coristas disfrazados que atestaban las *cajas* de los bastidores y que se pellizcaban y empujaban con malacrianza. Las primeras partes masculinas salían de sus cuartos, dando al cigarro las últimas chupadas; el transpunte, con el libreto abierto y su linterna sobre el antebrazo, al estilo de los conductores de ferrocarriles, tocaba en los cuartos de las actrices, y obtenía en todos la misma respuesta:

—Vamos, señora Bringas ¿podemos empezar?

—Sí, sí, que empiecen; ahora voy.

Ortegal, muy torpe aún, ganó su silla por detrás de las decoraciones. Desde ahí escuchó la obertura, cual si la ejecutaran a indeterminada distancia; después, un sonoro "fuera de escena"; el portazo del apuntador al desaparecer por un escotillón; un imperativo "¡arriba!", y vió cómo el telón ascendía, enrollándose, y cómo una bocanada de aire tibio hizo juguetear a las llamas de las candilejas. Dos hombres, asidos a un grueso cable, bajaron vertiginosamente, por los aires, defendiéndose de obstáculos y colisiones, con un brazo extendido. El cuerpo de coros se desbordó sobre la escena.

A los cuatro segundos, el tenor cómico, que representaba un abate, pasó por junto a Ortegal, cojeando y blasfemando solo:

—Me caso con la Biblia ¡corcho! este callo me asesina... Y se sentó en un barrote de las escaleras verticales, donde lo alcanzó el transpunte, que leía el libreto:

—Prevenido, le dijo, mientras el abate al incorporarse, preguntaba entre maldición y maldición:

—¿Qué digo?

—"¡Que Dios sea con vosotros, hijos míos!"

En tanto se representó el primer acto, entró Julio en relativa quietud, y no daba crédito a su vista ni a sus oídos. ¿Eso era el teatro por dentro? ¿eso lo que el público aplaudía a rabiar, con lo que lloraba o reía, según los cómicos fingían alegrías o tristezas? ¡Qué horror, santo cielo, qué modales, y qué lenguaje, cuánta indecencia y cuánta peste! La luz escasa, cambiante, dañábalo de veras aunque menos que los cuadros disolventes que presenciaba; ejemplo, el retorno de coristas, abrazados unos y otras, sin aliento despues de cumplir su cometido, y que recomenzaban,

ahora que el público no los veía, sus retozos y sus altercados, sus palabras soeces, como si no existiera diferencia de sexos, tratándose igual los hombres que las mujeres. Contemplaba Julio episodios de celos, los varones sombríos, amenazadores, grotescos a causa de sus disfraces, llamando a las cosas por sus nombres, sin eufemismos; y ellas, ¡oh! ellas, como son todas las mujeres, o muy apasionadas abrazaban a su hombre, decíanle secretos, le explicaban la equivocación, echadas encima de él para vencer con el arma irresistible de su cuerpo, o indiferentes y sin cariño ya, apenas escuchaban las quejas, en jarra los brazos, sentadas en bancos de cartón, apoyadas en árboles y edificios de lona pintarrajeada, el mirar perdido entre las bambalinas y los propios recuerdos. Otras ocasiones, llegaban a los espantados oídos de Julio, fragmentos de diálogos infames, de los que concluyen con los escasos respetos que de suyo inspira este sucio rebaño humano:

—"Ponte tú a conversar con Enedina, porque si te ve conmigo no me habla; dice que es casado y que no le conviene un escándalo."

—"Ya verás, como si ni te conociera; pero procura que se caiga con la plata..." repuso el individuo acabando tranquilamente de encender su cigarro en uno de los mecheros que en forma de pasamano ígneo de las escaleras verticales, suben dentro de un alambrado hasta los telares. Y con la misma tranquilidad soberana, animadísimos, hundiéronse en la penumbra de los últimos bastidores, dando a su proyecto los postreros toques. Restregóse Julio los ojos; pues que ¿hay un grado en que el hombre es inferior a los animales; en que comparte por dinero y con un extraño, con uno que paga y se va, las caricias de

la mujer que quiere?... No podía caberle duda, hay hombres y mujeres así, los había visto!

¡Qué alto se halló él en medio de su falta! Sin duda que por su parte cometía errores, delitos tal vez, pero lo hacía por amor, por amor del bueno, del que absorbe, esclaviza y engrandece; no esas falsificaciones indignas y canallas. ¡Qué dicha que ni Clotilde ni él fueran de semejante ralea!... No, no, morir primero, aunque después venga otro a adueñarse de nuestro ídolo, como él vino después de Alberto el suicida, mas que hasta el suspiro postrimero respeten a nuestra alma, nos besen y nos estimen, nos velen y nos lloren, y uno parta sin manchas, con la certeza de alcanzar el perdón supremo si es nuestro sólo pecado haber amado mucho!

Finalizaba el primer acto; el tenor y la tiple se despedían, uno a cada lado de la escena, acompañados por la orquesta a la sordina; el bajo, de alcalde gallego y esposo engañado, hacía visajes en la puerta del fondo; sonó el campanilleo del apuntador, alistáronse los telones y el telón cayó con estruendo, en un santiamén, levantando negra nube de polvo en el escenario. Al instante, se agolparon los pretendientes a la puerta que guardaba Julio.

Ahora, los cuartos permanecían cerrados; con una simple cortina los de los actores, y los de las actrices, en toda forma. Los visitantes se paseaban por los sitios libres del escenario, que eran pocos, en espera de que las *toilettes* terminaran. La escena, intransitable, con más muebles que antes y una alfombra enrollada; la comprimaria y la segunda tiple, asomadas a los dos agujeros del telón; en una butaca y como para que sus piernas se desquitaran de la forzada postura de la concha, el apuntador descabezaba un sue-

ñecico. El empresario, ejecutaba molinetes con su bastón, sin fijarse cosa mayor en lo que le comunicaba el director de la orquesta.

Subíanle a Julio de punto sus ascos por todo aquello; el empleo no le salía a gusto; pero lo que concluyó por sacarlo de quicio fué que un desconocido se le aproximara amabilísimo.

—Conque, hasta mañana ¿eh? habíale dicho alargándole al propio tiempo un papel y una moneda, un peso duro que chispeaba ante el farol de gas, y una carta rotulada y todo, para la tiple. No se encolerizó ya ¿para qué? tal sería la costumbre y tales los hábitos de su antecesor. Devolvería entrambas cosas a la siguiente noche, y aunque nada sabía de lo de adaptación al medio y otros tiquis miquis de la ciencia moderna, al medio se adaptaba, con pequeños choques para su espíritu, en el que abundaban sedimentos sanos de su casta juventud y de su recta existencia posterior, prometiéndose, para si por acaso un día le acometían tentaciones indignas, no descender sino invocar a Clotilde, quien con su recuerdo nada más, lo sacaría de cualquier precipicio.

La zarzuela tocaba a su fin, violentada por los artistas que la llevaban al vapor, reloj en mano, aconsejándose mutuas supresiones en las réplicas menudas. Al terminar, con uno que otro aplauso, de allá, de la sala, corrieron todos; a desnudarse, los cómicos, y los maquinistas, a quitar estorbos. Julio, en un tercer acceso de tos, redobló su vigilancia al dar puerta franca.

Los coristas salieron en desorden; los hombres por delante y las mujeres al trote, hablándoles a distancia; después, las primeras partes masculinas, con el cansancio y el aburrimiento retratados en su actitud,

sin despedirse de nadie, deteniéndose a leer la tabla de los ensayos. Las tiples, salieron las últimas, más abrigadas que cuando entraban, asomando sólo los ojos.

La escena, sumida en tinieblas que a trechos y escasamente disipaban algunas linternas danzantes; el telón recogido, y la sala y los palcos, cual un abismo negro. Efectuó Julio su ronda de despedida, en unión de los gendarmes y del encargado de la luces; todo estaba en orden, ni un rezagado, ni una puerta mal cerrada, ni un escape de gas. Podía retirarse.

En el vestíbulo, también obscuro y desierto, distinguió al transpunte en pláticas con el guardacasa.

—Vámonos, señor Ortegal, lo esperaba yo a Vd. ¿por dónde la tira?

—Hasta la Colonia, repuso Julio turbado, a recoger a mi esposa.

Magnífico, irían juntos hasta la esquina de la Santa Veracruz; y sin más ceremonia, el transpunte se le colgó de un brazo, conquistado súbitamente por el manso exterior de Julio, por su aspecto enfermizo y su tos de tísico. Llegados a una de esas cantinas que de la media noche en adelante rebosan parroquianos trasnochadores y turbulentos, nada le consultó, entróse con él y ordenó a un camarero que bregaba contra la compacta masa de clientes:

—¡Dos ponches de ron, bien calientes y cargaditos!

Fué de balde que Julio se excusara, no bebía nunca; Prieto insistió, se aliviaría de la tos, los ponches reconfortan, son el abrigo interno de los que trabajan de noche; y comunicativo y sonriente, se soltó aconsejando al neófito. En lo sucesivo, debía conducirse de tal y cual manera; en un segundo, trazóle la his-

toria envenenada y anecdótica de "toda esa gente", desde el empresario al más inofensivo de los comparsas. Decencia, moral, virtud, no existían en el teatro, según el proceso de aquel piloto de bastidores, en quien se adivinaba a un noctívago incorregible y vicioso, encantado en una taberna de ésas; en medio de palmas y de gritos, de riñas de ebrios y de carcajadas histéricas de busconas pobres.

—¿Y si viera Vd. qué pronto se contagia uno? siguió diciendo Prieto. No me refiero a mí, yo casi nací en el teatro hace unos cuarenta años, ya nací con el germen, nací de una corista y de... ¡vaya Vd. a averiguar quién sería mi padre!... Me refiero a los que entran llenos de humos y salen llenos de lodo; me refiero a las poquísimas mujeres honradas y que por firmeza de principios o porque no les da la gana, no dejan que el animal éste de cartón y palo las prostituya. A ésas, todos les inventamos calumnias, impedimentos físicos, secretas historias; procuramos que resbalen, que siquiera pierdan el crédito, como si su honestidad, la del cuerpo solamente, esté mal colocada en un escenario, o como si al convencernos de la rareza, a todas y todos se nos enconen nuestras porquerías. No hablo de las demás honestidades, porque casi no hay nadie que no las pierda, así sea más santo que los santos del cielo... Y es que nos volvemos malos; de tanto fingir al público, acabamos fingiéndonos a nosotros mismos, nos...

—Pero, hombre, interrumpió Ortegal, y los maridos, los amantes, los que viven con ellas ¿no las quieren? ¿no conocen el amor?...

—Sí, se conoce por excepción y como una onza de oro; el amor se cuela por el ojo de una aguja. Nada más que entonces, los enamorados se van del teatro, le

huyen, para tornar a él cuando su amor ha muerto o el hambre aprieta, o para no tornar más, cuando su amor persiste y hay modo de ganarse el pan diversamente... No valemos dos pesetas, añadió al cabo de una pausa.

(Y a los pocos días, supo Julio que el deslenguado mantenía a los huérfanos de un hermano suyo!)

De pronto, hizo irrupción en la mesa una buscona de aquellas, airosa de cuerpo.

—Creí que no venías ¿qué tomas?, le preguntó Prieto.

—Un ajenjo con amargos, replicó la hembra, apurando el tósigo de un sorbo.

Liquidó cuentas Prieto y se marcharon juntos los tres, sin que mediaran presentaciones, requilorios ni veneras ¿acaso presenta uno sus cosas? Tanto más cuanto que la muchacha se limitaba a contestar monosilábicamente a Prieto y a mirarlo con amatoria veneración, la veneración de la gente del pueblo por todo lo que con el teatro se relaciona.

El transpunte continuaba expansivo y escéptico, accionando con más libertad en plena calle; deslumbrando a la mujerzuela con una antigua promesa que noche a noche renovaba, la clave quizá de la fidelidad y sumisión de ésta.

—Aquí donde ve Vd. a este primor, pronto ingresará a la compañía, al coro de señoras; no tiene tan mala voz, y el empresario me lo ha ofrecido.

Cuando se separaron, Julio violentó el paso; aun la casita de la Colonia se hallaba muy lejos y quién sabe si Clotilde estaría esperándolo levantada. Sentía Julio imperiosa necesidad e ir a sacar fuerzas a su lado; de que al oído le dijera mil ternezas y lo estimulara; sólo con verla, desprenderíansele de la ima-

ginación y de la ropa, las inmundicias que se le hubieran adherido con el nuevo empleo.

Antojósele interminable el Paseo, pero no pavoroso, aunque sí lo estaba, sin una alma; las casas, cerradas y a obscuras; los árboles, con vagos discreteos de espíritus en pena; las estatuas, agrandadas, y los monumentos, fantásticos; los farolillos de los veladores, de distancia en distancia, ardiendo melancólicamente, como estrellas caídas por inservibles en las alturas; y la luz eléctrica, con sus intermitencias, imprimiendo al conjunto una especie de danza macabra. Julio nada veía ni nada le importaba, aguijoneado por su ansia de llegar pronto; a lo sumo, estremecíase sin darse cuenta de ello, con el lejano ladrar de perros invisibles.

Llegó y llamó, pues ya la criada estaba en el secreto y no se ocultaban de ella.

Clotilde, en efecto, habíalo esperado levantada, mas según acontecía de poco tiempo atrás, no se apresuró a recibirlo, sino que siguió en sus rezos, y Julio se aterró, cual si algún presentimiento le advirtiera que ese fervor religioso podía arrebatársela. Permaneció de pie, envolviéndola en apasionadísima mirada, mientras Clotilde enclavijadas las manos, veía una imagen, en la actitud de quien demanda excepcional merced. Luego, después del rezo, no fué el recibimiento como lo requería el ánimo de Julio; hubo frialdad imposible de disimularse, algo extraño que acreció los temores de Julio, por más que Clotilde simulara interés por las enormidades del teatro que su amante le explicaba.

—¡Si vieras cómo te extrañaba! ¡cuánto he pensado en ti!...

Encamináronse al dormitorio, en donde nunca pe-

netraba Julio sin no experimentar espasmos de dicha, y Clotilde se desnudó nerviosa, suprimiendo los coqueteos y sonrisas que a él lo embelesaban, como si tuviera prisa de meterse en la cama o muchas ganas de dormir.

—¿Qué te sucede? ¿estás mala? le preguntó convertido todo él en un halago, ¿estás disgustada conmigo?

Decía Clotilde que no y acarició a Julio, a la manera con que acariciamos a un niño para que no nos incomode. Ortegal se la pasó en vela; allá, a ratos, una pesadilla forzábalo a abrir los ojos, a cerciorarse de que Clotilde dormía a su lado ¡qué gusto! no era cierto lo que soñaba, no se le había ido!... En sus adentros, disculpaba Julio el recibimiento helado ¿qué probaba eso? E incorporábase muy despacio, en la sombra y el silencio de la estancia; besaba el idolatrado cuerpo con fanático respeto, por sobre las sábanas, apenas rozándola con sus labios para no despertarla, y luego subía, poco a poco, guiado por la acompasada respiración de Clotilde, hasta alcanzarle la boca y posar en ella una ofrenda más que un beso, ofrenda impalpable casi, que lo premiaba a él de sus amarguras y a ella no la molestaba. Era suya, sí, todavía era suya; y con idénticas precauciones, de nuevo se acostaba, cerrados los ojos, apretando los labios para que los besos robados no se le escaparan...

Entonces, un cuadro diverso se dibujaba frente a él; pero un cuadro exacto, neto, cual obra maestra de pintura: su hijo convaleciente y su esposa abandonada; ¿lo habrían olvidado? ¿no lo habrían maldecido?

Ni lo uno ni lo otro. A Carmen no le cicatrizaba su herida por más lágrimas que le regaba; seguíale

abierta, sangrando, en la mitad del alma. Julito sí iba de alivio; en el inculto jardín de la alfarería, de repente, había recuperado la razón y dádose en seguida cuenta de la situación que lo rodeaba, con la afinada perspicacia que nos legan las grandes enfermedades. Por tal motivo era melancólica su convalecencia; por eso se quedaba de cuando en cuando, con su mirar incierto y triste.

—Julito, criatura ¿en qué piensas?, le preguntaba Carmen.

—En ti y en mis hermanos, pero sobre todo en ti! le respondía Julito, su voz muy débil aún.

El viejo escultor, al corriente de estas escenas, no sabía qué discurrir para disminuirlas. El día entero, conservaba a Julito cerca de sí, bajo el añoso fresno, en cómodo sillón que los operarios transladaban en direcciones varias, conforme el sol calentaba demasiado al muchacho. Charlábale sin parar, desde el obrador o desde el horno; cuestión de distraerlo, de desterrarle su condenada melancolía. Habíale ya comunicado sus planes, lo haría artista; a ver si no salía tan desgraciado como su maestro. Y con su larga blusa, que entre las piernas se le encabritaba; echada hacia atrás la gorra; el eterno puro, apagado, bajo el blanco bigote, interrumpía su faena de modelar, y en deliciosos fragmentos, le contaba su pasado: los estudios y premios en la Academia de San Carlos, la pensión obtenida, el viaje a Italia.

—En donde para siempre se enferma uno de arte, exclamaba transfigurado. Después, le contaba pormenores íntimos; su boda con su actual señora y su antigua modelo, una encantadora transtiberina de diecinueve años, en aquella época. Una modelo como en Italia únicamente suelen encontrarse; virgen de cuer-

po y alma; pasando inmaculadas por las desnudeces totales en los estudios de pintores y escultores, en la casta y majestuosa exhibición de sus formas casi perfectas... Le contaba el regreso; los entusiasmos y los desengaños; la fugaz existencia de su Gustavo; pero esto último no con el sereno y alto criterio de verdadero artista, que empleaba para lo demás, sino con gritos de padre que vibra todavía ante el recuerdo del hijo único. De súbito, se interrumpía:

—Y ahí lo dejaremos, que labor abunda.

Al atardecer, el caserón conservaba aún las postrimeras y santas pulsaciones del trabajo; la chimenea humeante, y el crepúsculo encima; las parvadas de pájaros, acurrucándose en el fresno y ensordeciendo con sus trinos. Junto al enfermo sentábanse las dos familias, y nadie hablaba ¡dulces horas de quietud y reconcentramiento!

Los criados encendían las habitaciones; una luciérnaga que otra, rasgaban momentáneamente el romántico claro-obscuro del jardín, y era fuerza emigrar. A la cabeza, Agnese, Carmen y los chicos; en seguida, el anciano maestro y el demacrado discípulo, que daba sus primeros pasos apoyado en un bastón y en un brazo de aquél.

Y las señoras reían, reían de la perpetua historia, de la idea fija de Eustaquio, que por la millonésima vez decía a Julito:

—Cuando llegues a escultor...

———*———

III

Cuando al separarse de su familia, ocupó Julio un cuarto en el hotel de Vergara, hízolo por cubrir las apariencias y tener un domicilio fijo que ofrecer, a donde ir a mudarse de ropa y recoger las pocas cartas que pudieran dirigirle. Nunca creyó habitarlo, aunque sí se pasaba en él una o dos horas, por las tardes, después de que comía en "La Estrella de Oro." Tumbábase en la cama, el cuarto era interior, y en ella desquitaba las trasnochadas que le imponía su empleo del teatro; dormía una siesta corta y a la Colonia, volando, a estarse con Clotilde el mayor tiempo posible.

La fisonomía nocturna del hotel, érale perfectamente desconocida; no se imaginaba lo que sería la soledad completa en un establecimiento de esa especie, por lo que, aquella noche en que a la fuerza dormiría en su cuarto, retardaba tal instante; de propia iniciativa, fué él quien aguardó a Prieto y quien pagó los consabidos ponches; incitó al transpunte a que conversara mucho, le picó acerca de ésto y de lo otro para que se engolfara en sus discursos. Ya eran amigos íntimos; ya se tuteaban, en virtud de la universal costumbre de bastidores de tutear a todo el mundo; ya se querían, hasta donde es posible quererse en un medio tan anormal. Julio sabíase de coro la historia

de Prieto; y en cambio, de la suya no le confiaba sino la parte que lo favorecía y algo de lo sucesos últimos, su amigable divorcio y su pasión por una "señora"; despistando la natural malicia de Prieto con hechos desfigurados que inventaba según las circunstancias. Para esa semi-confesión, guíaba a Ortegal un interés: acogerse a la experiencia callejera de aquel cínico de buena sombra, que parecía no prestar gran importancia a los asuntos de faldas, por más que por ellas se pereciera.

—¿Tú, que harías? le preguntaba Julio después de sus choques con Clotilde o a cada nuevo temor de perderla.

—Pues yo haría ésto..., contestaba Prieto entre sorbo y sorbo de ponche. Y sus consejos resultaban siempre alguna enormidad; latigazos, crueles desgarraduras a la soberbia femenina, recetas de desengañado que aprendió a descubrir la parte sensible de las mujeres, el lugar en que las duele una ofensa.

—Pero, hombre ¿cómo quieres que trate yo así a una "señora"? le replicaba azorado Julio, que nunca denominaba a Clotilde de diverso modo, en sus pláticas con el transpunte.

—Trátala entonces como te parezca y verás qué bien te va... ¡qué señora ni qué calabazas!... todas son iguales ¿no ves que todas son mujeres? La mejor, ¿lo oyes? la mejor, en cuanto uno se deja, te mete debajo del brazo y ¡hasta el Corpus! no vuelve a acordarse de ti.

Sin embargo, escocía a Prieto aquello de "señora"; sus nociones respecto del sexo contrario, se le confundían ¿por ventura las señoras sentirían y se conducirían de modo diverso? El no las conocía, que no era conocerlas el contemplarlas en sus palcos, des-

de el diminuto observatorio del telón, muy escotadas y muy llenas de perendengues, echando anteojo hacia la escena o saludos a los elegantes de las butacas; ni era conocerlas tampoco, el codearlas en el vestíbulo, cuando en el tumulto de la salida ellas se retiran enguantadas, cubiertas de blondas y terciopelos, y dejando una fragancia despertadora de tentaciones y apetitos. Quién sabe cómo habría que manejarse; y temeroso de sugestionar a Julio y de que a éste se le fuera la mano, añadía:

—No sigas mis consejos al pie de la letra, y se descomponga tu negocio; aprovecha lo que estimes conveniente y nada más.

Como esa noche retardaba Julio la conversación, el transpunte aclaró:

—¿No vas hoy?...

—No, esta noche no; tuvimos un disgustillo, una tontería.

—¡Bravo! Así me gustan los hombres ¡qué caray! Hazte el sabroso, que te ruegue ella. A ver, mozo, otros ponchecitos... Ahora yo te convido, sí, sí, uno y uno.

Cerca de las 2 de la mañana, el propietario de la cantina les significó que iba a cerrar.

—Solo, se dijo Julio al separarse de Prieto, voy a dormir solo...

Y por la millonésima vez se puso a analizar el motivo. ¿Qué parienta era aquélla y por qué venía a interrumpirle su ventura, conquistada a costa de tantos sinsabores y de tantos sacrificios? ¿Qué tía era ésa, caída de las nubes para robarle a él la existencia?... Volvía a ver malhumorada a Clotilde, sin decidirse a mostrarle la noticia, el telegrama lacónico con el anuncio en tres renglones: "Llegaré mañana Central

Mexicano. Espérame Estación. Carlota.'' ¡Ah! teníalo grabado en la memoria el tal papel amarillo; dede su encabezado, con los rayos que atravesaban el letrero de *Telégrafos Federales,* hasta las líneas impresas y las manuscritas, los puntos suspensivos, la cursiva escritura del telegrafista, las condiciones al final de la hoja, el renglón último, con caracteres mayúsculos, que Julio repetía automáticamente: ''... *cuyo importe no haya sido satisfecho.''*

Le parecía mentira que un papelucho semejante destruyera todo un edificio de felicidad. Después, recordaba el llanto de Clotilde, la indecisión de entrambos, su pregunta de él:

—''¿Y qué hacemos? ¿cómo seguiremos viéndonos?''... Oía, por último, la respuesta de Clotilde, dicha con sollozos, es cierto, mas dicha y llevada a cabo:

—''No vengas a dormir, te lo ruego, aunque mucho suframos tú y yo; te prometo que duraremos separados poquísimo tiempo; en cuanto mi tía se marche, vuelves tú, tú nada más, tú para siempre ¿quieres?''

Desde luego se opuso Julio ¡no había de oponerse! La señora doña Carlota podía parar en un hotel, donde le diera la gana, y Clotilde hallábase obligada a renunciar al universo entero antes que a él, culpable de muchas cosas a causa de ella solamente.

—''¿No ves que yo he desamparado mujer e hijos? Todavía, si de tus padres se tratara, muy santo y muy bueno ¡pero una tía!... Con no aguardarla en la estación, se concluyó, y con que te mudes de aquí, no nos importunará; déjala que te busque, yo me encargo de que no te encuentre.''

Clotilde, lejos de reconocerle la razón y de acceder, insistió en su pedido. Dios sabría a lo que su tía

llegaba ni quién la mandaría; ¿cómo rechazarla y cómo presentársele con un amante, después de la historia de su fuga con Alberto?

—"Bien has visto que nada te niego, que en todo te complazco, que ni me confieso, cual lo deseo; ¿qué amor es el tuyo que intenta comprometerme con mi familia misma?"

Y a fuerza de lógica de mujer, lógica pérfida, acompañada de caricias y de sofismas, Clotilde persuadió a Julio de lo indispensable de un sacrificio relativamente pequeño, si era comparado al inconmensurable período de deleite que los esperaba después. Además, continuarían viéndose, "*como antes*", añadió recalcando y ruborizada, "en tanto la tía anduviera de compras y de paseo."

Ortegal, aceptó; entre perderla del todo y perderla a medias, prefería esto último; que se dejara querer, no la pedía más. Procedieron, pues, a quitar cuanto los delataba; la inmensa cantidad de pequeñeces que va acumulándose cuando dos personas viven juntas; lo que se olvidó ayer y lo que se compró hoy; lo prosaico y lo poético; las pantuflas de Julio, sus peines y cepillos; una cigarrera, obsequio de Clotilde, que nunca usaba él para que no se le deteriorara; una portada de expediente, que sirvió de envoltura a unos dulces, y muchas flores, secas ya, con las que se habían saludado en su efímera luna de miel; las de Julio, cortadas en los jardines públicos, compradas a los vendedors ambulantes; las de Clotilde, cultivadas allí, en el minúsculo jardín de la casita. Buscaron hasta los recados escritos con lápiz, en que Julio le comunicaba niñerías, tardanzas, prolongamiento de quehaceres. Guardaron aquello dentro de

una sábana, que a Ortegal se le antojó sudario, cuando en un simón lo condujo a su cuarto.

Repugnaba a Julio penetrar en su domicilio; le asaltaron temores fúnebres, de morir solitario, confinado en cuatro paredes, de uno de esos repentinos ataques que nos pillan de noche y nos impiden los movimientos y la palabra; un ataque de los que no prevé la ciencia, el terror de célibes y viajeros, y el encanto de los lectores de periódicos, los egoístas que viven y duermen en medio de una tribu. Mas como tampoco era cuerdo pasarse la velada al aire libre, franqueó la puerta que le abrió, tirando de un cordel, un portero echado sobre un camastro de tablas.

—¿Qué número? gruñó sin incorporarse.

—Once, repuso Julio; y le alargaron su llave.

Ardía en el despacho una vela con pantalla de papel; encima de la mesa, dormitaba una encrespada melena negra del encargado de examinar a los clientes, que, en compañía galante, ocupan los cuartos un momento y los pagan por un día, y Julio pensó entonces en la categoría del hotel, en su mala fama y su nocturna actividad; por eso sus precios eran tan moderados, por eso vivía él ahí.

Principió a desnudarse lentamente, procurando no hacer ruido, tratando de tomar posesión de la ingrata estancia. Mudó de sitio a dos sillas del mueblaje, para convencerse de que ejercía un dominio verdadero en los valetudinarios muebles; lavóse las manos, y cuando abría el ropero, tropezó con una fotografía de Clotilde. La acercó a la mesita de noche; con sólo camiseta y pantalones se sentó al borde de la cama, y a contemplarla se puso en extática admiración.

¡Clotilde!!... ¡Cuánto le significaban esos ojazos negros, esa cara ovalada, esa boca de cielo y ese bus-

to de diosa antigua! A fuerza de mirarlo, el retrato cobró extraña vida de quimérica aparición que lo escuchara y le sonriera, que fuera a responderle y a moverse. Julio, fijo en él, sin pestañear, contábale con los labios mudos, la desgarradora historia de su amor infinito; desde su aurora, aquellas entrevistas en la cárcel, al través de la reja, hasta el momento actual, que parecía el ocaso. Con la prodigiosa elocuencia de la mente, díjole mil poemas, millones de ternezas; lo que jamás puede formularse y se lo lleva uno al sepulcro, la divina y exuberante flora de nuestra alma, que ni a nosotros mismos nos la enseña. La fotografía continuaba sonriente, claro, si sonriente habíala hecho el fotógrafo, como la imagen perfecta de la mujer, que no se entrega nunca del todo, aunque nos hechice con sus caricias; que conserva siempre *algo* exclusivamente suyo, esencialmente femenino, que quizá sea el misterioso secreto de sus encantos y atractivos; ese *algo* que nos escapa, ese *algo* inasible que perseguimos desde la primera mujer y que de balde perseguiremos. Ahora, Julio lo palpaba, sí, era aquél el retrato de su querida, igual, exacto; ésos ojos eran los que en los suyos se habían mirado, pero también los que a la hora del placer supremo, entrecerrábanse mirando hacia la altura; ésos, los labios que le juraron idolatrarlo, los que lo besaron ardientes de voluptuosidad, pero también los que le habían hablado del amante anterior, los que se plegaban irónicos, seguros de su poderío, en los instantes crueles de las desavenencias. Y como el amor habita dentro de nosotros, pared de por medio con el odio, veía Julio, interpuestas entre su vista y el retrato, rojas claridades que lo cegaban; acometíanle deseos de destruirlo todo, la tarjeta y el original. Ya que no lo-

graba que lo quisieran según lo necesitaba, mejor herir y matar; sorprender en las profundidades del cuerpo idolatrado, los enigmas que nos asesinan; eternizar la felicidad, despedazando un corazón en las rarísimas palpitaciones que de veras nos consagra, e impedir así que lata a su antojo y sin consultarnos... Cayósele de las manos la fotografía, porque inopinadamente recordó a sus hijos; tapóse la cara y se dobló sobre la almohada, llorando un silencioso llanto de hombre desgraciado.

La flama de su vela, a punto de extinguirse, oscilaba; de los cuartos vecinos, llegábanle incomprensibles rumores, suspiros, ronquidos, final de frases; del patio subía el ruido de una llave de agua, y fragmentos de contratos verbales y rápidos entre el individuo del despacho y alguna pareja que pedía cuarto. Julio, desde las tinieblas del suyo, bendijo a unos y otros, porque le disminuían la soledad y el miedo. Y en ese estado de benevolencia respecto a los desconocidos, a los ignorados, a esas voces anónimas y sin dueño tangible, se durmió al fin.

Las dificultades recién surgidas exacerbaron el amor de Ortegal, pues se lo convertían en fruto prohibido por segunda vez. Fué presentado a doña Carlota, como el amigo excepcional, el acreedor de favores que se conforma con que lo liquiden en moneda menuda de afecto.

—Es el señor Ortegal, había dicho Clotilde, a quien debo infinidad de atenciones, por cuyo conducto manda papá el dinero. Y antes de que Carlota contestara, pormenorizó Clotilde el sinnúmero de cualidades que lo adornaban, muchas recomendaciones y virtudes, una porción de circunstancias que derrotaran la más

remota sospecha del ánimo de la señora, que, cavilosa y sin chistar, escuchaba el diluvio de alabanzas.

—¡Considera, tía, lo que hubiera sido de mí sin el auxilio de este buen señor! Si conocieras a su esposa, simpatizarían en el acto; sus muchachos, te divertirían ¡son más diablitos!... El mayor, no; ese es muy serio y muy buen hijo, ¿crees que ya trabaja?... Es una familia modelo, te lo aseguro; cuando me alojaron en su casa, si hubieras visto... Y recomenzaba el ritornelo de alabanzas con mayor verbosidad, como si Clotilde deseara ocultar hasta las rendijas de la pasión delincuente y que la investigadora malicia de su tía no se colara por alguna de ellas.

Pero no obstante los elogios, Carlota y Julio no simpatizaron; hablábanse ceremoniosamente, en guardia y con disimuladas desconfianzas; Julio, porque a ciencia cierta presumía que aquella señora no iba a nada bueno para él, y Carlota, porque olfateaba en las relaciones de su sobrina y el escribiente, algo menos platónico y desinteresado que una mera amistad. Así pues, ni a la propia Clotilde reveló en un principio el verdadero objeto de su viaje.

Inventó que había ido a México por mirarlo una vez más; ya estaba vieja y quería revivir recuerdos de sus viajes anteriores, cuando joven; revivir épocas de dicha, cuando hubo de casar con un militar apuesto que le mataron los franceses; un muchacho distinguidísimo, rico, de prendas físicas y morales, que a causa de su patiotismo, dejóse llevar hasta la tumba ignota de un campo de batalla. Toda la romántica historia de sus amores, que Clotilde oía desde niña y que habíase vuelto, allá, en Mazatlán, la aureola de Carlota, con motivo de la inquebrantable resolución de la novia viuda, de permanecer fiel al va-

liente; resolución que la mantuvo de solterona, a pesar de los magníficos partidos que sucesivamente pretendieron consolarla y arrancarle el luto. Mantúvose ella en sus trece, desahució a los galanes, mas sin fingimientos ni artificios, ofreciéndoles mano de amiga y reservándose el corazón. Su casa, durante los primeros años que siguieron a su catástrofe, fué el punto de reunión de lo mejorcito de la sociedad porteña, a la que por derecho de cuna pertenecían Carlota y los padres de Clotilde; pero no porque la empujara una bien entendida compasión, sino por ver de cerca a esa especie de heroína que renunciaba al mundo sin menester del convento, por propia y firme voluntad. Los varones, picados en su orgullo, hasta cruzaron apuestas; la exaltación tendría su término, para después amar a otro y casarse y lucir Carlota su belleza y su dinero, que de todo había en la viña de la excéntrica muchacha. Las conjeturas, sin embargo, estrelláronse en este caso, y Carlota pasó a la categoría de ser excepcional que no forma regla, que aparece de tiempo en tiempo para que haya en el mundo cuerdos y locos. Alejáronse los candidatos a marido; aumentaron las amigas casaderas, que ya en Carlota veían un enemigo menos, y los años, en su marcha incansable, empolvaron la femenil hazaña, cargaron con la beldad de la autora, y con los comentarios y admiraciones del público.

Entretanto, Clotilde crecía muy consentida de Carlota, a la que se asemejaba según autorizados decires, y principiaba a analizar cosas y personas en su cabecita de criatura inteligente, por lo que la subyugó la aventura, y exigía que Carlota la repitiera, oíala cruzada de brazos, reconstruyéndola a su infantil manera. Cuando creció más, su tía la introdujo en un ga-

binete reservado que ignoraban los extraños, el gabinete preferido de Carlota. Allí, dentro de su suntuoso marco de ébano, estaba una pintura del joven patriota, a caballo y con la cabeza descubierta; abajo del cuadro, un severo altar, sin otras reliquias que una espada oxidada a trechos; un dormán agujereado, embarrado y mustio, y un pañuelo tinto en sangre muy pálida ya, cual si se evaporara en su perpetuo contacto con el aire.

—Vamos a ver a tu tío, acostumbraba decir Carlota. Y ambas entraban en el gabinete, encerrándose con llave para que no las importunaran.

—¿Lo ves bien? le preguntaba, quiérelo mucho, como si viviera, como me quieres a mí!

Con Clotilde sobre las piernas, sentábase Carlota a contemplar largamente a su muerto, sin lloriqueos ni aspavientos; una contemplación imponente y solemne, clavados los ojos en el lienzo y en las consagradas reliquias del santuario. De suerte que, conforme Carlota perdía su belleza y Clotilde apropiábasela, cual su heredera legítima; conforme las canas plateaban la cabellera de aquélla y la juventud embellecéa a ésta, dándole tintes de camelia; conforme se acentuaban la semejanza física y la moral entre tía y sobrina, vínole a Clotilde un respeto extremo por la doncella envejecida que jamás traspuso las antesalas de la felicidad, por la pureza y rectitud encarnada en esa voluntad desterrada del amor.

Carlota, que tenía derecho a ser intransigente, éralo en efecto; y al saber la fuga de Clotilde, que tanto escándalo causó en el puerto, se propuso no volver a verla, enterrarla, como la enterraban sus propios padres. En los primeros meses, el problema caminó tal cual; entre más o menos lágrimas de los pobres vie-

jos, que no se consolaban de la pérdida; que vagaban por la amplia casa, separadamente, sin confiarse su mutua y secreta creencia de que la prófuga habría tornado y estaría esperando el perdón tras alguna de las puertas, en la calle, al pie de las ventanas. Y como Clotilde no tornaba nunca, en vano ellos recorrían la casa, seguidos de sus sollozos y del siniestro eco de sus pisadas vacilantes de ancianos abandonados; al encontrarse, no podían fingir más, abrazábanse para prestarse el helado apoyo de sus dos ancianidades. En los comienzos, recatábanse de Carlota, achacaban lo enrojecido de los ojos y lo decaído de la salud, a sus muchos inviernos:

—Convéncete, hija, exclamaba el señor Granada, lo que ésta y yo tenemos, es una enfermedad incurable, los años que se nos han amontonado.

Carlota no tragaba la mentira, sino que, como los tres, en emulación desgarradora, parecían resueltos a no mentar a la delincuente, hablábase de asuntos diversos, aunque sin prestarles atención; el espectro de Clotilde envolviéndolos a todos, presente en todos los minutos y en las habitaciones todas. Los cariñosos hábitos, contraídos desde la infancia de Clotilde y tanto tiempo practicados, persistían al través de la ausencia. La señora, encaminábase noche a noche al cuarto de su hija, a persignarla, y de no encontrarla, persignaba la atmósfera, a la buena de Dios, segura de que su bendición la alcanzaría y cuidaría en dondequiera que la hallara; para eso era su madre! El señor Granada, cual marino de verdad, era madrugador, y sus visitas al cuarto de Clotilde, muy matinales; encantábase, mientras ella fué una chiquilla, con despertarla abriendo las maderas de sus balcones y gozarse con sus muecas al sol, que la cubría de oro;

con pararla semidesnuda en el encerado piso y recrearse con sus refunfuños, su modo graciosísimo de restregarse los ojos; con quitarle la modorra haciéndole el perro, en cuatro pies y diciéndole en medio de ladridos:

—¡A que te como!...

Reía la niña con su vocecita de ángel, escabullíasele, trepaba a la cama, juntos rodaban por el suelo, y la mamá iba y los aquietaba, expulsaba a su esposo y lavaba a la nena, que, entre chorros de agua, le decía:

—Luego me comes más ¿eh?

Después, Clotilde de señorita ya, también la despertaba, pero con mil miramientos, celoso de su pudor, de ese pudor que ella ¡la infeliz! había arrojado a la calle. Desde afuera, le improvisaba piezas de música imposible, desafinada, con acompañamiento de nudillos en los bastidores de la puerta:

—Anda, floja, ya dieron las 6; nos tienes muertos de hambre y el mar se impacienta por verte.

—Voy, señor Granada, voy, espéreme Vd. un momento, gritaba la muchacha con la monería de la mujer que se siente querida. Y sonaban las cataratas del lavamanos; sonaba, al quebrarse, la ropa limpia, los zapatos que se ajustaban con una o dos pisadas fuertes. Salía al fin, extendidos los brazos, radiante de hermosura, y besaba la mano y la frente del antiguo capitán de buque.

Como pareja de enamorados, bajaban al desayuno, y a la playa partían a recoger conchas y salud; a huir de las olas que bañaban la arena y cuya espuma, más celosa aún que el marino, en cuanto obtenía el dibujo del pie de Clotilde, desaparecía con él, se deshacía, dejando un apagado rumor de agra-

decimiento. Sentábase el anciano en alguna roca, se quitaba el sombrero, y tendía la vista en el infinito y movedizo desierto azul, su viejo amigo, cuyas iras y mansedumbres conocía a la legua; y la eterna, la incurable nostalgia de todo marino que no se embarcará más, le sellaba los labios, prontos siempre a sonreír a la menor recriminación de su hija... ¿Y ahora? ahora, nada; vacío el cuarto, la puerta y el balcón abiertos; él, entrando cautelosamente, para que su esposa no lo sintiera, y también, para mejor sentir el ingrato abandono, evocar la falta y no volar al telégrafo, no doblegarse, no escribir lo que su alma huérfana le pedía:

—"Vuelve conmigo, ven; me muero sin ti!" No, jamás; mejor morir de veras, que al fin y al cabo ¿qué era la muerte a sus años? Un temporal vencedor, que podía más que su raquítico barco y se lo echaba a pique, a la zambullida definitiva. Pero morir en regla, el mirar sereno y el pulso firme, cual conviene a un lobo marino, para que la tripulación no se acobarde, y aunque por dentro se nos aparezcan el hogar y la familia, las enredaderas de la casita blanca y los rizos negros de nuestros hijos... que si uno se va, Dios se queda, y a El le recomendamos todo aquello, cuando el océano ahoga con sus monstruosos brazos de gigante embravecido. ¿Ceder? ¿ceder él, el hombre, mientras su mujer y su hermana resistían la prueba?... ¡Qué vergüenza! y maquinalmente acariciaba las almohadas de la cama de su hija, repitiéndose que no, que no había de ceder; por más que en ocasiones, le resbalaran algunas lágrimas y en el bigote se le escondieran, desmintiendo sus energías ficticias.

Carlota, que por su parte sufría mucho con la

idea de que Clotilde andaría en México expuesta a vicisitudes y caídas, valorizaba en su justo punto el tremendo sacrificio de su hermano y su cuñada; veíalos extinguirse, porque les hacía daño semejante situación, y acordó ponerle término, irse en busca de la descarriada y devolverla a sus padres. Sondeó a la mamá y la halló ¡naturalmente! predispuesta al perdón. La dificultad estribaba en su hermano. De sopetón, le espetó Carlota su proyecto, después de cenar, cuando él enmudecía más; cuando se retiraba de la mesa con su mecedora de mimbres, y se parapetaba en la penumbra formada por la pantalla de la lámpara, a fin de disimular su dolor.

—Conque, declaró Carlota, con artificial aplomo, les participo que me voy a México dentro de unos días.

—Bueno, repuso el marino con su voz alterada, que te diviertas.

Su esposa, en tanto, representando divinamente la comedia, añadió:

—¿A México?... ¿Pero, qué vas a buscar, mujer, tú que no abandonas tu casa por ningún dinero?

Carlota, entonces, la soltó. Iba a traerles a su hija, a su Clotilde, demasiado castigada ya, sola en la ciudad de los peligros, seguramente arrepentida y empujada, obligada a resbalar de nuevo en aquel pudridero.

El anciano se irguió, agrandado por el círculo de sombra de la pantalla, en actitud amenazante y justiciera.

—Clotilde murió, ya lo sabes, lo sabe Mazatlán entero, y te suplico que no vuelva a ocurrírsete el mencionarla; los muertos no regresan.

Como Carlota insistiera, que para eso y para más

le sobraban arrestos, el marino estalló, se acercó a la luz con trágicos pasos.

—Te creía mi hermana, no un verdugo; hazme el servicio de retirarte a tu casa, de no manchar la mía, bastante manchada ya.

Tuvo Carlota la prudencia de no tomar a lo serio la expulsión, de insistir en diferente estilo:

—¿Por qué quieres engañarte y engañarnos? Tú más que nadie deseas su vuelta; tú eres el primero que correría en su busca, que agonizas de no tenerla junto a ti. Lo que deseas, es no ser tú quien la llame, aparentar clemencia, que te lo rueguen. Vaya, di que sí, anda, pobrecita; y en lugar de arrojarme de tu casa, agradéceme lo que hago y abre bien los brazos, que quepa en ellos la pecadora, tu hija, que en ellos quepan su rubor y su desgracia... ¿Te decides?... piensa en su soledad, en su belleza, en lo que es México...

¡Ah! qué ansia de decir que sí, de abrir los brazos, de abrirse el pecho y mostrar cómo le sangraba el corazón. Y no podía, no pudo articular palabra; llevóse la mano a la mitad del pecho; salíansele los ojos, azorados de que las gentes, las paredes y los muebles giraran en torno de él, y se desplomó congestionado e inerte. Delicadísimo renació a la vida, inválido para siempre, con medio lado muerto, el del corazón, claro ¿cómo no había de morírsele, si le faltaba su hija? En la mecedora de mimbre, la compañera de siestas y lecturas, la que se balanceaba a impulsos de sus miembros sanos antes del ataque, se refugió su cuerpo miserable, de impotente que no puede ejecutar nada sin ajena ayuda. Sólo su mirada adquirió más energía, cual si en ella se hubiesan domiciliado las fuerzas prófugas, los tartamudeos de su lengua

torpe, las vacilaciones del lado sano. Su mirada hablaba, inquiría; clavábala en el mar, en las puertas que cerraban, en la escalera que conducía al cuarto de Clotilde, al que no subiría más para sufrir deleitándose con el recuerdo siquiera. Y en tal estado, la decisión repentina, el súbito convencimiento de que la muerte lo codiciaba y se lo llevaría de un instante a otro, dictándole la carta a la fugitiva; una carta trágicamente triste, dictada a tropezones, con frases aquí repetidas y allá tachadas, que escribió Carlota y los tres empaparon en llanto; con la firma del antiguo capitán, apenas legible, espantosa, las letras torcidas, distantes, como ebrias o moribundas a punto de caer.

Guardaba Carlota la narración y la carta, para el momento oportuno; por lo pronto, continuaba engañando y observando a Clotilde; inquieta con la presencia de Julio que rondaba y rondaba, en espera de las horas de amor que su querida le debía y nunca le pagaba. Veía Julio la imposibilidad del pago, a menos de no descubrir el secreto, y se ardía de desesperación; trotábanle ideas homicidas en su cerebro, el eterno crimen mental que todos perpetran o han perpetrado, el intenso anhelo de aniquilar al que se planta entre nosotros y nuestra ventura. Lo que, reunido al incesante e implacable avance de su tuberculosis, reducíalo a esqueleto y a mártir.

Vinieron las caricias ocultas; los besos rápidos, al cruzar las estancias obscuras, besos que muerden y maldicen; los contactos de las rodillas, que lastiman y delatan; los denigrantes diálogos con los pies, que en la sombra, por debajo de las mesas, chocan, se reconcilian, prometen y castigan, al par que nos amargan la comida y la existencia.

En la oficina y en el teatro, el carácter de Julio era muy distinto del que en un tiempo hacíalo simpático. Ahora juraba, agredía, sin rastros de la mansedumbre y la dulzura de antaño. En las discusiones del juzgado, terciaba con decisión y argumentos hostiles; no permitía que le repitieran aquello de que el amor era suprema ley.

—Es una equivocación, licenciado; la única suprema ley es el dolor!

—¿Vd. qué sabe? le replicó amostazado Berón.

—Más que Vd. mismo con sus libros y su título y todo.

En el teatro, igual; Julio parecía una fiera y una fiera que hablara como un carretero. Ya los coristas no le gastaban bromas, ni las primeras partes lo protegían, ni lo intimidaba el director de escena, ni los amigos de los cómicos permanecían entre bastidores. Unicamente Prieto ejercía en él alguna influencia; con fijarse en cómo doblaba su capa, adivinábale el humor.

—¿Qué tal sigues? decíale.

—¿De qué?

—De tu tos y de tu enredo, hombre, tus dos enfermedades.

Mal, muy mal, seguía peor, y con los brazos ahuyentaba a sus penas; contaba a Prieto sus insomnios; la bárbara reclamación del dueño del hotel, quien notificó a Julio que procurara no toser tanto ni tan fuerte, pues los vecinos se quejaban de que les quitaba el sueño; le repetía la brutal manera con que un borracho le diagnosticó su enfermedad, gritando a los mozos cierta noche:

—"¡Callen a ese tísico o llévenselo a un hospital,

para que reviente sin incomodar al prójimo!'' ¿Lo crees, Prieto, lo crees?

Fué lo malo, que el diagnóstico aquél de un ebrio irresponsable, Julio sentía que era cierto. Sí, estaba tísico, a dos pasos del sepulcro, sin más alientos que para adorar a Clotilde hasta el último suspiro; a Clotilde, que, tan cruel como la vida, también principiaba a escapársele. Porque si no ¿a qué hacerlo sufrir? ¿a qué prometerle y no cumplirle? Lo que es su tía no debía ser obstáculo; cuando de veras se ama, no hay obstáculos, y si los hay se apartan, se pasa por encima de ellos. Y Julio proyectaba confidencias patéticas, de alma a alma; revelar su tisis y de nuevo encadenar a Clotilde, aunque fuera por lástima; le escribiría que mañana, al arrepentirse ella de su desvío, sería tarde, él en el cementerio y ella atormentada por los remordimientos; que serían inútiles sus prácticas religiosas y mentira que la absolución de un hombre borrara el delito de abandonarlo a él, Julio; pues hay delitos que a nadie es dado borrar, que se le meten a uno en ignorada entraña y allí nos van castigando hasta que sucumbimos...

Clotilde, a su vez, hallábase en un trance difícil; en una incertidumbre que la sumía en desfallecimientos y nerviosidades. Comprendía a Julio con derechos, y experimentaba afecto hacia él, pero afecto disminuído con claro discernimiento de lo bueno y de lo malo. Su vieja atracción del confesonario, atraíala más que nunca ¿por qué?... No encontraba respuestas, atraíala porque la atraía, he ahí todo. Los goces que Julio le proporcionaba, comparábalos a los de una confesión periódica y escrupulosa, y perdía Julio; muy especialmente, a partir de la llegada de Carlota que tan a lo vivo despertaba en Clotilde los dormidos hábitos,

las olvidadas frases, las vinculaciones infinitas que la ligaban a su familia y a su casa. Sobre que Carlota le hablaba de su infancia, del riente período de su niñez, sin mencionarle todavía a sus padres; con la certeza de que cuando la joven preguntara por ellos, el regreso se efectuaría infalible. De la mañana a la noche, mantenía a su sobrina en continuo y retrospectivo espejismo; en un perpetuo: "¿Te acuerdas?", que, sin explicarse cómo, volvíala feliz, gracias a los hábiles manejos de la señora. El cuadro de su niñez, encerrado en el primoroso marco que Carlota labraba en su discurso y su imaginación, deslumbraba a Clotilde. Así había sido, así; lo recordaba y se ponía meditabunda, con anhelos de que se repitiera la buena época; mucho más buena ahora, por desaparecida. Carlota, que conocía sus flacos, cargaba duro en ellos, en el misticismo exagerado de cuando Clotilde fué niña; en su primera comunión; en el mes de María; en las pretendidas apariciones de arcángeles y santos.

—¿Lo recuerdas? insistía Carlota.

—Sí, sí, lo recuerdo, como si estuviera viéndolo, replicaba Clotilde con un acento de nostalgia inmensa, mientras la precisa reminiscencia a otras se asociaba y le traía a la vista a sus padres, orgullosos de la hija, de "su lirio", cual en su paterna ceguedad la denominaban. De pronto, se le aparecía Julio en persona, y lo mismo que en las obras de magia, al aparecimiento del genio del mal, derrúmbanse palacios, parque y estrellas, así a Clotilde veníasele abajo la encantada torre de sus recuerdos; las flores de su mes de María se le marchitaban; ocultábansele sus arcángeles y santos, y se le evaporaba el aromado incienso de su primera comunión. Julio, en cambio, le enseñaba su cadena, formada de besos, lascivias y sacrificios, y Clo-

tilde imploraba fervorosamente no dársele más, parar ahí, romper la cadena y la complicidad por el pecado mismo; esa complicidad que la arrojaba en los brazos del cómplice insaciable, del cómplice que pedía más y más, cual si el castigo consistiera en no saciarse nunca, en reincidir a todas horas, en todas las fechas y en todas las circunstancias. ¿De qué modo libertarse? ¿diciéndole que no lo quería ya?... Oponíase su conciencia ¡infeliz de Julio! después de lo que por ella había hecho, después de la adoración que le profesaba... La ruptura debía venir de él, en uno de tantos enojos que los separaban por varios días y que se producen sólo en los amores prohibidos y por prohibidos tormentosos. Para no flaquear, le rogaba a Carlota que continuara la resurrección; imitando a los faltos de carácter que antes de acometer una empresa escabrosa, cobran bríos con determinado licor.

—¡Háblame más, tía, háblame de todo eso!

Hasta que en cierto ocasión, sucedió lo que Carlota esperaba en su paciencia incansable de vieja; Clotilde tuvo el arranque filial:

—¡Tía, por Dios, háblame de ellos!

Ellos, eran sus padres; los desvalidos ancianos que no se cansaban de esperar a la que enlodó sus canas y de los que nadie habíale hablado en casi tres años. Y el pormenorizado relato salió al fin, oyéndolo Clotilde a los pies de Carlota, en cuyo regazo ocultaba la llorosa cara. Interrumpíase Carlota para besarla, pero sin disminuirle ni de fingido su responsabilidad. Temblaba Clotilde al considerar que sus padres y su tía podían saber la verdad, esto es, que ella, en lugar de purgar su primera falta en la soledad y el recogimiento, vivía y había vivido con un hombre casado, por amante! Afirmábase más en su despiadada idea de

romper con Julio; entre la muerte de él y la muerte de sus padres, optaba por la de él. Ya no lo amaba.

Luego, la carta; la carta del marino, que Clotilde leyó de rodillas:

"Hija mía:

"Un gravísimo ataque me ha dejado la mitad de "mi cuerpo en la tumba; con el medio cuerpo que "me queda, te dirijo esta carta de perdón; que lo "que es mi alma y la de tu santa madre, contigo se "fueron al momento aquél, en que para nosotros se "concluyó la vida. Siento que la muerte me cuenta "los minutos, y quiero verte, quiero que cierres mis "pobres ojos, los que desde que naciste, no se cansa-"ron nunca de recrearse en ti. Te dí por muerta, y "con ello ofendí gravemente a Dios; no puedo ser "más que El y si El no te mató, fué porque sin duda "quiso purificarte con el sufrimiento. Purificada ya, "ven a mí. En los tres años que no te he visto, he "vivido, no, ¡qué disparate! ¿vivido?... he agoniza-"do treinta, y calcularás que aumentarse a mis años "treinta más, no hay espaldas que los aguanten, y "las mías andaban ya muy cansadas.

"Ven en seguida; piensa que sólo voy a estar mi-"rando el reloj, mientras tú llegas. Si por mi des-"gracia, la muerte se te adelantara y no me encuen-"tras, de aquí te bendigo, porque, no creas, no son "preocupaciones, los hijos malditos son siempre des-"graciados, y no quiero que tú sufras más; que si "grande fué tu delito, la expiación ha sido mayor.

"Ven, entonces, a consolar a tu madre; riega de "cuando en cuando mi sepulcro con tus lágrimas, y "guarda este beso que en el papel imprimo, último "que saldrá de los labios de tu padre inconsolable..."

IV

Conforme Carlota leía la carta, apoderábase de Clotilde un asco inmenso de sí misma; se consideraba impura e indigna no sólo de presentarse en su casa, sino hasta de que le dirigieran semejantes frases, creyéndola arrepentida, "purificada con el sufrimiento". Bonita purificación arrebatando a un hombre de sus deberes, encenagándose con él en carnalidades y porquerías. Sacudida por los sollozos, inquiría detalles del ataque, que Carlota le daba también muy conmovida.

—¿Y tú vas a llevarme? preguntó Clotilde, ¿cuándo?....

—Lo más pronto posible, en cuanto realicemos tus muebles y antes de que termine la semana; que nos ayude tu amigo.

Carlota se marchó a la calle, avisando que comería en una visita, no tanto por cumplir con un deber social como porque Clotilde ordenara a solas sus pensamientos y sus proyectos; con la certidumbre de que leería y releería la carta, y a cada vez ésta le removería fibras y recuerdos. De suerte que al asomar Julio la cara en el comedorcito, en donde Clotilde permanecía aún cabizbaja, pudo notar que sucedía algo grave; quizá el disgusto con la tía, a causa de él, porque ella no cesaba de amarlo. Y aunque hacía tiempo

que no se besaban al saludarse, Julio ahora le oprimió la mano, le interrogó en voz baja:

—Pues ¿y la señora?...

Estaba ausente, pero no tardaría en llegar; lo cual a Julio le importaba muy poco. ¡Solos, solos Clotilde y él! Se apoyó en la mesa, para respirar, y trabajosamente, con dulcísima entonación, dijo:

—¿Me quieres todavía?...

Clotilde, por respuesta, señaló la cocina; podía oírlos la criada, la misma criada que quince días antes era la comisionada para recibir al amante. No reparó Julio en la inconsecuencia que cometía Clotilde; ¿qué más daba que los oyera la depositaria del secreto? La cogió una mano, y con pequeñísima autoridad, la levantó de su silla, atrayéndola con suavidad de enamorado.

—Ven, decíale tremante de pasión, ven, mi tesoro, ven...

Lo siguió Clotilde, sin contestarle; esquivando sus caricias, con el deliberado propósito de rehusar y de oponerse, allá dentro, en el sitio mismo del pecaminoso deleite. Un segundo, pensó mostrarle la carta de su padre ¿qué mejor explicación? mas el temor de prostituir el venerado papel la contuvo. Sin embargo ¿lo prostituiría, en efecto, mostrándoselo al dueño de su cuerpo, al que también había sido el dueño de su espíritu?... No lo sabía a punto fijo, pero tampoco lo hizo, confundidas las nociones de los encontrados deberes que la agitaban, resuelta únicamente a romper, víctima a su pesar de la transición desgarradora en que se odia al amante; transición intempestiva, que de nada se duele; sordo el corazón, falto de voluntad y de inteligencia para entender la canción con que palpitaba ayer. En la estancia caldeada por el

sol, abierta la ventana de par en par, colábanse perfumes de campo y rumor de hojas; lejano trotar de caballos e intermitentes silbidos de las máquinas en el próximo paradero. Julio embebecido, reconocía los detalles más ínfimos, la relojera, el bordado almohadón; aspiraba en éxtasis el perfume de mujer joven que despedía la alcoba. No le hablaba; habíase puesto la mano de Clotilde encima del enfermo pecho, como para que calmara los locos latidos de su corazón, y la veía intensamente, en arrobado transporte. Sin soltarla, cerró la ventana, se sentó en el lecho y la abrazó frenético, sediento de carne:

—¡Ven, repetía, ven y quiéreme!...

Y al pronto, se supuso que Clotilde lo atormentaba por juego; por dar sabor más cálido a los cariños que se ganan; que se resistía para desesperarlo momentáneamente; para prolongarle el placer, para que el triunfo que no podía negarle, lo halagara más; que retardaba el supremo instante porque lo idolatraba, porque era suya. De modo que el combate que sostenía y que él creía ficticio, acabó de enardecerlo.

—¡Déjame besarte, no seas mala! le suplicaba Julio asiéndole entrambas manos, empinándose para doblegarla, para quebrar la curva de su cuerpo fugitivo, echado hacia atrás, que huía de la boca de él, en mística repugnancia por el adúltero.

Ortegal, al fin se fatigó, soltó su presa para agarrarse al barandal de la cama y allí resistir un acceso de tos que iba asesinándolo.

—¿No ves cómo estoy? peor, hijita, peor; así me paso las noches, porque no te tengo junto a mí; aquí no tosía tanto ¿verdad? con mirarme me alivias...

Intentó abrazarla de nuevo, medio sofocado aún, pero ya Clotilde lo rechazó en toda forma:

—No, ahora no, Julio, no insistas.

¿Que no?... ¿que no insistiera?.. la verdad, no entendía jota; ¿que no insistiera en qué? ¿qué monserga era ésa? Desde luego, ni le ocurrió que Clotilde pronunciara palabras tan raras, refiriéndose a sus manifestaciones de afecto, a sus súplicas, no, ¿cómo había de ser monstruosidad tamaña?... ¡imposible... imposible!!... Y a la vez que con las manos crispadas parecía desterrar de su mente la aprensión maldita, y arrojarla lejos, muy lejos, fijó los ojos en su amada, y la halló erguida, recta, en un extremo del cuarto, el ceño duro, durísimo, como nunca.

—¿Que no insista yo en qué, Clotilde, dime? ¿que no insista en quererte?... responde.

Como no le respondiera, Julio le apretó las muñecas, le buscó los ojos, el fondo de la mirada, donde no puede anidarse una mentira.

—¿Por qué no vienes?...

Porque su tía iba a volver; porque corrían riesgo inminente de ser sorprendidos; porque con todo se conformaba menos con que su familia la despreciara ¿qué le costaba esperar unos días más? Y lo que decía, decíalo violenta, airada, hasta que Julio se le separó y fué a apoyarse de codos en la cómoda, frente por frente de la fotografía de Alberto el suicida, al que miraba sin verlo, preocupado del tono y del gesto de Clotilde. ¿Qué era aquello, la ruptura? ¿el adiós? ¿una separación nueva?... En mala hora ocurriósele ponerla a prueba; manifestarse ofendido; era que él presumía que los asuntos se hallaban como antes, que el enojo no se prolongaría, que Clotilde en la inmediata reconciliación, tornaría á él rendida amorosamente. Su vanidad de macho poseedor, se rebeló:

—Está bien, voy a darte gusto; lo que deseas es

que esto se acabe y se acabará; dalo por concluído desde este momento, pero concluído enteramente, para siempre... ¡que seas muy feliz!

¿Cómo, Clotilde no se movía? ¿no iba a taparle la boca con la suya, a pedirle perdón, a arrastrarse de rodillas por la estancia, inconsolable y llorosa, como en ocasiones análogas y anteriores? Luego entonces la temida monstruosidad se realizaba; aquella era la ruptura, el adiós último, la separación de dos vidas!... No, no era éso; ¿no veía que estaba soñando? ¿que estaba sonámbulo? ¿no recordaba acaso cuántas noches soñó lo mismo, y qué alegría de despertar junto a la mujer adorada, en la olímpica y casta semi-desnudez del sueño; de sentirla suya, de la cabeza a los pies, toda suya? ¿no recordaba las risas de ella, halagada en su femenina soberbia, al enterarse de la pesadilla que Julio le contaba estremecido, muy cerca de sus labios y de su seno, embriagándose con la tibia aroma que se evaporaba de las revueltas sábanas? ¿no recordaba sus respuestas, más suspiradas que dichas, lánguidamente susurradas por Clotilde medio adormecida?

—"¡Qué cosas tienes, tonto! ¿No quererte yo? ¿no " ves que todo lo he dejado por ti? ¿no sabes que eres " lo único que me queda en el mundo?... Anda, " duérmete, no amanece todavía..." Y le rodeaba el cuello con sus brazos desnudos, mórbidos, adheríase a él, murmurando: "mira si soy tuya, mira si tengo ganas de dejarte!", y él se sentía dios; una felicidad inconmensurable, extrahumana, lo enmudecía; ni se movía ni hablaba, para que ella se durmiera de nuevo, para regalarse el oído con su suavísimo respirar, para no desperdiciar aquel absoluto y soberano abandono... Pues eso era lo que estaba sucediéndole ahora, ni más

ni menos; la pesadilla que lo inmovilizaba, que le hacía ver las cosas como despiertos las vemos; pero ya iba a pasar, con un ligero esfuerzo ¡qué horrible soñar así! como si en realidad la desgracia nos matara. Casi sin conciencia, repitió su amenaza:

—Esto se ha concluído, y para siempre, me voy...

En lugar de lo que esperaba, el grito de júbilo de Clotilde:

—¿De veras?...

Entonces sí que despertó, que se le ennegreció el cerebro y le estallaban las sienes. Petrificado contestóle:

—¡De veras!...

Y comenzó a andar, enloquecido por la pena, con pasos tardos, para darle tiempo a que lo detuviera, a que reflexionara en lo proditorio de su acción; lamentando no írsele encima y ahogarla brutalmente, para gozarse en su agonía, y después de muerta, cual un salvaje, ocultarla en una caverna y morirse él de tristeza al lado de la perjura y de la ingrata. Empleó un siglo en salir de la alcoba, como que en ella se dejaba la vida; como que de ese día en adelante, ya la existencia sólo un rumbo le indicaría: el del cementerio. Clotilde agregaba:

—Piénsalo bien, Julio ¿estás decidido?

¡Pensarlo bien, qué ironía! ¿Y con qué cabeza había de pensarlo bien ni mal, si la suya funcionaba apenas? La dobló sin embargo, en muda señal de asentimiento, horrorizado de la helada ingratitud, y se encontró en la calle, es decir, en pleno Paseo, muy concurrido a esas horas, que la tarde declinaba, lleno de carruajes con gente que reía y charlaba como si tal cosa; como si ignorara que el dolor existe y a nadie respeta, como si el de Julio no estuviera ma-

nifiesto y no inspirara compasión. Todavía en los comienzos de la ancha acera, creyó que Clotilde lo llamaría desde su ventana, o que le mandaría a la criada; nada, lo dejaba ir, borrando en un minuto, dos años de amor. Una secreta esperanza hacíalo marchar; Clotilde se arrepentiría, seguro, enviaríale una carta al hotel la misma noche, al día siguiente, dentro de una semana, pero recomenzaría el cariño que no podía extinguirse de un soplo, como extinguimos la flama de una vela; tornaría la ventura. Pues, qué, ¿unas relaciones así, acábanse cuando a uno le place, sin advertencias previas ni motivo fundado? ¿se permite matar a una persona por el simple gusto de verla caer? ¿no hay gendarmes y castigos, hasta para el que roba un pañuelo, para el que roba un pan cuando el hambre le atenacea el estómago y le ofusca el juicio? Julio necesitaba auxilio, pedir socorro, que lo amparara un tribunal cualquiera, el que se formara primero; que lo mismo daríale la razón aquella señorita rubia del carruaje descubierto, que el anciano arrinconado en el banco de piedra, mirando más hacia el pasado con sus ojillos prisioneros tras los rugosos párpados, que hacia los coches, los individuos y las nubes blancas que volaban a los volcanes, cual asustadas y gigantescas gaviotas; lo mismo se la daría ese niño que correteaba con su aro, que el camarero del café Colón que sacudía el mármol de las mesitas con su delantal; todos se la darían, hasta las estatuas, con ser de bronce; esa colección enana de generales, héroes, médicos, gobernantes y poetas, votarían a su favor, se dolerían de él, allá en sus entrañas fundidas, y condenarían a Clotilde...

Ya Clotilde habíase condenado a sí misma; había

tenido que realizar esfuerzo grandísimo para no detener a Julio, mas, vencido el ímpetu, gustaba a solas el sabor acre que a las veces nos proporciona el cumplimiento del deber. Ella también se preguntaba, aunque con distinto tono, si tan pronto puede concluirse una obra que tanto trabajo demanda para ser construída. ¿Ya era libre? ¿ya?... o ¿al feroz pulpo de la posesión que hoy se enseñorea de un miembro nuestro, mañana de otro, hasta que en su voracidad insaciable nos estrangula el alma, nos convierte en ser de otro ser y nos endulza la más tiránica de las esclavitudes, a ese monstruo se le ahuyenta como a un abejorro ordinario, con sólo extender el brazo?... Un ligero escozor, arañándole la conciencia, protestaba, prometíale no darle paz, evocarle muchos recuerdos, acibararle los futuros goces, domiciliarle en la memoria la pálida faz de la víctima, sus atenciones y delicadezas, sus mejores rasgos amorosos, todas las pequeñeces color de rosa que compran a un corazón y que lo obligan a arrepentirse, cuando ya no es tiempo, de haber sido esquivo con el que lo compraba; de no haber recorrido en apretado grupo, el fugaz sendero que divide la juventud de la vejez, esa vejez que sólo se calienta con las reminiscencias de nuestros muertos amores. Por lo pronto, pensaba en lo que Julio haría ¿se reuniría a su familia? Era lo probable, y cosa extraña, a Clotilde no le venían celos de imaginarse a su amante reconciliado con su esposa; mejor, de eso menos rendiría cuentas. Supuesto que ella se volvía a su casa, con sus padres, ¿qué consecuencia más natural que Julio volviera a la suya y con sus hijos, por los que embargaban a Clotilde oleadas de ternura acordándose de lo que la querían?...

¿Y si Julio la matara?... ¿por qué no? ¿no muchos amoríos presentan un desenlace siniestro? ¿Si le armara un escándalo delante de la tía? ¿Si desesperado intentara recuperar a viva fuerza, en usufructo de sus varoniles atributos, lo que ella teníale obsequiado voluntariamente?... Y con objeto de reanimarse, de no flaquear contentando a Julio, cediendo cuando menos, sacó la carta de Mazatlán, la de su padre inválido, y ya no vaciló; la crisis mística envolvíala otra vez: procuraría ser buena, pondría para lograrlo, cuanto estuviera de su parte. Que Julio obrara de éste o aquél modo, debía serle igual; ella obedecería a su religión, que prohibe amar fuera de los preceptos de la Iglesia. Si la matara, moriría pidiendo perdón para los dos, en evangélica expiación del crimen de entrambos, y si con vida la dejaba, rogaría por él, por que Dios le mandara la calma y un cristiano fin.

Carlota regresó al obscurecer, preguntona y locuaz:

—¿No has tenido visita?

—Sí, el señor Ortegal, que sigue muy enfermo, tanto, que hasta pena me dió suplicarle que nos ayudara a vender ésto.

—¿Y qué has determinado? ¿cuándo partimos?

—Cuando tú lo dispongas, tía. Mañana, quiero confesar ¿me acompañas?...

Vaya si la acompañaría, sobre que ella siempre estaba dispuesta a tales cosas; y al separarse, besó a su sobrina, tranquila y contenta; se había ganado su cirio con la cura de la muchacha.

Clotilde no durmió, pues aparte de que el examen de conciencia suele ser muy extenso, si no se ha frecuentado el sacramento, en ella doblábase aho-

ra de las responsabilidades para con Julio. Además, su afán por confesar no significaba contrición pura, sino el establecer una barrera, la infranqueable, entre Julio y ella. Alguna vez, en las conversaciones sombrías que salpican de presentimientos y de penumbras las pasiones ilícitas, Ortegal se lo dijo:

—El día en que te confieses, te daré por perdida. Y le rogó que antes se lo avisara, para tomar él sus providencias, que aunque católico indiferente, en el fondo creía en la doctrina entera, la doctrina cándida que de chiquillo aprendió en la escuela. De ahí sus ascos a un sacrilegio, la certeza de que quien lo comete o lo aconseja, no puede salvarse.

Muy de mañana encamináronse al templo tía y sobrina, arrebujadas en sus mantones negros, poco comunicativas; pensando Clotilde en que cada uno de sus pasos hacia la iglesia, la alejaba eternamente de Julio. No sentía amor, no, que a haberlo sentido, prescindiría de cualquier sacramento; sentía lástima y piedad por el abandonado, cual si careciera de derechos para hacer lo que hacía; cual si la remisión completa que de sus culpas alcanzaría dentro de unos instantes, con la simple narración de los sucesos, fuera ineficaz y usurpada; desconociendo en las profundidades de esa misma conciencia enferma que iban a resanarle, autoridad bastante en un sacerdote para exculparla; temerosa de obtener, a tan poco coste, una absolución falsificada, y que el verdadero Juez, el que desde la altura nos lleva exactísima cuenta de nuestras miserias, no la perdonara a pesar del perdón del confesonario. Cuando llegaron, cuando la mampara sorda del labrado cancel, diríase que suspiró al cerrarse, cuando la fría atmósfera de la iglesia le cortó la cara, Clotilde desfalleció un pun-

to. Carlota, que se persignaba con los dedos húmedos de agua bendita, lo notó:

—¿Qué tienes?... Estás muy pálida.

¡Qué había de tener! Un remordimiento por la inmolación de Julio, a partir de ahí por siempre desterrado del cariño de ella. Sin embargo, era preciso inmolarlo; ni lo quería ya, ni aunque lo hubiera querido, envenenaría los últimos días de su padre. Y oprimió la carta, la releída carta del marino, para que sus fuerzas no disminuyeran.

—¿Cuál es tu confesor? inquirió Carlota.

—El primero que encontremos, tía; ¿no ves que desde que me salí de casa, no cumplo con la Iglesia? Era la vez primera que hacían alusión a su fuga con Alberto.

Hallábase el viejo templo de San Fernando, solitario casi, helado; respirando pobreza por lo desconchado de los altares y lo enmohecido de los candiles; lo apolillado de sus bancos y lo modesto de su *via crucis;* los contados y amarillentos cirios, y la escasez de fieles. En uno de los altares de la izquierda, decíase misa; una misa matinal y humilde, que oían sin gran devoción los criados y criadas del vecindario; con sus cestos vacíos y llenos, según que venían o iban a la compra. Los desiertos y encalados muros, lucían fantásticos bajorrelieves de humedad; en el coro, no había órgano; el sacristán, con una bufanda de estambre, barría el recinto, y en el altar mayor, un rayo de sol que entraba por las truncas vidrieras de la cúpula, como espada de fuego de algún arcángel bíblico, tenía en ebullición a un mundo de polvo de oro, y lanzaba chispas al besar la bruñida placa de bronce del tabernáculo, en donde apaciblemente dormía el divino Cordero sobre el libro santo.

En un ángulo, a la derecha y cercano de la sacristía, un sacerdote a quien confusamente se distinguía en el fondo obscuro del confesonario, escuchaba las cuitas de cuatro o cinco penitentes enlutadas; cerraba un ventanillo y abría otro, previniendo antes con golpecitos en la tabla, a la que debía seguir en turno. Mientras la acabada de absolver levantábase muy compungida, y la que iba a comenzar cubría su cabeza y el taladrado ventanillo, abriéndose de codos con el negro mantón, el sacerdote mascullaba las sacramentales palabras de remisión y dibujaba en el vacío unas cuantas curvas, dejándose ver, para luego hundirse nuevamente, y reclinado en su sitial, escuchar las culpas de la recién llegada, descansando él la frente en la palma de la mano, y el codo en un pañuelo de yerbas. El turno de Clotilde llegó más pronto de lo que ella esperaba; había ido aproximándose sin darse cuenta, conforme notaba la lenta aproximación de las demás, pero su espíritu no estaba dentro de ella, sino en pos de Julio, por más que no lo amara ya.

—A Vd. le toca, le dijo una vecina; y de manos a boca se topó con la taladrada estrella del ventanillo, al través de la cual salían los murmullos del sacerdote absolviendo a la anterior; ¡qué gusto de no mostrar la cara y de no ver la del cura! ahorrábase la mitad de la mortificación.

—Reza el "Yo pecador", exclamó el padre, y di tus pecados. ¿Cuándo te confesaste?...

Más de media hora empleó Clotilde en confesar; una confesión general, interrumpida por los sollozos y el arrepentimiento; toda su antigua fe religiosa encontrada de repente y obligándola a detallar su historia entera. El padre se interesó con aquel caso de

conciencia, tan nuevo y tan común; arrugaba el ceño ante las llamaradas y relámpagos pasionales que le pintaba con la absoluta sinceridad del miedo, la joven delincuente. No manifestaba horror, no se indignaba fuera de medida con los palpitantes pormenores que caían en el tenebroso tribunal, quejándose todavía; conocedor del mundo, veía por la millonésima ver el desfile complicado de los estragos y desequilibrios que una pasión engendra, y manteníase sereno, cual conviene al augusto ministerio, si lo desempeña un hombre honrado. Al concluir, se apegó a los cánones porque a ellos debía apegarse, aunque en su criterio de filósofo se elevaran tímidas protestas; cumplió con su deber de médico de almas, no obstante que no tenía mucha fe en la medicina; insistía y volvía a insistir:

—¿Prometes no reconciliarte nunca con él, pero nunca, nunca, en ninguna circunstancia?... Calcula tus fuerzas, piensa en que la menor flaqueza te conduciría al sacrilegio; no huyas la prueba, al contrario, y manifiéstate en ella como debe manifestarse una cristiana, sin más armas que la oración y el temor del pecado; dispuesta a sufrir denuestos e injurias, y de antemano perdonarlos; piensa en que el demonio puede tentarte otra vez, y en que es más poderoso que nosotros, aunque no más que Dios nuestro Señor, por lo que El vendrá en tu ayuda y serás de las elegidas y de las premiadas, si tu arrepentimiento es sincero y fuerte tu resistencia. Piensa sobre todo, en que desde este instante, tu corazón no te pertenece, le pertenece a Dios, siempre a Dios, y al amor legítimo que su Iglesia sanciona, no al amor carnal en que lo tenías preso. A tu memoria, sujétala también; pues más de una ocasión se te ha de

escapar hacia el pasado; no la detengas, déjala y castígala con el pasado mismo, al que considerarás cual fuente de tus desventuras todas y no cual manantial de deleite... Y por ahí continuó su disertación, reposada y grave, formulándola tan claramente, que más parecía leída que pensada; saturando de remedios divinos la humana llaga, aconsejando mil trampas al genio del mal: rosarios, letanías, novenas y triduos, que debían relucir en los ratos de lucha y de peligro, como otras tantas armas afiladas y salvadoras.

Clotilde prometía, juraba cumplir; llamó a la muerte, que se la llevara de allí a raíz de la reconquista de su pureza, a raíz de la absolución que el sacerdote le otorgaba con simpatía, y que ella sintió penetrar hasta el sitio recién desinfectado, y recorrerle el cuerpo, expulsando los deseos malos, las ideas perversas, las vibraciones de su carne joven y pletórica de blancura, de belleza y de vida. Besó la diestra del padre, con la gratitud con que habría besado la de quien la salvara de ahogarse; sin ocultar ya el rostro, doblegada y satisfecha.

—¿Comulgaré mañana? preguntó en un último escrúpulo.

—Sería mejor que volviera Vd. antes a hablar conmigo, respondió el padre suprimiendo el tuteo, espere Vd. un par de días.

Salió radiante, y aun cuando las predicciones sacerdotales realizábanse al pie de la letra, esto es, aun cuando en su memoria aparecíasele Julio, lo que es ahora se reía de apariciones semejantes: ¿qué le importaban, dado el secreto armamento de que para combatirlas disponía? Por mucho que Julio se le apareciera triste y severo hasta entre los renglones

del devocionario en que "ofrecía" la confesión, por más que le pidiera todo lo que ella le había arrebatado, Clotilde no hacía caso del grito del amante, lo dejaba, lo dejaba plantarse junto a las sílabas pías y los vocablos celestes, como se deja a un chiquillo ejecutar cualquier travesura, sin darnos por entendidos, para pillarlo en flagrante delito, y ya que lo tenía bien visible, agonizante y vengativo, ¡zas! disparábale una letanía, un rosario, y ni los terminaba siquiera; a poco andar, la desaparición se desvanecía en vergonzosa derrota, llevándose hasta las huellas; nada, lo que se llama nada quedaba en los rincones de la memoria ni entre las líneas impresas del breviario, y Clotilde experimentaba un placer dulcísimo, de triunfo inmenso y perdurable, de eterna liberación. Aquello, pues, tornábase en juego espiritual; en segura victoria sobre Luzbel; porque él era, el monstruo velloso y repugnante, el de pezuñas, el de alas de vampiro, que se mordía la cola de impotencia y rabia al sentirse perpetuamente vencido por la señal de la cruz, a pesar de disfrazarse de Julio, en los recuerdos de Clotilde. Vano empeño, Clotilde lo reconocía a maravilla y gozaba de no hallarse más en sus garras, de reducirlo a polvo; la tentación cada vez más rápida y más inofensiva. Hasta lo retaba:

—¡"Anda, ven! ¡atrévete!!" exclamaba mentalmente, "ven a tentarme, disfrázate de Julio, de lo que quieras." Y el diablo quimérico de Clotilde acudía al llamado, se apercibía a la justa, con complacencias de atleta de feria que gana su sustento dejándose aporrear por el enano de la compañía, y así, rodaba sin remedio, al segundo misterio del rosario, al segundo *pater noster,* cuando mayores eran sus

resistencias. En estas condiciones, presentóse Julio en persona a la casita de la Colonia, toda revuelta con los preparativos de la partida; Carlota, dando órdenes desde una butaca, como general que descansa después de una disputada refriega.

—¿Se mudan Vds.? preguntó Ortegal, no creyendo en sus asustados ojos que erraban de los armarios abiertos a los baúles y valijas.

—No, señor Ortegal, nos marchamos a Mazatlán... Ya era tiempo ¿verdad?

¡Que se marchaban a Mazatlán!... Julio jamás supo cómo pudo dominar la emoción que lo embargó; volvióse a Clotilde en espera de algún gesto de inteligencia, de algún mentís al absurdo que anunciaba su tía; que con la mirada le dijera que no era cierto, que se trataba de una comedia para despistar a Carlota, y Clotilde irse con él, a cualquier parte, al rinconcito aquel que los amantes eligen en su período de recíproca adoración, y que carece de envidias, de intrusos, de penas; un rinconcito en que la fidelidad y el amor son eternos, el país del ensueño! Pero Clotilde siguió inclinada sobre un baúl, quizá más inclinada que antes, moviendo los labios apresurada, como si rezara.

—¿Y cuándo es esa marcha? inquirió Julio desfalleciente.

—El sábado, señor Ortegal, el sábado y estamos a miércoles... ¡figúrese Vd.!

No se lo figuraba ni podía figurárselo; con la emoción vínole la tos, uno de los fuertes accesos, de los que suspenden la respiración a los que los escuchan, y al cabo de él, observó que Carlota ya no se hallaba en el dormitorio; había salido, porque la atormentaba oír toser al protector de su sobrina. Julio enton-

ces, aprovechando los instantes, con su aspecto cadavérico y su voz enronquecida por el acceso, dió este grito dolorosamente humano, de desesperación suprema:

—¡Te vas!... y yo ¿qué hago?... ¿Qué hago sin ti?...

Clotilde persistió en su rezo, erguida ahora, en toda la artística esbeltez de su cuerpo adorable y lleno de curvas y bellezas. Era llegado el momento de la prueba; de ofrecer en holocausto un corazón ajeno, supuesto que en el suyo no anidaba ya el amor, sino la piedad cristiana por quien presenta más manchas morales que nosotros, y oró con fe, oró mucho, enclavijadas las manos, sus ojos mirando al Cielo, linda como las heroínas blondas de las baladas germanas; como una de esas vírgenes maravillosamente pintadas en las vidrieras góticas de las viejas catedrales!...

Julio contemplaba en éxtasis su actitud, embellecida por los cambiantes que la luz tomaba al circundarla; y aunque le pareciera imposible haber sido su dueño, recordó que se le iba para nunca regresar; que se le iba como se nos van todos los ideales, cuando comenzamos apenas a acariciarlos. Imploró misericordia; echóse encima mil culpas y se atribuyó mil desaciertos; cuanto un individuo puede ejecutar de reprobado; pero que no se fuera, que no lo dejara:

—Comprendo que no merezco, que no soy nada junto a ti, ni mi cariño ha de halagarte, lo comprendo; pero por caridad, como limosna, no te vayas; tú no eres mala, eres incapaz de matar a nadie, y yéndote, me matas a mí. Mira, tus promesas, tus juramentos, las obligaciones todas que has contraído conmigo, te los devuelvo, nada me has prometido, no me has jurado nada, eres libre, eres

dueña de ti misma, pero no te vayas, por lo que más quieras, no te vayas. Te ofrezco no importunarte, ser de ti lo que me mandes que sea; dormir a tu puerta; hablarte si me lo permites; mirarte desde lejos, sin que se sospechen que te miro a ti... Y cuando buenamente te inspire lástima, me concederás un beso, un beso solo y en donde te moleste menos, en donde no peques permitiéndomelo, en un pie tuyo, en la orla de tus vestidos, en la punta de tus dedos, donde hasta a un perro le permitimos que nos acaricie... si todavía te parece que es demasiado conceder, rebaja lo que quieras, me conformo desde ahora, vendré en tu ausencia y besaré tus ropas, la alfombra, que es más feliz que yo, porque sobre ella andas y ella atesora la huella de tus pasos...

Deliraba Julio, tenía gestos vagos, con los brazos, con la cabeza; sin ocurrirle amenazar, ni hablar alto, ni publicar sus derechos; sin siquiera acercarse a Clotilde, y, por la fuerza, dominarla, hacerla suya, disputársela a su tía y al universo entero; ser el hombre, el rey de lo creado que arrolla obstáculos, porque es el fuerte. Carlota no volvía, retenida por cualquier cosa, porque manosearía trastos o compondría las plantas, por una de tantas puerilidades con que las señoras se distraen; y Clotilde oraba, inconmovible y muda.

—¿Nada me respondes?...

—Sí ¡me he confesado ayer!!... Le suplico a Vd. que me perdone y que me olvide, como yo estoy olvidando y perdonándolo a Vd...

Julio perdió el juicio, se enderezó amenazante y justiciero, con una revolución en el alma y una catarata de blasfemias entre sus labios, blancos y crispados. La frialdad de Clotilde barría de un golpe

sus antiguos respetos y sus cultos de católico; vencía su corazón en el despojo que lo atenaceaba, y brotaron los reproches, los denuestos, la hez que se lleva en las entrañas para arrojarla a la cara de nuestros enemigos.

—Al fin te confesaste ¿eh?... Pues tú y el padre que se atrevió a absolverte, son dos monstruos, dos sacrílegos que no alcanzarán el perdón de Dios... ¿Te imaginas acaso que puede un hombre erigirse en juez de la conciencia de otro, cuando quizá la suya está más baja aún que la del pecador?... ¿pero te absolvieron?... ¡qué infamia!... sí, qué infamia, no te asustes del término; asústate de lo que has hecho conmigo y que sólo sabemos Dios, tú y yo; no creas que te será tan fácil obtener el perdón de El, que es el perdón que sirve, el legítimo; pues si por ventura perdona, únicamente me perdonará a mí, que soy el que ha sufrido más!... Tú, lo que es tú, con absolución y todo, serás condenada; y así como no tuviste, como no tienes misericordia para mí, para contigo no la tendrá nadie, ni Dios...

Clotilde, temblorosa, resistía con la oración las impiedades de Julio; aquél era el conflicto previsto, el instante solemne, del que dependía su tranquilidad futura y la reivindicación de su enfangado espíritu. Dolíale el delirio de Julio, hasta lo mezcló con sus rezos para que lo iluminara la Iglesia, la religión lo consolara, y le disminuyera ese llanto amarguísimo que estaba sacudiéndolo.

—Si eras tan devota, continuó Julio, ¿por qué pecaste? ¿por qué caíste?... ¿No sabías que pecabas, no sabías que yo era un pobre individuo que ningún mal te había hecho, que vivía tranquilo con su miseria y su familia? ¿no temes que mi esposa y mis

hijos te pidan cuentas?... ¡Y jurabas quererme!... ni idea tienes de lo que es amor, de lo que es nada bueno... ¿sabes lo que eres? ¿sabes por qué te fugaste con un hombre, primero, y por qué, después, me has engañado?...

Adivinó Clotilde el insulto, lo presintió, y lo aguardó serena, como un principio de los castigos expiatorios que debía apurar; en tanto que Julio, en el colmo del frenesí, se lo arrojó ciego de despecho y de ira, la diestra extendida y apoyándose en el respaldo de la silla con la otra mano:

—Porque eres una... Y la brutal palabra fué a estrellarse contra Clotilde, que se estremeció cual si de veras la hirieran. Hirióse Julio más, con pronunciarla, y por no arrodillarse ante su amada, salió de la estancia y de la casa, sin saludar a Carlota que volvía del jardín, muy cargada de flores para Clotilde y de sonrisas para el amigo enfermo.

Un atolondramiento general, común a los criminales que acaban de perpetuar su crimen, perseguía a Julio, reprochándole la palabra soez; ¿cómo pudo formularla, si adoraba a Clotilde? ¿cómo pudo lastimar a ésta, si por ahorrarle la mínima aspereza, se habría dejado morir? ¿La merecería realmente?... No obstante que le exasperaba reconocerlo, reconocía su ningún título para ultrajarla; la odiada palabra se le encrespaba en el camino, ante sus pies, como una víbora pronta al ataque; le despedazaba el oído y le desgarraba el corazón. Algo interno le aseguraba que sus amores habían muerto, y lo mismo que abrazamos a un cadáver y su inmovilidad nos amedrenta por lo que significa, así Julio se decía que no, que sus amores no podían morir, o en el caso de que murieran, que tendrían que resucitar con sus caricias

y sus ruegos. Ya la condenada palabra lo detenía de nuevo; era el sello del fallecimiento, el sello natural de lo que principia con el adulterio; se separaban a la manera de la gente baja, porque baja había sido su pasión; parecía forzoso que acabaran con la injuria en los labios y un dejo melancólico en el ánimo.

El resto de la tarde, lo pasó Julio tal cual; sin grandes padecimientos pero sin cesar de pensar en Clotilde. Dos veces se llegó al hotel:

—¿No me han traído nada? preguntó en el despacho. Y en lugar de sus filosofías, las sombras le envolvieron, lo mismo que a la ciudad, aunque con la diferencia de que no las ahuyentaba como ésta, con sus focos de luz, las súbitas iluminaciones de sus tiendas, los faroles de los carruajes y los ecos de risas y de charlas que en los aires flotaban, cual las alegres notas de la eterna romanza de la vida.

En el teatro, Julio descuidó su empleo; maquinalmente abría y cerraba la puerta del escenario, sin preocuparle que media sala se colara entre bastidores. Prieto se lo dijo:

—¿Qué te sucede, hombre? ¿estás borracho?... pon cuidado, no vayan a multarte.

—La misma me pega... ¡si supieras!

En la cantina de marras, después de la función, Ortegal contó a Prieto el brusco rompimiento. Prieto, de codos en la mesilla de mármol, las manos en las quijadas, fumaba y oía con la gravedad de un profesor que tropieza con enmarañado problema.

—Pues, chico, felicítate, es sacarse la lotería el romper con una querida chiflada como la tuya! Luego agregó:

—A nadie se le ocurre quebrar por confesarse, es

mucho cuento. Si todavía hubiera tomado el pretexto de su familia, vaya Vd. con Dios, pero por confesarse!... No es que yo no sea cristiano, alto ahí; también yo he de confesarme, mas como se debe, cuando me sienta próximo a doblar el pico, pero en salud y queriendo!... no, señor; si Dios ha permitido que existan hombres y mujeres, es para que se quieran... todo lo demás es música celestial.

Julio, invadido ya de un dolor sordo y tardío para estallar, sollozando, esbozó a Prieto el período feliz, los días de paraíso, la aurora y el zenit de su pasión. ¿Cómo desconfiar ni cómo sospechar el desenlace? ¿es posible amar la víspera y olvidar al día siguiente? ¿no hay ligas ocultas para atar dos corazones?...

A punto de contestarle Prieto, que acariciaba a Julio por debajo de la mesa, oprimiéndole un muslo, se presentó la candorosa enamorada del teatro y del transpunte.

—Pide tu copa y espéranos en el mostrador; estamos hablando de cosas reservadas, le ordenó Prieto con imperio. Y la muchacha lo obedeció, sumisa, despertando con su pasividad la envidia de Julio.

—Dime ¿de qué manera te conduces, qué talismán posees para tratar así a las mujeres?...

—Talismán?... Ninguno; no hay talismanes que surtan ni hombre que mande en un corazón de mujer. Lo que pasa es que ella está queriéndome y yo dejándome querer; si mañana cambiamos de papeles, si yo la quiero y ella no me quiere, verás entonces, ella manda y yo obedezco; ella será la reina y yo el esclavo. Así somos todos.

Volvieron a su plática, opacada por la zambra de los clientes de la cantina; mirábaseles accionar, muy

cerca las caras, y sin percibirse lo que platicaban. Los desencantos de Julio se cauterizaban con los escepticismos de Prieto; de tiempo en tiempo, se le escapaban fragmentos de consejos, pedazos de teorías que se ahogaban en el oleaje nauseabundo, en el alcohólico entusiasmo de los ebrios groseros y de las meretrices baratas.

—"Después sufrirás más..." "No se olvida cuando uno lo desea"... "Distráete"... "Bebe"...

Al separarse en la desierta calle, así que Julio convenció a Prieto de lo despiadado de la conducta de Clotilde, éste pronunció una gran sentencia que dañó a Ortegal, precisamente porque reconocía su exactitud y porque le deshacía el último de los refugios, la esperanza.

—No cuentes con reanudar tus amores, Julio. Hay la mujer santa y hay la mujer maldita; la que enloquece y luego abandona; la que es fuerza que exista, como es fuerza que existan los animales ponzoñosos y los venenos!

Y Julio lo vió marcharse con la suya, doblar la esquina; lo oyó renovar su promesa, la perpetua mentira con que tenía encadenada a la mujerzuela:

—Antes de una quincena, serás corista.

———*———

V

Julio, en el hotel, molestaba lo menos posible para economizar propinas; contra su costumbre, tocó la campanilla al despertar.

—Pregunta en el despacho si no tengo carta.

Como la respuesta fué negativa, Julio se echó a la calle sin fijarse en la hora; sin asomos de sueño, no obstante el haber trasnochado y no haber dormido bien.

Aun era temprano; una bruma ligerísima ascendía perezosamente de empedrados y aceras, dejándolos humedecidos; prendíase luego a balcones y azoteas, e iba a perderse en el cielo gris de aquella mañana de invierno. Sentíase un frío desapacible que hasta los huesos se entraba, después de cortar manos y cara; que hacía apresurar la marcha, y caer frente a los mostradores de los almacenes de abarrotes, como empujados y revueltos, a obreros y vagabundos, muy cubiertos de descoloridas frazadas o cruzados de brazos sobre sus camisas y chalecos medio inválidos. Los que barrían las calles, ensañábanse contra la basura y los guijarros, para calentarse con el ejercicio. Oíanse los carraspeos que siguen al alcohol; el lento rodar de los carruajes de velada, en retirada hacia sus corrales, con los cocheros tambaleantes, los jamelgos rendidos y a punto de consumirse el aceite de los

faroles, cuya mecha agonizaba. Los tranvías, cruzaban con escasos pasajeros; rostros azorados y soñolientos de provincianos que regresaban a sus dominios, y en las plataformas, amontonados los sacos de viaje y las maletas. Las tiendas, se abrían con estrépito de tablas y hierros, trote de criados y vigilancia de dependientes paseándose con las manos dentro de los bolsillos del pantalón.

En el café del Cazador, decidió Julio tomar un café.

—¿Quiere Vd. algún periódico?

—No, ninguno. Y púsose a contemplar a un sacerdote que, de su taza de chocolate, sacaba a pulso enormes rebanadas de pan untado de mantequilla. Un granuja vendedor de diarios, que temblaba de frío, desde el cristal con letreros dorados que ataja al viento de la calle, veía famélicamente las manipulaciones del reverendo. A señas, le indicó Julio que cogiera su *brioche,* y en un instante el muchacho, mientras el camarero en sus rondas majestuosas volvíale la espalda, se abatió sobre el obsequio y desapareció con él.

Cuando Ortegal llegó al juzgado, hallóse al Comendador en tirada charla con la fregona que aseaba la oficina y que nunca cedía al amatorio asedio de Arguelo.

—¿Tan temprano? dijo éste a Julio, ¿la corrió Vd. anoche, verdad? La cara anda de los perros.

—No hombre ¡qué he de correrla! le contestó Ortegal; y como si repentinamente se inspirara, se lo llevó al balcón de la pieza del juez.

—Oiga, Chucho, añadió, a ver un consejo. ¿Qué haría Vd. si una querida suya lo abandonara sin motivo?

Arguelo, al pronto, sonrió con su apacible y eterna sonrisa de alcohólico manso.

—¿Sin motivo? preguntó. Y después de un rato de meditarlo, exclamó muy serio:

—Pues ¡quién sabe! yo no he tenido una querida jamás... Pero, para ablandarla, le ofrecería dinero.

—¿Y si ella tuviera más dinero que Vd.?

—¡Ah, caramba! repuso contentísimo, entonces me casaría con ella.

Ante la vulgaridad de su consejero, Julió alzóse de hombros; y como cada minuto que transcurría arrebatábale una esperanza más de reconciliación, le urgía obtener algún remedio infalible. ¿Clotilde no pensaría en él? ¿por qué él no podía imitarla?... A la manera con que una persona que llega tarde a un espectáculo y a fuerza de puños penetra en la compacta multitud y se coloca en primer término, así también una idea cruel le derribó preguntas y cálculos, plantósele precisa y neta en el cerebro: "¡Clotilde no lo amaba ya!" Y aunque Julio cerrara los ojos y aglomerara más preguntas y más cálculos, la idea intrusa no se le separaba, despedía en su cabeza fulguraciones de incendio apocalíptico: "¡Clotilde no lo amaba ya!!..."

Distraídamente saludaba Ortegal a todos los empleados, que llegaban sin ganas de encerrarse; ¿quién le iluminaría? ¿quién, que no fuera tan prostituído como Prieto el transpunte, ni tan imbécil como Arguelo el comisario, lo sacaría de apuros? Si acaso, Berón, el agente que profesaba y practicaba teorías tan diversas de las que el mundo acata. El juzgado estaba de turno y el trabajo que todo lo absorbe, no se hizo esperar; los "partes" se sucedían incansa-

bles, uno tras otro; las plumas carrereaban con apagados ruidos en las inmaculadas hojas de papel, que se manchaban y ennegrecían con los manuscritos caracteres, cual sementeras invadidas por nubes de microscópica langosta; la puerta de la reja eructaba criminales que volvía a tragarse en cuanto declaraban sus mentiras y sus horrores, y Julio hundíase en la labor, sediento de momentáneo olvido.

—Valiente turno se nos prepara, prorrumpió el secretario, vamos a echar los bofes.

El juez, con su olímpica indiferencia hacia los negocios y sin variar de hábitos, pidió la firma al sonar las 12 y se retiró mal encarado. Berón presentóse a su acostumbrada charla del mediodía, terciando Julio desde luego en la conversación, dándose mil mañas por traerla al punto que lo preocupaba, la mujer y el amor.

—Pero este Ortegal se nos ha vuelto un ginecólogo, exclamó Berón, no parece sino que las faldas lo traen alborotado. Vamos a ver, antiguo hombre pacífico ¿qué resentimiento abriga Vd. contra su alteza la mujer? ¿qué puede sufrir un marido modelo?

Guardó Julio su pluma y el quehacer se interrumpió; los oficinistas rodearon a los luchadores, atraídos por el incitante perfume que la mujer evapora hasta en las pláticas a propósito de ella; atraídos también por aclarar el semidescubierto secreto de Ortegal, esa su correspondida e inverosímil pasión por la antigua prisionera.

—No, lo que soy yo, nada tengo qué sentir; Vds. conocen mi vida y no la habrá más tranquila. Se lo decía yo a Vd. para que nos ilustrara en problema tan complicado, ya que en sus requisitorias se ocupaba tanto de corazones sanos y corazones perverti-

dos. ¿Por qué las mujeres nos quieren, nos odian y nos olvidan fácilmente? ¿por qué no sufren y se desesperan como nosotros?...

—¡Pues no me pide Vd. nada! Estoy por asegurar que ni el mismísimo Santo Padre resolvería la duda. En primer lugar, es falso lo que Vd. asienta, completamente falso; las mujeres quieren, odian y olvidan con facilidad igual a la nuestra; querer, olvidar y odiar es la trinidad perpetua del espíritu. Estos tres sentimientos entran y salen por el alma como Pedro por su casa, instálanse en ella, la habitan satisfechos algún tiempo y sin despedida se nos van, un buen día en que amanecen de mal humor, sin explicación ni excusas, porque les dió la gana. Todavía la víspera, nos acostamos sabiéndolos huéspedes nuestros, sintiéndolos caminar por los escondrijos y rincones del corazón y del cerebro; a la mañana siguiente, de balde los llamamos; reconocemos puertas y ventanas ¿por dónde se escaparon si se halla todo en orden?... Regañamos con la portera Voluntad, sin pensar que es venal y sorda; nos asomamos al polvoso camino del recuerdo, tan transitado y lleno de cruces toscas, de ésas que levantan los caminantes para indefinida recordación de los que murieron antes de llegar a puerto, y descubrimos a alguien que de prisa regresa; él es, sí, nuestro huésped que se arrepiente, que sólo intentó asustarnos. De par en par le abrimos nuestro pecho, y al ir a abrazarlo, palpamos el engaño, no es él! Si era el amor el anterior ocupante, el segundo es el odio, un primo hermano de aquél, que se le asemeja, con todo el aire de familia; y si era el odio quien se fugó, abrazamos entonces al olvido, un escéptico que no cree en nada, ni de nada hace memoria, que se nos

acomoda sin hablar y se echa a dormir un sueño muy parecido al de la muerte, un sueño sin pesadillas, sin suspiros, sin quimeras y sin lágrimas!...

—¡Bravo, Alfredo, muy bien! gritóle entusiasmado Holas el secretario, estás de punto.

Ortegal, aunque su inteligencia no estuviera a la altura del discurso, lo comprendió; así debía ser, en efecto, el gran problema. Berón, lanzado ya, continuó hablando recargado en un escritorio, con entonación y ademanes de tribuna.

—Es una injusticia, una injusticia tremenda, culpar únicamente a la mujer. La mujer sufre quizá con más intensidad que nosotros, porque es más delicada; porque sólo nace y vive para el amor, y carece de las otras ambiciones que a nosotros nos distraen y nos dominan. En compensación, oculta mejor sus sensaciones, sabe fingir, y hasta en esto muéstrase generosa. Rompe con nosotros, gradualmente, después de mucho tiempo de no querernos. Ella, la débil, nos tiene lástima a los fuertes, y al desbarrancarnos en la desesperación, parece que amortigua los choques y lastimaduras que han de causarnos las quiebras de la roca y las salientes aristas del precipicio. Nosotros, rompemos diversamente; les arrebatamos las ilusiones más secretas, les decimos a voces: "ya no te quiero, vete!" Ellas no; inventan pretextos, ansias de padre, celos de esposo, desconfianzas del hijo que crece al par del pecado, y, en último caso, si son libres y soberanas de sus actos, inventan remordimientos, anhelos de regeneración, congojas femeninas, nostalgias de iglesia, y van y se purifican, es decir, creen purificarse, y nos asocian a sus rezos de catecúmenas nuevas, piden para nosotros el alivio místico que revive a las almas!... Las que en-

venenan y matan, son la excepción, así como entre nosotros son la excepción los que perdonan y callan...

—¡Pues ésa es la infamia! aulló Julio nerviosísimo.

—¡Infamia, infamia! Pura palabrería, mi querido Ortegal. ¿Por qué si ellas nos olvidan son infames, y nosotros somos nada más calaveras y mujeriegos cuando las olvidamos? ¿Vamos a enmendarle la plana a Dios, a la naturaleza, a lo que sea, que hizo al humano corazón más voluntarioso que enfermito mimado, y más libre, pero mucho más, que el aire? Por eso me ha oído Vd. bautizar al amor de suprema ley; es ley suprema, inevitable, universal, y supremos también los goces y sufrimientos que origina; es suprema en todo, esencialmente divina y eternamente humana, la causa de la vida y la causa de la muerte.

—Pero, insistió Ortegal con la terquedad del que sufre ¿y si lo abandonan a Vd. sin motivo?

—Y dale, repuso Berón, si nunca hay motivos, hay acción y reacción, eso es todo! Las ternezas de ayer tórnanse hoy en ridiculeces y desvaríos; el llanto mismo, que antes fué un poema, es ahora ridícula mueca... Mire Vd., si Vd. o cualquiera lograra eternizar el amor, sería el ídolo del universo, se le erigirían altares, destronaría a Jesucristo!

—¿Y qué se hace entonces, cuando uno se queda solo?

—Si es joven, esperar a que vuelva, no el mismo amor, sino el amor con emisaria diversa a la que querremos con idéntico frenesí; y si es uno viejo, si el invierno de la vida nos tiene entumecidos, vivir con el recuerdo, desgranarlo, y alfombrar melancólicamente con sus hojas, las hojas secas del pasado, el corto y árido sendero que nos falta para caer entre

los amantes brazos de la tierra ¡el último amor! y encerrarnos por siempre en nuestra tumba!

—Ya dió la 1, exclamó prosaicamente el Comendador, que si había perdido la disertación, en retorno había apurado en la calle tres copas de aguardiente catalán.

Y se marcharon todos, silenciosos y preocupados, como siempre que se remueven los misterios y las incógnitas causas de los inmutables enigmas de este bajo mundo.

Mientras más aumentaba la convicción de Julio, mayor era su tormento ¿por dónde iba a conformarse con que Clotilde no lo quisiera ya? Al contrario, sentía rabia y dolor, ganas de correr las calles y desacreditar a su amante, exlicando al primero que lo escuchara, que había sido suya, por propia voluntad; que esa virtud recién adquirida era una máscara; que si la registraban, encontrarían rastros de las caricias de él, de sus besos. A Carlota y a los padres de Clotilde les detallaría el afecto de entrambos; diríales que no la creyeran, que no les volvía pura, que con él había caído de nuevo. De ese modo, todos las rechazarían, claro; todos se burlarían de la regeneración, sin tenderle nadie la mano, y fatalmente, aunque pecara, tornaría a él, que, en lugar de reprocharle lo sufrido, la querría como siempre, quizá más, por el conato de divorcio.

Por la tarde estuvo el turno más descansado, y la forzada inacción de Julio frente al pupitre; el hedor de miseria filtrándose por las rendijas de la puerta; el pavoroso silencio del juzgado y el desamparo de la plazuela, acabaron de deprimirlo. Como era el invierno, pronto reinó la penumbra en la estancia, apenas iluminada por el candelabro del

secretario, con sus velas lloronas, que chorreaban estearina, y las flamas inquietas, apuntando a la escalera, cual si ardieran en deseos de largarse de ahí.

Al teatro llegó Julio sin cenar, mucho antes de la hora, mirando tontamente cuanto acaecía a su alrededor. Su amigo Prieto, se le aproximó.

—¿Qué tal va eso?

—De los diablos, le dijo Julio, te aseguro que no puedo continuar así. Y con las dos suyas, le apretó una mano.

—¡Cuerno! exclamó Prieto, tú tienes calentura, hombre. No seas bárbaro de venir a trasnochar estando enfermo. Avisa en la contaduría.

—No te apures, dentro de un rato se me quita. Llevo más de un mes de sentirme con fiebre desde que obscurece.

—Pues, hermano, lo que te parezca; quítate siquiera de la corriente, ven. Saltó a otro asunto, frenético por lo que le obligaban a trabajar con los ensayos del próximo estreno: ese maldecido "Certamen Nacional" que se les atoraba a los cómicos.

—Dicen que es de aparato, y es mentira; ni los maquinistas ni nadie suda lo que yo. Es una zarzuela con mucha música *gachupina,* mucho mudar de trajes y mucha enseñada de piernas; allá verás, tiene sus números bonitos, que le harán cosquillas al público, pero que me cuelguen de las bambalinas si se estrena antes de quince días. Ven a oírla el domingo en el ensayo, al cabo no vas a Belem.

En estas, bajaban unas coristas vestidas de corto, y Prieto arrastró a Julio hasta el pasamano de la escalera, un sitio que servía de observatorio al vicioso transpunte para cerciorarse de cómo andaba de formas el coro de señoras.

—Con disimulo, fíjate en la de azul ¡mira qué hembra!

¡Para mirar hembras se hallaba Ortegal! Mal divisó unas pantorrillas robustas, prisioneras en estiradas medias de seda negra.

—Es la del barítono, siguió diciendo Prieto con los ojos encandilados: ¿verdad que es cosa muy suave?... Y al tenerla a tiro, le alargó un pellizco, cínicamente.

No se inmutó la agraciada, ni gritó ni hizo aspavientos. Volvióse desde el último peldaño y murmuró:

—Vean al tonto éste! ¿No se te antoja pellizcar a los bastidores?... a ver si me has arrugado la enagua. Y se dió en la falda dos o tres palmaditas, yendo en seguida a incorporarse a sus compañeras, que se cambiaban confidencias y un solo cigarrillo.

Julio se sentó a rumiar su pena, a calcular minuto a minuto lo que Clotilde haría. Algo lo distrajo el escándalo magno que durante el primer entreacto armaron un actor y un *reporter,* cuando todo es alboroto y ruido de telón adentro. Los tales, cortaron una discusión, que de lejos parecía interesante, para ministrarse una soberbia felpa de bofetadas, circundados de coristas hombres y de teloneros que en silencio presenciaban la pelea sin intentar apaciguarlos, cual si supieran los orígenes de la riña y éstos fueran de los que imponen un encuentro. El mismo gendarme los dejaba desahogarse, por ignorar hasta qué punto sería irrespetuoso que interviniera, dado que el actor estaba vestido de príncipe con gola de encaje, jubón, botas amarillas y colosales espuelas de hoja de lata. Por cansancio, los combatientes se otorgaron una tregua, escupiéndose insolencias entrecor-

tadas, y el municipal intervino entonces, con excesiva política:

—Vaya señores, ya está bueno, no me comprometan Vds.

El *regidor* que presidía la función y a la vez cortejaba a la segunda tiple, fué enterado del suceso, y sin moverse del sucio canapé del cuarto de la actriz, ordenó el arresto de los pugilistas.

—Dé Vd. parte a su oficial y que los consignen, ordenó al gendarme sin mirarlo, sonriendo a la tiple que se pintaba un lunar sobre los labios, frente a un espejo.

El empresario vino alarmadísimo, entró en el cuarto con el sombrero puesto, y púsose a accionar y acariciar las espaldas del munícipe.

—Me hunde Vd., mi querido amigo, le decía, necesito de Félix (*nombre del cómico reñidor*), no tengo con quien substituirlo, y oiga Vd. cómo se impacienta la gente por lo que se prolonga el entreacto... Le prometo a Vd. llevarlo yo mismo, en cuanto la representación termine, pero no me lo suprima en estos momentos ¿empezamos?

Inconvencible manifestábase el edil; alegó deberes, una porción de necedades para quedar bien con su bella; y el público, afuera, aplaudía a rabiar. En la escena, se oían los aplausos, como rodar de carros gigantes. El telón, gravemente, ondeaba resistiendo a la borrasca.

—Vamos, hombre, no sea Vd. pesado, prorrumpió la tiple, diga Vd. que sí.

—¿Vd. lo quiere? le preguntó el munícipe con intención marcada, mientras el empresario, aprovechándose del espejo, comíase a señas a la artista—

pues sea, Vd. lo salva. Gendarme, (*al agente policial inmóvil en la puerta*), puede Vd. retirarse!

—¡Arriba!! gritó Prieto. Y el príncipe escandaloso, apareció en escena presidiendo un grotesco consejo de ministros.

Al concluir la obra, no quiso Julio acompañar a Prieto; tenía sueño y jaqueca, no apetecía el ponche.

—A mí no me la pegas, bobo, te vas allá, a cometer cualquier disparate. Tú lo sabes; nada te aconsejo, porque en tu situación sobran todos los consejos y sólo atina uno a hacer barbaridades. Hasta mañana y buena suerte.

A la Colonia iba en efecto, decidido a penetrar en la casa hasta por la fuerza, con tal de que Clotilde no lo abandonara. Por el camino, formó planes e improvisó arengas; no apelaría a frases tortuosas ni enrevesadas ¿para qué, si con repetirle lo que la amaba, ablandaría a una peña? Iría como un trapero, sin otro gancho que sus martirios y sus lágrimas, revolviendo los guiñapos de su dicha, enterrados por una eternidad en los recodos del corazón de Clotilde. Julio sacaría los acontecimientos uno a uno, hasta los frívolos, los que derrochamos casi sin darnos cuenta de ello, y se los pondría en los pies para que al verlos, de nuevo los recordara. Conforme se aproximaba a la casita, disminuíanle los bríos, enredábasele la lengua y el corazón le aleteaba como paloma asustada. No obstante el frío intenso, a Ortegal bañábalo el sudor; y al comienzo del Paseo, su tos lo detuvo. Para reponerse, se sentó en uno de los bancos de piedra.

Estaba la noche, invernal y diáfana; el cielo azul, terso, sin una nube; la luna, muy en alto, resplandecía serena, cual astro helado al que el frío no in-

comoda. Había tantas estrellas, tantas, que se antojaban un reguero de alhajas de todas las joyerías del globo, que acarrearan sus tesoros en sacos agujereados, o que algún dios campesino, desde misterioso escondite, se entretuviera en aventurar a puñados semillas de planetas, sin fuerza para llegar a la tierra y que se quedaran errabundos en el espacio infinito. La luz de luna, inundaba a la ciudad con sus raudales tristes; flotaban en la sombra misma, confusas claridades, y, en los lugares iluminados, en el conjunto, parecía ser de día; un día raro, de panorama, fabricado de noche y de crepúsculos. En los palacios que bordean el Paseo, silentes y obscuros, cometía la luna indiscreciones de ciego, mostraba fondos de casas, las caballerizas y dependencias de la servidumbre; todo lo que la vanidad de los ricos oculta a la envidia de los pobres. En el suelo de césped y arena, los árboles, como recortados, imitaban manchas de tinta y harapos de mendigo; y de las estatuas, con su sombra desmesuradamente agrandada, diríase que sin romperse, habíanse venido abajo, y obstinadas luchaban por arrastrarse a la vecina acera.

Julio se levantó y siguió adelante. De improviso, la casita, más blanca que siempre, más encubierta por sus enredaderas, más poética y más atrayente; su fisonomía también entristecida por la luna. Veíala Julio con celos y ansias destructoras. ¡Ah! romper sus muros y arrebatar a su dueña ¡qué ideal! Sin atreverse a llamar, se apoyó en la cerca, pensando en el recibimiento de otras noches en que Clotilde lo esperaba y ponía tras una ventana la señal convenida: la lámpara encendida, que Julio presentía a distancia, que le brindaba la dicha, y que apagaba al entrar!... Ahora, el contraste; adentro, la calma, el

reposo de los que se suponen limpia la conciencia; afuera, el frío, la noche, el abandono.

—¿Qué hace Vd. aquí? le preguntó una voz ronca.

—Nada, ya lo ve Vd., descanso y me voy, repuso Julio al guardián.

—Pero ¿no tiene Vd. casa? ¿no sabe que podría yo llevármelo por sospechoso?

—Me prestaría Vd. un gran servicio, suspiró Julio en humilde entonación.

Humanizóse el guardián; subiendo y bajando su linterna, examinó a Ortegal, y pudo cerciorarse de que no era ni ladrón ni vago; algún ebrio pacífico que remataba su mona.

—¿Se bebió mucho?... pues, caminar, amigo, que con este frío no hay chispa que dure.

—No, si no estoy borracho ¡ojalá! estoy en mis cabales.

—¿Y cómo diantres, le ocurrió venirse hasta acá? Pueden asaltarlo, al regresar.

Julio se encogió de hombros, y su vieja tos sí que lo asaltó, acabando de robarle su empobrecida salud. Sólo que en esta vez agradeció el acceso allí, frente a la casa de Clotilde, en cuya dirección se volvió para que el eco de la tos, que pocos días antes atormentaba a su querida, fuera ahora como un reproche a atormentarla más.

La casita continuaba durmiendo; apenas si los rosales de su diminuto jardín, convertidos en esqueletos por el cierzo de diciembre, moviéronse blandamente, cual si los apesarara la enfermedad de su amigo, que en tantas ocasiones regó sus flores y enderezó sus tallos.

El guardián ¡del pueblo al fin! se interesó por

aquel desconocido, ofrecióle su brazo y lo condujo a su garita, abrigada y tibia.

—Métase Vd. aquí, hombre de Dios, y recuéstese un rato, a ver si se compone.

Hay momentos, cuando nos sentimos desgraciados y miserables, en que la menor delicadeza nos llena de ternura; y como Julio hallábase en uno de ellos, no bien se echó sobre las esteras que cubrían el piso del garitón, cuando el llanto le empapó los ojos, en secreto arranque de inmensa gratitud hacia el velador que le había brindado su guarida; un extraño a quien quizá no vería nunca más; un corazón burdo que ignoraba las heridas del suyo y que, esto no obstante, lo cobijaba con su piedad. ¡Un extraño y Clotilde no!... Clotilde que se sabía idolatrada, por la que él desamparó a sus hijos, en quien podía más un falso escrúpulo que una pasión verdadera.

—Caray con el frío, dijo el guarda al colgar su linterna, creo que está helando. Sentóse después en el umbral del incómodo y movible cuartucho; se embozó en su *sarape,* y para espantar al sueño, se puso a silbar. Algo percibió del llanto de Julio, porque se volvió a él preguntándole:

—¿Vd. es el que llora?... pues ¿qué pena lo alebresta? Los hombres no lloran, se mueren mordiéndose un codo.

El infeliz de Julio, ante la psicológica exigencia de expansión que experimentaba, no titubeó en narrar sus cuitas a ese desconocido. Se las habría narrado a las estrellas, no le cabían en el pecho.

—Lloro, es cierto, lloro porque no me quieren.

—Válgame la Virgen, murmuró su interlocutor riendo bajo el embozo; pues ¿cuántos años tiene su merced para no saber que eso es el pan nuestro?

No haga aprecio, jefe, mire que sobran mujeres rogonas.

—No, no es lo mismo; oiga Vd. mi caso y luego opinará.

Y la cogió desde sus principios, a fin de enterar debidamente al velador; desde su tranquilidad de marido fiel y de pobre resignado; desde antes de que Clotilde se le apareciera en medio de su vida, como el guijarro inadvertido que nos derriba al tropezarlo. A pesar de que la narración ahondaba la llaga de Ortegal, complacíale ahondársela, porque le revivía el pasado y le hacía gustar las delicias idas. De tal suerte, que la historia se tornó en novela, una novela palpitante pero que adormecía al auditorio.

—¿Vd. jamás ha querido? inquirió Julio, para pulsar la comprensibilidad del guarda.

—¡Ah qué Vd., señor, cómo no! repuso éste con la condescendencia del que se duerme y no quisiera darlo a conocer.

—Entonces, va Vd. a comprenderme. Yo me enamoré de esta señora, porque... Y Julio se embarcó en una serie de disquisiciones filosóficas a su manera; fragmentos de requisitorias y defensas; trozos de autos penales; evidencias de desengañado que ahora profetizaba o retrotraía a su antojo, con el propósito de quedar bien ante su huésped, quien dormía de lo lindo, despertando sin embargo a cada silencio de Ortegal, para sonreír a las tinieblas y exclamar, viniera o no viniera a pelo:

—Muy bien, señor, muy bien hecho...

Lo miraba Julio, es decir, de mirarlo trataba; y como sólo distinguía el bulto, como la propia narración se le subía a la cabeza y le resucitaba su mustio poema, continuó desenvolviéndola, ni más ni me-

nos que el artista que recita un monólogo en el que por extraña coincidencia se encuentra retratado. Fué una lástima que el guardián durmiera, pues Julio, inspirado de veras, derramó sus flores funerarias, todo el perfume que exhala un corazón que ama, en la atmósfera helada de la noche impasible. Por la abierta puertecilla del garitón, salían sus penas y sus goces, sus maldiciones y sus suspiros, a perderse en la tristísima luz de luna, tumbada en el Paseo. Un instante, la luna misma se asomó dentro de la garita; dió de lleno en el velador dormido, y se marchó a tiempo que se marchaban las más acerbas quejas del tísico enamorado. En las afueras, persistía el majestuoso silencio de la noche; ni un ruido preciso, ni una voz, ni una pisada; apenas los rumores vagos y sin nombre que son como los estremecimientos misteriosos de la tierra en su descanso.

—Tuvo el valor de confesarse, sabiendo que la confesión sería nuestro abismo. Yo no me explico hasta dónde puede un sacerdote prohibir el amor, y estoy cierto de que Vd. tampoco se lo explica, ni nadie. Supóngase Vd. sacerdote y que yo vengo y le digo: "padre, acúsome de que amo, con el alma entera, a una mujer que me ama también a pesar de que soy casado, a pesar de que nos hemos defendido mucho contra esa fiera de corazón que todos poseemos sin culpa nuestra y que puede más que nosotros; esta fiera que no averigua estados civiles ni se percata de ellos ¿qué me contestaría Vd.?...

Dormía el guarda con la tranquilidad de los trabajadores, sueño de una pieza, reparador y profundo; de suerte, que contestó por él su respiración acompasada. Julio, cual si en efecto hubiera obtenido aprobatoria respuesta, siguió:

—¿Verdad? ¿Verdad que una cosa así nadie debería romperla?... Es claro ¿para qué nos dieron corazón? ¿para qué confesarnos de que estamos completos y como Dios nos hizo? ¿para qué decir: "padre, ya mi corazón cumple con su cometido, ya amo"?... Lo malo sería que no amara... Por lo demás, yo, me habría confesado pero no habría cesado de amar, eso no ¿qué mejor gloria que la gloria de amar?... Dios me perdone, añadió al reflexionarlo, pero me parece que blasfemo ¿no cree Vd.?... Es, que no sé, llevo tiempo de no hacer ni decir más que disparates... ¿si conociera Vd. a mi familia? ¿si supiera lo que me quieren, lo que sufren con esta maldición que me persigue?... Tengo muchos hijos, y uno de ellos enfermo, convaleciente de tifo. Mi palabra de honor que los adoro, y sin embargo, esta señora me tira más... ¿Vd. no tiene hijos?...

Chocó a Julio el silencio del guarda y lo sacudió:

—¿No me oye Vd.? ¿le pregunto si no tiene hijos?

Despertó el velador, y perezosamente, torpe la lengua con su sueño, repuso:

—¿No ve Vd. que soy pobre? ¿cómo no había de tener hijos?... tengo tres. Y cambió de postura, medio despabilado.

—¿Los quiere Vd. mucho? ¿los daría por una mujer?

—No señor. Pues qué, y con perdón de Vd. ¿acaso son animales? Los quiero más que a su propia madre, son mi única alegría; me traen mi comida, mi capote; juegan con mi linterna, y en las mañanas temprano, allí acaban su sueño, en donde Vd. está. Si la madre se me echara a perder, en seguida la largaba y buscaría a otra, que nos cuidara a ellos y a mí.

—¿No es Vd. casado?

—La verdad, la verdad, no señor; pero ya cuánto ha que vivimos juntos.

Con razón el velador dormía tan sereno, pensó Julio, con semejante criterio la existencia debía ser diversa y menores sus penalidades. ¿Si él se transformara?...

Lo que se transformaba era la madrugrada. Comenzaba a amanecer; la luna se desvanecía gradualmente; las estrellas desaparecían, como si se internaran nubes adentro; y el campo, las montañas, las casas, adquirían livideces de enfermo. El frío apretó, hasta los árboles temblaban; de varios rumbos venían ladridos de perros y cantar de gallos. En el paradero vecino, bufaban las máquinas, cual bestias que despertaran mal humoradas, y de muy lejos, una campana llamaba a misa de alba. Púsose el guarda a patear en el suelo, para calentarse los pies, y á Julio le ganó un sopor que lo inmovilizaba, que le aminoraba pensamientos y sensaciones. A poco, un ruido que se sabía de memoria, lo lanzó fuera del garitón; era la fanfarria del Bosque de Chapultepec, que alegremente tocaba diana con la poderosa voz de sus cornetas y tambores; la fanfarria que lo despertó tantas veces entre los brazos de Clotilde; la diana que, al separarlos, les aconsejaba que se besaran. Nadie movíase ahora; puertas y ventanas permanecieron cerradas, mudas. La casita dormía.

—Las 6, declaró el velador apagando su farol, concluímos sin novedad. No han de tardar mis muchachos.

Y de veras, aun no daban las 6¼, cuando por el extremo de la calle que va a las Albercas, apareció el grupo: los dos chicuelos adelante, al trote y sosteniendo una canasta; la madre atrás, con el pequeñín en el

regazo. Se les escondió el guarda al lado de un pedestal, entróse en el garitón, volvió a salir, fingió con sus manos un anteojo, hízoles señas, y los chicos apresuraron la carrera, reíanse de las maniobras de su padre, gritáronle, y al fin le cayeron encima, en el interior de la garita, y de la garita partieron carcajadas y besos.

Julio, suspenso, oía esos estallidos de júbilo, y por completo olvidado de que él tenía desamparados a sus hijos, lamentó que Clotilde no le hubiera dado uno, para con él conservarse encadenado a ella; un pedazo del alma de los dos, que los habría atado eternamente.

Despidióse del guarda, que como un patriarca desayunaba con sus gentes, y en un principio de odio, Julio se volvió, con el puño cerrado, a la casita blanca, amenazándola, amenazando a la dueña, y exclamó en alta voz:

—¡Bah! Sólo fuiste carne de placer y de pecado, no supiste darme un hijo, porque no eres mujer, no eres más que una hembra!

———*———

VI

Al obscurecer, Julio despertó pero no pudo levantarse; su cuerpo, como de plomo, se rehusaba a todo movimiento, y en el pecho, el plomo aquél le pesaba más, le impedía la respiración. Espantado, tocó la campanilla, mandó abrir la vidriera, se asfixiaba. Envió un recado a Prieto:

"Estoy bastante malo; avisa a la empresa y ven a "verme en cuanto acabes, aunque sea tarde."

Subiéronle de la fonda, una cena que probó apenas; decididamente no podía respirar, ni sentado, ni con almohadas a la espalda, de ninguna manera. ¿Sería la muerte? ¿él, un hombre de familia, moriría en un cuarto de hotel, a manos de criados, como mueren los perros y los que carecen de parientes, de un amigo que les ofrezca el trago de agua de la agonía y después les cierre los ojos ¿sería un aviso divino, el anuncio de que la muerte por doquiera nos acompaña para hacernos suyos en el momento menos pensado?

Supuesto que Clotilde se marchaba sin preocuparse de él; supuesto que lo olvidaba, y aquí Julio sollozó, pensó en la familia, como en el puerto seguro en que se estrellan todas las tempestades sin dañar a las embarcaciones que en él se refugian; con la certeza de ser bien recibido por la suya. Y se engolfó en una porción de proyectos para lo futuro. A Clotilde, la consideraría muerta para mejor arrancarse su cariño,—

pues con los vivos es posible una reconciliación en cualquier tiempo. Después, su misma familia se encargaría de curarlo, de tender un inmenso y noble olvido sobre la época, ésta, tan cruenta y tan larga. Ayudado de sus hijos, reconstruiría el hogar convertido en ruinas, levantando una parte hoy, otra mañana, y así, reedificar su humilde casa hasta que quedara sólida, sin rastros de la catástrofe y con íntimas resistencias por si la tempestad la azotaba de nuevo. En su feroz egoísmo de hombre enfermo, víctima de las infinitas cobardías fisiológicas de las grandes crisis, Julio arreglaba las cosas a pedir de boca, necesitando que le restañaran las abiertas heridas. En medio de su gravedad, de su respiración fatigosa y escasa, sentíase con larga vida, muy larga y muy halagüeña, cargada de dones y de irrealizables quimeras. No obstante sus propósitos, de cuando en cuando la imagen de Clotilde lo cegaba y estremecía, como nos ciegan y estremecen, en un campo y con la noche negra, los últimos relámpagos de la borrasca que se aleja. Era Clotilde, sí, en deshonesto traje de nubes y lascivas posturas, que le brindaba refinamientos y deleites con sus brazos en amante reclamo, entreabiertos sus labios y sus ojos languidecientes! Era ella, sí, la omnipotente carne, el prohibido fruto, la mujer que nos hizo gustar el pecado y nos marca con estigma de esclavitud perpetua, la que nos arrastra a donde le place, la fuerza demoníaca del amor!

Temblaba Julio en su inseguro catre de alquiler y en su más inseguro organismo de tísico; temblaba la mezquina flama de su vela; temblaban los prosaicos muebles de su cuarto y su casa por reconstruir, sus proyectos de honestidad y sus esperanzas de dicha, como si a su paso, Clotilde lo aniquilara todo.

Mucho después de media noche, llegó Prieto en unión de su noctívaga, la criatura hipnotizada por los relumbrones del teatro y sometida al transpunte por la influencia que a éste le suponía en el desconsolador paraíso de bastidores. El estado de Julio lo alarmó:

—Pues ¿qué tienes, hombre? ¿qué locuras cometiste anoche?

—Nada, pasármela en vela, allá, en el Paseo. Creo que he cogido un fuerte resfrío y que tengo algo de calentura; me siento muy débil, aunque también es cierto que casi no he comido.

Fué corta la visita; tomó Prieto su ponche invariable y recibió encargos diversos: avisar la enfermedad de Ortegal en Belem y a Benigno Paz, y prevenir a Gomar, el médico-legista.

—Ya sabes donde, en la *afanaduría* de la cárcel de detenidos. Dile que urge.

Al día siguiente, Julio estuvo peor, pues no se le apartaba de la memoria que en esa fecha se le iba Clotilde. Gomar lo halló grave; la tuberculosis incalculablemente avanzada, en pleno período cavitario. A título de amigo, lo interrogó acerca de su familia ¿cómo seguía Julito? Julio le confió la verdad, llevaba tiempo de no ver a sus hijos por el asunto éste.

—Cuando me alivie, me reuniré con ellos y repararé los desaciertos sobrevenidos. Vd. me ayudará, doctor; Carmen le profesa mucho aprecio. Primero, alívieme Vd., devuélvame la respiración y la salud ¿me matará la tisis?

Gomar echó a la broma la fúnebre pregunta de Ortegal ¿quién había hecho semejante diagnóstico? ¿eran ya colegas en medicina?

—¡Qué tisis ni qué ocho cuartos! Yo no descubro nada serio y le pronostico levantarlo de la cama en

una semana. Le prometo algo más, contentarlo con su esposa y soldar la endiablada rotura que los ha dividido. Pero por lo pronto, Vd. no me pisa ni el juzgado ni el teatro hasta que yo no lo permita. Extenderé un certificado para la empresa, y mañana hablaré a su juez y a Holas. ¿Qué opina Vd. de un anuncio a su señora, como cosa mía se entiende, a ver si la reconciliación se violenta?

—No, doctor, le ruego a Vd. que todavía no. En todo caso, advierta Vd. a don Eustaquio sin que mi familia se entere.

Por la tarde, Benigno Paz se dejó caer con los bolsillos repletos de pesos.

—Mira lo que te traigo, tu quincena, hermano; veinticuatro, veinticinco. Y al verlo acostado, se puso formal.

—¿Qué te ha sucedido, miedoso?

Vuelta a relatar la trasnochada, a imaginar que su dolencia sería una pequeñez, a fraguar planes para lo porvenir; cual si en compensación de su descalabro amoroso, le hubieran dado un puñado de años, y él los contara por montones, como contamos nuestras ganancias o nuestras economías monetarias.

—Hasta mi tos ¿te acuerdas? ha disminuído una barbaridad, y la que me resta ya no me sacude ni me sofoca.

—Vaya, me alegro y me marcho, porque estoy de cena en las Ratas con una criadita preciosa ¿para qué te sirvo, con confianza?

—Para que vengas a acompañarme cuando puedas. Anda y diviértete.

Gomar no se anduvo por las ramas, sino que le habló a don Eustaquio:

—Veo a Ortegal gravísimo, y suponiendo, lo que

es mucho suponer, que el invierno no lo mate, al entrar la primavera se muere sin remedio; en vez de pulmones tiene cavernas. Desea hablar con Vd. y contentar a su esposa ¿cree Vd. que ella acepte?

—¡Pues no ha de aceptar! Si es un ángel, amigo mío, es un ángel.

Al otro día, don Eustaquio se presentó a Julio, quien, muy decaído, tomaba el sol en la puerta de su cuarto; una miseria de sol que entraba todo torcido a echarse en unos cuantos ladrillos polvorientos y flojos. Reprimió el escultor su sorpresa, pareciéndole mentira que en tan corto tiempo estuviera Julio como estaba.

—A sus órdenes, mi querido Ortegal; su médico me manda diz que porque Vd. me necesita ¿qué es ello?

—Suplicarle a Vd. que, según nuestro convenio, reciba mi sueldo y se lo entregue a Carmen. Yo lo habría llevado, pero ya me ve Vd., prisionero por cuenta del doctor, que me supone más mal de lo que yo me sospecho... ¿Y mis chicos?

Pintó don Eustaquio a lo vivo la convalecencia de Julito, las tristezas de Carmen y la soberana e inconsciente alegría de los muchachos. A Julio no lo mencionaban muy a menudo, para no remover penas ni despertar sospechas entre los infantes, a los que se decía que el papá, de viaje, los saludaba en sus cartas. Julito, por más que se hallara al cabo del sucedido, dominábase a un punto extraordinario, sus observaciones y juicios se los reservaba en su interior. Esto no obstante, el artista aconsejaba a Julio una reconciliación.

—Yo interpondré toda mi influencia, y le prometo

una fiesta sin música ni vinos, una fiesta de corazones.

—Por ahora no, señor don Eustaquio; estoy muy adolorido para resistir el abrazo de mi esposa, y demasiado sucio para permitir que me besen mis hijos... Después, sí, ya lo creo; hoy por hoy, debo castigarme privándome de verlos... ¡Ah, cómo he recordado la profecía de Vd.! Me abandonaron, don Eustaquio, se cansaron de quererme o de fingir que me querían... Vd. fué el sabio y yo el infeliz!

Y de nuevo sacó a luz los pelos y señales de su catástrofe, las alternativas de su dolor y las probabilidades de olvido. Dominaba un anhelo: castigarse a sí propio, no mirando a su familia en un poco de tiempo.

—Además de que lo merezco, este aislamiento me curará más pronto porque me pone a solas frente a una gran ingratitud, y mejor apreciaré lo que valía la mujer que se me ha ido y lo que vale esta pobrecita que, sin quejarse, me espera todavía... ¡qué tontos somos (*después de una pausa*) al elegir sendero! siempre nos alejamos de la dicha creyéndola insípida.

—No, hombre, no; tampoco ahora está Vd. en lo justo. No es que creamos insípida a la dicha, sino que en nuestra miserable condición no nos saciamos con la que poseemos; nos parece que se ha gastado con el uso, y nos echamos por ahí en busca de quien nos la componga o nos la renueve. Y no hay que culpar a hombres ni mujeres, porque nos abandonemos mutuamente con crueldades de asesinos; es que los sexos se odian, cada día me convenzo más, se odian hasta obtener la destrucción por el acercamiento. Las caricias, mientras más apasionadas son, más sedimento de odio llevan consigo; un odio latente que descubrimos al menor esfuerzo; en los altercados que siguen a los be-

sos, en las lágrimas que derramamos y hacemos derramar, en el afán morboso por conocernos nuestros defectos y arrojárnoslos a la cara, y en la existencia de los celos... ¿Amor?... no hay más que uno, solo y que vale por todos juntos: el de la madre! Lástima que para que éste se produzca, sea indispensable realizar primero los noviazgos y las mancebías y los matrimonios! Ahí sí que somos inferiores a la mujer, en el amor a los hijos. ¡Qué raro es que una mujer rechace a los suyos, y qué común que el hombre no cargue con ellos! Especialmente en las uniones ilícitas, observe Vd. que casi siempre el hombre, al zafar el cuerpo, deja una serie de desventurados; y que si la mujer es la que se marcha, se marcha con sus hijos, los que, en efecto, son más de ella que de nosotros, y se comprende; a ella le cuestan un dolor, una enfermedad y un peligro; a nosotros nos cuestan un placer y nos halagan nuestra vanidad, pregonando con sus vagidos y balbuceos, nuestra masculina potencia engendradora... Por eso Vd., Vd. que se reconoce culpable, váyase a ellos y ellos derramarán en su herida un bálsamo misterioso que borrará el delito y le aliviará el alma...

—¡Ay, don Eustaquio, si de veras lo hicieran! Me siento tan malo por acá dentro, exclamó Julio golpeándose el pecho.

—Lo harán, Ortegal, jure Vd. que lo harán; naturalmente, poniendo Vd. cuanto esté de su parte. Conque, enmienda a partir de hoy, y abrazarlos en seguida, déjese Vd. de castigos y tonterías. ¿Los traigo mañana?

Julio se negó, temía verlos al par que lo deseaba.

—La verdad, añadió resuelto, debo expulsar de mi corazón a esa mujer. Ya que lo devuelvo a quien de

derecho corresponde, justo es devolverlo desinfectado y vacío, sin rastros de esta inquilina que me lo maltrató tanto!... No, pero Vd. no se me vaya, más que nunca necesito ahora de su experiencia; hágase Vd. la cuenta de que es médico y recéteme ¿cómo debe uno arreglárselas con la vida?

Sonreía el viejo y contemplaba afectuosamente al moribundo, que no sentía la proximidad de la muerte; que a orillas del sepulcro solicitaba consejos y recetas para continuar viviendo. En un arranque de artista, que para todo apela al estilo de bulto que anime y dé visible forma a sus ideas, le dijo el escultor su manera exclusiva y personal de considerar la vida:

—La vida, para mí, es un enorme ferrocarril lanzado a todo vapor, pero sin maquinista ni guardafrenos. Dentro de él caminamos todos, grandes y chicos, sin que sepa nadie adónde parará ni cuál es el objeto del misterioso viaje; condenado a efectuarlo, y se acabó. Hay coches de clases diversas, para pobres, para ricos, para todos los gustos y para todas las fortunas; hay vecindades que nos incomodan y afectos que duran años, meses, días, minutos. Cada estación que dejamos atrás, es una ilusión menos, una ilusión que no volveremos a ver. En las que el tren se detiene, apéanse muchos pasajeros, los que mueren, y suben otros muchos, los que nacen. Al cabo de unos instantes, a correr, a correr desesperadamente en sentido inverso de los postes telegráficos, que son los años que huyen de nosotros y quién sabe en dónde se pierden!... Nuestros padres nos dejan solos, en medio de desconocidos y sin poder enjugar nuestro llanto; cayeron al camino, volvieron a la tierra, y no ven a la viuda ni a los huérfanos que, desde el ventanillo, los llaman a gritos, con el pañuelo que se agita como pá-

jaro herido; pobres huérfanos, mezclados a extraños e indiferentes que no se preocupan de desgracias ajenas, que quizá en ese momento aman y ríen y gozan. De pronto, un fatigado del eterno viaje, salta de la plataforma: es un suicida. Otras ocasiones, nuestra novia, nuestra querida, nuestra esposa, aprovéchanse de nuestro sueño, de nuestro cansancio, y pasan a otro coche: es el olvido en todas sus formas. Uno, finge por más que se desespere ¿qué somos para los vecinos? y buscamos la campana, con ánimo de que el tren se detenga: no puede ser! en vez del cordón hallamos sólo, entre los anuncios impresos en el techo, una estampa iluminada que representa a Dios diciendo:

—"Venid a mí."

Si creemos, estamos salvados; si no creemos, debemos imitar a los librepensadores que juegan a las cartas en un extremo del wagón, después de haber ensuciado a la imagen con rayas de tizne y chistes de colegial, para que los que creen y esperan, se escandalicen: los infelices que no saben leer como ellos en los libros extranjeros... Y aquí lo suspendemos, porque si no, va Vd. a comparar la vida a mi lengua, que tampoco pára... ¿Anuncio su vuelta por allá?

—Sí, señor, anuncie Vd. que antes de quince días estaré con ellos.

Durante el corto cautiverio de Julio en el hotel, cogióle horror a la luna, que por las noches se entraba silenciosamente hasta debajo de su escuálido catre. En cambio, un Paganini de orquesta, cuyo cuarto distaba sin duda poquísimo dél de Ortegal, y que por las mañanas estudiaba música seria y alegre, hacíale inmenso bien; parecía que le facilitaba su respiración, que las notas del instrumento de cuerda, iban a levantarle la losa que lo ahogaba. Paz y Prieto acompaña-

ban a diario a Ortegal, dándole noticias, respectivamente, del juzgado y del teatro; entrambos empleos seguían siendo suyos. Por fin, Gomar le permitió salir a la calle, aunque con muchas recomendaciones, abrigos y medicamentos; el invierno es traidor.

—Pero, lo que Julio se decía ¿qué chiste tiene que lo alivien a uno de un catarro? ¿a que no me alivian del corazón, arrancándole a Clotilde?

Porque continuaba en él, oprimiéndoselo y oprimiéndoselo hasta no más. De nada servía que Julio se imaginara con los peores colores la escena de la ruptura, la perfidia y el fingimiento que tuvieron que precederla. Al par imaginábase los momentos buenos, y éstos triunfaban. Las reminiscencias voluptuosas, los recuerdos candentes, revoloteaban a su alrededor, cual enjambres de avispas enfurecidas que sin misericordia lo picotearan. Era inútil que se los espantara, que se escondiera de ellos; tornaban en mayor número, en nubes que le obscurecían la vista y la razón. Reminiscencias y recuerdos eran tan vivos, que, a veces, los increpaba en voz alta, intentaba atajarlos con las manos que en el vacío se le juntaban sin asir nada, y en señal de duelo, de suyo se le enclavijaban, cayéndole desalentadas sobre las rodillas.

Con el contacto de la calle y de la oficina, Julio readquirió el sentido de lo real, dióse cuenta más clara de los hechos. La convicción de que Clotilde se había ido, poquito a poco se le clavaba más, como aguja que a cada movimiento nos destroza los tejidos internos; y su afecto de padre, le indicaba en sus hijos a la única panacea.

Aquella tarde apeló a un último cauterio, un cauterio brutal, y se encaminó a la casita de la Colonia. De muy lejos la descubrió, solitaria y blanca a la mitad

del bosquecillo de eucaliptus, con su diminuto jardín sin hojas ni flores, desnudas sus enredaderas, una ventana abierta, y dislocada la reja del cercado. Pendiente de la puerta del comedor, balanceábase una tabla cuadrada, en la que se leía un "Se Alquila" mal escrito, con tinta común, escurrida y pálida. Nadie cuidaba de aquello, que simulaba los restos de un buque náufrago; sólo un caballo extraviado y flaco, con las manos atadas para que no escapara, dejó de arrancar la anémica yerba del suelo y contempló al intruso. Del garitón del velador, salió una mujer:

—¿Quiere Vd. ver la casa, señor, le daré las llaves?

Muy emocionado penetró Julio en la vivienda. Los pisos, las paredes, los rincones, las puertas, todo le hablaba. Pisó la alcoba trémulo, antojándosele menos desamparada que su propia alma. No obstante los días que de desocupada tenía, flotaban en ella ecos y fragancias que el pobre enamorado se sabía de memoria. Cruzado de brazos en medio de la estancia, veía al través de los vidrios sin visillos, el espectáculo que tanto vió en unión de Clotilde: los coches y los felices, los montes y los campos, las casas en construcción con sus remates a la europea, y el cielo de invierno, límpido y azul. ¿Por qué el mundo continuaba lo mismo, y él, Julio, no?...

Conforme crecía el crepúsculo, la casita se llenaba de sombras, y Ortegal, inmóvil, perdida la noción del tiempo, carecía de fuerzas para arrancarse del suplicio. De súbito, cual persona que se despide de una tumba, se arrodilló un instante sobre el sitio de su ventura muerta, y con pavor infantil, se retiró de puntillas, cruzó el jardín precipitadamente y, a distancia, saludó al guarda ya encapotado y listo para trasnochar.

—¿Le conviene a Vd., patrón? la dan barata.

Julio ni contestó ¡cómo había de convenirle! Lo que le convenía era que lo arrullaran cariños puros e intensos; sus hijos, sus hijos, he ahí lo que le convenía. Determinó verlos desde luego ¿a qué prolongarse el castigo, si se hallaba bien castigado ya? Tomó un tranvía, con ansias de abrazarlos, de palpar que no estaba abandonado por completo, de estrecharlos a todos, así, en un racimo que con trabajos abarcara. Y pensaba en el grupo, en el dulce llanto de unos y otros, en la reconciliación y el olvido; ensayaba sus brazos, tocándolos por encima del saco, y se los sentía capaces de resistir el amante grupo de los muchachos. A la altura de la casa del artista, Julio se apeó y se llevó una mano al corazón ¡qué latidos, Dios santo! Para reponerse, caminó unos instantes, atravesó luego uno de los arcos, y el negro caserón salióle al encuentro. En lugar de llegarse a la única ventana iluminada, de llamar en el arcaico zaguán, un escrúpulo lo contuvo; debía siquiera preparar a don Eustaquio, pedirle su ayuda, averiguar si su regreso no resultaría demasiado intempestivo. Por desgracia, érale forzoso para alcanzar el zaguán, pasar por frente a la ventana; y el cuadro que se ofreció a sus ojos, lo dejó embebido.

Rodeaban sus chicos a una mesa con mantel puesto y lámpara en el centro; los pequeños, acababan de beber su café, a juzgar por los vasos empañados aún, por las cucharas desperdigadas y por el reguero de panes y de migajas. Julito leía, y Carmen hacía labor mirándolos de tiempo en tiempo, cuando no lo advertían ellos. Julito, como si sintiera la mirada de su madre, no interrumpía la lectura, sino que tendía su mano, seguro de que no se la desairarían. En efecto, Carmen se la acariciaba olvidada de la costura, y Ju-

lito entonces, entrecerraba el libro, apoyaba la cabeza en el respaldo del sillón y la veía larga y hondamente, cual verdadero enamorado. ¿Habría en aquel mirar recíproco una recordación muda por el ausente?... Lo que es los chiquitines, desprendíase a legua que no recordaban a Ortegal ¿qué significa a la infancia una ausencia prolongada o corta? ¿no se considera satisfecha con vivir nada más? Lágrimas, penas, amarguras, son un idioma que no comprende todavía, que le acarrea sueño. La infancia posee y ejerce la más cruel de las crueldades, la inconsciente; y por ella, los hijos de Ortegal reían y parloteaban contentísimos, después de la merienda, después de su baño de sol y de viento en el jardín de la casa, durante el día.

Julio observó un cambio radical en su familia; los muchachos, colorados, con aspecto de mejor salud, gordos y fuertes; Julito, muy pálido, con ojeras pronunciadas y la fisonomía reflexiva, cual si preocupaciones ajenas a su edad lo hubieran vuelto hombre en ese período. Carmen estaba envejecida, con una vejez prematura, de las que acusan padecimientos insuperables, callados, que lo mismo arrugan el rostro que encanecen el alma. Los blancos cabellos y las arrugas de la cara, decían a gritos su drama, la espera infructuosa por el marido olvidadizo, la resignación conseguida a costa de la salud. Apenas si allá, en el fondo de la pupila, chispeaban ráfagas de esperanza o ternezas de madre para con los hijos abandonados. Volvían los ojos a apagarse, llenándose de comprimido lloro.

A pesar de vidrios y cortinas, no se le escapában a Julio ni los menores movimientos de aquellos seres; de los inocentes, que lo habían olvidado y atronaban el cuarto con sus gritos y con sus juegos, y de Julito y Carmen, que por causa de él sufrían. Cogido a los ba-

rrotes de la ventana, los devoraba Ortegal adorándolos a todos, en una crisis de arrepentimiento sincero, al estudiar su propia obra. Tentábalo la idea de entrar, de entrar a decir a los unos que no lo olvidaran, que él no había muerto y necesitaba de sus rizos negros y sus corazones vírgenes; de decir a los otros, humilde y de rodillas, que lo perdonaran curándole la herida causada por la pasión maldita. Esperó sin embargo a que se resolviera en lágrimas su remordimiento, y mientras lloraba à dos pasos de sus víctimas, que ni lo sospechaban allí, la magnífica noche de invierno, cuajada de estrellas, agravaba con su hálito helado lo que de sano quedaba en sus convexas espaldas de tuberculoso.

¿Sería uno de sus sollozos, un automático gesto de sus brazos o el viento de la noche?... Ello fué que los de adentro escucharon algo extraño, y Carmen ordenó:

—Me parece que tocan en la vidriera; anda a levantar la cortina, niño, no vaya a ser don Eustaquio.

Y Julio, que habría dado un tesoro porque lo sorprendieran, huyó rumbo al centro de la ciudad, cual un malhechor, esculpida en el pecho la celeste visión, la interesante estancia que lo había curado, operando un prodigio. En la calzada desierta, Julio lanzó una maldición mental:

—Tú, tú, pensaba, ¡maldita seas! Te echo de mí, te odio... y te perdono... por lo que te quise!...

En el teatro, le hicieron su ovación; el empresario en persona, lo felicitó.

—Vaya, hombre, que sea para bien y cuidarse, nada de locuras.

Sentíase Julio tan bien con la fotografía mental que conservaba de su familia; con el gran alivio de su

traicionera enfermedad, que encontró bello el teatro, de encantador carácter a los cómicos, el escenario sin porquerías morales ni materiales y la existencia halagüeña. Retozábale un gozo interno que no podía dominar, que le salía por los poros, como si comenzara una segunda vida en nada semejante a la tormentosa que acababa de vivir. Participó a Prieto sus planes:

—Mañana me reúno a mi familia; hoy la he visto, y te garantizo que me esperan. Tengo mucho que contarte, yo invito al ponche.

—Mañana no será, le repuso el transpunte, a la vez que soplaba a la tiple sus primeras palabras de entrada; mañana estamos de estreno con el "Certamen Nacional".

Tuvo Julio una noche plácida y un despertar feliz. Acentuábase el alivio, su pecho funcionaba divinamente y el humor teñíale de rosa lo porvenir. Hasta cantó al lavarse, y en el café, compró un periódico de caricaturas. El día mismo contribuyó a reanimarlo, con un solazo de plaza de toros, que hacía reír a gentes y edificios; inundaba calles y casas; se despedazaba contra las vidrieras de las tiendas y el barniz de los carruajes, contra cristales y faroles, y caía como astillas de espejos, en las aceras y adoquinados. ¡Vaya un día alegre!

Del juzgado, escribió Julio al escultor:

" Estuve anoche a espiar a mi familia, desde una
" ventana, y por poco no me denuncio. Violente Vd. el
" regreso de mi peregrinación. No me les presento
" hoy, porque tenemos estreno en el teatro y conclui-
" remos tardísimo. Creo que el milagro se efectuó ya;
" estoy sin síntomas de mi enfermedad número uno
" y de la número dos, también: ya sabe Vd. cuál.

"Muchas gracias, pero muchas, por todo lo que le "debo. Hasta mañana:

Julio".

A las 7 de la noche, que Ortegal acudió al teatro, se abrían las taquillas y el público comenzaba a llegar.

El estreno, anunciado estrepitosamente en cartelones de colores, programas ilustrados y sueltos encomiásticos en los diarios, acabó de sacar de quicio al público, con una banda militar en el pórtico del coliseo, todo colgado de guirnaldas y coronas, como en noche de beneficio. Por doquiera leíase: "¡Certamen Nacional!" "¡Estreno!", "¡Acontecimiento Artístico!"; y Julio se frotaba las manos ante el triunfo mercantil de la empresa; mejor, no le quitarían su sueldo, y él, sumándolo con el de la oficina, consagraría ambos a su familia, y en corto tiempo se pondrían a flote. Se prometió proporcionar a sus hijos una grata sorpresa: los llevaría a la zarzuela, turnándolos, uno cada noche, y de antemano se relamía los labios al calcular lo que ellos gozarían con lo extraordinario del espectáculo. Julio se encaminó a su silla.

Los maquinistas, muy atareados, preparaban su decoración; nuevos comparsas, medio encogidos, bajaban sin sus harapos ya, con los uniformes prestados en la "guardarropía". El director de escena, desgañitábase y se lamentaba, no iba a poder cantar. Prieto, en su elemento, parecía un viejo piloto, minutos antes de un abordaje; la brasa de su puro y la lucecita de su linterna, se miraban por todas partes, quizá con pequeñas preferencias en el gárrulo grupo del coro de señoras, en donde al fin figuraba ya su noctámbula amiga.

El teatro reventaba de espectadores, oíase su rumor inmenso, entrecortado por el sonoro *si* bemol de los pistones, el purísimo *la* natural del clarinete y la

parvada que de esta misma nota lanzaban los violines. La orquesta afinaba.

Se representó, primero, una zarzuela cualquiera, en dos actos, y que fué poco aplaudida ¿quién le mandaba ser vieja?

Vino el entreacto postrimero, y principió el estreno, que contra su costumbre, Julio se acercó a ver. Era que de cuando en cuando, lo rozaba Clotilde con las impalpables alas del recuerdo ¡qué terquedad, Dios mío! Ortegal se fijaba en el argumento, en lo pintoresco del acto, en las lascivas contorsiones de la primera tiple, encaramada en una mesa y vistiendo traje flamenco; ponía sus cinco sentidos en el chispeante altercado del gitano y del chulo madrileño; en el movimiento exagerado de la escena.

La imagen de Clotilde, como los vampiros de leyenda, que adormecen primero y luego matan, diríase que volaba por el sombrío maderamen de las bambalinas, que se posaba ahí, en algún escondrijo negro, y después se abatía sobre su antiguo amante.

La "danza del café" causó un alboroto, incendió la concupiscencia de los concurrentes, que pateaban y aplaudían, pidiendo la repetición. Mientras se organizaba ésta, Julio sintió ganas de toser, aunque no iguales a las que precedían a sus tremendos accesos de antaño; desgarró, y a la luz del mechero de gas, que temblaba encima de su asiento, vió que arrojaba un cuajarón de sangre roja!

Le recorrió el organismo un inusitado pavor, y la convicción absoluta de que la muerte lo abrazaba, se le presentó despiadada y neta. Iba a morir, sin que pudiera libertarlo ningún humano poder. Fríos sudores concluyeron con sus arrestos, desfallecía, y en

una de las carreras de Prieto, en esfuerzo supremo por salvarse, se lo comunicó:

—Prieto, me muero, no me dejes!

—No seas cobardón, le contestó el aludido, ¿no ves el quehacer que tengo?

Y la "danza del café" se repitió en medio de los frenéticos aplausos de los espectadores, cosquilleados en el sitio sensible. Ortegal se repuso unos instantes, pero, precisamente cuando la zarzuela tocaba a su fin; cuando la compañía íntegra y rodeada de banderas, de himnos triunfales y de piernas de mujer semidesnudas, cosechaba victorias y aplausos, Julio entró en agonía, allí en ese foco de indecencias, rodeado de inmoralidades y fingimientos, enteramente a solas con su hemoptisis y su asfixia.

Ni quien pensara en él: los artistas y comparsas, porque distraían al que paga; los maquinistas y demás empleados del escenario, porque curioseaban aquello, agolpados a las "cajas" de los bastidores. El pobre Julio, a tiempo que la orquesta ejecutaba la alegre marcha final; en tanto que los concurrentes aplaudían las desnudeces y los guiños equívocos; en aquel medio de corrupción y vicio, exhaló su último suspiro, que fué saludado con saltos de *cancán,* aplausos de rabiosos y notas de contento. El, un hombre de familia y de querida, murió abandonado y solitario, junto a gente extraña aguijoneada por la carne!...

Derrotado de la vida, se desplomó de la silla, contra el suelo; y en el momento en que caía el telón y los hombres regresaban celosos y taciturnos; cuando las mujeres tornaban acariciadas por el múltiple y lúbrico deseo de todo un público, alguien advirtió el flaco cuerpo de Julio, tendido en las tablas del escenario.

Médico, *reporters* y curiosos se aproximaron a le-

vantarlo, y al convencerse de que Ortegal estaba muerto y bien muerto, hubo huídas, chillidos; un silencio de horror y de miedo.

Colocaron el cuerpo en una camilla llevada al efecto, y Prieto cerró devotamente los ojos de su amigo, a la vez que maldecía a las "señoras decentes", que saben cometer tales crímenes.

Y de los entreabiertos labios del cadáver, parecía que iban a salir las divinas palabras que formaron la esencia de su vida:

—¡Te amo! ¡Te amo!!

Buenos Aires: 25 de junio de 1893.

México: 28 de diciembre de 1895.

Este
libro se
terminó el día
30 de agosto de
1920, en los Talleres
Gráficos de Herrero
Hermanos Sucs.,
Manrique 55,
México,
D. F.

EDITOR
MEXICO